Secretos y escándalos

LAURA WOOD

FANDOM BOOKS

Secretos y escándalos

LAURA WOOD

Traducción de Xohana Bastida

FANDOM BOOKS

Para Gen, Louise y Sophie:
hacer libros con vosotras es divertidísimo.

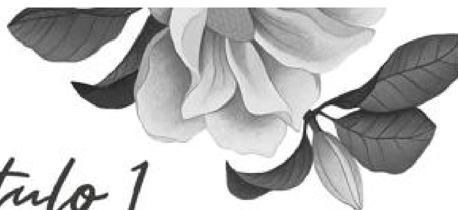
«Tiene el corazón tesoros secretos,
joyas ocultas, calladas y umbrías:
sueños, placeres, ideas y anhelos
cuyo hechizo la luz disiparía».

CHARLOTTE BRONTË

Primera parte

LONDRES
Junio de 1897



Capítulo 1

Para buscar secretos y escándalos durante la temporada social de Londres, hay un terreno de caza incomparable: la ópera.

Todas esas personas apiñadas y ataviadas con sus mejores galas, fingiendo interesarse por los dramas que se desarrollan sobre el escenario cuando, en realidad, solo atienden a quien tienen al lado… Sin duda, se trata del caldo de cultivo perfecto para las intrigas.

Razón por la cual me encontraba yo allí.

La Royal Opera House siempre me ha parecido algo salido del escaparate de una confitería: todo molduras blancas y doradas, como si las rizadas hojas de acanto estuvieran hechas de pasta de azúcar y se pudieran comer. Por no hablar del brillante esplendor de los palcos (hasta ciento veintiuno), llenos de asientos de mullido terciopelo rojo y dispuestos en hileras con forma de herradura, bajo una cúpula de altura vertiginosa. Cuando el teatro está repleto, puede albergar hasta dos mil espectadores: dos mil pares de ojos inquisitivos, dos mil voces alegres que no dejan de chismorrear ni para tomar aliento. Algo digno de ver, desde luego.

—Mira, Izzy —dijo una voz muy cerca de mi oído—. ¿No es ese de allí el conde de Rathmore? Porque, si lo es, la que está a su lado está muy lejos de ser su esposa.

Teresa Wynter es mi mejor amiga desde hace dieciocho años, y entre sus muchas virtudes no se cuenta la de la sutileza. Si el timbre claro de su voz o el encanto contagioso de su amplia sonrisa no hubieran sido suficientes para atraer las miradas, el amarillo definitivamente chillón del vestido que llevaba habría puesto remedio al problema («Iz, te aseguro que en casa de la modista parecía un amarillo pastel, de verdad…»). A esas alturas, abundaban las cabezas vueltas hacia el palco en el que nos encontrábamos para mirar en nuestra dirección. Aunque más bien debería decir «en su dirección», porque las miradas resbalaban sobre mí sin detenerse. Como de costumbre, yo era poco más que una sombra, un destello momentáneo que la sociedad solo veía de reojo. Lo cual, por otra parte, me venía de perlas.

Porque, para cualquiera que trabajara en una agencia secreta de investigadoras, ser invisible presentaba ventajas indudables.

—¿Cómo? —Aquella voz pertenecía a Louisa, la tía abuela de Teresa, que parecía haber vuelto a la vida por un momento y se había enderezado en su asiento de terciopelo rojo—. ¿Qué has dicho? —preguntó mirándonos con suspicacia. Cada vez que aterrizaba en el mundo real era para transmitirnos lo mucho que desaprobaba nuestros temas de conversación.

—Nada, tía —contestó Teresa con una sonrisa angelical.

Tras un bufido, Louisa volvió a su estado habitual de letargo. La tía abuela de Teresa era una dama de edad provecta, sorda como una tapia y con una tendencia inquebrantable a quedarse dormida en cualquier sitio; en otras palabras, la carabina perfecta para cualquiera, y más para alguien como Teresa. Mi amiga afirmaba desde siempre que había nacido con ochenta años de retraso, porque, si hubiera tenido la oportunidad, habría hecho todo lo posible por mantener una tórrida historia de amor con lord Byron. Yo no ponía en duda aquella afirmación; estaba segura de que Byron habría caído en sus garras sin saber cómo ni por qué.

—Yo no me preocuparía demasiado por lady Rathmore —le susurré a Teresa, una vez estuve segura de que su tía abuela se había vuelto a adormecer—. Dicen que está tan harta de las infidelidades de su marido que se ha ido a recorrer Europa en compañía de uno de sus sirvientes, al parecer joven y muy bien parecido.

Apenas podía disimular la satisfacción que me producía decir aquello, ya que había sido el satisfactorio resultado de uno de nuestros casos más difíciles. Lady Rathmore había acudido a la agencia en la que yo trabajaba, y, cuando al fin pude proporcionarle los materiales con los que chantajear a su promiscuo marido para que le otorgara libertad financiera, me sentí muy orgullosa de mí misma. Al fin y al cabo, era ella quien había aportado la fortuna de la que su esposo disponía con tanta alegría.

Teresa me miró boquiabierta.

—¿Cómo te las arreglas para saber siempre estas cosas?

—Tengo mis fuentes —respondí alisando la falda de mi vestido de color gris pálido. Si mi atuendo ya habría parecido mortecino en otras circunstancias, aún lo era mucho más allí, en la ópera, rodeada de mujeres vestidas con trajes que resplandecían sobre el terciopelo escarlata como gemas en la vitrina de una joyería.

Mi padre había muerto hacía ya dos años, pero, a pesar de las protestas de mi mejor amiga, yo no lograba hacerme a la idea de renunciar al medio luto.

Un instante más tarde, Sylla Banaji se deslizó del brazo de su padre, sir Dinshaw Banaji, en un palco enfrente del nuestro. Si bien Sylla no

se dignó a mirar en nuestra dirección, hubo muchas cabezas que se giraron para observarla a ella. Vi como la luz de las velas destellaba en más de un par de gemelos, mientras sus portadores estiraban el cuello para divisar el atuendo de la bella hija del barón y para averiguar si la acompañaba alguien interesante.

A sus diecinueve años, Sylla, con su gracia natural y felina y su actitud despectiva hacia la buena sociedad, solía ser el centro de atención dondequiera que fuese. Contemplé cómo la gente la examinaba de arriba abajo, y oí el rumor de apreciación que provocaba su bella estampa. Su vestido, en tonos azules y plateados, le realzaba el brillo azabache del cabello y de la piel dorada, y también lo hacían los finos aros de plata que trepaban por sus muñecas.

—Qué… original —masculló una mujer a mi espalda con un tono tan desagradable como un vino avinagrado.

La posición social de Sylla, hija de lady Anne Stanton y de un hombre nacido en Bombay y educado en Oxford, era complicada. Por más que su padre fuera un oficial de caballería retirado, que había recibido el título de barón hacía más de una década gracias a su vasta fortuna y a sus obras filantrópicas (así como a su gran amistad con el príncipe de Gales), había mucha gente que jamás sería capaz de ver más allá del color de su piel…, que era el mismo que el de su hija.

Los ojos de Sylla me enfocaron con gesto indiferente, se clavaron en los míos durante una fracción de segundo y se desviaron de nuevo. Fue suficiente para que captara su mensaje a la perfección: «Ni se te ocurra echar esto a perder».

Contuve un suspiro. Aunque no tenía por costumbre cometer errores, Sylla me seguía tratando como a la principiante inexperta que yo había sido medio año atrás. Saqué el reloj de bolsillo de mi padre del bolso de mano, donde compartía espacio con un frasquito de perfume, un abanico y un pañuelo. Quedaba más de media hora para el inicio de la representación; teníamos tiempo de sobra.

Hojeé mi programa de mano, empeñada en disimular mi impaciencia. Ya había visto *Manon Lescaut,* cerca de tres años atrás, en su estreno en Covent Garden. En aquel momento yo tenía dieciséis años, mi padre estaba vivo y habíamos presenciado la representación desde el palco reservado para mi familia. Ya no lo teníamos; cuando la gente me preguntaba, yo respondía que el amante de la ópera era mi padre, y que, tras su muerte, no tenía sentido conservar el palco. En realidad, mis ingresos estaban muy lejos de permitírmelo.

En aquella época, lo único que hacía un día tras otro era elegir vestidos de fiesta, abrir los ojos de par en par y buscar marido. Ahora, todo aquello me parecía muy lejano, como si le hubiera ocurrido a otra persona. En realidad, para ser sincera, apenas lo echaba de menos. Sí, por supuesto que habría dado lo que fuese para tener a mi

padre junto a mí. Pero el resto… En fin, digamos que mi vida actual era mucho más interesante.

—¡Ay, me encanta ese tono de rosa! —exclamó Teresa, devolviéndome de golpe a la realidad—. ¿Crees que me sentaría bien?

Seguí la dirección a la que apuntaba su dedo hasta distinguir un vestido horroroso, con un color a medio camino entre el violeta y el salmón.

—A ti todo te sienta bien —respondí, en parte por diplomacia y en parte porque lo pensaba de verdad.

Teresa resopló, aunque, en el fondo, sabía que le había encantado mi respuesta.

—Para el baile de la casa Devonshire voy a ir de rosa, pero es un tono mucho más claro… ¿Crees que habré acertado? —preguntó, y me miró con la cabeza inclinada—. Quizá debería volver a hablar con mi modista…

—Deja tranquila a esa pobre mujer, anda —la corté—. Ya he perdido la cuenta de las veces que has cambiado de opinión sobre ese vestido.

—¡Es que va a ser el acontecimiento de la temporada! —replicó indignada—. O de la década, más bien. La verdad es que creo que no le estás dando la importancia que se merece; ¡recuerda que va a ser una fiesta de disfraces! He oído decir que el duque de Marlborough se ha gastado cinco mil francos en un traje de la sastrería House of Worth… ¡No puedes presentarte allí con cualquier trapo viejo!

Me encogí de hombros por toda respuesta. Dado que nadie iba a mirarme dos veces en esa fiesta, no me parecía muy importante preocuparme por mi atuendo. Al ver mi gesto, Teresa chistó irritada, pero dejó pasar la discusión para volver a centrarse en el público del teatro.

De pronto, noté que se me erizaba el vello de la nuca, y un escalofrío me recorrió la piel. No me hizo falta girar la cabeza para saber a qué se debía.

Max Vane acababa de llegar.

Los ojos de Teresa se fijaron en un punto a mi espalda, y su expresión se ablandó.

—Creo que nunca he visto a nadie tan extremadamente guapo como ese hombre —susurró.

Volví la cabeza sin ser apenas consciente de ello, y sentí una vez más el estremecimiento que me provocaba siempre ver a Max. A esas alturas, ya debería haberme acostumbrado (al fin y al cabo, lo veía a menudo en los eventos sociales), pero, cada vez que posaba los ojos en su figura, me recorría una sacudida a medio camino entre el placer y el dolor. Max estaba de pie en el umbral de su palco, situado junto al de la reina y a solo dos plazas del de Sylla. Estaba impecable con su

levita negra de corte perfecto y su chaleco de seda, negro también. Recorrió el teatro con una mirada indiferente, como si no le impresionase nada de lo que veía en él.

A esas alturas, yo llevaba ya año y medio enamorada de Max Vane. Él, por su parte, ni siquiera parecía ser consciente de mi existencia.

El comentario de Teresa sobre él era absolutamente merecido. Max Vane semejaba una estatua de un héroe griego de la antigüedad: altura imponente, anchos hombros y una musculatura que ninguna levita podía ocultar, por impecable que fuera el corte. Las proporciones de su rostro eran perfectas, con aquella mandíbula cuadrada y aquellos labios generosos que solía mantener cerrados en una expresión firme. El cabello, rubio y ondulado, siempre estaba algo más corto de lo que dictaba la moda en aquel momento.

Y, a pesar de todo aquello, lo primero en lo que se fijaba quien miraba a Max Vane era en sus extraordinarios ojos, de un verde cálido y profundo que parecía emitir destellos. Eran unos ojos que podían inspirar poemas… a aquellas personas con inclinaciones poéticas, claro está. (Yo solo lo había intentado una vez, y el desastroso resultado había sido engullido de inmediato por las llamas de la chimenea de mi cuarto).

—Es una pena que sea tan serio y formal —reflexionó Teresa en voz baja—. Creo que nunca le he visto esbozar una sonrisa…

Yo sí que lo había visto. De hecho, incluso le había visto reír.





Capítulo 2

Hacía un año y medio de aquello, y yo acababa de reintegrarme en los eventos de sociedad tras salir del luto. Antes de la muerte de mi padre, los acontecimientos sociales me producían un sentimiento ambivalente: en su gran mayoría, me parecían trámites necesarios pero tediosos. Ahora, esos mismos eventos me producían una claustrofóbica sensación de asfixia. Aquellos salones llenos de ojos escrutadores me provocaban un pánico burbujeante en el pecho que yo no entendía ni sabía cómo dominar. Además, cada vez era más consciente de los apuros económicos que nos acechaban a mi madre, a Henry y a mí, y la preocupación acuciante sobre nuestro futuro, con mi madre enferma y Henry aún en el colegio, me quitaba el sueño todas las noches.

Una tarde cualquiera, me encontraba en el salón de baile de una mansión en Kent, asistiendo a una fiesta junto a otras doscientas personas.

La atmósfera, calurosa y agobiante, me hacía sentir como si mi propia piel me quedase pequeña. Teresa no había asistido, y yo llevaba casi toda la velada metida en un rincón oscuro, sujetando un vaso de limonada tibia con una mano y abanicándome con mi intacto carné de baile en la otra. Al final, incapaz de soportar aquello ni un minuto más, me escabullí al exterior. No era adecuado que una jovencita se paseara por el jardín de noche, y menos estando sola, pero tampoco es que hubiera nadie atento a lo que yo hacía o dejaba de hacer.

Respiré con ansia el aire fresco, como si fuera agua fría y yo estuviera sedienta. Luego me interné en la oscuridad alejándome del rumor y las luces de la fiesta, invisible y furtiva gracias a mis zapatillas de baile. Con cada paso que daba para separarme de aquella sala, mi pecho parecía expandirse. Pronto llegué a un arroyo, y lo fui bordeando hasta una zona en la que se ensanchaba y formaba una balsa. El agua corría con placidez, plateada a la luz de la luna. Me empapé de la calma que flotaba en el ambiente y noté que mi respiración se tranquilizaba y mi espalda perdía la tensión.

Hasta que una voz profunda atravesó el aire nocturno:

—Ven aquí.

Aquella orden brusca me dejó petrificada. Me volví hacia el origen de la voz, con una respuesta indignada a punto de salir de mis labios; pero antes de que llegase a pronunciarla, me di cuenta de que quien la había pronunciado se encontraba al otro lado de un grueso roble, y de que, en realidad, la orden no iba destinada a mí.

Me asomé con sigilo por el tronco y descubrí a Maximillian William Spencer Vane, octavo duque de Roxton. De pie frente al agua, observaba algo con el ceño fruncido.

En aquel momento, yo aún no estaba enamorada de Max Vane. En más de una ocasión, por supuesto, lo había divisado al otro lado de algún salón de baile, y me habían llamado la atención el aura de poder y privilegio que parecía rodearlo y la forma en que la gente revoloteaba a su alrededor como polillas atraídas por una llama. En todo caso, por más que asistiéramos a las mismas fiestas, nuestros círculos sociales eran muy diferentes. Entre la posición de un duque y la de la hija de un barón mediaba una enorme distancia, y Vane, con su actitud adusta e imponente y su fama de respetar estrictamente las normas del decoro, parecía muy consciente de su lugar en la sociedad.

Intrigada por saber qué hacía allí y a quién se dirigía su orden, me acerqué con sigilo. De pronto, oí un gemido agudo y me di cuenta de que algo más allá había un chucho de raza indeterminada. Estaba plantado en medio de la corriente, como si hubiera empezado a cruzar y se hubiera quedado petrificado por el miedo. Tembloroso e inmóvil, gemía como si no se viera capaz de atravesar a nado la parte más profunda ni de retroceder.

Vane exhaló un suspiro profundo.

—Ven aquí, anda —insistió.

Las orejas del perro se irguieron, pero ese fue el único cambio: seguía tembloroso, gimiendo cada vez más fuerte.

—No me hagas entrar para rescatarte, anda —le pidió Vane con una voz profunda y cálida que transmitía toda la confianza en sí mismo de alguien de su posición social—. Si me mojo, a mi ayuda de cámara le dará un ataque.

El chucho permaneció donde estaba, y yo tuve que morderme el labio para contener una carcajada.

Vane suspiró de nuevo, se agachó y empezó a desatarse los zapatos. Los ojos se me abrieron como platos cuando cobré conciencia de que el joven más guapo del país (además del soltero más codiciado de aquella temporada y, previsiblemente, de todas las siguientes) había empezado a desnudarse ante mí.

No mires, me advirtió mi mente con severidad. *No debes mirar bajo ningún concepto.*

(Por increíble que parezca, aún no hemos llegado a la parte del relato en la que me enamoré de él).

En ese momento, el perro pareció encontrar en su interior una reserva de coraje oculto y, con una especie de aullido de guerra, dio un salto y echó a correr por el arroyo en dirección a Vane.

A este, que estaba con los pantalones a medio bajar, solo le dio tiempo a girar la cabeza antes de que aquella mole peluda, mojada y llena de barro se abalanzara sobre él entre ladridos de alegría, derribando a su potencial rescatador y haciéndolo caer de espaldas con un chapoteo pastoso.

Sin más, el ingrato chucho desapareció brincando en la oscuridad y dejó al mismísimo duque de Roxton tirado en el lodo.

No sé qué reacción me esperaba ver en ese momento. ¿Ira? ¿Irritación? ¿Un arranque de frustración, quizá? Si algo tenía claro era que los duques tenían su dignidad muy presente. Lo más probable en ese momento era que Vane gritara una sarta de improperios y maldijera al menos un par de veces al animal desaparecido.

Pero, en lugar de hacer eso, este duque concreto echó la cabeza hacia atrás, pringándose aún más de lodo al hacerlo, y soltó una carcajada. Su risa era tan atractiva como el resto de su persona, con un comienzo grave, como un gruñido, que se elevaba hasta convertirse en una cascada cálida y despreocupada.

Y ahí fue donde ocurrió. En ese preciso instante, me sacudió un estremecimiento.

Fue algo tan repentino e inesperado que me llevé la mano al pecho, esperando casi que los latidos de mi corazón hubieran cambiado.

Allí tirado en la orilla, riéndose de sí mismo a grandes carcajadas, el duque de Roxton perdió su título y, para mí, pasó a convertirse en Max.

Enamorarse de forma repentina e involuntaria de una persona que ni siquiera sabe que existes es un acontecimiento abrumador y ciertamente incómodo. Apenas consciente de lo que hacía, me di la vuelta y eché a andar con rapidez por donde había llegado.

La risa de Max se interrumpió.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —exclamó.

Yo apuré el paso sin contestar, ansiosa por volver a la fiesta. Mi cerebro aún estaba tratando de asimilar la extraña avalancha de emociones que había despertado el sonido de una carcajada, que, por más agradable que fuese, no dejaba de ser algo de lo más normal.

Un rato después de la extraña escena, vi desde la penumbra de mi esquina cómo Max entraba de nuevo en el salón de baile, con el traje inmaculado y ni un solo cabello fuera de sitio. No tengo ni idea de cómo lo consiguió; supongo que los duques poseen recursos que los demás mortales desconocemos. En todo caso, nadie supo jamás lo que

había ocurrido en el arroyo… Nadie salvo yo. Durante el resto de la fiesta, Max mantuvo su actitud severa y silenciosa, y no pude evitar el sentimiento de que haber oído su risa me acercaba a él de una forma extraña.

En el fondo, estaba asombrada de la rapidez con la que me había prendado de él. Reflexioné sobre el extraño incidente, dándole vueltas como si fuera un rompecabezas que pudiera recomponer si le ponía empeño. Desde mi vergonzoso escondrijo detrás del árbol, había presenciado cómo un duque caía de espaldas en un charco de lodo, y eso había hecho que… ¿me enamorase de él? No, la idea era ridícula. Hasta ese momento, yo siempre había sido una persona razonablemente sensata. Ni siquiera creía en aquella noción del amor que golpeaba a las personas como un flechazo en el corazón.

Por otra parte, al menos aquello significaba que volvía a sentir… algo. Tras el dolor de perder a mi padre y la terrible sorpresa que me había provocado el desastre financiero en que nos había dejado, aquel flechazo inesperado se me antojaba providencial. Era un sentimiento nuevo que, al menos, había logrado traspasar la coraza de pena y pánico que me envolvía. A pesar de la certeza de que mi amor no sería correspondido, empezaba a sentir el familiar cosquilleo de algo que llevaba tiempo añorando: la esperanza.

Pero aquella velada aún me proporcionó otro momento providencial: también fue la noche en que conocí a Sylla.

—¿Sabes qué? Retiro lo dicho —dijo Teresa con voz entrecortada, devolviéndome con un sobresalto a aquel teatro en el que aún tenía una tarea que cumplir—. El hombre más guapo que he visto nunca es ese otro.

Miré a mi amiga: su espalda se había enderezado como impulsada por un resorte, y sus ojos estaban clavados en un joven que había aparecido junto a Max. Arrugué el entrecejo; aunque era atractivo, con su pelo de un castaño rojizo, su barba bien recortada y sus ojos risueños, no había duda de que había en la sala varios hombres objetivamente más guapos que él. Aun así, mi amiga tenía la expresión de alguien que está escuchando un coro de voces celestiales. Me pregunté si yo habría tenido el mismo aspecto aquella noche, escondida detrás del roble.

En ese momento, el recién llegado movió la cabeza hacia nosotras y su mirada se encontró con la de Teresa. Ella esbozó una sonrisa y, cuando él correspondió con otra, a mi amiga se le escapó una exclamación ahogada. Por un momento, él pareció aturdido, pero enseguida se volvió hacia Max para decirle algo. Max nos miró, y el pulso se me aceleró… Pero sus ojos no se detuvieron en mí, sino en

Teresa. Luego, los dos se dieron la vuelta y salieron del palco.

Teresa exhaló un largo suspiro.

—Izzy —balbuceó con voz aguda—. Izzy, ¿has visto lo que…?

—¡Claro que lo he visto! —repuse risueña.

Mi amiga dejó escapar una risita y se abanicó con su programa.

—¿Quién crees que será?

Su duda duró muy poco. Un momento después, las dos nos giramos al oír un ruido a nuestra espalda y vimos a Max y a su acompañante. Me puse en pie, atónita, dejando caer el bolso de mano que tenía en el regazo. Teresa se incorporó de golpe también, con la cara iluminada por una sonrisa de oreja a oreja.

—Señorita Wynter —la saludó Max, con aquella voz agradablemente rasposa que me provocaba un extraño cosquilleo en el estómago—. Espero que disculpe nuestra irrupción…

Max conocía bien a mi amiga, por supuesto; al fin y al cabo, era amigo de Nick, el primo de Teresa, que acababa de obtener el título de conde de Wynter. Gracias a eso, yo había podido conversar con él en más de una velada. Pero Max jamás se acordaba de mí de una ocasión para la siguiente, lo cual me producía una singular mezcla de desencanto y diversión.

—Excelencia —ronroneó Teresa, sin despegar la mirada de un punto situado detrás de él—, estamos encantadas de recibirlos; les aseguro que su irrupción es más que bienvenida.

Contemplé la escena con interés, esforzándome por ignorar la calidez que inundaba todos mis miembros cada vez que me hallaba en presencia de Max. Tal vez hubiera caído presa de un amor imposible, pero me negaba a permitir que ese sentimiento me sorbiera el seso.

Max recorrió el palco con la mirada y se detuvo en la tía abuela Louisa, que seguía como un tronco (de hecho, de vez en cuando se le escapaba un leve ronquido de entre los labios). En su rostro apareció un destello de duda que comprendí de inmediato: las doncellas como nosotras debían observar las reglas del decoro, y no iba a ser él quien las rompiera.

—No deberíamos despertarla —susurró Teresa con un mohín travieso—. Si la interrumpimos mientras echa la siesta, se pondrá de un humor de perros, aunque sea un duque quien la despierte.

Max frunció el ceño, pero su acompañante resopló con una carcajada contenida.

—Señorita Wynter —dijo Max, rígido—, permítame presentarle al señor James Saint Clair, un buen amigo mío.

Saint Clair dio un paso al frente, tomó la mano de Teresa y se inclinó.

—Es un placer conocerla, señorita Wynter —afirmó.

Lo contemplé con aprobación. Para empezar, el tal Saint Clair

parecía el extremo opuesto al estereotipo de caballeros melancólicos y románticos al estilo de lord Byron. Parecía un hombre sólido, fiable; todo en él, desde su forma de moverse hasta su entonación y el brillo de sus ojos, sugería una capacidad extraordinaria para encontrar el humor en cualquier situación. Hasta ese momento, el gusto de Teresa en materia de hombres se había inclinado más por sujetos con aspecto de dormir en ataúdes dentro de castillos transilvanos, almorzar sangre de vírgenes y arder en la crepitante intensidad de sus interminables (y pésimos) poemas.

Y, sin embargo, mi amiga contemplaba a aquel hombre de aspecto perfectamente normal con la misma expresión que ponía cuando, de pequeñas, nos ofrecían ir a tomar el té en Gunter's. De hecho, incluso me parecía posible que, puesta a elegir entre James Saint Clair y un helado de fresa, mi amiga eligiera lo primero.

—El placer es mío, caballero —respondió Teresa con una desenvoltura nacida de sus muchos años de coqueteo.

Los dos se quedaron congelados por un instante, con las manos aún agarradas, hasta que Max carraspeó.

Menudo aguafiestas…

James, ligeramente ruborizado, soltó los dedos de Teresa, quien se volvió hacia mí con las mejillas encendidas.

—Estoy segura de que recordarán a mi querida amiga Isobel Stanhope —comentó, dedicándome una sonrisa cargada de intención; aunque yo jamás le había dicho nada de mi interés por el duque de Roxton, Teresa lo sospechaba desde hacía tiempo y disfrutaba tomándome el pelo.

—Encantada, señor Saint Clair —repuse con una inclinación—. Excelencia…

Los dos caballeros correspondieron a mi saludo, aunque era evidente que Max no se acordaba de mí. Me tragué un suspiro de decepción y me recordé a mí misma que ser anodina y olvidable era un componente fundamental de mi trabajo.

Hablando de lo cual… Busqué a Sylla con la vista y la descubrí mirándome con una expresión cuyo significado podía descifrarse sin gran dificultad: *Deja de entretenerte con tipos irrelevantes y ponte a trabajar ya mismo.*

En realidad, tenía razón. Miré hacia la platea y vi que mi objetivo se había dignado a aparecer por fin. Una oleada de adrenalina me invadió; aquel siempre era mi momento favorito.

—Si me excusan —dije volviéndome hacia Max con una sonrisa inocente—, acabo de ver a una persona con la que necesito conversar antes de que dé comienzo la representación.

Tanto Teresa como él me miraron con asombro, y supuse que el soltero más codiciado del país no estaba acostumbrado a que las

damas casaderas se ausentaran de repente cuando él accedía a hacerles una visita.

—Vuelvo enseguida, te lo prometo —le dije a Teresa mientras echaba a andar—. Estaré de regreso antes de que se alce el telón.

—Creo que se le ha caído el bolso de mano —dijo Max.

Me volví hacia él y tomé la bolsita de seda que me tendía. Por una fracción de segundo, mis dedos rozaron los suyos y, a pesar de los guantes, el contacto me hizo sentir un calambrazo que llegó hasta las plantas de mis pies. Nuestras miradas se encontraron y, durante un momento glorioso, me permití disfrutar de su atención sin reservas. Eché un vistazo furtivo a sus labios y recordé cómo se habían curvado en una sonrisa y luego en una risa franca.

—Se lo agradezco —logré decir y, con una inclinación apresurada, me escabullí al pasillo.

Era hora de trabajar.



Capítulo 3



Entré en la platea y me abrí paso entre la multitud. Allí abajo hacía mucho más calor que en los palcos. Casi todo el mundo estaba de pie, hablando y bebiendo. Distinguí a mi objetivo a cierta distancia: se encontraba en un corro, rodeado de estudiantes evidentemente achispados. Me detuve un momento para examinarlo y vi que se balanceaba de forma casi imperceptible. En la mano tenía un vaso mediado. Excelente, eso me facilitaría mucho las cosas.

Volví a consultar mi reloj. Eran casi las nueve; ya debería haber…

Ajá; algo más allá, como si se hubiera materializado de repente, acababa de aparecer Maud, una de mis compañeras de trabajo. Llevaba un traje de escote generoso y una buena dosis de colorete en las mejillas, y su melena pelirroja caía en un moño medio deshecho. Avanzó serpenteante, como si siguiera el ritmo de una melodía que solo ella pudiese oír, despertando miradas codiciosas a su paso. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me dedicó un guiño fugaz y desvergonzado.

Nuestro objetivo del día, el señor Wyncham (un joven de veinticuatro años que, según nuestras informaciones, había empezado a relacionarse con amistades nuevas y poco recomendables), ya había caído en las redes de Maud. Se volvió hacia ella y contempló sus caderas ondulantes, con una expresión de lascivia mal disimulada. Maud soltó una risita (una carcajada aguda e insinuante que jamás habría salido de su boca en condiciones normales) y la sonrisa de Wyncham se ensanchó. La escena era casi dolorosamente previsible.

Sin cambiar el ritmo de mis pasos, me aproximé a los dos y, justo antes de llegar a su altura, fingí que tropezaba. Frené mi caída con el brazo de Wyncham, derramando el contenido del vaso en la pechera de su camisa.

—¡Ay, cuánto lo siento! —exclamé—. Qué patosa soy… ¡Oh, cielos, he derramado su bebida sin querer! Mi tía siempre me dice que tengo que mirar donde piso porque, en cuanto hay una grieta o un bache, tropiezo y nunca sé dónde voy a aterrizar —parloteé, aferrando el brazo de Wyncham mientras Maud se acercaba más aún.

Hacía tiempo que sabía que, cuanto más hablaba de cosas intrascendentes, menos atención me prestaban mis oyentes, sobre todo los del sexo masculino.

—No ha sido nada —me cortó Wyncham sin apenas mirarme a la cara.

Busqué de nuevo los ojos de Maud y vi que asentía con disimulo.

La carta que buscábamos no estaba en los bolsillos exteriores de Wyncham, de modo que tenía que encontrarse en el interior de la chaqueta. La evalué de un vistazo; estaba bien familiarizada con aquel tipo de prendas, y vi enseguida que esta, aunque de buen corte, era antigua y tenía más de un remiendo. Aun así, le encajaba a la perfección, lo cual eliminaba la posibilidad de un bolsillo oculto. Eso solo dejaba una posibilidad: el documento tenía que hallarse en el bolsillo interior de la pechera, a la izquierda.

Me llevé la mano al corazón, y Maud pilló la seña al vuelo.

—Caballero, deje que le ayude a secarle —ronroneó, acariciando la parte frontal de la chaqueta.

Yo aproveché el momento de distracción para sacar de mi bolso de mano un pañuelo que había rociado de «perfume» antes de bajar a la platea. Mientras nuestro objetivo reía, encantado con las atenciones de Maud, ella extrajo la carta del bolsillo interior, ocultó la mano entre los pliegues de su falda y me pasó el papel. Lo cubrí con el pañuelo, apreté ambas cosas contra mi vientre, aprovechando la firmeza del corsé para ejercer presión, y conté en silencio hasta tres, rogando para mis adentros que el último invento de Winnie funcionase. Luego le devolví la carta a Maud, quien volvió a introducirla en el bolsillo de Wyncham sin gran dificultad; no sé qué estaría susurrándole al oído, pero, desde luego, a él no parecía importarle nada que lo toquetease.

La operación apenas duró unos segundos. Aun cuando Wyncham llegase a sospechar lo que había ocurrido, estaba segura de que jamás podría reconocer mi cara.

Sonó un timbrazo: la representación estaba a punto de comenzar. Mientras caminaba hacia mi asiento, saqué del bolso unas varillas plateadas de abanico, las desplegué, enganché mi pañuelo en los bordes y las cerré con un golpe seco. Aquella era otra de las creaciones de Winnie.

Al pasar junto al palco de Sylla, la vi aparecer en el umbral.

—No, no; estoy segura de que se me cayó por aquí y no quisiera perderlo. Es uno de mis favoritos… —dijo mirando hacia atrás.

—¿Está buscando esto, señorita Banaji? —pregunté mientras le ofrecía el abanico, e hice una inclinación.

Los dedos de Sylla se curvaron alrededor de las varillas, que combinaban perfectamente con su vestido. Lo abrió con un gesto grácil, lo examinó brevemente y lo volvió a cerrar.

—En efecto, señorita… —respondió agachando la cabeza para observarme.

—Stanhope —completé.

—Muchas gracias, señorita Stanhope —repuso ella con languidez, y, sin más, se giró para regresar al palco—. ¡Lo encontré! —exclamó, sin molestarse en mencionar mi participación.

Yo continué hasta llegar a nuestro palco, abrí la puerta con sigilo y me dirigí de puntillas a mi asiento.

—¿Dónde te habías metido? —susurró Teresa con los ojos abiertos de par en par—. ¡Se han quedado casi diez minutos y es un hombre maravilloso y no se lo he podido contar a nadie aún! —dijo de corrido, y señaló la butaca en la que su tía abuela dormía con la boca entreabierta.

No me hacía falta preguntarle a quién se refería con aquello del «hombre maravilloso».

—¡Amor a primera vista! —me reí.

Teresa suspiró y se dejó caer en su asiento, con una sonrisa beatífica en los labios.

Conociendo el carácter de mi amiga, que había llegado a enamorarse hasta tres veces en una sola temporada, yo no estaba muy segura de la solidez de aquel arrebato. Sin embargo, Saint Clair me había caído bien desde el primer momento, y mi habilidad para calibrar a las personas solo con verlas se había afinado mucho a lo largo del año anterior.

—Me alegro de que te guste —comenté—. Hasta ahora, les has echado el ojo a tipos mucho más estúpidos que él.

—¿Echar el ojo? —Teresa arrugó la nariz en una mueca indignada—. ¡No le he echado el ojo, me he enamorado! Izzy, amiga mía, tenemos que encontrar a alguien para que vivas una apasionada historia de amor. Eres siempre tan sensata y tan… tan… alegre… ¡Tu actitud no resulta nada poética!

—Estoy segura de que existen muchas poesías alegres —repliqué complaciente—. Piensa en los narcisos de Wordsworth, por ejemplo; no hay nada más alegre que un narciso, ¿no crees?

Teresa soltó un bufido que interpreté como una crítica corrosiva del talento como poeta de Wordsworth. Suspiré satisfecha: había logrado desviar su atención.

Por suerte, la conversación se cortó de golpe cuando las luces del teatro se amortiguaron. Las voces se fueron apagando hasta que reinó el silencio. Busqué a Wyncham con la mirada y lo localicé enseguida; Maud, por su parte, había desaparecido. Mientras lo observaba, se llevó la mano al pecho con expresión ausente y palpó el exterior del bolsillo en el que estaba la carta. Tras comprobar que el papel seguía ahí, se arrellanó en su asiento.

Mis labios se estiraron en una sonrisa involuntaria. Qué agradable era la sensación del trabajo bien hecho…

La orquesta atacó la primera nota entre los aplausos del público.

Me acomodé en mi butaca, dispuesta a disfrutar de la ópera. Pero, antes de sumergirme en ella, me dejé llevar por un impulso: en la oscuridad de la sala, mientras los ojos de todos estaban clavados en el escenario, volví la cabeza y dirigí una mirada furtiva a mi espalda, hacia el palco de Max.

James Saint Clair se había inclinado hacia delante, y contemplaba el espectáculo con los brazos apoyados en la barandilla. El hecho de que disfrutara de la ópera, en vez de dedicarse a admirar a Teresa con cara de poeta atormentado, le hizo ganar aún más puntos en mi estima. Aunque, la verdad, era irónico que yo pensara aquello, cuando me disponía precisamente a admirar a su amigo.

Ignorando aquella muestra desvergonzada de hipocresía por mi parte, deslicé la mirada hasta posarla en Max…

… Y descubrí que me estaba mirando fijamente, con los ojos resplandecientes en la penumbra y el ceño fruncido. *Hasta sus cejas son atractivas*, pensé. Pero no era el momento de entretenerme en aquellas cosas; con el corazón martilleándome en el pecho, me forcé a sonreírle, y volví a girarme con placidez hacia el escenario.

No fui capaz de escuchar ni una sola nota en toda la representación.




Capítulo 4

Varias horas más tarde, Teresa me besó en la mejilla. El carruaje acababa de detenerse frente a mi casa, que, como de costumbre, estaba envuelta en la negrura más absoluta.

—¿Seguro que quieres entrar sola? —insistió, lanzando una mirada inquisitiva a la oscura fachada—. Se diría que no hay ni un alma en tu casa…

—No te preocupes —repuse alegremente—. Seguro que mi madre ha esperado despierta para que le cuente todos los cotilleos. Ya sabes que su habitación da al jardín para que no la molesten los ruidos de la calle.

—Es cierto… Y supongo que el servicio te estará esperando también —asintió Teresa—. La próxima vez, acuérdate de pedirles que dejen alguna luz encendida.

—Sí, tengo que hacerlo —respondí con una sonrisa—. Mañana iré a verte para que me cuentes todo sobre James Saint Clair.

—Ay, no veo el momento —exclamó mi amiga, olvidando al instante de qué estábamos hablando.

—¡Buenas noches, señorita Trent! —berreé dirigiéndome a la tía abuela de Teresa.

La buena señora abrió un ojo y me fulminó con él.

—No sé por qué gritas tanto, chiquilla —gruñó.

Me bajé de un salto del carruaje y agité la mano para despedirme mientras se alejaba. Luego, atravesé con prisa la verja de hierro y recorrí el camino que llevaba a la puerta de entrada. Al llegar, saqué la llave del tiesto en el que la había escondido y abrí.

El interior de mi casa estaba tan oscuro que tuve que detenerme para que se me acostumbraran los ojos. Por suerte, no hacía un frío helador, como unos meses atrás. Agradecí para mis adentros el calor de los meses de verano, en los que, al menos, no tenía que preocuparme por pagar al carbonero.

Me acerqué a la consola del recibidor para recoger la vela gastada que había dejado allí antes de salir y la encendí con una cerilla. La llama brincó, provocando una explosión de sombras que empezaron a

perseguirse por las paredes de la cavernosa sala. Con la palmatoria sujeta frente a mí, eché a andar por el corredor y bajé las escaleras hasta llegar a la cocina. Allí, dejé la vela sobre la desgastada mesa de madera, llené de agua el hervidor y lo coloqué sobre la cocina de hierro. Luego entré en la despensa, revisé los desolados estantes, cogí el bote metálico en el que guardábamos el té y lo sacudí. Aliviada, comprobé que no estaba del todo vacío, aunque al levantar la tapa vi que quedaba menos de lo que esperaba. Me resigné: que yo supiese, nadie se había muerto aún por beber té flojo.

Cuando el té estuvo hecho, dispuse dos tazas en una bandeja y subí hacia la habitación de mi madre. Para llegar allí tuve que atravesar varias salas despojadas de mobiliario, de adornos e incluso, en algunos casos, de cortinas. A esas alturas, estaba acostumbrada a aquel panorama; con tiempo, los humanos nos habituamos a todo. Hasta hacía poco, la visión de mi casa vaciada como la concha de una ostra me causaba un dolor persistente en el pecho, pero a esas alturas ya era capaz de pasearme por las desoladas salas sin que me asaltaran los recuerdos. Así eran las cosas, y lamentarse o lloriquear no serviría de nada; prefería mil veces concentrarme en solucionar las cosas que recrearme en su lamentable estado.

Al llegar a la puerta de mi madre, llamé con suavidad. La puerta se abrió de golpe para mostrar el eterno ceño de Button, la doncella.

—¿A ti te parecen horas de molestar a la señora? —me preguntó a bocajarro.

Button era la doncella personal de mi madre desde que esta era más joven que yo, y no iba a permitir que un detalle sin importancia (como, por ejemplo, la falta de fondos para pagarle un salario) la apartase del lado de «su señora». Si alguna vez había tenido otro nombre, yo lo ignoraba; para mí, había sido Button desde que la conocía. Aquel ángel gruñón no solo soportaba la hipocondría de mi madre, sino que la mimaba como si fuera una niñita preciosa e indefensa. A mí ni se me pasaba por la cabeza interferir en la relación que mantenían las dos.

—¿Ha llegado Izzy? —preguntó animada mi madre desde el fondo de la estancia, y el ceño de Button se frunció aún más—. ¡Entra, hija! Tienes que contármelo todo. ¿De verdad apareció lady Fanworth en la fiesta con su nuevo chichisbeo? Mi querida Andrea me dijo en su última carta que es doloroso ver cómo se deja cortejar por él; a estas alturas de su vida, sería de esperar que tuviera en más estima su propia dignidad. Aunque no es tan extraño; al fin y al cabo, las malas lenguas siempre dijeron que su marido y ella…

Mi madre siguió charlando alegremente mientras yo entraba y disponía el servicio de té bajo la atenta mirada de Button (que quería asegurarse de que yo no cometía ninguna afrenta imperdonable como,

por ejemplo, derramar una gota de líquido o descolocar la mesilla escrupulosamente ordenada).

El contraste entre la habitación de mi madre y el resto de la casa era llamativo. A pesar de la temperatura veraniega, aquí el fuego ardía alegremente en la chimenea impoluta. El papel de color burdeos que tapizaba las paredes estaba salpicado de cuadros, y el suelo apenas se veía bajo las coloridas alfombras. Sobre el tocador, de madera labrada y sobredorada, reposaba un jarrón con un ramo de ajadas rosas de seda. (Solo me había hecho falta insinuarle a mi madre que sus alergias estaban empeorando para que accediera a sustituir las flores naturales por otras de tela, permitiéndome eliminar de un plumazo la factura semanal de la florista).

En mitad de la estancia reposaba mi madre en una enorme cama con dosel, arropada en varios cobertores de terciopelo y apoyada en una montaña de almohadones. Llevaba puesto un delicado camisón bordado y rematado con puntillas, y un gorrito de seda atado bajo el mentón. Al otro lado había otra mesilla, esta cubierta por docenas de cartas: mi madre mantenía una copiosa correspondencia con sus amigas, quienes llegaban a enviarle seis o siete misivas al día. De hecho, me sorprendió que mi madre no estuviera ya al corriente de todo lo ocurrido en la ópera; a veces, pese a todos mis contactos, ella era la fuente de información más fiable y actualizada a la que podía recurrir.

—Madre, no creo que nadie use ya la palabra «chichisbeo» —repliqué.

Me incliné para darle un beso en la mejilla y luego me dejé caer en la mullida butaca que Button había colocado junto a la cama a petición de mi madre, para que pudiera sentarme cuando iba a verla.

—¿De veras? —repuso ella con la frente arrugada—. Pero si chichisbeo es una palabra preciosa y muy expresiva… Bueno, ¿y cómo debo llamarlo, entonces?

—Puedes decir que es su amante, supongo —respondí, y di un sorbo al té.

Mi madre suspiró.

—Ay, cómo me gustaría que el mundo dejase de cambiar… Pero supongo que la vida debe seguir su curso dejando atrás a las damas ancianas como yo.

—Mamá, sabes muy bien que no eres ninguna anciana. De hecho, la señora Tipton no se cansa de contarme lo que ocurrió en esa fiesta a la que asistimos cuando yo tenía quince años y ese general nos tomó por hermanas…

Mi madre se recostó en los almohadones con una sonrisa complacida en los labios.

—Ah, qué hombre tan entrañable… Estoy segura de que no se

había puesto los anteojos.

—Para nada, mi señora —intervino Button con energía—. Apenas aparentáis tener más de dieciséis años.

—Ay, qué zalameras sois las dos —protestó mi madre, aunque advertí cómo lanzaba una mirada al espejo que colgaba sobre la repisa de la chimenea y se atusaba el pelo—. Izzy, por cierto, tienes que hablar con la cocinera, porque este té está muy flojo.

—¿De veras? —contesté, y reprimí una mueca de mala conciencia —. Se lo diré en cuanto pueda, por supuesto.

Miré de reojo a Button, que había adoptado una expresión estoica.

Días después del entierro de mi padre, mi madre había decidido que estaba demasiado enferma para hacer vida normal y se había confinado en su cama. Al principio, todos lo achacamos a una combinación de pena y de la hipocondría que la aquejaba desde hacía años…, hasta que el doctor Roberts le diagnosticó una afección cardiaca, tan real como seria. Por prescripción facultativa, mi madre debía evitar a toda costa los esfuerzos y los disgustos; y así, desde aquel día, se había encerrado en su habitación y me había dejado a mí a cargo de gestionar la casa y el servicio.

Una casa en la que, en esos momentos, solo habitábamos ella, Button y yo. Mi madre, por supuesto, no era consciente de esto último.

Tras tantos años viendo cómo mi madre se tomaba un simple estornudo como si fuera una neumonía aguda, el diagnóstico de su enfermedad supuso una terrible sorpresa para todos, especialmente por su cercanía con el fallecimiento repentino de mi padre. La idea de perderla también a ella, a mi dulce, divertida y excéntrica madre, me parecía inconcebible. Con la advertencia del médico sobre los disgustos aún resonando en nuestros oídos, Button y yo nos pusimos de acuerdo: *Ojos que no ven, corazón que no siente,* nos dijimos, y a partir de ahí nos esforzamos por mantener intacta la pequeña burbuja en la que mi madre vivía. Dada su afición a la correspondencia y al pudor que le impedía invitar a sus amigas para evitar que la vieran así, mi madre aceptó alegremente su nueva existencia, ayudándome sin saberlo a mantener mi reputación intacta y los secretos de la familia ocultos.

De hecho, nadie conocía toda la verdad sobre mi situación.

Nadie, quizá, salvo la señora Finch.



Capítulo 5



En este punto de la narración debería aclarar varias cosas.

Mi padre era un hombre adorable: simpático, amable, inteligente…, pero despistado. El linaje de los Stanhope tenía siglos de historia a su espalda y, gracias a ello, mi padre había heredado una pequeña propiedad y una fortuna que había conocido mejores tiempos. Además, poseía una característica peculiar: le fascinaban las cerraduras. Se pasaba horas manipulando cerrojos de todo tipo, y en mi infancia, mientras las demás niñas estaban ocupadas jugando a las muñecas, me había regalado un manojo de ganzúas resplandecientes. Pronto me enseñó a usarlas, retándome a abrir cerraduras en un tiempo determinado o haciendo carreras entre él y yo. Nunca se me borraría de la mente la primera vez que lo vencí a la tierna edad de doce años: la expresión de su rostro mientras me miraba era de un orgullo puro y resplandeciente.

Gracias a su destreza, numerosas empresas lo contrataban para que las aconsejase en materia de seguridad, lo cual le proporcionaba unos ingresos considerables. Por supuesto, mi padre no lo divulgaba, ya que no era propio de un barón trabajar para ganarse la vida. De hecho, su discreción era tal que ni siquiera lo sabíamos los demás miembros de la familia… Al menos, hasta la noche que murió de forma repentina mientras dormía.

A sus ocho años, mi hermano Henry se convirtió en el nuevo barón. Mi madre quedó destrozada, incapaz de ocuparse de ningún asunto práctico, y yo me encontré de improviso en posesión del gran secreto de mi padre: la familia Stanhope estaba a un paso de la ruina.

Mi hermano estaba interno en un colegio al que habían asistido los varones de la familia desde hacía siglos. Por suerte, le encantaba aquel lugar, y su matrícula estaba pagada hasta final de curso. Pero esa era la única ventaja de nuestra situación, que el abogado me explicó en términos claros y simples: las iniciativas financieras que había tomado mi padre para tratar de reconstruir la fortuna familiar habían sido un desastre sin paliativos. Mi padre podía poseer muchos talentos, pero, desde luego, entre ellos no se contaba el de saber dónde invertir. Lo

había perdido todo, malgastando grandes sumas en un esfuerzo por compensar las primeras pérdidas y derrochando en el proceso la dote de mi madre e incluso la que tenía reservada para mí. Lo único que nos había salvado de la ruina absoluta eran los ingresos que obtenía por su trabajo, y su repentina muerte nos había dejado expuestos por completo.

—Creo que su padre pensaba que tenía todo el tiempo del mundo para enderezar la situación —afirmó el abogado con un suspiro—. Estaba convencido de que en cualquier momento ocurriría algo providencial que lo arreglaría todo.

Tenía razón: mi padre siempre había sido un optimista irredento. Pero, en este caso, su optimismo había carecido de fundamento, y solo había servido para legarme una maraña de complicaciones que yo debía desenredar.

Lo primero que hice fue contactar con las empresas para las que había trabajado mi padre. Al fin y al cabo, me había formado con él como si fuera su aprendiz; de hecho, a esas alturas incluso lo había superado. Pero, por supuesto, ninguna de ellas aceptó contratar a una mujer, y menos a una dama de la alta sociedad que (como afirmaba una de las respuestas que recibí) habría debido «ocuparse de asuntos más importantes como, por ejemplo, encontrar marido».

Pero ni siquiera eso era tan sencillo. Aunque yo estaba dispuesta a casarme para salvar a mi familia de la ruina, no es que hubiera muchos candidatos a mi alrededor: la hija menuda y feúcha de un noble poco importante no suponía una perspectiva especialmente atractiva. Si añadíamos a eso que no tenía ni un penique y que debía mantener a mi familia, mi atractivo como posible esposa era menos que inexistente. Y yo era incapaz de mentir: si algún pretendiente me proponía matrimonio, tendría que revelarle la verdad. Al fin y al cabo, se vería obligado a mantener a mi madre y a mi hermano, al menos hasta que él obtuviera la mayoría de edad…

De modo que convertí a Button en mi confidente, despedí a los demás sirvientes de la casa y me dediqué a buscar la forma de dar a mi madre la vida a la que estaba acostumbrada, pagar la escuela de Henry y mantener la casa familiar…, al menos, durante el futuro previsible.

Fue más o menos por aquella época cuando dejé el luto y regresé a los eventos sociales. Por más que mi madre ignorase cuál era nuestra situación real, estaba tan interesada como todas las madres en casar bien a su hija; y así, empezó a utilizar su red de amistades para asegurarse de que me invitaban a las fiestas y para seguir de cerca mis (más que escasos) progresos.

—Isobel, hija, no me explico cómo te has podido convertir en una muchacha tan discreta y aburrida —me decía a menudo con un

suspiro—. En mis tiempos, nada me gustaba más que disfrutar de las fiestas.

Era cierto. Tras su puesta de largo, mi madre había sido la revelación de la temporada, como contaba siempre mi padre mientras ella fingía avergonzarse de su relato. Era fácil comprender la razón; aunque su figura era tan menuda y delgada como la mía, ella tenía un temperamento alegre y chispeante y un rostro de querubín con ojos violetas y cabello dorado. Podría haber sido el ángel que rematara un árbol de Navidad; de hecho, a pesar de lo modesto de su dote, podría haber elegido el marido que hubiera querido. Si se había casado con mi padre era por una razón muy sencilla: los dos se habían enamorado instantánea y perdidamente. Mi padre, un muchacho tímido y aficionado a los libros que odiaba los eventos de sociedad, la había divisado al otro lado de una sala abarrotada de gente, se había acercado y le había pedido que le reservara todos los bailes de la velada. Los dos se pasaron la noche entera dando vueltas por la pista, ajenos a las miradas escandalizadas de todos los que los rodeaban, seguros de que nunca más se separarían y sin hacer nada más que sonreír, charlar y bailar.

Era una historia preciosa, y yo jamás me cansaba de escucharla. Pero mientras daba vueltas en la cama tratando de hallar una solución a los problemas de mi familia, no dejaba de pensar que un amor así, tan abrumador y mutuo, era algo muy poco frecuente.

Yo siempre había sido una persona sensata y alegre, una optimista que confiaba en que todo se arreglase por sí mismo; igual que mi padre. Sin embargo, su fallecimiento y la enfermedad de mi madre supusieron para mí un duro golpe y, por primera vez en mi vida, sentí que me oprimía un nubarrón oscuro que no era capaz de ahuyentar.

El pánico empezó a apoderarse de mí cada vez que asistía a bailes o acontecimientos multitudinarios. De pronto, sentía que me faltaba el aire; mis manos se ponían sudorosas y luego empezaban a hormiguear, y los latidos de mi corazón se disparaban. Era como si toda la pena y la preocupación que sentía se enroscasen en mi pecho y empezaran a apretar hasta quitarme la vida.

Así era como me sentía la noche en que hui de una fiesta y me enamoré de Max Vane.

La noche en que conocí a Sylla y mi vida cambió para siempre.

Yo estaba en el tocador de señoras. Aunque, en apariencia, estaba tratando de quitar un hilo de los bajos de mi vestido, lo cierto era que me había refugiado en aquella sala cálida y silenciosa como un animalillo salvaje que necesitara hibernar. Tenía que alejarme de aquella multitud de desconocidos para digerir lo que acababa de ocurrirme en el jardín, recordar la risa de Max Vane y reflexionar sobre la locura repentina que se había apoderado de mí.

De pronto, Sylla Banaji entró en el tocador. Yo la conocía de vista, por supuesto, pero nunca nos habían presentado. Aquella noche estaba espléndida, con un lujoso vestido de color burdeos y unos pendientes de zafiros. Se dirigió sin dudar hacia la rasposa *chaise longue* tapizada en la que yo me había acomodado, se detuvo frente a mí y me escrutó con la mirada calculadora de un comprador en busca de un buen caballo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le pregunté yo en un tono no especialmente cortés, porque a esas alturas tenía los nervios de punta.

Sus pestañas aletearon mientras ella buscaba algo en un bolsillo de su vestido (*¡Un vestido con bolsillos!*, pensé maravillada). Por fin, sacó una tarjeta blanca y me la ofreció con la punta de los dedos.

—Esto es para usted —dijo con tono seco—. No deje de acudir.

Y, sin más, se dio la vuelta con un revoloteo de su falda burdeos y salió dejando una estela de aroma a gardenia.

Examiné lo que me había entregado. Más que una tarjeta de visita, parecía la de un profesional.

LA PAJARERA
Señora Finch
Propietaria
Saint Andrew's Road, nº1
LONDRES

Las letras negras resaltaban en relieve sobre la gruesa cartulina. En el reverso había algo escrito: «*Miércoles, a las cinco de la tarde*».

Aunque no sospechaba de qué podía tratarse aquello, sentí un cosquilleo en las yemas de los dedos, y un extraño calor bailoteó por mi espalda. Era… ¿expectación? No sabía qué podía aguardarme en la Pajarera, pero no me cabía duda de que estaría allí a la hora indicada. Respiré hondo, y la chispa de esperanza que había prendido en el interior de mi pecho se avivó. Tal vez aún no fuera una hoguera, pero al menos ya era una llamita.

Pensar en el día en que había descubierto la Pajarera me recordó que mi jornada laboral aún no había terminado. Por muy agradable que fuese charlar con mi madre, aún me quedaban tareas que cumplir.

—Será mejor que me retire y te deje descansar —afirmé, y bostecé sin necesidad de fingir.

—Es cierto, la señora está un poquito pálida para mi gusto —convino Button, y estiró los cobertores hasta dejarlos impecables.

Examiné el rostro de mi madre con más atención y fruncí el ceño preocupada: tenía mal color y parecía fatigada. Curiosamente, a pesar

de su tendencia a convertir cualquier resfriado en un caso potencial de gripe española, cuando mi madre sufría síntomas más preocupantes tendía a quitarles importancia.

—Estoy perfectamente —aseguró, y mi preocupación creció hasta atenazarme el vientre.

Supongo que mi cara traslucía la inquietud que sentía, porque mi madre me acarició la mano como si quisiera tranquilizarme y la expresión de Button se suavizó.

—No se preocupe, señorita —dijo con firmeza—. No es nada que no pueda aliviar un buen sueño; para mañana, su madre estará fresca como una rosa.

—Bueno, no sé si eso no será un poco exagerado —replicó ella con un suspiro—. Cuando me desperté, tenía una tortícolis terrible. Me pregunto si no deberíamos avisar al doctor Roberts… Creo que el dolor de cuello puede ser un síntoma temprano de consunción.

Disimulé como pude mi sonrisa de alivio, e incluso me pareció ver que las comisuras de Button se elevaban de forma casi imperceptible.

—Mañana veremos —zanjó ella la cuestión—. Por esta noche, puede usted arreglarse con una dosis de mi medicina.

Al oírla, mi madre se quedó en silencio y se volvió hacia mí con una mueca. Se me escapó una risita que convertí rápidamente en un estornudo, aunque no creo que pudiera engañar a Button. Su famosa «medicina», que fabricaba ella misma (vaya usted a saber con qué, aunque el médico de la familia aseguraba que no contenía nada nocivo) y conservaba en una enorme botella marrón, servía para curar todo, desde raspones en las rodillas hasta gargantas afónicas. Aunque su efectividad era más que dudosa, había algo seguro: era repugnante, con un sabor amargo y una consistencia viscosa. Cada vez que la tomaba, me imaginaba que estaba tragándome una rana. Con todo y con eso, Button estaba segura de sus bondades, y yo había llegado a tomar cariño a aquella presencia constante de mi infancia.

—Mañana por la mañana vendré a ver cómo estás —le dije a mi madre al inclinarme para que pudiera abrazarme—. Le he dicho a Teresa que iré a verla, pero no lo haré hasta la tarde.

—De acuerdo, cariño, pero no me despiertes muy temprano —repuso ella mientras se acomodaba en su mar de almohadones—. Ya sabes lo mucho que sufren mis pobres ojos con la luz de la mañana.

Palmatoria en ristre, atravesé el pasillo hasta llegar a mi cuarto. En realidad, aquella estancia tampoco estaba tan desangelada como el resto de la casa; aunque había vendido todos los objetos de valor económico, me quedaban muchos otros con un valor puramente sentimental. Además de la pequeña cama, el armario y la vieja cómoda, había colocado el banco de trabajo de mi padre bajo una ventana. Sobre él estaba dispuesta su colección de cerraduras, que yo

mantenía en perfecto estado. A esas alturas podía abrirlas con los ojos vendados, pero seguía practicando con ellas al menos veinte minutos al día, como me había enseñado mi padre. Las paredes estaban adornadas con acuarelas pintadas por mi madre durante el breve periodo de mi infancia en que se dejó llevar por sus inquietudes artísticas, con ramos de florecillas torcidas y escenas pastoriles salpicadas de ovejas borrosas. En una pared había una estantería bien provista de libros de la biblioteca circulante. El modesto mobiliario brillaba gracias a la fragante mezcla de cera y lavanda con que yo lo limpiaba, dando un aire cómodo y agradable a la estancia.

Aún había otro mueble, al que me dirigí a grandes zancadas: un baúl cerrado con llave, del que extraje un rollo de vendas, una camisa, unos pantalones, una chaqueta y una gorra de visera.

Tras cambiarme rápidamente, me miré en el espejo de cuerpo entero. En cierta ocasión había oído a alguien decir que yo era «más bien poca cosa». Aquella descripción tan poco halagüeña explicaba, también, por qué yo gozaba de un dudoso privilegio: el de ser la única mujer de la Pajarera que podía hacerse pasar por un chico de doce años.

De acuerdo, tal vez aquel no fuera el sueño típico de las muchachas de mi edad. Sin embargo, resultaba ciertamente práctico. Frente a mí, en el espejo, un arrapiezo vestido con ropas raídas me observaba. Sus grandes ojos marrones, su nariz algo respingona y cubierta de pecas y su mandíbula suave eran los míos; pero con el pelo oculto por una peluca corta del mismo marrón desvaído, la gorra bien calada y el pecho comprimido por la venda, nadie hubiera sospechado que yo era una chica. Y aunque lo hicieran, a ninguna persona en su sano juicio se le habría ocurrido relacionar a la honorable señorita Isobel Stanhope, mosquita muerta por excelencia de los eventos de sociedad, con Kes, el raterillo cuya habilidad ya era bien conocida en los bajos fondos. No, era una idea ridícula; de hecho, a mí misma me costaba creerla a veces.

Con una soltura fruto de la práctica, abrí la ventana, estiré una pierna por el alféizar y me encaramé en el soporte de la conveniente enredadera que ascendía por aquella pared de la casa. Siempre bajaba por allí para evitar que me vieran mi madre y Button; hasta ese momento había conseguido mantener mi trabajo en secreto, y no pensaba cambiar de estrategia.

Aterricé con suavidad en un parterre y me escabullí por la verja de atrás en dirección a la Pajarera, con las manos en los bolsillos y los labios fruncidos para silbar una tonada alegre.

Hacía un año, cuando la señora Finch había empezado a entrenarme para interpretar el papel de Kes, todo aquello me había resultado muy difícil. Hacía falta esforzarse mucho para desaprender

casi dos décadas de educación de señorita; pero al final lo conseguí, y ahora era capaz de caminar cómodamente con las piernas abiertas y los hombros caídos, como cualquier muchacho londinense que se dirigiera a su casa tranquilamente por la noche.

De hecho, me encantaba salir protegida por mi disfraz. Si para Isobel Stanhope era imposible pasearse sola de noche, Kes podía hacerlo sin mayor problema. Había un montón de reglas que Kes no tenía por qué molestarse en respetar, y no solo porque fuera un aprendiz de ladronzuelo. A Kes no le hacía falta controlar cómo ni con quién hablaba; no tenía por qué vestir con elegancia, caminar bien, comer con educación, leer libros edificantes, cultivar aficiones adecuadas ni observar las normas de etiqueta. Kes no necesitaba pedir permiso a nadie para hacer nada. Cuando me disfrazaba de Kes, no me sentía como un muchacho, sino como una muchacha que gozaba de la libertad reservada a los chicos. Y aquella sensación me encantaba.

Mi casa no estaba muy lejos de la Pajarera. Avancé por las calles silenciosas; aunque ya había pasado la medianoche, el aire aún estaba tibio. Ya estábamos en pleno verano, y pronto el calor sería agobiante. De vez en cuando, algún farol rompía la oscuridad con una luz amarillenta y enfermiza que se extendía en anillos brumosos. Si bien aquella parte de la ciudad seguía siendo más o menos respetable, me mantuve alerta bajo mi apariencia despreocupada, sin dejar de silbar. Aquello formaba parte de mi entrenamiento: si bajar la guardia era de necios, hacer como que la bajabas era una táctica inteligente. En caso de problemas de cualquier tipo, lo más práctico era ser imprevisible. Aunque, en realidad, no tenía ninguna intención de meterme en problemas aquella noche…

Aminoré el paso al entrar en el callejón tranquilo en el que se encontraba la Pajarera, me detuve y examiné la suela de una de mis botas, aprovechando para comprobar si alguien me miraba. La Pajarera era un lugar muy reservado, y todas las personas que trabajábamos en ella poníamos un cuidado exquisito para mantener la discreción.

Sobre la puerta colgaba un cartel escrito con caligrafía intrincada y elegante:

La Pajarera

RECURSOS PARA SEÑORAS




Capítulo 6

Recordaba muy bien la tarde en que vi ese cartel por primera vez.

Me había presentado allí el miércoles a las cinco en punto, como indicaba la tarjeta. Cuando vi el escaparate del establecimiento, el alma se me cayó a los pies. ¿Por qué me había citado Sylla Banaji en una mercería? ¿Se trataría de una pulla indirecta por el estado de mi vestuario? Eso habría sido de una crueldad innecesaria. En todo caso, ya estaba allí, y no pensaba marcharme sin haber hablado con Sylla o con aquella tal señora Finch, fuera quien fuese.

La tarde era fría y gris, y caía una leve llovizna. En el interior del establecimiento, las luces estaban encendidas, y el escaparate (lleno de grandes tarros de botones de cien colores distintos) relucía invitador. Cuando empujé la puerta para entrar, sonó una campanilla. Miré a mi alrededor, abrumada por aquella atmósfera abigarrada y cálida.

Las paredes estaban forradas de armaritos de madera resplandeciente, con cajones cuyas etiquetas proclamaban su contenido: cuentas, botones, bobinas de hilo… Aquí y allá había expuestas cintas y lazos de satén, encaje y seda en todos los tonos del arcoíris, desde un granate tan oscuro que casi era negro hasta un púrpura profundo. Del techo pendían jaulas doradas que, en lugar de pájaros, contenían flores de seda dispuestas en arreglos tan bellos como intrincados. Dejándome llevar por un impulso, metí los dedos en un cuenco lleno de botones de carey que había sobre una mesita en medio de la sala. Los botones eran suaves y estaban tan frescos al tacto como si fueran guijarros.

—¿Desea algo? —dijo una voz.

Levanté la mirada y vi a una muchacha de mi edad, más o menos, que llevaba un vestido oscuro. Estaba al fondo de la tienda, tras una mesa grande en la que reposaba una gran caja registradora. Esbozó una sonrisa y enarcó las cejas bajo su cofia de encaje blanco.

—Una conocida me entregó esta tarjeta —contesté, sin estar muy segura de lo que hacía.

Su sonrisa se ensanchó.

—Es usted la señorita Stanhope, ¿verdad? —supuso—. Y viene a

ver a la señora Finch.

—Sí, eso es.

La muchacha levantó una gruesa cortina de terciopelo que había a su espalda y vi que ocultaba una puerta. La abrió. Al otro lado había un diminuto vestíbulo que desembocaba en una escalera estrecha y empinada.

—La señora Finch la espera en el piso de arriba —explicó.

Dudé por un instante; al fin y al cabo, no sabía nada sobre aquel lugar. Si me ocurría algo, ¿qué sería de mi madre y de Henry? Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza que, precisamente, necesitaba que me ocurriera algo, y que esa era la razón de que hubiera acudido a la cita. Avancé hasta atravesar el umbral y comencé el ascenso.

La chica cerró con llave a mi espalda, lo cual no contribuyó a tranquilizarme. Aun así, me esforcé por olvidar mis temores. Por fin iba a tomar el control de mi vida… Si es que no se lo entregaba a aquella misteriosa señora Finch, claro. Fuera como fuese, tenía la extraña sensación de que mi destino había cambiado en el preciso instante en que había cruzado aquella cortina.

Al final de la oscura escalera había otra puerta cerrada, con una placa de latón en la que solo se veía la imagen de un pajarillo.

Levanté la mano, dudé un momento y luego llamé con toda la firmeza que logré reunir.

—Adelante —dijo una voz femenina, con una autoridad tan fría y abrumadora que me enderecé como un soldado en posición de firmes.

Giré el picaporte, abrí la puerta y me quedé pasmada. No sé qué esperaba ver, pero, desde luego, no era lo que me encontré. La estancia que había ante mí semejaba una salita de estar, aunque su tamaño era mucho mayor que el de una sala normal; de hecho, parecía ocupar toda la segunda planta del edificio. Las altas ventanas estaban flanqueadas por cortinas de un rojo oscuro, y la chimenea exenta que se elevaba en mitad de la estancia indicaba que, en algún momento del pasado, había habido una pared que dividía la sala en dos. Ahora, la chimenea estaba abierta a los dos lados, y la rodeaba un corro de sillas tapizadas en verde musgo y butacas de terciopelo cárdeno. Aquí y allá había sillones de aspecto invitador y mesitas bajas cubiertas de periódicos y gacetas. Frente a una de las paredes se alineaban tres mesas con sendos tableros de ajedrez salpicados de piezas, como si alguien los hubiera abandonado a media partida. También había varias estanterías abarrotadas de libros que no parecían seguir ningún orden concreto, y un piano de pie se alzaba en una esquina.

En las paredes que quedaban libres, alguien había pintado grandes murales de enredaderas y flores entrelazadas sobre el fondo blanco.

No era el tipo de vegetación que podía encontrarse en la campiña inglesa, sino una maraña de plantas sinuosas y vivaces, como flores exóticas de invernadero.

Enfrente de mí, en vez de plantas, se veían unas palabras pintadas con letras nítidas de trazo grueso:

> No soy un pájaro ni he caído presa de una red:
> soy un ser humano libre con voluntad propia.

Reconocí la frase de inmediato: era un fragmento de *Jane Eyre,* una de mis novelas favoritas (predilección causada, en gran medida, porque siempre me había identificado con su pobre, anodina, menuda y feúcha protagonista).

La mujer que había sentada en una de las butacas carraspeó, y me giré hacia ella de inmediato. Era una dama de unos treinta y muchos años, muy hermosa. Tenía el cabello, de color castaño claro, recogido en un moño que revelaba un rostro de líneas suaves. Su redondeada figura estaba envuelta en un precioso vestido azul con ribetes plateados. Sus ojos, del mismo azul profundo y brillante que la tela del vestido, contrastaban vivamente con la delicadeza del resto de su persona, ya que mostraban una mirada astuta y calculadora.

Se puso en pie con un revoloteo de tela azul y, por un momento, me escrutó de la cabeza a los pies con una mirada cuyo peso creí sentir en mi piel. Sus labios parecieron curvarse en un asomo torcido de sonrisa.

—La señorita Stanhope, supongo —dijo a modo de saludo—. Me presento: soy la señora Finch.

—Encantada de conocerla —respondí con una leve reverencia, y ella dejó escapar una carcajada seca.

—No sé si dirá usted lo mismo dentro de un tiempo. Dígame, ¿querría tomar un té conmigo? —preguntó mientras señalaba los asientos más cercanos a la chimenea, frente a los que había dispuesto un servicio de té.

—Será un placer —repuse, y me acomodé en una de las butacas como si todo aquello formara parte de mi día a día habitual.

En realidad, seguía perpleja; cuanto más me familiarizaba con aquel lugar, menos me explicaba por qué me habían invitado a acudir. Mientras me dirigía a mi asiento había divisado una colección de armas de fuego anticuadas en la vitrina de uno de los armarios, y eso había terminado de descolocarme.

—Se estará preguntando por qué la he invitado a venir hoy aquí —dijo la señora Finch, sirviendo el té con una elegancia nacida de la

práctica.

No había sido una pregunta, sino una afirmación. Aun así, asentí mientras aceptaba la taza de porcelana que me tendía.

—Sí, más o menos —respondí—. Yo no… —titubeé sin saber cómo continuar—. ¿Qué es este lugar?

La boca de mi interlocutora volvió a curvarse con el atisbo sutil de una sonrisa.

—Esto… —comenzó a decir. Se acomodó en su asiento y me dirigió una mirada sobre el borde de la taza—. Esto es la Pajarera. Digamos que se trata de un negocio y, al mismo tiempo, un… un refugio para mujeres de temperamento afín.

—¿Una especie de club privado, como los clubes de caballeros? —aventuré.

—Algo así, en efecto —asintió la señora Finch—. Aunque nuestros servicios son de índole más esencial: socorremos a las mujeres que lo necesitan.

Di un sorbo de té mientras reflexionaba sobre sus palabras. Estaba perfecto: ambarino y humeante, ni muy frío ni muy caliente, ni muy fuerte ni muy flojo.

—¿Socorren a las mujeres que lo necesitan? —repetí, y ella cabeceó en señal de afirmación.

—Como sin duda sabrá, la Ley sobre el Derecho a la Propiedad de las Mujeres Casadas, que se aprobó hace quince años, ha ayudado a solucionar algunos de los problemas más urgentes a los que nos enfrentamos, aunque no muchos. Hoy día, las mujeres casadas poseen el estatus de ciudadanas por derecho propio, no solo como una extensión de su marido, lo cual, al menos, demuestra que nuestros legisladores poseen un mínimo de sentido común —explicó con sorna, y yo asentí vigorosamente con la cabeza—. No obstante, las mujeres, tanto las que están casadas como las que no, aún nos enfrentamos a un sinnúmero de problemas que los tribunales de este país no enfocan de manera adecuada. Y ahí —remachó con una ceja enarcada— es donde aparecemos nosotras.

—¿La Pajarera?

—Exacto. La Pajarera es una agencia gestionada por y para mujeres. No divulgamos nuestra existencia; en general, son nuestras clientas quienes nos localizan, aunque a veces las localizamos nosotras a ellas. Trabajamos para mujeres de todos los estratos sociales; mientras que algunas no nos pagan, otras nos remuneran muy generosamente o realizan donaciones altruistas para que podamos seguir luchando por las personas más vulnerables. Investigamos todo tipo de casos, desde robos hasta infidelidades, pasando por algún que otro asesinato; pero, en realidad, nuestra especialidad es proporcionar a nuestras clientas la influencia necesaria para que puedan vivir su

vida de forma plena y tranquila.

—¿La… influencia necesaria? —repetí desorientada tratando de no mostrar mi alarma ante las palabras «algún que otro asesinato».

La señora Finch dio otro sorbo a su té.

—Si quisiéramos definir ese concepto en términos vulgares, supongo que podríamos denominarlo «material para chantajear». Averiguamos informaciones delicadas sobre la vida de ciertos varones y se las proporcionamos a mujeres que pueden usarlas para diversos fines, como obtener los fondos o la libertad necesarios para viajar, o retirarse a un lugar seguro donde vivir en paz lejos de su marido —Arrugó la nariz—. No diré que nuestra labor sea siempre agradable, pero me temo que es muy necesaria. Créame, no exagero si le digo que nuestras intervenciones han salvado más de una vida. Para cierto tipo de hombres, por desgracia, una esposa no es más que un objeto fácilmente reemplazable.

Sus últimas palabras me dejaron pensativa. Aquella era una idea que jamás me había atrevido a contemplar de frente, aunque llevaba tiempo rondando por mi cabeza como un dolor de muelas incipiente que me esforzaba por ignorar. Mis propios padres se habían querido con locura y, en muchos aspectos, habían sido un modelo de felicidad conyugal; sin embargo, debido en gran medida al comportamiento de mi padre, mi madre se encontraba en una situación precaria y difícil. Y no todos los matrimonios eran tan exitosos como el de mis padres: en los cotilleos de sociedad nunca faltaban historias sobre mujeres infelices o maltratadas por sus esposos. Sí, yo entendía todo eso, pero seguía sin comprender por qué me encontraba allí.

—Perdóneme, señora Finch —dije frunciendo el ceño—. Me temo que se ha equivocado. Aunque la organización que dirige me parece muy interesante, me temo que no requiero de sus servicios por el momento. Los problemas que me aquejan son… de índole diferente.

—Ah, no. Si la he convocado a esta cita no es porque crea que es usted una clienta potencial —replicó ella con tono despreocupado—. La he invitado para ofrecerle trabajo.

—¿Trabajo? —repetí en un tono de voz lamentablemente chillón.

La señora Finch, imperturbable, volvió a llenar nuestras tazas, echó azúcar en la suya y revolvió concienzudamente el líquido. El tintineo de la cucharilla contra la porcelana resonó en el silencio de la sala.

—Hace tiempo que conozco la labor que realizaba su padre —dijo al fin, y me sobresalté tanto que derramé un poco de té en mi falda—. También sé que empezó a enseñarle el oficio, y que las empresas para las que él trabajaba la rechazaron por ser mujer.

De pronto, advertí que me tendía un pañuelo de lino. Mientras trataba de secar mi vestido con él, observé que tenía un pajarillo bordado.

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunté, y ella esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus blancos dientes.

—Señorita Stanhope —repuso—, pronto comprobará que ignoro pocas cosas.

A decir verdad, no me parecía una exageración.

—Entonces, desea contratarme porque sé abrir cerraduras. ¿Es así?

—Como podrá imaginar, sus habilidades pueden resultar muy útiles para una labor como la nuestra —asintió, e inclinó la cabeza—. Por no hablar de sus contactos en la alta sociedad: usted, señorita Stanhope, puede acceder con facilidad a lugares en los que abundan las informaciones que nosotras buscamos.

Estaba en lo cierto. Por desastrosa que fuera la situación financiera de mi familia, nuestro linaje era lo bastante antiguo y respetable para seguir teniendo peso. No era raro que me invitaran a fiestas y recepciones en los hogares de hombres potencialmente interesantes para la Pajarera; y, una vez allí, ninguna cerradura podría impedirme acceder a los documentos que la señora Finch necesitara obtener. Por si fuera poco, mi apariencia física era tan anodina que la gente tendía a ignorarme, una ventaja que, estaba segura, la señora Finch no habría dejado de observar.

¿Pero de verdad sería capaz de hacer algo tan arriesgado, tan imprudente?

Mis dudas debieron de reflejarse en mi rostro, porque la señora Finch continuó sin esperar a mi respuesta:

—Por supuesto, su labor será remunerada con generosidad. Su salario será suficiente para seguir pagando el internado de su hermano, y aún le quedará una cantidad considerable —afirmó, y yo contuve las ganas de preguntarle cómo sabía cuánto costaba la escuela de Henry—. También recibirá una cantidad para comprar ropa adecuada, ya que tendrá que seguir asistiendo a los eventos sociales. Por último, le ofreceremos formación en las artes del camuflaje, la defensa personal y otras habilidades necesarias.

—Entonces, ¿de verdad quiere ofrecerme trabajo? —pregunté.

—Lo que le ofrezco es la posibilidad de convertirse en una de las agentes de la Pajarera —repuso, y dejó la taza en la mesa para ponerse en pie—. Las integrantes de esta agencia somos la última línea de defensa para muchas mujeres de este país. Nuestra labor, señorita Stanhope, es tan seria como importante, y le estoy dando la oportunidad de involucrarse en ella. Sin embargo, sería deshonesto por mi parte no… no iluminar los riesgos que conlleva. Si acepta, tendrá que mantener su trabajo en la más absoluta de las reservas, ya que actuamos en la sombra. En caso de que se haga público el más nimio detalle sobre esta agencia, la operación entera correría peligro. Por no mencionar el hecho de que, si su participación saliera a la luz,

tanto su reputación como la de su familia quedarían dañadas de manera irreparable —me espetó con una expresión tan dura como sus palabras—. Muchos hombres poderosos tienen razones de sobra para detestar lo que hacemos y lo que significamos. El mundo en el que usted ha habitado hasta ahora, y en el que desea seguir viviendo por el bien de su madre y de su hermano, no reaccionaría con amabilidad si supiera que uno de los suyos se ha dedicado a escarbar en sus pecadillos y sus secretos turbios.

Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los míos.

—El camino que hemos emprendido —continuó— es arriesgado, señorita Stanhope; pero nuestra causa es justa, y siempre he pensado que merece cualquier sacrificio. La cuestión, ahora, es saber si usted comparte esta opinión.

Sus palabras resonaron como un clamor de campanas que me atravesó el cuerpo. El trabajo que me estaba ofreciendo podía destruir nuestro nombre: el mío, el de mi madre y el de Henry. Me arriesgaba a manchar el apellido Stanhope para siempre. Hacer aquello nos llevaría al borde mismo del escándalo…

O nos salvaría.

Me puse en pie y le tendí la mano.

—¿Cuándo empiezo?




Capítulo 7

Había pasado ya un año y medio desde que yo aceptara la invitación de la señora Finch, y no me había arrepentido ni por un instante. Además del dinero, la emoción de aquel trabajo me entusiasmaba hasta la médula: la oleada de adrenalina que me invadía al terminar un encargo, la satisfacción de sentirme no solo útil, sino también necesaria… eran sensaciones que pocas muchachas de mi edad y posición social llegaban a conocer.

Así había llegado hasta esa noche en la que, transformada en Kes, me colé por la puerta trasera de la Pajarera, atravesé la trastienda y subí hacia la sala principal. Había sido un día ajetreado y, a pesar de que ya era tarde, había allí unas doce mujeres. Algunas conversaban, otras se inclinaban sobre una mesa para observar un mapa y, algo más allá, otras dos jugaban muy concentradas al ajedrez. En el aire flotaba un rumor de voces y risas, acompañado por una tonada que alguien tocaba al piano. Me dio la impresión de que habían abierto una botella de un buen whisky de malta.

Varias de ellas me saludaron mientras atravesaba la estancia; mi atuendo masculino no impedía que me reconocieran. Al llegar a la esquina, abrí otra puerta y subí una segunda escalera, esta iluminada por un simple candelabro. El ruido de la sala se desvaneció al cerrarse la puerta a mi espalda, y ascendí en silencio hasta el verdadero corazón de la Pajarera.

Era en el tercer piso del edificio donde la señora Finch tenía su despacho. También había una espaciosa sala en la que entrenábamos todo tipo de técnicas de lucha, desde la esgrima hasta tácticas para peleas callejeras; un almacén abarrotado de artefactos extraños y asombrosos; y, por último, un taller con un pequeño laboratorio. Fui directa a la oficina para presentar mi informe de lo ocurrido aquella tarde, rogando para mis adentros que el experimento de Winnie hubiera salido bien.

Al abrir la puerta, vi que era la última en llegar. Sylla, sentada en una silla de respaldo alto y recto, se examinaba las uñas; la señora Finch parecía leer unos documentos detrás de su enorme escritorio, y

Maud, con la cara limpia de colorete, estaba tirada en un desgastado sofá de estilo Chesterfield con la cabeza apoyada en el regazo de Winnie.

Las agentes de la Pajarera nos distribuíamos en grupos estables de trabajo, y aquel era el mío. Cada uno de esos equipos (a los que llamábamos «bandadas») tenía un número asignado. Nosotras formábamos la bandada número cuatro, y éramos muy eficaces. Tremendamente eficaces, de hecho.

Winnie levantó la mirada para saludarme con una de sus sonrisas dulces y desdibujadas. Dado que era la tercera hija del tercer hijo de un conde, Winnie Phillips y yo habíamos coincidido en alguna que otra ocasión antes de que yo entrara a formar parte de la Pajarera, aunque ella asistía a muchos menos eventos sociales que yo. Las dos habíamos sido contratadas al mismo tiempo y nos habíamos integrado de inmediato en la bandada de Maud y Sylla, encabezada por esta última.

Winnie era un genio, una combinación de científica y matemática de alto nivel. Poseía una memoria increíble, y era capaz de crear artefactos que nos ayudaban muchísimo en nuestras actividades. Por supuesto, nadie fuera de la Pajarera sospechaba aquello; lo único que veía la gente al mirar a Winnie era a una chica soñadora y despistada que raramente recordaba hacer cosas como cepillar su fino cabello rubio o ponerse medias no desparejadas.

Sus ágiles dedos deshacían con cuidado los enredos de la melena de Maud, mientras esta la miraba con tal arrobo que casi se oían sus ronroneos.

La mirada de Sylla se posó en mí.

—Por fin —dijo poniéndose en pie de un salto.

—¿Ha funcionado? —pregunté.

—Ya es un poco tarde para hacer esa pregunta, ¿no crees? —masculló ella.

—Claro que ha funcionado —afirmó Maud con una sonrisa de oreja a oreja. Se incorporó en el sofá y le dio a Winne un sonoro beso en la mejilla—. ¡Mi chica es una eminencia!

—Solo tuve que crear un simple disolvente para que empaparas el pañuelo con él —replicó la aludida, sonrojada.

—Y fabricar el abanico para camuflarlo —añadí, y Winnie hizo un aspaviento para quitarle importancia.

Me acerqué a la mesa de la señora Finch y observé el pañuelo, que estaba extendido en el tablero. En una de las caras había una transcripción casi perfecta de la carta de Wyncham.

—Algunas letras se han desdibujado un poco —observé, trazándolas con el índice.

La señora Finch se encogió de hombros.

—Siguen siendo legibles. Y, si la carta de Wyncham se ha emborronado, le echará la culpa a la bebida que derramaste sobre su chaqueta.

—Se la derramó él —repliqué—. Lo único que hice yo fue ayudarlo un poco.

—Fue un plan bien trazado, Sylla —aprobó la señora Finch, inclinando la cabeza hacia la líder del grupo.

Los labios de esta se afinaron levemente, como si se estuviera esforzando por contener una sonrisa.

—Podríamos haber sido más rápidas —replicó, y nos lanzó a Maud y a mí una mirada acusadora—. Las dos tardasteis demasiado en localizar la carta, y tú, Maud, te entretuviste mucho al final.

Maud resopló.

—Cómo se nota que no fuiste tú quien tuvo que quitarse de encima a ese tipo… Era un auténtico pulpo.

—Aun así, no me parece que tardaras mucho —observé yo.

—Digamos que los próximos días tal vez camine con una leve cojera —asintió ella con una sonrisa malintencionada.

Maud era, sin lugar a duda, la más dura de todo el equipo. Era una veterana en la Pajarera: había llegado a la puerta de aquel establecimiento a la tierna edad de doce años, después de que la enviara allí una amiga de su madre. Esta, una obrera sin familia cercana, había muerto, y la Pajarera había acogido a Maud, que aún vivía en una alcoba de la buhardilla.

—¿Será suficiente con esto? —le pregunté a la señora Finch, que había colocado el pañuelo junto a su máquina de escribir y se disponía a realizar varias copias del contenido antes de guardarlo en su nutrido archivo.

—Creo que sí. La carta detalla dónde se encuentran las chicas desaparecidas. Hicimos bien en suponer que Wyncham estaba actuando como intermediario, y las instrucciones que le han mandado implican a Sharpe de forma explícita. En mi opinión, no nos hace falta nada más para terminar de una vez por todas con el negocio de Sharpe —afirmó mientras flexionaba los dedos sobre el teclado—. Mis contactos en la policía ya se han asegurado de liberar a las chicas.

Me alegré de oírlo. El nombre de Andrew Sharpe había surgido mientras investigábamos varios informes sobre chicas desaparecidas en los barrios de peor reputación de la ciudad, muchachas a las que casi nadie echaría de menos. A lo largo de los tres últimos meses habíamos descubierto que el tal Sharpe estaba metido en muchos negocios turbios, y que el principal de todos ellos consistía en comprar y vender chicas jóvenes como si fueran terneras. Buscando el eslabón más débil de la cadena habíamos encontrado a Wyncham, un buscavidas en horas bajas que había empezado a trabajar hacía poco

para Sharpe, atraído por la promesa de dinero rápido y fácil. Pronto recibimos el soplo de que Wyncham había recibido una misiva de Sharpe llena de detalles incriminatorios. Y ahora, cuando la policía y la prensa recibiera aquella prueba fehaciente de sus crímenes, Sharpe tendría que responder por fin ante la ley.

—Excelente —repuso Sylla, ya de camino a la puerta—. En ese caso, nuestro trabajo ha terminado.

—¿No quieres bajar a la sala para brindar con nosotras? —le propuso Winnie, a pesar de que Sylla rara vez se unía a aquel tipo de celebraciones.

—Debería regresar a casa —replicó ella.

La sonrisa de Winnie se apagó, pero me di cuenta de que Maud parecía aliviada. No me extrañó, porque siempre resultaba difícil relajarse teniendo a Sylla cerca. Era como si pudiera sacarse del bolsillo en cualquier momento una lista de todos los errores que habíamos cometido en nuestro último trabajo para echarnos en cara nuestra incompetencia. (De hecho, lo había hecho en más de una ocasión).

Para Sylla también era más difícil mantener su ocupación en secreto que para el resto de nosotras, porque vivía en una familia abundante y activa que, de hecho, le prestaba atención. Por lo que yo sabía, cada vez que Sylla tenía que asistir a una reunión como esa, se veía obligada a poner en marcha un complejo sistema de coartadas que involucraba a varios miembros de la servidumbre y exigía sobornos varios.

—Izzy —me llamó la señora Finch cuando yo estaba a punto de salir—, ¿puedes quedarte un momento?

Vaya, parecía que mi jornada laboral no había terminado aún. Me hice a un lado para dejar que las demás salieran.

—Necesito que te asomes al King’s Head —me indicó la señora Finch sin más preámbulos—. Sally te espera allí para darte varios mensajes que me tienes que transmitir.

—De acuerdo —asentí, haciendo un esfuerzo por no bostezar. Aunque estaba cansada, sabía que mi jefa no me lo habría pedido si no fuera importante.

Descendí al salón, saludé con la mano a Winnie y a Maud, que estaban entretenidas conversando con algunas de nuestras compañeras, y les indiqué con un gesto que tenía más tareas que cumplir. Tras sonreír ante la cara de pena de Winnie y el bufido de Maud, me despedí y salí a la oscura calle.

En esta ocasión, me interné por las tortuosas callejuelas que conducían a Whitechapel y a los muelles. A pesar de la aparente despreocupación con la que caminaba, procuré mantenerme en las sombras, con el corazón alborotado y los sentidos alertas. Aun

disfrazada de Kes, aquellos barrios eran peligrosos, y habían sido el escenario de historias de horror tristemente reales.

Recordaba muy bien la primera vez que me había aventurado por aquellos lugares de noche. No iba sola, sino acompañada por otra de las agentes de la señora Finch. Los ruidos estridentes y el bullicio que reinaban en las calles principales, a pesar de lo tarde que era, contrastaban de forma abrumadora con el inquietante silencio de los callejones aparentemente vacíos, pero preñados de amenazas.

En aquella ocasión, las rodillas me temblaban tanto que había llegado a temer que me cedieran; por mucho que hubiera entrenado en la Pajarera, nada podría haberme preparado para la realidad de aquellas zonas de la ciudad. Ahora, meses más tarde, seguía desconfiando de mi entorno (con razón), pero las rodillas ya no me temblaban.

Apuré el paso: ya estaba llegando a la Back Church Lane, y al edificio estrecho y manchado de hollín sobre cuya puerta colgaba el desvaído cartel del King's Head.

La taberna estaba ocupada por su público habitual: un puñado de personajes de mala catadura que bebían ginebra y engullían las grasientas empanadas de salchicha que Sally, la mujer del tabernero (y la auténtica gestora del local, ya que su marido se dedicaba a emborracharse en el piso de arriba) preparaba en la pequeña cocina. Era un local sórdido, lleno de rincones oscuros muy adecuados para cerrar oscuras transacciones.

—Buenas, Kes —me saludó Sally con un movimiento de cabeza desde detrás del mostrador—. Siéntate y te llevaré lo de siempre.

—Muy bien, Sal —repliqué con soltura.

Elegí una mesa en el fondo de la sala y me senté de cara a la puerta para localizar posibles peligros. Apoyé los codos en la pegajosa superficie de la mesa y miré a mi alrededor procurando ignorar el olor a velas de sebo y a cerveza rancia. Una o dos personas se volvieron para contemplarme, pero no detecté nada preocupante. La gente me conocía por aquellos lares.

Una vez completé mi formación en defensa personal y dominé el arte de subir y bajar fachadas deslizándome por los canalones, la señora Finch creó para mí el personaje de Kes: un delincuente de poca monta con un talento especial para forzar cerraduras. Los ladrones con los que trabajaba eran seleccionados cuidadosamente por la propia señora Finch, teniendo en cuenta que sus planes de robo implicaran a personas de las que necesitábamos obtener cosas para nuestros propios fines. Era un plan muy astuto, como todos los que diseñaba mi jefa con eficiencia fría e implacable.

Yo me había acomodado en mi papel de ladronzuelo con una facilidad que a veces me preocupaba. Sin embargo, la conciencia de

que, como Robin Hood, desvalijábamos a los poderosos para ayudar a personas indefensas era suficiente para acallar mi cargo de conciencia. Solo robaba a hombres perversos, sujetos que poseían cosas que me hacía falta conseguir; y si alguna vez caía en mis manos algún objeto de valor, lo llevaba a la Pajarera para financiar nuestra labor, que, a su vez, consistía en proteger a las víctimas de aquellos hombres. De hecho, aquel aspecto no me preocupaba en absoluto, aunque el temor a que me pillaran con las manos en la masa siempre añadía un elemento de tensión a mi trabajo.

La señora Finch no exageraba ni un ápice al decir que mi labor en la Pajarera podría destruir para siempre el buen nombre de los Stanhope, si salía a la luz. La hija de un barón correteando por Whitechapel, vestida de chico y robando a otros miembros de la aristocracia… Si me descubrían, lo más probable era que me encerraran en la cárcel de Highgate de inmediato. Eso, sin tener en cuenta lo que podría ocurrirles a mi madre y a Henry… Me jugaba tanto con aquel trabajo que me daba la impresión de caminar constantemente por la cuerda floja. Y, aun así, mentiría si dijera que no me divertía lo que hacía, a pesar (o incluso a causa) del peligro que entrañaba.

Sally apareció a mi lado, con una pinta de cerveza aguada en una mano y una empanada de salchicha envuelta en papel en la otra.

—Aquí tienes —indicó mientras deslizaba ambas cosas por la mesa.

Me saqué una moneda del bolsillo, se la metí en la mano y miré cómo se alejaba con aire atareado.

Retiré con cuidado el envoltorio de la empanada, doblé el grueso papel varias veces y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Hecho esto, dediqué toda mi atención a comer. A esas alturas estaba muerta de hambre, y, siempre y cuando no me detuviera a pensar de qué estaban rellenas realmente las empanadas de Sally, lo cierto era que resultaban muy sabrosas.

Acababa de dar un sorbo a mi cerveza, y me estaba preguntando si ese sería un buen momento para escabullirme sin llamar la atención cuando un hombre se sentó frente a mí.

Era alto y enjuto. Iba vestido con ropas oscuras y raídas, y bajo su cabello rubio y grasiento asomaba un rostro afilado. En el dorso de la mano con la que sostenía su cerveza se veían varios puntos tatuados. Yo conocía su reputación, pero jamás había hablado con él.

Di un trago largo, sin dejar de mirarlo, y me recosté en mi asiento.

—Rook, ¿verdad? —dije, adoptando la voz ronca que usaba para hacer de Kes—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Me han dicho que manejas bien la ganzúa —contestó Rook con una voz rasposa que era poco más que un susurro—. Podría tener un encargo para ti, si estás interesado.

—Puede que sí —repliqué con indiferencia fingida; si Rook tenía en mente un trabajo que requería abrir cerraduras, era muy posible que le interesara a la señora Finch—. ¿De qué se trata?

Rook se acomodó en la silla, imitando mi postura, y me escrutó con los labios fruncidos como si quisiera calcular hasta dónde necesitaba contarme. Si me revelaba demasiados detalles, yo podría esquivarlo y dar el golpe por mi cuenta; si me contaba demasiado poco, tal vez no lograra despertar mi interés.

—Un tipo me ha encargado que trinquemos una joya —dijo al fin —. Dice que en la casa hay muchas más cosas de valor, pero a él solo le interesa una pieza. El resto nos lo podemos quedar. Además, nos puede ayudar a colarnos. Es dinero fácil, pero necesito a alguien que ande listo con la pescada para entrar y salir rápidamente.

—¿Y por qué quiere solo una pieza? —repliqué.

Rook se encogió de hombros.

—Yo qué sé… No se lo he preguntado. Él también es un pez gordo. Dice que solo le interesa un broche con un rubí; según él, ni siquiera es la pieza más valiosa de todas. Es un buen golpe, uno de los gordos.

Así que un hombre importante pretendía organizar un robo para conseguir una sola joya… Desde luego, la cosa sonaba interesante. Estaba a punto de hacer otra pregunta cuando vi que alguien entraba por la puerta de la taberna. Me quedé helada, con los ojos abiertos de par en par. Rook, intrigado, giró la cabeza para seguir mi mirada.

De pronto masculló una blasfemia, se puso en pie y se dirigió a la puerta trasera sin molestarse en decir adiós. Yo apenas me di cuenta: estaba demasiado ocupada contemplando a los recién llegados.

De pie junto a la puerta estaban James Saint Clair y Max Vane.




Capítulo 8

Parpadeé, atónita. ¿Qué pintaba el duque de Roxton en uno de los antros de peor reputación que había en el East End de Londres? Era evidente que tanto Max como James se habían esforzado por pasar inadvertidos: en lugar de las levitas a medida con las que habían ido esa misma tarde a la ópera, se habían puesto sendos gabanes oscuros y unas gorras bien caladas. Sin embargo, todo en ellos resultaba demasiado limpio y lujoso para aquel entorno. Si en los salones de la alta sociedad los dos amigos ofrecían una imagen imponente y casi peligrosa, allí… En fin, allí parecían exactamente lo que eran: un par de jóvenes ricos que no tenían ni idea de dónde se habían metido.

Los dos caminaron hasta una esquina y ocuparon una mesa libre. El rumor de conversaciones no se interrumpió, y nadie se volvió para mirarlos. Sin embargo, resultaba evidente que todos los presentes estaban pendientes de ellos, con una atención que bullía amenazando con derramarse en cualquier momento como una cacerola llena de leche hirviendo.

—¿Qué va a ser? —preguntó Sally con aspereza inclinándose sobre ellos.

—Una pinta de media y media —contestó Max con voz ronca, imitando de forma bastante convincente el acento de los parroquianos. Me sorprendió que conociera siquiera la existencia de aquel brebaje, que consistía en una mezcla de cerveza negra y rubia a partes iguales.

—Lo mismo para mí —gruñó James.

Sally fue al mostrador para servir las bebidas y Max y James se acomodaron en el banco corrido, acercándose de vez en cuando para conversar en voz baja. La tensión que reinaba en la sala se fue disipando poco a poco.

Levanté la mano para pedirle a Sally que me rellenara la jarra y me incliné para sacar una navaja de mi bota. Luego, extraje de un bolsillo un trozo de madera que había empezado a tallar en forma de oso, más o menos. Bueno, lo cierto era que tenía intención de hacer un oso, aunque era posible que acabara siendo una gallina. Tallar madera no era uno de mis fuertes, pero la señora Finch me había enseñado que,

en momentos como aquel, convenía tener algo entre las manos para que no se notara qué estabas mirando realmente. De hecho, en aquel momento la táctica me venía muy bien para evitar hacer cosas como quedarme pasmada en un bar peligroso mirando al hombre que me tenía sorbido el seso.

Durante diez minutos, Max y James se dedicaron a sujetar sus bebidas. Entonces, dos tipos entraron en el establecimiento. No era la primera vez que los veía, y sabía que no solo les gustaba meterse en peleas, sino que a menudo lo hacían por encargo. Durante un instante, clavaron los ojos en Max y James.

El ambiente de la taberna volvió a tensarse como una cuerda de piano a punto de saltar. Miré a Max, sin saber si se estaría dando cuenta. Si era consciente, desde luego, no lo demostraba. Recorrió la sala con la mirada y, por un momento, se fijó en mí antes de apartar la vista.

No sabía qué podían estar esperando Saint Clair y él, pero, desde luego, no parecía que se fuera a cumplir. Ya era tarde, más de la una de la mañana. James debió de llegar a esa misma conclusión, porque susurró algo al oído de Max y este asintió torciendo el gesto.

James se llevó la mano al bolsillo, sacó un par de monedas que depositó en la mesa y se levantó, seguido de su amigo. Los dos se encaminaron a la puerta y salieron.

Un par de segundos más tarde, los camorristas que acababan de entrar se pusieron en pie y se dirigieron a la puerta con aire indiferente.

Miré a Sally y ella puso los ojos en blanco. Tenía razón. Si un par de tipos se metían en una bronca estúpida con otros dos tipos tan tontos como ellos, no era cosa mía. Solo que… uno de aquellos tipos era Max.

Vacilé por un momento. Sabía lo que me habría dicho la señora Finch: que lo más sensato era dejar que Max Vane resolviera sus problemas por sí solo y regresar a paso ligero a la Pajarera, para entregarle a ella el mensaje que guardaba en mi bolsillo.

Me incorporé y caminé hacia la salida. Back Church Lane era una calle larga, angosta y mal iluminada, llena de zonas sombrías. Como ya esperaba, al asomarme vi que Max y James se habían metido en problemas.

Los dos tipos de mala catadura debían de haber dejado a más miembros de la banda apostados en el exterior, porque mis dos amigos se enfrentaban hasta a seis hombres en una pelea encarnizada. Para mi sorpresa, estaban aguantando el tipo: James acababa de asestar un gancho de derecha a uno de sus atacantes, que casi había quedado fuera de combate. Max, por su parte, estaba enzarzado con uno de los más fornidos y, si el combate hubiera sido de uno contra uno, creo

que habría llevado las de ganar. A pesar de la corpulencia de su contrincante, Max era más alto que él, y le estaba dejando bien claro que su cuerpo era puro músculo. Pero, en ese momento, un séptimo atacante se unió a la refriega.

Suspiré y me lancé de cabeza al combate. Sin pararme a pensar, bloqueé con el antebrazo un puñetazo dirigido a la espalda de Max. Luego me giré y le asesté una buena patada en la entrepierna a mi sorprendido adversario, que se derrumbó con un ruido a medio camino entre un jadeo y un aullido. Max se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué se supone que…? —empezó a decir, pero se interrumpió cuando uno de los asaltantes (un matón llamado Nero) le atizó un puñetazo en la mandíbula.

—¡No te despistes, narices! —gruñí, y saqué la navaja de mi bota para atizarle un tajo a Nero en el muslo.

Aunque solo le hice un corte superficial, el matón dejó escapar un grito de alarma: era evidente que no se esperaba que les respondieran con armas blancas. Me miró atónito, como si me viera por primera vez. Yo no tenía reputación de tipo violento (la señora Finch había dejado bien claro que teníamos que aprender a defendernos, no a atacar), pero a esas alturas sabía manejarme en una pelea. Sequé la sangre de la hoja en la manga de mi chaqueta parda y miré a Nero, imperturbable.

—Yo que tú no me metería en esto, Kes —gruñó él—. Tenemos instrucciones.

—Yo también las tengo —repliqué con una sonrisa helada.

Al oír eso, se quedó pensativo por un instante. Era bien sabido que yo tenía amigos en las altas esferas del hampa (en las bajas esferas, mejor dicho). Finalmente, apretó los puños en un gesto de impotencia, asintió y echó a andar arrastrando los pies.

—¡Vamos, muchachos! —ladró mientras se alejaba.

Sus compañeros retrocedieron lentamente, fulminándome con la mirada.

Max, por su parte, me contemplaba como si pensara que yo había caído del cielo. James, a su lado, estaba inclinado con las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el aliento tras un golpe en el estómago.

Oí un ruido de pisadas que se acercaban a la carrera. Debían de ser refuerzos para los asaltantes, y tal vez estos estuvieran menos dispuestos a escuchar mis argumentos. Agarré a Max del brazo.

—Venid los dos conmigo —ordené, y eché a correr sin esperar respuesta.

Aunque mis maestras en la Pajarera me habían enseñado a defenderme, lo más importante que había aprendido con ellas era

cuándo y hacia dónde había que correr. Era una lección que me habían repetido una y otra vez: pelear sin necesidad era de necios. Así pues, me había pasado horas y horas memorizando el plano de la ciudad, y aún más horas recorriendo todas sus calles para descubrir si había algo que el mapa pasara por alto. Gracias a eso, conocía cada uno de los recovecos, rincones y callejones sin salida de Londres, lo que ahora me permitía correr sin pararme a buscar mi camino.

Por suerte, mis dos compañeros eran tan rápidos como yo. Sin embargo, a diferencia de mí, no eran menudos ni silenciosos, lo que hacía difícil despistar a nuestros perseguidores. Tuve que seguir una ruta larga y tortuosa antes de dejar de oír sus pisadas a nuestra espalda; cuando estuve segura de que nadie nos seguía, me detuve en un callejón que servía de zona de carga para un comerciante de vinos y me oculté tras una pila de cajas de madera.

Me faltaba el aire y estaba segura de que las piernas me dolerían al día siguiente por el esfuerzo, pero al menos habíamos dejado atrás el peligro (al menos, por el momento). Max debió de pensar lo mismo que yo, porque aprovechó la oportunidad para aferrarme por el cuello de la chaqueta.

—¿Quién diablos eres tú? —me espetó.

—Ah, qué buena forma de darle las gracias a la persona que acaba de salvarte el pellejo —repliqué, y le propiné una patada en la espinilla que le hizo soltarme.

Lo contemplé con mirada crítica: la carrera lo había dejado bastante más… desaliñado que de costumbre.

—El chico tiene razón —intervino James—. Eran demasiados; debían de estar esperando a que saliéramos.

Asentí para mis adentros, pero eso no resolvía la duda más acuciante: ¿quién los había enviado?

Max soltó un gruñido de frustración.

—Lo sé, maldita sea —masculló con cara de querer patear a alguien como yo acababa de hacer con él. Luego abrió las manos en un gesto de disculpa—. Lo siento, es verdad que debería agradecer tu ayuda. No sé qué habría sido de nosotros si no hubieras intervenido.

—Estaríais tirados en un callejón con una navaja clavada en la tripa —repliqué mientras me sacudía el polvo de la chaqueta—. La gente como vosotros no pinta nada en el King's Head.

Max ladeó la cabeza y me contempló con aire socarrón.

—¿Y tú quién eres para decirme dónde tengo o no tengo que estar?

Fruncí el ceño irritada.

—Soy alguien que sabe que los ricos vestidos con el gabán de su cochero no deberían meterse en un lugar así —repliqué, y resoplé al ver la cara de vergüenza que se le acababa de poner a Max—. He dado en el clavo, ¿verdad?

James Saint Clair soltó una carcajada y se volvió a su amigo.

—Te he dicho que no iba a colar —comentó, y Max se acarició la mandíbula con aire pesaroso.

—Estábamos en un aprieto y teníamos prisa… He improvisado, ¿qué quieres que te diga?

—Pues si queréis seguir improvisando, más os vale comprar gabanes de peor calidad para vuestros cocheros —comenté.

—Sí, sí, ya lo he entendido —refunfuñó Max lanzando una mirada incendiaria a su compañero, que aún seguía riéndose—. Bien, ahora que hemos aclarado ese punto, ¿podríamos pasar a las presentaciones?

Me calé la gorra un poco más para ocultar los ojos y metí las manos en los bolsillos.

—Yo soy Kes —contesté sin dar más detalles.

—Muy bien, Kes. En vista de que te has tomado el trabajo de salvarnos, ¿serías tan amable de resolver algunas dudas que tenemos? —preguntó Max, y vi que en su mano aparecía un destello plateado como si fuera un mago que sacaba monedas del aire.

—Depende de qué dudas sean —repliqué sin quitar ojo a la moneda.

Al fin y al cabo, mis dos interlocutores esperaban que me quedara fascinado por el brillo de la plata, como una urraca.

—Buscamos a un hombre alto, delgado y huesudo, de cabello claro. En el dorso de la mano derecha tiene un tatuaje hecho en la cárcel. ¿Te suena?

Contuve un respingo. ¿Qué diablos podían querer Max y James de Rook? Ahora me explicaba que se hubiera escabullido en cuanto los vio aparecer. ¿Habría sido él quien envió a los matones para atacarlos? Desde luego, no sería la primera vez que Nero hacía algún trabajito para Rook.

—Tal vez. A esa taberna van bastantes tipos con tatuajes.

—Mira, por ahora, puedes quedarte con esto —repuso Max ofreciéndome la moneda—. Si me traes alguna información sobre ese hombre, ten por seguro que puedo darte mucho más.

Mi cerebro daba vueltas a toda velocidad.

—¿Para qué lo buscáis? —pregunté sin poder evitarlo, y Max ladeó la cabeza.

—Digamos que… queremos hacerle algunas preguntas.

En su voz había un matiz peligroso, algo que no parecía propio de un caballero como él. De hecho, parecía más propio del mundo violento y despiadado en el que me movía yo por las noches.

—De acuerdo —asentí mientras le arrebataba la moneda—. ¿Dónde puedo encontraros?

—En el número veintisiete de Grosvenor Square —respondió él—. Pregunta por Roxton en la puerta.

Era la dirección de su casa, en una de las zonas más elegantes de la ciudad. Me extrañó que se la revelara a un muchacho como Kes; obviamente, algo en mi comportamiento le había hecho formarse una buena opinión.

Solté un silbido apreciativo.

—Vaya, pues sí que os habéis alejado de vuestro barrio. No me extraña que hayáis estado a punto de acabar rajados.

Al oírlo, Max esbozó una sonrisa genuina que me llegó al alma.

—Exacto…, a punto.

Y, sin más, se dio la vuelta y echó a andar, con James cojeando tras él. Observé su sombra alejándose por los adoquines mientras me hacía la misma pregunta una y otra vez.

¿Quién diablos era aquel hombre?



Capítulo 9



Para cuando volví a entrar en la Pajarera, el sol ya se esforzaba por alzarse en el horizonte y los bordes del cielo comenzaban a teñirse de rosado. Me obligué a caminar, aunque estaba a punto de quedarme dormida de pie.

Entré tambaleante en el despacho de la señora Finch y, como ya me imaginaba, la encontré esperándome. Parecía tan fresca y compuesta como si acabara de levantarse, a pesar de que me constaba que había pasado la noche en vela. Me miró sin decir nada y enarcó las cejas.

Yo sabía que mi aspecto dejaba bastante que desear. Mi chaqueta estaba desgarrada, con una manga a punto de desprenderse. La pechera de mi camisa estaba salpicada de sangre (ajena), y más sangre (esta propia) caía en un hilo de un corte que tenía en el antebrazo. Me acerqué dando tumbos a una butaca, me derrumbé en ella y saqué del bolsillo el papel que Sally me había entregado y que, por suerte, estaba intacto. Estiré el brazo dolorido y, con una mueca, lancé el papel sobre el escritorio.

La señora Finch abrió un cajón, extrajo un botiquín metálico (había uno en cada habitación de aquella casa) y me ayudó a remangarme. Luego, en silencio, limpió la herida y la vendó con cuidado. Traté de aguantar despierta, aunque se me cerraban los ojos. Sabía que estaba en buenas manos.

Ninguna de las habituales de la Pajarera parecía conocer la historia de la señora Finch, a pesar de que yo había preguntado a todo el mundo al respecto. Sin embargo, estaba claro que, en algún momento de su vida, se había formado como médica o enfermera. De hecho, era capaz de tratar eficazmente toda clase de lesiones, hasta el punto de que, en cierta ocasión, había extraído una bala del hombro de alguien sobre la mesa de aquella misma estancia (al menos, eso decían mis compañeras).

—No te muevas —me ordenó cuando di un respingo al notar el escozor del alcohol.

Aún di varios respingos más antes de que terminara la cura. Por fin, me saqué por la cabeza el andrajo en que se había convertido mi

camisa y pasé a resumir todo lo que había ocurrido a lo largo de aquella noche. La señora Finch solo me interrumpió dos veces.

—¿Un broche con un rubí? —preguntó después de que yo le contara la conversación que había mantenido con Rook—. ¿Y dices que alguien importante le encargó el golpe? —insistió, y yo asentí.

Su segunda interrupción fue para asegurarse de que yo no había contado nada de aquello a Max cuando él me había preguntado por Rook.

—Por supuesto que no le he dicho nada —afirmé—. Y, de todos modos, no logro entender qué hacía el duque de Roxton buscando a Rook en Whitechapel.

Esperaba que la señora Finch compartiera mi perplejidad, de modo que su reacción me dejó atónita.

—Ah, sí —repuso, quitando importancia al tema con un ademán—. Debió de ir por algo relacionado con su labor en los servicios de espionaje.

—Su labor en… ¿qué? —balbuceé.

Ella clavó la mirada en mí y pestañeó con lentitud, en un gesto de felino.

—Maximillian Vane —explicó— lleva varios años trabajando como agente secreto de la Corona, bajo el mando de lord Samuel Morland.

Con la boca aún abierta, traté de asimilar aquella información. Ni siquiera se me ocurrió plantearme si era fidedigna; si la señora Finch lo decía, tenía que ser cierto.

—Lord Morland —repetí, centrándome en aquella parte de la revelación por el momento—. ¿El mismo lord Morland que, según los rumores, va a ser el próximo primer ministro?

Todo el mundo había oído hablar de Morland y de su rápido ascenso en el mundillo político, que lo había convertido en una de las figuras más influyentes en Westmister. En aquel momento, que yo supiera, estaba ocupado con una nueva propuesta de ley para la defensa del país, con la que pretendía asegurarse de que los verdes y apacibles prados de Inglaterra siguieran siendo igual de verdes y apacibles mediante el extraño método de llenarlos de armas.

La señora Finch asintió con la cabeza.

—Los engranajes del poder se mueven despacio, pero Morland lleva ya bastante tiempo intentando crear una agencia de inteligencia dentro de la estructura del Estado. Le obsesiona la seguridad nacional, y estoy convencida de que sus esfuerzos llegarán a buen puerto más pronto que tarde. Por ahora, sin embargo, lo que ha logrado montar es una organización informal que gestiona los secretos de Estado. Tu duque forma parte de ella.

—¿Mi… mi duque? —tartamudeé—. No es mi duque; de hecho, apenas lo conozco. Ni siquiera sabe quién soy… —Mi voz se fue

apagando ante la mirada imperturbable de la señora Finch.

—En realidad, no te culpo, Isobel —afirmó—. Todas nos hemos sentido atraídas por una cara atractiva alguna vez en la vida.

Bajé la mirada y me fijé en sus manos. Siempre llevaba una alianza, aunque nadie sabía si el señor Finch estaba vivo o si, de hecho, había existido alguna vez. Decidí echar la prudencia por la borda.

—¿Lleva casada mucho tiempo, señora Finch? —dije.

Ella entornó los ojos.

—Me extraña que no hayas descubierto esa faceta de Vane por ti misma —repuso, haciendo caso omiso a mi pregunta—. Al fin y al cabo, pareces prestarle mucha atención.

Apreté los dientes: a la humillación de que mis sentimientos por Max fueran de dominio público se sumaba la de haber pasado por alto una cosa tan fácil de descubrir. Aquello me hería en mi orgullo profesional, y tuve que hacer un esfuerzo por reponerme.

—Entonces, doy por hecho que James Saint Clair trabaja para la misma organización —aventuré.

—Así es. —La señora Finch se recostó en la silla, tomó una pluma y empezó a juguetear con ella—. En realidad, es un recién llegado; hasta ahora, había estado varios años trabajando en Francia. Aún no sé mucho sobre él. En todo caso, el hecho de que te hayas ganado la confianza del duque puede resultarnos muy útil. Siempre viene bien tener una idea general de lo que pretende el gobierno… Más que nada, porque normalmente nosotras tenemos que movernos en dirección contraria.

Asentí con la cabeza, aunque, en realidad, estaba pensando en Teresa. La experiencia me decía que sus intereses amorosos se disipaban enseguida, pero, aun así, iba a tener que investigar un poco al tal James Saint Clair.

—Por el momento, voy a reflexionar sobre la propuesta que te ha hecho Rook y sobre qué información podemos pasar a Vane sin comprometernos —resolvió la señora Finch—. Mantén el contacto con él y averigua todo lo que puedas sobre lo que se trae entre manos. Cuando tenga algo nuevo que contarte, te avisaré.

En vista de que la reunión había terminado, me despedí con alivio. Los músculos de las piernas se me habían agarrotado mientras estaba allí sentada, y cojeé de forma lamentable durante todo el camino de vuelta a casa. Agradecí en el alma que ninguna de mis compañeras viera cómo trepaba por el enrejado que usaba para entrar y salir de mi cuarto, porque fue una operación verdaderamente indigna de los estándares de la Pajarera.

Por fin, me despojé de mis ropas cochambrosas, caí de bruces en la cama y me quedé dormida hasta bien pasado el mediodía.

Cuando llegué a casa de Teresa, ya casi había atardecido. Antes de eso había pasado con mi madre un par de horas que ella había dedicado a quejarse de sus muchas y variadas enfermedades y a preguntarme si yo creía que la peste negra iba a reaparecer en algún momento. Me alivió oírla hablar así: estaba claro que la medicina de Button había surtido efecto.

También tuve tiempo para leer una nueva carta de mi hermano Henry, llena de comentarios sobre sus partidos de críquet, las ranas que había capturado y la excursión al mar que iba a hacer con la familia de su mejor amigo. Aunque me aliviaba comprobar que, gracias al éxito de mi estrategia, mi hermano estaba feliz, aquellas cartas también me recordaban la extrema precariedad de nuestra situación. Desde luego, las elegantes familias de los compañeros de Henry se lo pensarían dos veces antes de invitar al hermano de una muchacha envuelta en un escándalo. En ocasiones como aquella, me abrumaba la conciencia de que la frágil felicidad de mi madre y de mi hermano estaba en mis manos: un solo error, una pequeña equivocación por mi parte, y todo lo que había logrado construir se derrumbaría hasta sepultarnos a los tres.

La casa de los padres de Teresa estaba a unos minutos a pie de la mía. Era una mansión elegante y confortable; aunque el padre de mi amiga no era el primogénito de la familia, la fortuna de la familia Wynter era lo bastante sustancial para que a Teresa no le faltara de nada. Wilkins, el mayordomo, me abrió la puerta y me acompañó hasta una salita de estar. Al entrar, vi que Teresa ya tenía compañía: junto a ella se encontraba lady Wynter, su abuela, que había enviudado años atrás.

Exceptuando a la señora Finch, no conocía a nadie que me impusiera más respeto que la abuela de Teresa. (De hecho, dado que a la abuela de Teresa la conocía desde que yo era casi un bebé, quizá debería encabezar la lista). Era una mujer alta y distinguida, con el cabello plateado y unos penetrantes ojos azules. Cada vez que posaba la mirada en mí, sentía que podía percibir todas y cada una de las veces que había devuelto libros con retraso a la biblioteca circulante. Caminaba con un porte rígido en extremo, y cualquier asiento que ocupara se convertía en un trono de forma instantánea.

Aquel día, lady Wynter llevaba un vestido nuevo de un gris oscuro ribeteado con cinta negra. Apenas hacía un año de la muerte de su primogénito, de modo que acababa de salir del luto riguroso. Cuando Teresa se quedó huérfana de madre a la edad de trece años, su abuela había pasado a convertirse en su carabina habitual; sin embargo, tras la muerte de su hijo, aquella labor había recaído en la tía abuela Louisa, algo que había aliviado enormemente a todas las personas implicadas, especialmente a Teresa, que siempre decía que su abuela

tenía una vista demasiado aguda.

—¡Izzy! —gritó Teresa, y se levantó de un salto de su butaca junto a la chimenea para lanzarse a mis brazos—. Creía que no ibas a llegar nunca… No vas a creerte lo que me ha ocurrido.

—Teresa, te agradecería que dejases de brincar por la sala como un cachorro —le recriminó su abuela—. No tienes ninguna razón para adoptar esa actitud; cualquiera diría que Isobel y tú lleváis años sin veros, cuando estuvisteis juntas ayer mismo.

Su fría mirada se posó en mí. Cada vez que me observaba de aquella forma, me daba la impresión de que sabía perfectamente que yo había pasado toda mi infancia dándole las verduras de mi plato a escondidas a Reginald, el carlino de Teresa.

Aparté la vista y contemplé al propio Reginald, que roncaba sobre un mullido sofá.

—Isobel —añadió lady Wynter con la cabeza inclinada—, te veo muy… pálida.

—Gracias, lady Wynter —repuse con una sonrisa—. Es usted muy amable.

La condesa viuda resopló, pero su mirada se ablandó de forma casi imperceptible.

—Es por culpa de esos vestidos espantosos —declaró—. Hacen que se te vea desvaída… Ya es hora de que dejes el medio luto, ¿no crees? A tu padre no le habría gustado verte así.

Aquellas palabras me provocaron una penetrante punzada de dolor, mala conciencia, ira y tristeza mezcladas de forma inextricable.

—Olvidar es difícil —repliqué, y señalé con la cabeza su vestido gris.

Ella volvió a resoplar, pero Teresa la interrumpió antes de que pudiera decir nada más.

—Bueno, ya está bien —dijo agarrándome de la mano—. Tu espantoso gusto en materia de moda no es lo más importante en este momento.

—¿Cómo que «mi espantoso gusto»? —protesté, echando un vistazo a la monstruosidad recargada de color verde lima que cubría aquella tarde las generosas curvas de mi amiga.

—Olvídalo, anda —replicó Teresa, que había empezado a dar saltitos impacientes—. ¡Mira esto, Izzy! —exclamó mientras señalaba un bonito ramo de rosas amarillas que reposaba sobre una mesa baja, en un florero de cristal tallado.

Reginald levantó la cabeza, observó el florero con ojos legañosos y bostezó.

Miré a mi amiga, que me contemplaba con expectación.

—Son muy… bonitas —respondí, sin saber muy bien qué decir.

—¡Las ha mandado él! —se extasió Teresa, con las manos agarradas

frente al pecho. Luego, para dar más relieve a sus palabras, se inclinó hacia atrás como si fuera a desvanecerse sobre el sofá.

—Ah, el señor Saint Clair —comprendí, y sonreí.

En el fondo, me impresionaba que a aquel hombre se le hubiera ocurrido enviarle flores entre todas sus peleas y persecuciones. O tal vez tuviera algún plan en mente… Tendría que investigar el tema.

—Bien, Isobel —intervino lady Wynter con tono imperioso—. Dado que me consta que posees un mínimo de sentido común, me gustaría conocer la impresión que te produce ese joven que, según mi querida nieta, es su alma gemela de esta temporada.

—¡Abuela! —protestó Teresa mientras yo me sentaba junto a ella entre carcajadas.

—Apenas hablé con él —confesé—, pero me pareció un joven muy agradable.

—¿Agradable? —repitieron mis dos interlocutoras al unísono, ambas con tono escandalizado.

—Qué descripción tan… tan… —empezó a decir Teresa.

—Tan imprecisa —completó lady Wynter.

—¡Exacto! —asintió Teresa, por una vez de acuerdo con su abuela.

Me eché a reír de nuevo.

—¡Bueno, es lo que me pareció! —dije—. No es que pueda ser mucho más precisa, cuando apenas hablé con él… Es guapo, viste bien, tiene cara de buena persona y es amigo del duque de Roxton. No sé más de él, la verdad. —Me encogí de hombros; también sabía que tenía un buen gancho de derecha, pero eso no era algo que pudiera decir en aquel momento.

—Ajá —replicó la condesa viuda pensativa—. En fin, no creo que tenga mucha importancia. Para la semana que viene, supongo que Teresa lo habrá olvidado en favor de algún poeta trágico o un torturado pintor de acuarelas.

Mi amiga se cruzó de brazos, y sus facciones adoptaron una expresión obstinada.

—Esta vez es diferente, ya lo verás. Había algo en él que me removió por dentro… ¿Cómo era eso que decía Catherine en *Cumbres borrascosas?* «No sé de qué están hechas las almas, pero la suya y la mía son una sola» —recitó con mirada soñadora.

—Lo malo es que hablaba de Heathcliff —puntualicé yo—, y mira cómo terminaron los dos…

A lady Wynter se le escapó una carcajada. Pero antes de que Teresa pudiera lanzarse a una defensa apasionada de Heathcliff (ese hombre que se había casado con una mujer con el único fin de tratarla con tanta crueldad como pudiera), nos interrumpieron unos toques en la puerta seguidos de los ladridos furiosos de Reginald.

Wilkins entró en la sala portando una bandejita de plata con una

carta.

—Les ruego que disculpen mi intromisión —dijo con una reverencia, y Reginald, satisfecho, se dejó caer en el cojín para retomar su siesta—. Ha llegado un mensaje para la señorita Stanhope, y el mensajero ha insistido en que es urgente.

Me incorporé de golpe, temiendo por el bienestar de mi madre. Pero, cuando abrí la misiva, vi que quien me la remitía era la señora Finch.

«Ven de inmediato», decía simplemente la carta bajo el monograma de la Pajarera. Aunque era raro que mi jefa contactara conmigo mientras yo efectuaba una visita de sociedad como aquella, no me extrañó lo más mínimo que supiera dónde encontrarme.

—Me temo que os voy a tener que abandonar —dije extendiendo las manos en señal de disculpa.

—¿Se encuentra bien tu madre? —preguntó Teresa mientras se acercaba a mí con gesto preocupado.

—Sí, tranquila. Es solo que olvidé que tenía una cita con la modista… No sé cómo he podido despistarme tanto.

—No es propio de ti, desde luego —observó lady Wynter, y me lanzó una de sus penetrantes miradas—. ¡A ver si la modista te convence de abandonar esos tonos malvas tan desvaídos! —exclamó a modo de despedida cuando yo ya me dirigía a la puerta.

Teresa, por su parte, me siguió hasta el vestíbulo. Antes de que yo saliera, me agarró con suavidad del brazo y tiró de mí hasta darme la vuelta.

—Izzy —dijo mirándome con el ceño fruncido—, ¿ocurre algo malo?

—¡No, no! —repliqué con voz alegre—. Solo que soy una cabeza de chorlito. Pero estoy deseando que me cuentes todo sobre el señor Saint Clair, de veras… Lo de las rosas ha sido un verdadero detalle por su parte, desde luego.

Esta vez, Teresa no mordió el anzuelo. De hecho, me di cuenta de que había detectado mi táctica por la forma en que entrecerró los ojos.

—Sé que te pasa algo, Izzy —afirmó—. Llevas meses comportándote de forma extraña. ¿De verdad va todo bien en tu casa? Si necesitas que te ayude en algo, lo que sea, sabes que estoy aquí. Puedes pedirme cualquier cosa.

Los momentos como ese me hacían muy difícil mantener la discreción sobre mi trabajo. Hasta hacía muy poco, entre Teresa y yo no había ningún secreto; ahora, tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para esbozar una sonrisa y buscar alguna broma con la que contestarle.

—Sí, lo sé; incluso podría pedirte que me ayudases a deshacerme de un cadáver. Pero lo único que ocurre es que soy un desastre

organizándome, de veras.

—Lo del cadáver es cierto, ¿sabes? —respondió Teresa—. Podríamos enterrarlo en mi jardín, aprovechando la oscuridad de la noche.

—Sí, y luego Reginald escarbaría hasta desenterrarlo y le llevaría a tu abuela una mano o un pie.

Teresa dejó escapar una risita.

—Y seguro que ella nos regañaría diciendo que las verdaderas damas no entierran los cadáveres a menos de dos metros de profundidad —remachó, y me eché a reír yo también.

Mi amiga suspiró.

—De acuerdo, no hace falta que me digas nada. Pero no estás sola, Izzy. Pase lo que pase, no lo olvides.

Asentí, esforzándome por tragar el nudo que se me había hecho en la garganta, y salí por fin de la casa.



Capítulo 10



Era raro que la señora Finch me convocara en la Pajarera tan poco tiempo después de haber completado un trabajo. Suponiendo que había ocurrido algo fuera de lo normal, me dirigí hacia allí a paso ligero, acompañada por el repiqueteo de mis tacones en la acera.

Para terminar de sorprenderme, encontré a todas las componentes de mi bandada reunidas en el despacho de la jefa; al parecer, yo era la última en llegar. Junto a ellas había una chica a la que yo no conocía, pálida y obviamente nerviosa, vestida con el sencillo uniforme negro de una doncella de servicio. Observé que la tela de su vestido era de buena calidad, y que, en general, tenía aspecto de estar bien cuidada y alimentada.

—Ajá —murmuró la señora Finch al verme—. Ahora que estamos todas, podemos empezar. Señoritas, esta es Lorna Smith —dijo señalando a la muchacha, que asintió con los ojos muy abiertos y aire despavorido.

No me extrañó aquella presentación tan escueta: la señora Finch nunca mencionaba nuestros nombres a las clientas de la Pajarera. De hecho, a menudo no llegábamos ni a conocerlas en persona para no poner en peligro el secreto de nuestra identidad.

—La señorita Smith —continuó nuestra jefa— ha venido para ponerme al corriente de un problema muy peculiar, y creo que merece la pena que escuchéis la historia en sus propias palabras. —Se volvió hacia la doncella y sonrió—. Discúlpame, Lorna. Sé qué para ti es difícil, pero te estaría muy agradecida si nos contases una vez más lo que te preocupa.

La muchacha, visiblemente relajada por la calidez con la que se había dirigido a ella la señora Finch, asintió.

—Por supuesto, señora. Si cree que puede servirles de ayuda, se lo volveré a contar.

Retorció las manos sobre el regazo mientras nos lanzaba miradas fugaces. Luego, tomó aliento y comenzó su relato.

—La verdad es que yo misma no le encuentro pies ni cabeza… Ni siquiera sabía si merecía la pena contárselo a alguien y, si era así, a

quién podía pedir ayuda. Pero una amiga mía me dijo que ustedes habían ayudado una vez a su señora, así que… —Su voz se quebró, y sus ojos buscaron los de la señora Finch con inquietud.

—Has hecho bien —le aseguró ella con calidez, asintiendo para animarla—: este es el mejor sitio al que podías acudir. Por favor, cuéntanos a todas lo que me has contado antes a mí.

—En la casa donde trabajo está pasando algo… extraño —explicó Lorna con voz entrecortada—. Yo soy la doncella personal de la señora, y tengo que decir que ella es una mujer con un gran corazón. Todo el mundo la quiere. Pero estoy empezando a pensar que… que alguien pretende hacerle daño. —Se mordió nerviosa el labio—. La verdad es que creo… sospecho que su marido tal vez… podría ser que… esté tratando de matarla —remachó, atropellándose como si alguien le hubiera sacado las palabras a la fuerza de la garganta.

Todas nos quedamos en silencio. Aunque no era la primera vez que nos enterábamos de algo así, siempre impresionaba oírlo.

—Lorna —susurró la señora Finch—, dinos quién es el marido de tu señora, por favor.

La muchacha la miró con expresión angustiada y, por fin, musitó tres palabras:

—Lord Samuel Morland.

Un jadeo brotó de mis labios sin que pudiera evitarlo, y me volví para mirar a la señora Finch. Ella, sin embargo, seguía concentrada en Lorna.

—Muchas gracias —repuso en voz baja—. Continúa, por favor.

Ahora que había logrado pronunciar el nombre de lord Morland, la muchacha continuó su relato con voz más firme.

—Mi señora, lady Morland, es la segunda esposa del señor. Es mucho más joven que él, y lleva casada menos de un año. Hasta hace poco, parecía un matrimonio feliz; sí, es cierto que el señor podría ser su padre, pero eso ocurre muchas veces. Y la trataba muy bien: le regalaba cosas, le gastaba bromas, la hacía reír… Lady Morland es muy buena, sería incapaz de hacerle daño a una mosca. Aunque se llama Katherine, todo al mundo la llama Kitten, como si fuera una gatita, y tienen razón. Es como una gatita dulce y amable.

Cuanto más hablaba Lorna de su señora, más firme se hacía su voz, con un matiz casi de orgullo. Traté de recordar todo lo que sabía de Kitten Morland. La había visto en alguna que otra reunión de sociedad, y lo cierto era que la descripción de Lorna encajaba con mis impresiones: a sus dieciocho años, la bella Kitten se había ganado la reputación de ser una muchacha generosa, impulsiva y demasiado ingenua para su propio bien.

—La cosa —prosiguió Lorna— es que lord Morland es un hombre importante. Su trabajo le exige participar mucho en la vida social, y

eso le viene de maravilla a mi señora. Es la esposa perfecta para un político, ¿saben? Como ya les he dicho, le cae bien a todo el mundo. Le gusta recibir a gente en su casa y organizar fiestas originales; se toma todas esas cosas como un juego en el que le encanta participar. En fin; lo que quiero decir es que, hasta hace muy poco, su matrimonio marchaba a las mil maravillas.

Se mordió el labio y se quedó pensativa unos instantes, como si necesitase decidir por dónde continuar.

—Lo que les voy a contar comenzó hará un par de semanas. Como les he dicho, lord Morland le hacía muchos obsequios a mi señora, incluso desde antes de casarse; era como si nada le pareciera suficiente para ella. Y uno de los regalos que le hizo era un broche, una joya grande y bastante anticuada con un rubí en el centro.

Un broche con un rubí… Al oír esas palabras, me quedé paralizada. Esta vez, los ojos de la señora Finch sí que buscaron los míos, pero no logré descifrar su expresión.

—Lo cierto… —siguió diciendo Lorna, de nuevo nerviosa—. Lo cierto es que a mi señora no le gustó nada ese broche, porque no encajaba en absoluto con su estilo. Pero el señor le pedía que se lo pusiera para asistir a algunas fiestas, como si le tuviera cariño a esa joya. Mi señora le hacía caso para complacerle, pero se quejaba conmigo cada vez que el broche salía a relucir. No conjuntaba con ninguno de sus vestidos, y mi señora, no sé si se lo he dicho ya, es una dama elegante y acostumbrada a vestir a su manera. Un día, en una fiesta, mi señora empezó a hablar con el duque de Devonshire, y él se encaprichó del broche. Dijo que coleccionaba objetos de ese estilo, y que le recordaba a una vieja joya de familia que se había perdido para siempre, y que daría cualquier cosa por recuperarla. Y eso, como me contó mi señora esa noche después de la fiesta, le dio una idea.

»Verán, a lord Morland le gustaría convertirse en el próximo primer ministro, y se sabe que el duque de Devonshire tiene mucha mano en esas cosas. Así que mi señora pensó que, si le enviaba el broche con una nota que dijera que venía de parte de lord Morland, podría matar dos pájaros de un tiro: por un lado, ayudaría a su marido y, por otro, se desharía de algo que no le gustaba. Tienen que entender que mi señora es así —afirmó Lorna, enfática—: generosa, desprendida… Como nunca le ha faltado de nada, basta con que alguien diga que le gusta una de sus cosas para que se la regale. Lo hace sin pensárselo dos veces… Más de una vez me ha dado alguno de sus vestidos solo porque le he dicho que me parecía bonito, y eso que no soy más que su doncella.

—¿Y le pareció bien a lord Morland que regalase el broche? —preguntó la señora Finch.

—Para nada, señora —replicó Lorna, y empalideció—. Jamás había

visto a nadie ponerse tan furioso. Se puso a gritar y a chillar tan fuerte que pensé que la iba a matar allí mismo. Le dijo que era una necia y que no tenía derecho a desprenderse de aquella joya; que todo lo que ella poseía, incluso los alfileres de su costurero, le pertenecía a él, y que se arrepentiría de haberse entrometido en sus planes. Después de eso, mi pobre señora se pasó varias horas llorando. Al final, el señor se arrepintió, le pidió perdón y le dijo a mi señora que no pensara más en ello. Yo creí que la cosa iba a quedarse ahí… —Lorna exhaló un suspiro tembloroso.

»Pero eso ocurrió hace casi dos semanas y, desde entonces, en la casa ocurren cosas muy extrañas. Al principio, parecía que la vida seguía como de costumbre. Pero, entonces…, muchas cosas empezaron a extraviarse. Eran objetos de poco valor: la labor de bordado de mi señora, el libro que estaba leyendo, sus zapatos preferidos… Nada parecía estar donde ella lo había puesto. Los objetos siempre terminaban por aparecer, pero en lugares diferentes, como si mi señora los hubiera dejado allí y se hubiera olvidado.

»Al principio le hacía gracia; decía que siempre había sido despistada. Pero luego siguió pasando una y otra vez, y eso empezó a asustarla. Sobre todo, porque entonces comenzó a olvidarse también de sus compromisos. Hace semanas que aparecen visitantes un día sí y otro también sin que mi señora se lo espere, y el señor le dice que los ha invitado ella hace tiempo. Al final, todo sale bien: el señor se ríe y le quita importancia, pero yo noto que mi señora está cada vez más inquieta. El otro día me pidió que la arreglase para un almuerzo importante y, cuando bajó al comedor, el señor le dijo que se había equivocado y que no tenían nada previsto. Está tan preocupada que ha empezado a tener pesadillas y a ver cosas raras por la noche. A menudo se despierta gritando, y dice que hay alguien en su habitación, pero cuando los criados buscan, no encuentran a nadie.

Observé a mis compañeras. Los labios de Sylla se habían afinado hasta convertirse en una línea, Maud parecía contener su indignación e incluso la dulce Winnie mostraba una expresión sombría.

—Mi señora ha cambiado —concluyó Lorna con voz casi inaudible —. Ha sido algo muy rápido: en las últimas dos semanas, ha dejado de ser una mujer alegre y llena de vida para convertirse en una sombra de sí misma. Si esto continúa, tengo miedo de que ocurra algo terrible. Lord Morland llama al médico casi todos los días para que la examine, y ayer mismo oí que los dos hablaban de enviarla a un sanatorio. Decían que era solo para que descansara una temporada; pero yo sé cómo son los sitios a los que mandan a las damas que padecen de los nervios, y mi señora lo sabe también. Estoy segura de que el señor la está castigando por haber regalado ese broche. Y luego está lo de su primera esposa, claro…

La mirada de la señora Finch se afiló al oír aquello.

—¿Qué le ocurrió a la primera lady Morland? —preguntó Maud.

—Sufrió un accidente —contesté yo, esforzándome por recordar lo que mi madre me había contado sobre aquella tragedia ocurrida un par de años atrás—. Se cayó por las escaleras, creo.

Lorna volvió a morderse el labio y asintió.

—Sí, así fue. Era una dama muy tímida y retraída, por lo que dicen mis compañeras; todo lo contrario de mi señora, a la que le encanta hacer de anfitriona para los amigos importantes del señor. La primera mujer de lord Morland no habría valido para eso. Todo el mundo dice que a él se le rompió el corazón con su muerte, pero siempre me ha extrañado que se pusiera a buscar otra esposa nada más salir del luto. Y menuda dote le proporcionó mi señora, por cierto… En fin, no sé qué pensar. —Suspiró y se arrellanó en la silla—. Bueno, pues eso es todo. Ni siquiera estoy segura de que esté ocurriendo nada raro de verdad, pero, desde que él se puso así de furioso con ella, empecé a olerme que algo iba mal. Y no voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que mi señora se haga daño, a que el señor la mande a un sanatorio o… o algo peor.

—Has hecho muy bien en acudir a nosotras —le aseguró Sylla con gesto serio, haciéndose eco de lo que había dicho la señora Finch poco antes.

—Entonces, ¿podrán ayudarnos? —preguntó Lorna enderezándose en la silla con un atisbo de esperanza en la voz.

—Por supuesto —aseveró Sylla mientras Winnie se inclinaba para estrechar la mano de Lorna.

—Nos ocuparemos de esto —afirmó Maud.

—Es nuestro oficio —añadí yo.

Lorna se dejó caer desmadejada en su asiento y rompió a llorar como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. La señora Finch le ofreció un pañuelo y la ayudó a levantarse. Luego, la acompañó hacia la puerta del despacho mientras le murmuraba palabras de consuelo. Las demás aguardamos en silencio a que nuestra jefa regresara.

—Ya me gustaría ponerle la mano encima a ese tal Morland —gruñó Maud.

—Ponte a la cola —replicó Sylla con voz gélida.

—Pobre mujer —suspiró Winnie—. Debe de pensar que se está volviendo loca. Está claro que su marido pretende hacer que se derrumbe para poder encerrarla. Y todo por el asunto del broche… Parece exagerado, ¿verdad? ¿A qué creéis que se debe? ¿Será un asunto de dinero?

—Todos los asuntos tienen que ver con el dinero al final —repuso Maud con un pesimismo nacido de la experiencia.

—Pero Morland es una figura pública… No le conviene que la gente empiece a murmurar que su esposa está en el manicomio —reflexioné en voz alta.

—No creo que lo plantee de ese modo —replicó Sylla—. Dirá a todos sus amigos de la alta sociedad que su mujer está delicada y que la ha enviado a un balneario en algún lugar del continente para que descanse. Si juega bien sus cartas, incluso puede quedar como un marido atento y generoso.

—Bueno, eso es lo que hará si nosotras no intervenimos. ¿Se te ocurre algún plan? —dijo Maud dirigiéndose a Sylla, quien empezó a pasear por la estancia.

—En primer lugar, necesitamos tener a una de nosotras en la casa. ¿Podríamos meter a Maud como doncella? Si pagáramos a Lorna para que se ausentase unos días… Podría decir que tiene una emergencia familiar, o algo así.

La señora Finch se quedó pensativa por un momento.

—Sí, creo que no habrá problema —asintió al fin—. Los Morland contratan a todo el servicio a través de la agencia Wright; puedo hablar con la señora Wright personalmente.

Era obvio que, si hacíamos aquello, la elegida tenía que ser Maud; de hecho, aquel era uno de los factores que la hacían una pieza imprescindible de nuestro equipo. Maud provenía de un mundo distinto al nuestro, y eso le permitía deslizarse por los recovecos de la alta sociedad sin que nadie reparase en ella, camuflando con una sonrisa el caos que provocaba a su paso. A Maud parecía encantarle interpretar aquel papel; sin embargo, a veces me preguntaba si en el fondo no le dolería distinguirse de aquel modo de las demás.

—Con Maud en la casa, podremos comprobar si realmente hay gato encerrado —continuó Sylla—. Incluso podríamos obtener pruebas tangibles de que es el marido quien está detrás de todo. Y, si convencemos de ello a lady Morland, dejará de pensar que está trastornada y se tranquilizará. Lo que más daño le está haciendo es dudar de sí misma.

—Si es cierto que está viendo y oyendo cosas raras por la noche, tal vez lo mejor sea empezar por echar un buen vistazo a su cuarto —propuso Maud.

De pronto, Sylla se giró y me dirigió una mirada penetrante.

—Estás muy callada, Isobel.

—Porque estoy furiosa —respondí.

Era cierto, pero no era lo único que me pasaba. Rook me había hablado de un proyecto de robo, y lo único que quería obtener quien se lo había encargado era un broche con un rubí. Lord Morland había perdido un broche que respondía a esa descripción, y había montado en cólera al enterarse. Max trabajaba para lord Morland, y ahora

estaba buscando a Rook. ¿Qué significaba todo aquello?

Si la señora Finch hubiera querido poner al corriente a mis compañeras de lo ocurrido la noche anterior, se lo habría contado ella misma. Así que me quedé callada. El éxito de nuestras operaciones dependía de que confiáramos en la señora Finch; cada una de nosotras efectuaba las jugadas que le correspondían, pero ella era la única que veía el tablero de juego.

Tras afinar entre todas la estrategia que debía seguir Maud, la señora Finch dio por terminada la reunión. Mientras mis compañeras salían, yo me quedé atrás sin necesidad de que ella me lo pidiera. Cerré la puerta sin decir nada y me apoyé en la pared. No me había pasado inadvertida la fría mirada que Sylla me había lanzado mientras abandonaba el despacho; sabía que había algo más y, a juzgar por el rictus tenso de su boca, no estaba nada contenta de quedar excluida.

—Esto no puede ser una coincidencia —dije—. Es Morland quien ha contratado a Rook, seguro.

La señora Finch asintió con la cabeza.

—Sí. Necesita ese broche, está claro.

—Pero ¿por qué? —me pregunté en voz alta—. Kitten Morland tiene muchísimas joyas, y ya antes de casarse poseía una fortuna. Morland incluso le dijo a Rook que podría obtener piezas más valiosas que el broche.

—Ahí está el quid del asunto —asintió la señora Finch, tamborileando con los dedos en la mesa—. Eso es lo que debemos averiguar.

—¿Y qué papel tiene el duque de Roxton en todo esto? —añadí—. Trabaja para Morland, pero ayer noche estaba buscando a Rook, y no me pareció que fuera para mantener una charla amigable. De hecho, supuso que sus atacantes habían sido enviados por Rook… ¿Por qué iba a hacer eso Rook si los dos trabajan para la misma persona?

—No lo sé —murmuró la señora Finch, como si le costara reconocerlo. De hecho, era la primera vez que oía esas palabras de su boca—. Solo puedo decir esto: la forma en que Morland está destruyendo la cordura de su esposa indica un grado de crueldad calculada que me inquieta profundamente. Debemos actuar con mucha cautela.

Durante unos segundos, las dos nos quedamos en silencio.

—Aun así —dijo la señora Finch repentinamente animada—, un afortunado giro en los acontecimientos ha hecho que tengas vía directa tanto con Rook como con Vane. Busca a Rook y dile que aceptas el trabajo. Luego, si es posible, cerciórate de que es Morland quien está manejando los hilos.

—¿Y el duque?

—Proporciónale la información imprescindible sobre Rook para que

no pierda el interés —repuso la señora Finch, de nuevo con su máscara impasible—. Y luego, averigua qué diablos pinta en todo este asunto.




Capítulo 11

Ahora que tenía instrucciones, no pensaba esperar ni un minuto para ponerlas en práctica. En cuanto me hube vestido de Kes, decidí empezar por hablar con un viejo amigo.

Joe era uno de mis primeros contactos en aquel mundillo, un perista con el que la señora Finch me había puesto en contacto poco después de que yo comenzara a frecuentar Whitechapel. Me resultaba muy útil: adquiría todos los objetos que yo robaba con absoluta discreción y a buen precio, sabía todo sobre todo el mundo y, a pesar de su fachada elegante, tenía reputación de ser un tipo peligroso. Además de sus actividades en la sombra, Joe gestionaba una casa de juego en Goulston Street a medias con un joven granuja llamado Ash. El establecimiento, llamado Lucky Penny, era famoso por sus jugadores empedernidos y por la sorprendente calidad de su comida. Cuando los aristócratas querían dar una pincelada de riesgo a su vida, acudían al Penny, como lo llamaba todo el mundo. Era bien sabido que en sus mesas se habían ganado y perdido enormes fortunas.

Aunque los rumores que corrían sobre Joe solían destacar lo despiadado que era, yo nunca había tenido problemas con él. De hecho, el respeto cauteloso con el que nos tratábamos al principio había terminado por dar paso a una verdadera amistad (hasta el punto de que, en cierta ocasión, los dos nos habíamos colado en un circo para liberar a un monito maltratado). Joe, que llevaba años tratando con la señora Finch, conocía la existencia de la Pajarera, lo cual lo convertía en un aliado fundamental en los bajos fondos de la ciudad.

Además, al igual que yo, Joe guardaba un secreto: el nombre que le habían dado al nacer era Josephine. Sin embargo, si él llevaba ropa de hombre no era para disfrazarse, sino porque aquella era su identidad. Con el tiempo me dijo que me había descubierto nada más verme, pero se había guardado la información. Yo, por mi parte, solo había conocido su secreto cuando él me lo había revelado, algunos meses atrás. Le di a aquella confidencia el valor que merecía.

Aunque era demasiado temprano para que el Penny estuviera abierto al público, el gigantesco matón que Joe había contratado

como portero asintió al verme y me franqueó el paso. Las salas de juego, sumidas en la penumbra, ofrecían una imagen muy diferente del estallido de luz en que se convertirían en unas horas. El personal del establecimiento se afanaba de un lado a otro preparando las mesas y disponiendo comida y bebida; pronto el lugar se llenaría de parroquianos que, atontados y felices por el alcohol barato, dejarían escapar un chorro de dinero que engrosaría las finanzas de Joe y Ash. Avancé esquivando las mesas, me colé tras un cortinaje de color verde oscuro y ascendí las escaleras que llevaban al despacho de Joe.

Lo encontré sentado tras su escritorio, examinando los libros de contabilidad. Al verme, alzó una ceja por todo saludo.

—Estoy buscando a Rook —solté sin más introducciones, y los oscuros ojos de Joe se achicaron.

—¿Se puede saber qué quieres de esa víbora?

—Me ha ofrecido un trabajo —repuse encogiéndome de hombros.

Joe se acomodó en su asiento, tomó un vaso de cristal tallado que había sobre la mesa y dio un sorbo del líquido dorado que contenía. En aquel despacho solo se bebían licores de la mejor calidad.

—Te aconsejo que no te metas en eso —dijo.

—¿Qué sabes del tema? —respondí, repentinamente alerta.

—Solo que hay alguien detrás, alguien peligroso, con quien no conviene mezclarse.

—¿Quién?

Un destello de irritación atravesó el rostro de Joe.

—No lo sé —confesó—. Pero, sea quien sea, tiene dinero. Mucho dinero, y también influencia. Sé de gente que ha salido huyendo al enterarse del asunto, y no son personas que se asusten con facilidad. Estoy… preocupado, la verdad.

Aquello parecía interesante. Especialmente, si la persona que había detrás era Morland.

—Tengo que hacer ese trabajo —insistí.

Joe se quedó pensativo y, al cabo de unos segundos, hizo un gesto en señal de asentimiento.

—Rook está en una casa de Varden Street —dijo, y se inclinó para escribir la dirección en un papel que me entregó.

—Gracias —mascullé tras guardarme el papel en un bolsillo—. Por cierto, el otro asunto que teníamos pendiente ya está solucionado.

Joe se irguió en su asiento.

—¿Sharpe? —preguntó, y yo asentí.

—Hemos conseguido la prueba que buscábamos. Ya está en poder de la policía y de la prensa. En las próximas semanas, verás cómo sus negocios van cerrando uno a uno.

—¿Y las chicas? —repuso Joe con los ojos brillantes de satisfacción.

—La señora Finch se ha ocupado de ellas.

Aquello tranquilizó a Joe, que volvió a arrellanarse.

—Gracias a Dios —murmuró antes de dar otro largo trago de su vaso.

No me sorprendió que pareciese tan aliviado; al fin y al cabo, había sido él quien nos había alertado de las frecuentes desapariciones de muchachas. Se había dado cuenta de que todo formaba parte de un negocio ilegal, y había dado por hecho que la señora Finch haría todo lo posible por detenerlo.

—Si averiguas algo más sobre el hombre que hay detrás de Rook, tenme al corriente, ¿quieres? —le pedí.

—Cuenta con ello —respondió Joe—. Pero hazme caso, Kes: tienes que andarte con mil ojos.

—Es lo que hago siempre —repuse con tono ligero, dirigiéndome ya hacia la salida.

Sin perder un momento, puse rumbo a la casa de Varden Street, cerca del hospital. Al llegar, examiné el edificio: aunque era pequeño, parecía respetable. A esas alturas, sin embargo, yo había aprendido a no fiarme de las apariencias.

Me encaminé directamente a la puerta trasera y llamé con el puño. Al cabo de unos segundos, la puerta se entreabrió y vislumbré a un chico de unos trece años que me observaba con suspicacia.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Hablar con Rook —respondí, con las manos en los bolsillos—. Dile que Kes ha venido a verlo; no creo que tenga problema.

El chico cerró sin más, y tuve que esperar un buen rato a que la puerta volviera a abrirse. En esta ocasión, al otro lado estaba Rook. Lanzó un vistazo inquieto a la calle y me indicó que pasara con un gesto.

—Ah, no —repliqué—. Mejor damos una vuelta.

Rook reaccionó con una sonrisa sombría, pero no trató de discutir. Ningún criminal con dos dedos de frente habría entrado en una casa así sin saber qué le esperaba dentro; y Rook, al fin y al cabo, estaba buscando un colaborador con más de dos dedos de frente.

Echamos a andar por la calle. Rook se sacó del bolsillo un cigarrillo ya liado y lo encendió con un fósforo.

—Dime —me pidió.

—Háblame de ese trabajo que me propusiste. Puede que me interese —contesté.

Me escrutó con los ojos entrecerrados.

—Me han dicho que ayudaste a esos dos ayer noche. Te metiste en donde no te llamaban, ¿sabes?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Ayudarlos? Lo que hice fue decirles que se largaran con viento fresco. Tengo una cosa delicada entre manos, y lo último que me hace

falta es que dos ricachones como esos aparezcan muertos en Whitechapel. Los policías nos caerían encima como moscas.

Rook consideró por un momento mi respuesta y asintió, aparentemente satisfecho.

—Por cierto, ¿quiénes eran? —pregunté frotándome la nariz—. Te marchaste por patas en cuanto aparecieron. ¿Tengo que vigilarlos?

—Qué va —replicó Rook—. Nuestro hombre en la sombra se va a ocupar de ellos. Digamos que quieren ponernos un palo en la rueda, pero no saben lo bastante para preocuparnos.

¡Ajá! De modo que Max no estaba involucrado en los misteriosos designios de Morland.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunté.

—La semana que viene, el duque de Devonshire dará un baile de los grandes. Irán todos los peces gordos.

El baile de disfraces de la casa Devonshire… Fruncí el ceño, esforzándome por ocultar mi sorpresa. No se me ocurría un lugar menos adecuado para perpetrar un robo. Aquel evento prometía ser el acontecimiento del año… o de la década, como Teresa me recordaba sin cesar. La ciudad entera hablaba de ello desde el inicio de la temporada. Iba a formar parte de los eventos en honor del jubileo de diamante de la reina y, aunque ella misma estaba demasiado delicada para asistir, se sabía que en la fiesta estarían otros miembros de la familia real. En resumen, no era el tipo de celebración al que solían asistir sujetos como Rook o Kes.

—Y seguro que nosotros estamos invitados, ¿no? —repliqué con sorna (a pesar de que, de hecho, yo sí que lo estaba… como Izzy, por supuesto).

—Más o menos —repuso Rook con una sonrisa taimada—. Nos van a dejar entrar. El duque ese tiene una colección de joyas, y quiere enseñarlas para dejar a sus invitados con la boca abierta. Después de la fiesta, volverán a guardarlas bajo siete llaves en el banco que sea. Esta es la cosa: cuando los ricachones se sienten para cenar, nosotros nos colamos en la sala de las joyas y las birlamos antes de que nadie se dé cuenta. Es pan comido, dinero fácil. Pero necesito a alguien capaz de abrir las vitrinas sin perder el tiempo, y Trundle me ha dicho que tú tienes mano.

Me encogí de hombros como si no me impresionara mucho la cosa, aunque el corazón amenazaba con salírseme por la boca. ¿Un robo en plena fiesta, con toda la nobleza congregada en la casa Devonshire? ¿Cómo se le había ocurrido semejante barbaridad a Morland? Desde luego, no creía haber conocido nunca un plan tan temerario.

—¿Y qué saco yo de eso? —pregunté.

—Vamos a repartir el botín en cinco partes. Como ya te dije, el jefe solo quiere una joya.

Ahí estaba mi vía de entrada.

—¿Y quién es ese tipo tan misterioso que solo quiere una pieza? —repliqué con suspicacia.

—Eso no te lo puedo decir —replicó Rook.

—O me lo dices, o no entro —sentencié—. Nunca me meto en negocios si no sé con quién los hago.

Rook dio una larga calada a su cigarrillo, pensativo.

—Si te digo el nombre, me juego el cuello —mascullo al fin—. Digamos que es una persona importante. Muy importante.

Morland, sin duda… Pero no creía que pudiera sacarle nada más a Rook. Opté por asentir de mala gana.

—De acuerdo —accedí—. Cuenta conmigo.

Una vez Rook y yo hubimos repasado el plan con más detalle, me despedí y puse rumbo a Grosvenor Square, el otro lugar que debía visitar antes de rematar la jornada. Tras recorrer una ruta tortuosa e intrincada por si Rook había ordenado que me siguieran, me presenté en la entrada de servicio de la mansión.

—Quiero ver a Roxton —le dije a la doncella que me abrió la puerta, y ella me miró de arriba abajo con expresión escéptica.

—Ya, y yo he quedado con el príncipe de Gales —me espetó.

—Pues dile que saque los cubiertos de plata —respondí con la sonrisa más pícara de mi repertorio.

Ella me miró imperturbable y yo dejé escapar un suspiro.

—Fue él quien me pidió que viniera —expliqué—, así que más te vale avisarlo. Dile que soy Kes. Me dio su tarjeta, mira —añadí.

La doncella examinó el trozo de cartón, que ya estaba arrugado y lleno de manchas.

Por segunda vez aquella tarde, me vi frente a una puerta cerrada. Solo que, en esa ocasión, no estaba nada segura de que me la volvieran a abrir.

Me apoyé en la barandilla de metal de la escalera y aproveché para dar un par de vueltas a lo que me había contado Rook. No parecía que Max estuviera colaborando con Morland en aquel asunto; desde luego, Rook opinaba lo contrario. Pero, en ese caso, ¿para qué quería Max hablar con Rook? ¿Estaría trabajando en contra de su jefe sin ser consciente de ello?

Con un poco de suerte, él mismo me proporcionaría algunas respuestas.

Por fin, la puerta se abrió. Al otro lado, un hombre muy digno me contempló con desdén infinito. No hacía falta haber seguido la formación de la Pajarera para deducir que se trataba del mayordomo.

—Haga el favor de seguirme —dijo con un tono helado que comunicaba de forma inequívoca el lugar de la pirámide alimenticia en el que me situaba: por debajo de las lombrices de tierra.

—Entendido, jefe —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo seguí sin dejar de silbar por la enorme cocina. Subimos una escalera, atravesamos un amplio pasillo y desembocamos en el comedor más lujoso que había visto en mi vida.

Las paredes estaban empapeladas de un color púrpura oscuro, y en el suelo se sucedían mullidas alfombras turcas. En el techo, dos impresionantes candelabros de cristal pendían sobre una mesa tan larga que casi resultaba cómica, en la que supuse que cabrían hasta cincuenta comensales.

En un extremo del interminable tablero de caoba, tan pulido que reflejaba como un espejo, estaba Max tirado en una silla. Tenía un periódico en las manos, y frente a él había un plato con queso y pan junto a un vaso de vino. Levantó la mirada del papel y enarcó las cejas.

—Al final has venido… Saint Clair me debe una libra —comentó, y luego se volvió hacia el mayordomo—. Gracias, Wheeler; no necesito nada más por el momento. A no ser que mi invitado desee reponer fuerzas, claro —añadió mirándome con expresión inquisitiva.

No pude resistir la tentación de aceptar. Por un lado, llevaba toda la tarde trotando por las calles de Londres y estaba muerta de hambre; por otro, la cara que se le había puesto a Wheeler mostraba a las claras lo poco que le apetecía atenderme.

Me palmeé el estómago con alegría.

—Ahora que lo dice, su señoría, es cierto que tengo la despensa un poco vacía —respondí exagerando mi acento de pilluelo callejero—. Si me traen un cacho de pan con queso, me entraría de maravilla.

La boca de Max empezó a curvarse en una sonrisa, pero se contuvo a tiempo.

—Wheeler, dígale a la cocinera que le prepare un plato de pan con queso a nuestro joven invitado.

—A sus órdenes, excelencia —repuso el mayordomo haciendo énfasis en la última palabra para dejar de relieve el error de protocolo que acababa de cometer yo… de manera intencionada.

—Ajá, de modo que excelencia, ¿no? —dije yo mientras me acomodaba a un par de asientos de Max.

—Ese es el tratamiento que se suele dar a los duques, sí —repuso Max, doblando el periódico por la mitad para dejarlo junto a su plato —. Pero puedes llamarme Roxton, o Vane, si lo prefieres. Cuando un hombre le salva la vida a otro, lo mínimo es que pueda dirigirse a él por su nombre.

La sinceridad que desprendían sus palabras me sorprendió. Tragué saliva, deseando que la turbación que sentía no se reflejara en mis mejillas. Max estaba siendo muy cordial conmigo. El hecho de que el duque de Roxton conversara tan fácilmente con un arrapiezo como

Kes, que le ofreciera hospitalidad… En fin, digamos que era algo fuera de lo normal. Y, aunque yo ya me había hecho a la idea de que estaba enamorada de él, no me esperaba que me cayera tan bien.

—Pues bueno —repliqué con rudeza—. Mejor, porque nunca sé si hay que decir excelencia, lord o qué. La gente como usted tiene como dieciséis nombres diferentes.

—Tienes toda la razón.

En ese momento, Wheeler apareció con un vaso de limonada y un plato en el que había pan, una pella de cremosa mantequilla, un pedazo de queso chédar y un par de rodajas jugosas y perfectas de jamón. Me abalancé sobre la comida de inmediato; aquel día había sido muy largo.

—Mmmmm, qué bueno —farfullé.

A estas alturas, Wheeler estaba lívido. Apenas pude aguantarme las ganas de reír. Isobel Stanhope jamás habría podido hablar con la boca llena, comer con los codos apoyados en la mesa o devorar la comida a grandes bocados, pero las expectativas con las que la gente miraba a Kes eran muy distintas. Cuando mi mirada se cruzó con la de Max, le guiñé un ojo, y a él se le escapó una carcajada que disimuló con una tos. Luego, carraspeó y le pidió al mayordomo que nos dejase solos.

Yo no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Había soñado en muchas ocasiones con compartir una comida íntima con Max, pero jamás había imaginado que mi sueño pudiera cumplirse en esas circunstancias.

—Muy bien —dijo él al cabo de un momento de silencio—. Ahora que has merendado, escandalizando de paso a mi mayordomo, ¿me vas a contar a qué has venido?

Di un buen trago de limonada y me sequé los labios con el dorso de la mano. Aquella conversación iba a ser delicada; tenía que averiguar hasta dónde sabía Max, con cuidado de no revelarle demasiado.

—El tipo que está buscando se llama Rook —comencé.

—Continúa, por favor —contestó Max, sin darme ninguna pista a la que pudiera agarrarme.

—Anda siempre por Whitechapel. Dicen que está preparando un golpe.

—¿De qué tipo? —preguntó Max inclinándose hacia mí.

—¿Qué quiere un ricachón como usted de un tipo como Rook? —repuse yo enarcando las cejas—. Es peligroso, por si no lo sabía.

—Yo también puedo serlo.

Consideré aquella respuesta. Max era un hombre fornido, pero, hasta hacía un par de días, jamás me hubiera imaginado que pudiera usar sus músculos para nada más que un poco de boxeo entre caballeros. Ahora, sin embargo, empezaba a albergar dudas.

—Ya… —contesté—. La verdad es que no me esperaba ver a

alguien como usted metido en una trifulca como la de anoche.

Max frunció el ceño.

—Parece que el tal Rook había encargado a unos cuantos matones que me asaltaran.

—¿Y por qué querría quitarle Rook de en medio? —repliqué con una ingenuidad que no engañó a Max ni por un segundo.

—Porque tengo la costumbre de impedir que las personas como Rook se salgan con la suya.

—¿Y qué es lo que se supone que quiere hacer Rook?

—Creo que tú ya conoces la respuesta a esa pregunta, Kes —contestó Max—. Y estoy dispuesto a pagarte bien si me la dices.

Mordisqueé pensativa un trozo de pan.

—Dicen que a Rook le gustan las cosas brillantes —comencé, sin comprometerme demasiado—. Si está planeando dar un golpe, es que hay joyas en perspectiva.

—Eso es muy poco específico, ¿no crees? —murmuró Max ceñudo.

—Bueno, no esperará que haga todo el trabajo por usted —le espeté con ironía—. A ver, también he oído que Rook tiene un amigo nuevo. Un tipo importante, según dicen. Uno como usted.

Max dio un respingo.

—¿Uno como yo? —repitió con un asombro que no parecía fingido.

—Eso es —asentí observándolo con atención por debajo de mi visera—. Un tipo con dinero, de clase alta.

La expresión alarmada de Max se suavizó.

—Han debido de informarte mal. Si hubiera algo así, yo me habría enterado. En fin, si averiguas algo más acerca de los planes de Rook, ven enseguida a contármelo, ¿de acuerdo? Si me sirve lo que me cuentes, te recompensaré con una buena suma. No sé qué es lo que trama, pero tengo entendido que lo quiere hacer muy pronto.

De hecho, iba a ser aún antes de lo que él imaginaba…

—Oído cocina, jefe —respondí, y me puse de pie—. Quiero decir, excelencia. Bueno, ¿y lo de hoy, qué? ¿Esto no me lo va a pagar?

Max se metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda y me la lanzó. Yo la cogí al vuelo, me la llevé a la boca y la mordí.

—¿De verdad piensas que trataría de engañarte? —protestó Max, medio risueño y medio ofendido.

—Prefiero asegurarme, la verdad —repuse—. En esta vida nunca se sabe de quién te puedes fiar.

Y dejando aquella advertencia en el aire, salí del comedor.




Capítulo 12

Una vez expuse ante la señora Finch todo lo que había averiguado, ella reaccionó aconsejándome ir de compras.

El establecimiento de madame Solange, con una fama creciente en Londres, era el único al que acudía la señora Finch para proveerse de ropa. Durante muchos años, aquella modista había sido uno de los secretos mejor guardados de la capital; sin embargo, la fama de sus bellas creaciones había terminado por extenderse, lo que la había decidido a mudarse a un nuevo local en el elegante barrio de West End. Madame Solange era muy discreta, y solo atendía a las clientas con cita previa. Gracias a eso, pudimos acudir a su taller la señora Finch, Sylla y yo sin temer que nos viera nadie inconveniente.

He de decir que yo no era clienta habitual de aquel lugar. La señora Finch me entregaba una generosa cantidad para comprarme ropa, pero, en lugar de adquirir vestidos caros, yo prefería prendas discretas, y sumar el dinero que me sobraba al resto de mis ahorros. Para cuando Henry alcanzara la mayoría de edad, quería haber reconstruido la fortuna familiar en la medida de lo posible. Además, llevar mis anodinos vestidos solía facilitarme mucho el trabajo.

En aquella ocasión, sin embargo, la cosa era distinta. Iba a asistir a un baile de disfraces junto a las personas más adineradas e influyentes del país, y a lo largo de la noche tendría que interpretar dos papeles distintos: el de Isobel Stanhope y el de Kes.

—Estoy segura de que encontraré algo adecuado en mi armario —alegué, tratando de dar largas a mi jefa como había hecho con Teresa en la ópera.

Ella, sin embargo, no se dejó convencer.

—Max Vane no me parece ningún idiota —replicó, casi con tristeza—. Ahora que ha visto a Kes de cerca y ha conversado con él, no podemos arriesgarnos a que lo relacione con Isobel Stanhope. La gente no suele ser consciente del poder que tiene la indumentaria… Tú has usado ese poder para camuflarte en las sombras. Ahora, debes usarlo para convertirte en lo opuesto a Kes. Madame Solange te ayudará a conseguirlo.

No contenta con obligarme a ir a la modista, la señora Finch había recabado la ayuda de Sylla. Yo había acudido de mala gana; no solo me daba pereza ir de compras, sino que la compañía de Sylla (quien había encargado su disfraz a madame Solange hacía semanas) iba a empeorarlo todo. No es que me resultase insoportable mirarme al espejo; al fin y al cabo, había cosas que me gustaban de mí, como mis grandes ojos y mis largas pestañas, las pecas que me salpicaban la nariz o el color de mi pelo, que, mirado con atención a la luz del sol, tenía destellos rojizos. Aquel cuerpo menudo pero fuerte, capaz de correr y de defenderse en una pelea, me había permitido salir bien parada de un sinfín de aventuras a lo largo de los meses anteriores, y le estaba muy agradecida por ello.

Sin embargo, ni siquiera la persona más segura de sí misma podría probarse vestidos de fiesta junto a Sylla Banaji sin que su amor propio saliese un poco magullado.

Así pues, cuando la puerta del taller de madame Solange se cerró tras de mí con un alegre tintineo, no me encontraba de muy buen humor. Y he de decir que lo que vi no contribuyó a mejorar mi ánimo.

Sylla, erguida sobre una plataforma, estaba vestida de valquiria. A su lado, madame Solange palmoteaba en un éxtasis de admiración.

La señora Finch también contemplaba a mi compañera, y nada hubiera podido ilustrar mejor el efecto que causaba el disfraz de Sylla que el hecho de que no advirtiera mi entrada de inmediato.

No podía culparla; la verdad es que mi compañera estaba deslumbrante. Su sencillo vestido de seda blanca, recto y sin mangas, asomaba bajo una pesada túnica de cota de malla dorada rematada con un festón de cuentas y ajustada en la cintura. Las muñecas y los antebrazos estaban ceñidos por gruesos brazaletes dorados; la larga melena oscura caía suelta por la espalda, y en la cabeza llevaba un casco de metal rematado con dos alas hechas con plumas blanquísimas. Para rematar el atuendo, en la mano tenía una especie de lanza.

El conjunto resultaba absurdamente impactante. Incluso allí, fuera de contexto, el aspecto de Sylla era sobrecogedor, tan fiero como poderoso y bello. Muy a mi pesar, tuve que dar la razón a todo el mundo cuando me decían que no podía ir a la fiesta con una simple máscara y uno de mis vestidos viejos.

—Creo que hay que modificar un poco el cuello —comentó Sylla, que observaba su reflejo con expresión crítica—. La cota de malla no cae del todo bien por aquí —puntualizó mientras señalaba una imperfección que no veía nadie más que ella.

Madame Solange asintió y apuntó algo en un cuaderno. Aquella era una de las virtudes de Sylla: no se le pasaba nada por alto, incluida mi presencia.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo y me saludó con un movimiento de cabeza que, gracias a su atuendo, resultó aún más regio que de costumbre.

—El traje es impresionante —comenté, acercándome para examinarlo de más cerca.

—Ah, *señoggita* Stanhope, buenos días —me saludó madame Solange, con un acento francés sin duda fingido (me habría apostado cualquier cosa a que había nacido en Essex, como muy lejos)—. Estoy *segugga* de que también p*odgemos haceg* un *disfgaz espectaculag pagga* usted. Aunque no tenemos mucho tiempo… —Se volvió y me escrutó con mirada profesional—. Tal vez pueda *echag* un vistazo *pagga veg* si algo le llama la atención.

Me volví hacia el mostrador y vi varios rollos de tela a medio abrir. Me acerqué a uno de seda verde y lo acaricié con las yemas de los dedos, pensando casi sin querer que era del mismo color que los ojos de Max Vane.

Mientras recorría el taller mirando aquí y allá, reflexioné sobre lo extraño que era haber entrado en la órbita del hombre del que llevaba tanto tiempo enamorada. Había empezado a descubrir que Max era una persona compleja e interesante, y eso me producía una mezcla de frustración y alivio. Lo primero, porque siempre había creído que, si llegaba a conocer al verdadero Max, el hechizo se disiparía; que mi corazón ya no se alborotaría al verlo, y que dejaría de soñar despierta con hacerlo reír a carcajadas. Aquella habría sido una buena salida para mí, una salida sensata. Pero, al mismo tiempo, lo que había visto de él me aliviaba, porque ahora me daba cuenta de que no me había equivocado la noche en que lo espié entre los árboles: Max tenía algo especial.

Por absurdo que fuera, yo había disfrutado de mi papel de admiradora en la sombra. Era divertido y no le hacía daño a nadie. Pero ahora que Max estaba implicado en un asunto tan turbio, iba a tener que andar con pies de plomo para protegerlo sin revelar mis propios secretos.

Sumida en aquellas cavilaciones, ni siquiera me di cuenta de que había entrado en la trastienda hasta que me topé de frente con una chica algo más joven que yo.

—¡Ay, lo siento! —exclamé—. Iba ensimismada y no he visto dónde me estaba metiendo.

Ella me contempló sin decir nada, y lo primero que me vino a la mente fue que aquella muchacha podría haberle enseñado un par de cosas a Sylla sobre el arte de fulminar con la mirada. Lo segundo que pensé fue que era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Su atuendo era discreto: botas sólidas de trabajo, vestido de lana azul marino sin adornos y un simple moño para recoger su cabello dorado

como la miel. Y, sin embargo, en lugar de ocultar su belleza, aquella sencillez resaltaba sus delicadas facciones, sus enormes ojos azules y su cutis blanco y rosado. Solo me hizo falta una mirada para darme cuenta de que, como yo, aquella chica pretendía pasar desapercibida, pero que, a diferencia de mí, había fracasado en su empeño.

—Me llamo Isobel Stanhope —dije, y le ofrecí la mano.

Tras un instante de duda, ella me la estrechó.

—Iris Grey —contestó—. Las clientas no deberían entrar aquí.

—Lo siento mucho —mentí mientras miraba a mi alrededor con interés.

La sala de trabajo no era grande, pero resultaba luminosa y aireada. Por las grandes ventanas, que estaban abiertas, entraba a raudales la soñolienta luz de aquella tarde veraniega. Iris estaba de pie junto a un banco de trabajo en el que había una máquina de coser, un vestido de seda de color marfil a medio hacer y varias hojas cubiertas de bocetos.

—¿Has hecho tú los diseños? —pregunté mientras me acercaba para verlos mejor.

Asintió con el ceño fruncido y me di cuenta de que, si hubiera podido contestar de forma más cortante a una clienta, lo habría hecho.

—Son muy buenos —murmuré, posando los dedos en uno que mostraba el disfraz de Sylla. Los trazos eran seguros y competentes.

Con los ojos entrecerrados, examiné el resto de la estancia: las pilas de cajas cuidadosamente etiquetadas, el maniquí con una frágil creación de tul, el bote lleno de lápices que había junto al grueso cuaderno de bocetos…

Me daba la impresión de que acababa de descubrir el secreto del éxito de madame Solange.

La miré a los ojos y ella se encogió de hombros.

—El traje que has hecho para mi amiga es maravilloso —comenté, esta vez con sinceridad—. Aunque me da miedo que las señoras empiecen a llevar cascos con plumas y lanzas… Una vez, Sylla se abrochó mal la pelliza y no sé cuántas chicas de la alta sociedad se abrocharon igual que ella para no perderse la última moda.

A Iris se le escapó una risa grave.

—Le diré a madame Solange que reponga nuestras existencias de plumas blancas —repuso—. ¿Y usted, señorita Stanhope? ¿También ha venido a encargar un disfraz?

Asentí de mala gana.

—No me gusta mucho la ropa, ni tampoco ir de compras. Siempre me baja la autoestima, no sé por qué… Y ni siquiera estoy segura de que haya tiempo para hacerme nada.

—El estilo que lleva ahora no la favorece nada —repuso Iris sin rodeos, abarcando mi vestido con un gesto—. Es usted demasiado menuda para este tejido tan pesado; sus propias mangas la sofocan.

Pero el corte de los trajes ha empezado a hacerse más esbelto… Quizá debería proponerse encabezar las últimas corrientes de la moda, en lugar de seguirla. Además, el color no la favorece; debería usar tonos más cálidos.

—Supongo que tienes razón —asentí, frotando la discreta tela gris de mi vestido—. Ya va siendo hora de que abandone del todo el luto por mi padre —añadí, sin saber muy bien de dónde salía ese pensamiento ni por qué lo estaba compartiendo con una extraña.

Iris me miró sin decir nada, con los labios apretados, y cogió un lápiz de la mesa.

—Es solo que… me cuesta hacerme a la idea —reconocí—. Resulta difícil olvidar las señales externas de la pena mientras aún la sientes por dentro. Dejar el luto sería como afirmar que he empezado a olvidar a mi padre, y creo que la idea me asusta.

—En ese caso, tendremos que hacerle un vestido que la ayude a sentirse valiente —repuso Iris, y me sorprendió la calidez de su tono.

Parpadeé, sorprendida por las lágrimas que amenazaban con caer de mis ojos, y esbocé una sonrisa.

—Me parece un plan excelente —declaré.




Capítulo 13

Tras dejar el asunto de mi traje en las eficaces manos de madame Solange (o, más bien, de Iris Grey), pronto tuve que volver a vestirme con el tipo de prendas que habrían horrorizado a la prestigiosa modista.

La tarde siguiente, convertida en Kes una vez más (empezaba a darme la impresión de que pasaba más tiempo metida en su pellejo que en el mío), me dirigí hacia Mayfield para visitar la residencia de los Morland, al lado de Grosvenor Square y a un mundo de distancia de Whitechapel. Se trataba de un edificio severo e imponente, concebido para anunciar a las claras la riqueza e influencia de la que gozaban los dueños.

Pensara lo que pensara el mayordomo de Max, lo cierto era que Kes podía ser un granujilla encantador si se lo proponía. Al cabo de un rato de rondar por la puerta trasera con cara de hambre, logré que la cocinera (que, en el fondo, tenía un corazón mucho más tierno de lo que quería aparentar) me invitara a entrar en sus dominios para tomar una taza de té y algo de comer.

—Siéntate ahí y no te muevas —me ordenó señalando el extremo de una gastada mesa de trabajo muy similar a la de mi propia cocina—. No sé cómo he acabado sirviéndote la merienda, la verdad; como se corra la voz, me veo alimentando a todos los pillos callejeros que aparezcan por aquí.

—Es usted muy bondadosa, señora —murmuré con tono humilde.

La cocinera se cruzó de brazos y refunfuñó para dejar bien claro que no la estaba engañando. Levanté la mirada, le lancé una sonrisa y su expresión se dulcificó. Incluso habría jurado que había un destello de compasión en su severa mirada mientras se afanaba por la cocina para prepararme una taza de té y un trozo de tarta (un esponjoso bizcocho Victoria relleno de confitura de frambuesa que devoré con ganas).

La cocina estaba tan ajetreada como era de esperar en una mansión como aquella, con una marea constante de pinches, doncellas y criados que entraban y salían. En la pared había un panel de

campanillas con carteles que indicaban la estancia a la que correspondían, y no tardó mucho en tintinear una con el rótulo «Salita Azul». Observé lo que me rodeaba, esforzándome por estorbar lo menos posible para ver si se olvidaban de mí; por desgracia, a la cocinera no se le escapaba nada, y no me quitaba ojo de encima.

Por fin, Maud apareció en la cocina. Al verme aminoró el paso por un momento, pero no dejó traslucir nada más. Parecía estar en su elemento, con su uniforme de doncella y su aire de eficiencia, e incluso me pareció que la cocinera la miraba con aprobación disimulada cuando se detuvo frente a ella.

—La señora me ha pedido que le lleve algo de té —dijo Maud—, y quizá una galleta de jengibre.

—Le pondré un plato lleno —anunció la cocinera animada—. Me alegra oír que tiene apetito, después de tantos días de no comer casi… Anoche apenas tocó la cena, y eso que le preparé sus platos favoritos.

Mientras la cocinera y una pinche disponían las galletas, Maud sacó una bandeja y colocó con gestos ágiles el servicio de té. Mientras trabajaba, su mirada se cruzó con la mía y luego enfocó la puerta trasera. Se apartó un mechón rojizo de la cara, mostrándome los cinco dedos al hacerlo. De acuerdo: en cinco minutos podríamos hablar detrás de la casa.

En cuanto ella salió con la bandeja, me puse en pie.

—Muchas gracias, señora —le dije a la cocinera—. Es la mejor tarta que he probado en mi vida. La merienda me ha dejado nuevo.

Ella frunció los labios, aunque parecía complacida.

—Pues no te acostumbres, jovenzuelo —gruñó.

Me apuré a salir y ascendí los tres o cuatro escalones que llevaban a la calle. Allí, me oculté tras un seto bien situado y esperé. Maud tardó bastantes minutos más en aparecer que los cinco prometidos, con una capa oscura sobre el uniforme y una cesta en la mano. Estiré el brazo, la agarré y tiré de ella para meterla detrás del seto.

—Uuuf —protestó tambaleándose—. ¡A la próxima, avísame antes! —añadió mientras se colocaba la cofia.

—Sylla me ha pedido que venga a recabar novedades.

—Ya, eso he supuesto —asintió ella—. Por cierto, que me aspen si entiendo cómo has logrado convencer a la cocinera de que le sirva una ración de su preciado bizcocho Victoria a un pilluelo callejero.

—Ha sido gracias a mi encanto natural —repuse, y Maud resopló.

—Bueno, a lo que vamos —dijo—. No puedo entretenerme mucho, porque solo he salido para comprar algo más de jengibre por si la señora pide más galletas. Lleva dos días sin comer apenas, y la cocinera está desesperada por hacer algo que le abra el apetito.

—¿Tan mal está? —pregunté con una mueca.

Maud asintió con la cabeza.

—Lorna no exageraba ni un poquito. Kitten está fatal; es un manojo de nervios y apenas duerme. Cada vez «despista» más objetos, cosas menudas como su labor de bordado, una carta a medio escribir o unos guantes. Por separado no tendrían mayor importancia, pero todas juntas… Sin embargo, por más que he abierto los ojos, no he logrado pillar a nadie cambiando cosas de sitio. También dice que suenan gritos en su cuarto por la noche, pero nadie más los oye. Los criados ya empiezan a murmurar que se le está yendo la cabeza.

—¿Y qué hay de Morland? —pregunté, intrigada por cómo sería el gran hombre de cerca.

Maud arrugó la nariz.

—Casi no he tratado con él, pero las veces que lo he visto me ha parecido un hombre cortés. Los sirvientes lo tratan con respeto. Sin embargo, hay algo que… —vaciló por un momento—. No sé por qué, pero me pone los pelos de punta. Solo voy a poder fisgar un par de días más, porque el martes que viene se va a llevar a Kitten al campo para que descanse, según dice. Ni siquiera va a dejar que la acompañe yo, aunque soy su doncella. Al parecer, tienen otra casa a las afueras de la ciudad, con sus propios criados. —Hizo otra pausa—. Lo cual nos indica un par de cosas. Una, que están forrados, porque, si no, no podrían mantener el servicio de dos casas al mismo tiempo. Y dos, que Morland quiere asegurarse de que Kitten pierde todos los aliados que pueda tener.

—De modo que no van a asistir al baile de la casa Devonshire —murmuré, más para mí que para Maud.

Era raro que una pareja del estatus social de los Morland se perdiera un acontecimiento tan relevante. Era evidente que Morland quería distanciarse a toda costa del escenario del delito que Rook iba a cometer por cuenta suya.

—Supongo que no —contestó Maud con el ceño fruncido—. Aún no he tenido ocasión de entrar en el cuarto de Kitten por la noche, después de que ella se acueste; pero he fisgoneado bastante durante el día y no logro entender de dónde salen esos ruidos. Espero poder colarme una noche de estas, cuando todo el mundo esté en la cama… —Se metió la mano bajo la capa y sacó un librito encuadernado en cuero rojo—. He conseguido hacerme con su diario, pero me lo tienes que devolver enseguida: le gusta escribir en él todas las noches, y lo último que quiero es ser responsable de que una cosa más desaparezca de donde ella la ha dejado.

—¿Dice algo que nos pueda ser de ayuda? —pregunté mientras me lo metía en la caña de la bota.

Ahora fue Maud la que torció el gesto.

—Nada que yo haya visto, pero igual suena la flauta.

Tenía toda la razón. Era algo que la señora Finch nos repetía una y

otra vez a todas: nunca se sabía cuál podría ser el detalle crucial para desatascar un caso difícil, de modo que había que recabar toda la información posible.

Asentí con la cabeza, me saqué el reloj del bolsillo e hice un cálculo rápido. Tenía que llevárselo a Win para que hiciese una copia.

—Te lo traigo en dos horas.

—De acuerdo —respondió Maud—. Igual tienes que esperarme un rato, porque no sé cuándo podré volver a escaparme.

—Aquí estaré —le prometí.

Cuando llegué a la Pajarera, encontré a Winnie encorvada sobre unas probetas en su laboratorio.

—Tengo un encargo para ti —dije casi sin aliento.

Ella ni siquiera me miró. Carraspeé, empeñada en llamar su atención; había experimentado en carne propia que no era buena idea sobresaltar a Winnie mientras trabajaba con productos químicos. Por suerte, en aquella ocasión solo se me había chamuscado un poco el flequillo, y el estilo en boga me había permitido disimularlo bastante bien.

—¿Win? —dije en voz más alta, y ella alzó la cabeza por fin.

—Ah, Izzy. Hola —respondió, pestañeando para enfocarme.

—Buenas, Win. —Me acerqué a ella y le mostré el diario—. Maud me ha pedido que te traiga esto.

El rostro de Winnie se iluminó.

—¿Qué tal le va?

—Bien, bien —la tranquilicé—. Aún conserva todos los dedos y las ganas de terminar con el señor de la casa. Lo normal, vaya.

Winnie dejó escapar una risita suave. Verlas a Maud y a ella juntas era tan tierno que casi resultaba empalagoso, pero ni siquiera una persona tan rígida como Sylla podía hacer más que poner los ojos en blanco al verlas acarameladas.

Le di el diario a Winnie, y ella lo abrió sobre su banco de trabajo y se encorvó para empezar a leer. Winnie poseía una memoria extraordinaria: le bastaba con examinar una página escrita para que su cerebro sacara una copia mental y la archivara, lista para recuperarla con pelos y señales cuando necesitara hacerlo. Obviamente, se trataba de una virtud extraordinariamente útil para una organización como la nuestra.

El laboratorio en el que nos encontrábamos tenía un aire de elegancia desaliñada muy acorde con su dueña. Tres de las paredes quedaban ocultas por armarios de caoba muy similares a los del piso inferior; pero aquí, los cajones no mostraban rótulos del tipo de «Cuentas de cristal» o «Botones», sino letreros como «Sustancias

químicas: amonio-zinc», y estaban llenos de botecitos bien cerrados. El largo mostrador de madera que bordeaba una de las paredes estaba ocupado por todo tipo de artefactos. En uno de los extremos había varios soportes llenos de probetas; en el otro reposaba el preciado microscopio de Winnie, junto a varios botes herméticos que contenían lo que parecían muestras vegetales.

Entre el banco de trabajo y el alto techo había varios estantes de madera, combados bajo el peso de pilas de libros. La Pajarera se encargaba de tener a Winnie al corriente de todas las publicaciones científicas. Aunque, en su calidad de mujer, no podía pertenecer a la Real Sociedad de Ciencias, lo cierto era que su biblioteca no tenía nada que envidiar a la de aquella prestigiosa institución. (Lo cual era un triste consuelo; yo siempre había creído que cualquier intelectual medianamente inteligente habría recibido a un genio como Winnie con los brazos abiertos, pero jamás dejaba de asombrarme lo necios que podían ser incluso los hombres más sesudos).

Aquí y allá se veían pilas desordenadas de papeles, cubiertos por la letra ilegible de Winnie o por bocetos a lápiz. Por último, en una esquina de la sala había una cómoda butaca en la que Maud solía sentarse a leer mientras Winnie trabajaba.

—Tengo que hablar un momento con la señora Finch —dije—. Vuelvo enseguida.

Winnie asintió, absorta en la lectura.

Encontré a mi jefa en el salón del piso inferior, sola. Supuse que acababa de entrar, porque la sorprendí desabrochando su bonito abrigo de color verde pálido.

—He estado dando vueltas a lo de Morland —solté sin más preámbulos— y creo que solo hay una estrategia razonable.

—¿Cuál?

—Voy a tener que robar yo el broche.

La señora Finch me indicó con un gesto que me sentara.

—Yo había llegado a una conclusión parecida —reconoció—. Ese broche es la clave de todo este asunto, pero no sabremos por qué hasta que no podamos examinarlo. Además, no cabe duda de que robarlo echaría a perder los planes de Morland… Sin embargo, es arriesgado: tendrás que hacerlo desaparecer mientras cometéis el robo.

Asentí con la cabeza.

—Eso es. Asistiré al baile como Isobel Stanhope, y luego me pondré la ropa de Kes para dar el golpe con Rook. Cuando abra las vitrinas, tendré que hacerme con el broche antes de que Rook lo vea y convencerlo de que no estaba allí.

Ella frunció el ceño.

—No me gusta mucho la idea. Rook es un tipo peligroso.

—Puedo manejarlo —repliqué con una seguridad que estaba lejos

de sentir. No podía dejar que el nerviosismo se apoderase de mí; la apuesta era demasiado alta.

La señora Finch me sostuvo la mirada.

—Creo que ha llegado el momento de informar a las demás de todas nuestras pesquisas —resolvió—. Tomaremos la decisión entre todas.

Eso quería decir que Sylla tendría la última palabra… Mientras regresaba al taller de Winnie, rogué para mis adentros que mi compañera opinara igual que yo.

—¿Crees que hay algo útil en ese diario? —pregunté cuando Winnie lo cerró al fin, con la esperanza de que su mente analítica hubiera captado algo imperceptible para el resto de los mortales.

—A ver qué piensas tú —repuso mientras me lo tendía.

Hojeé las páginas manuscritas, muy consciente de que el tiempo apremiaba. Para ser un diario íntimo, resultaba de lo más prosaico; en lugar de los largos párrafos sobre sentimientos que me esperaba leer, lo que encontré era una larga ristra de asuntos rutinarios. Kitten anotaba los platos que comía, la ropa que vestía, el tiempo que hacía, las actividades que llevaba a cabo y las personas que la acompañaban en ellas… Y, a menudo, también detallaba lo que aquellas personas llevaban puesto. Desde luego, no había nada que indicase por qué el broche del rubí era tan importante para su marido, ni por qué este se había propuesto librarse de ella (a no ser que fuera porque estaba empachado de comer tantas costillas de cerdo).

Winnie sonrió al ver mi expresión decepcionada.

—Bueno, nunca se sabe cuándo puede venir bien un relato tan objetivo —dijo—. Empezaré a hacer una copia ahora mismo.

—Gracias, Win —contesté mientras me metía el diario en el bolsillo —. Voy a devolvérselo a Maud. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Dile que la echo de menos. Oye, Izzy… —Me apoyó una mano en el brazo—. Tened mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—No te preocupes; todo saldrá bien —respondí con una sonrisa, a pesar de la aprensión que me invadía.

La verdad, no estaba nada segura de lo que acababa de afirmar.

Segunda parte

Baile de la casa Devonshire, Londres

Julio de 1897






Capítulo 14

—¡No puedo ir con esto! —exclamé.

Alcé el vestido y lo sostuve delante del espejo de Teresa. Mi amiga bailoteaba a mi espalda, con una mano en la boca para ahogar los gritos de emoción.

—¿Por qué no? —replicó—. ¡Yo creo que estarás guapísima con él!

—¡Pero, Teresa! Es… Es… —me devané los sesos en busca de un final para aquella frase que no fuera «es el tipo de traje que la señorita Isobel Stanhope, mosquita muerta de todas las fiestas, no se pondría jamás»—. ¡Es casi indecente! —estallé al fin.

El baile iba a celebrarse esa misma noche e, increíblemente, Iris había logrado terminar mi disfraz y lo había enviado a la casa de Teresa esa misma tarde.

—¿De dónde se sacaría madame Solange la idea de vestirte de Medusa? —se extrañó Teresa mientras acariciaba la suave seda de la falda, haciendo caso omiso de mis protestas—. ¡Aún no me creo que consiguieras una cita en su taller y no se te ocurriera llevarme!

—Creo que lo ha hecho para darme coraje —respondí con un hilo de voz.

El traje estaba hecho de la misma seda verde que yo había comparado mentalmente con los ojos de Max, un tejido oscuro y brillante que se deslizaba entre los dedos como el agua. Era una creación atrevida, casi escandalosa; el tipo de modelo que solo se podía llevar a una fiesta si esta era de disfraces (esa, deduje entonces, debía de ser la razón por la que se celebraban tantos eventos de ese tipo). El escote era bajo y curvado, y la falda, larga y estrecha, estaba bordada con hilo de oro para imitar escamas. Carecía de mangas; lo único que había eran dos finas tiras que partían de mis hombros y sostenían sendas serpientes de lamé dorado que se enroscaban a lo largo de mis brazos. El remate era una pequeña corona hecha con serpientes entrelazadas, también doradas.

Cada vez que lo miraba, me parecía oír a Iris Grey carcajeándose a lo lejos.

Teresa ya se había puesto su disfraz de María Antonieta: un

recargado vestido de color rosa pastel, con bordados de flores en azul pálido y un escote que revelaba una buena porción de su generoso busto. Remataba el conjunto una gigantesca peluca celeste que contenía, entre otras muchas cosas, un nido falso lleno de pajarillos. Sin nada más que hacer, empezó a desabrochar con entusiasmo los ganchos del vestido de calle que yo llevaba puesto.

—Vamos, Izzy —me reconvino—. Tienes que probártelo, al menos. ¿Qué vas a llevar puesto, si no?

Por mucho que me pesara, mi amiga tenía razón. Y ni siquiera podía excusarme para no ir al baile; debía asistir, aunque solo fuera porque tenía un asuntillo que resolver allí. Concretamente, robar un valioso broche delante de las narices de una banda de criminales empedernidos.

Y, sin embargo, lo que hacía que me sudaran las palmas de las manos no era la idea del robo, sino la de ponerme aquel traje. Cuando le había dicho a Iris que quería sentirme valiente, me refería a algo como introducir un malva más intenso en mi gama de colores. Pero aquel vestido… Iba a hacer el ridículo con él puesto.

Di la espalda al espejo y permití que Teresa y su doncella me ayudasen a enfundarme el disfraz. Noté cómo se deslizaba sobre mis caderas y me sorprendió lo ligero que resultaba, comparado con el peso de mis vestidos normales. Manipulé las serpientes doradas hasta dejarlas enroscadas desde mis hombros hasta mis muñecas, con las cabezas apoyadas en el dorso de las manos. En la parte trasera del cuello había otra que se extendía por los hombros como una estola.

Mi pelo era un problema: largo y liso, se negaba a someterse a los rizos que eran la última moda. Para solucionarlo, a Teresa se le ocurrió pedirle a su doncella que me lo recogiera en decenas de trencitas finas como culebras, que luego recogió en un moño alto. Como remate, me colocó la corona y retrocedió para admirar su obra. En su rostro apareció una sonrisa tan amplia que pensé que se le iba a partir en dos la cara.

—¡Ay, Izzy! —jadeó.

Armándome de valor, me di la vuelta para enfrentarme a mi reflejo.

—Oh… —exclamé.

Sería falso afirmar que aquello fue una revelación, como el momento en que el patito feo se convirtió en cisne. No; yo aún seguía siendo yo misma, pero en una versión que no había visto jamás. De pronto, cobré conciencia de que Iris no me había gastado una broma pesada.

Las largas líneas del vestido me hacían parecer más alta y grácil. Si mi estilo habitual me ahogaba en un exceso de tejido, no cabía duda de que aquello me hacía recuperar el aliento. En contraste con el profundo verde de la seda, mi cutis, normalmente pálido y desvaído,

como se había encargado de recordarme hacía poco lady Wynter, parecía casi nacarado, y el matiz rojizo de mi cabello también saltaba a la vista. Me miré al espejo, con la cabeza alta y la espalda bien erguida (al parecer, llevar corona producía ese efecto, y me pregunté por qué las mujeres no nos las pondríamos de forma habitual). No parecía una muchacha dócil y sumisa: tenía un aspecto poderoso e incluso un poco salvaje, como si pudiera convertir a los hombres en piedra solo con mirarlos.

Y me gustaba.

—Tendrías que vestirte así siempre —declaró Teresa entusiasmada, y yo me eché a reír.

—Desde luego, si me paseara así por Piccadilly, causaría sensación.

—¡Tú ya me entiendes! —refunfuñó mi amiga—. No hace falta que te cubras de serpientes, como ahora. Pero la silueta, los colores… Iz, de verdad, estás impresionante.

Solté otra carcajada para quitarle importancia, pero lo cierto era que yo también me sentía así.

Ahora que estábamos las dos listas, nos pusimos en marcha sin perder más tiempo. Teresa, sentada a mi lado en el carruaje, casi temblaba de la emoción (algo poco recomendable, teniendo en cuenta que llevaba una familia entera de pájaros en la cabeza). James Saint Clair iba a asistir al baile, y el enamoramiento repentino de mi amiga no tenía visos de amainar. La tía abuela Louisa cumplía su papel habitual de carabina. Vestida con una especie de antiguo traje funerario y un velo de encaje negro que parecía una censura implícita a las festividades previstas, estaba resplandeciente y (por el momento) despierta.

Frente a la casa Devonshire, las aceras estaban repletas de gente que se amontonaba con la esperanza de atisbar a algunos de los invitados pavoneándose con sus elaborados disfraces. Nuestro carruaje enfiló la calle y se detuvo junto a Piccadilly, uno más de la fila de vehículos que aguardaban para depositar a sus ocupantes frente a la verja de hierro adornada con esfinges.

El exterior de la casa Devonshire era sencillo hasta casi resultar austero; lo que había al otro lado de sus grandes puertas, sin embargo, era harina de otro costal. El enorme recibidor, con sus columnas de mármol, estaba adornado con cientos de helechos y flores cultivadas en los invernaderos de Chatsworth, y en el centro había una gran pileta de mármol en la que flotaban nenúfares. Hacía calor, y en el aire flotaba un aroma dulce y almizclado que me abrumó. La famosa escalera de la mansión, con su pasamanos de cristal tallado, estaba festoneada de flores. Junto a su pie, una orquesta tocaba música alegre para los invitados que hacían cola esperando a presentar sus respetos a los anfitriones.

—Qué disfraces tan deliciosos —comentó la duquesa de Devonshire con calidez cuando llegó nuestro turno.

Aunque estaba segura de que le habría dicho lo mismo a todo el mundo, me animé aún más al oír sus palabras. Ella, por su parte, llevaba un extravagante vestido dorado cubierto de diamantes, esmeraldas y zafiros, con una cola de terciopelo verde que también tenía gemas incrustadas y un tocado de plumas blancas de avestruz. En conjunto, su atuendo producía un efecto de riqueza deslumbrante.

El duque iba vestido con un disfraz de terciopelo negro más discreto, aunque su casaca estaba recamada con hilo de oro y del cinto pendía una espada adornada con piedras preciosas. Él también nos dio la bienvenida con una amplia sonrisa, y sentí una punzada de mala conciencia al pensar que iba a desvalijarlo algo más tarde.

Atravesamos el ancho pasillo hacia el salón de baile, donde un maestro de ceremonias con un traje isabelino anunció nuestra llegada. La gigantesca sala estaba despejada de muebles, aunque, al igual que en el vestíbulo, abundaban en ella grandes jarrones rebosantes de lirios, orquídeas y rosas. Entre los invitados deambulaban criados ataviados con libreas azules y beis al estilo del siglo XVIII, con grandes bandejas llenas de copas de champán. En un extremo de la sala había una gran puerta doble, abierta para dejar paso a otra estancia anexa; en el otro se alzaba un estrado con dos tronos de madera sobredorada, dispuestos para acoger a los príncipes de Gales cuando llegasen. De las paredes colgaban enormes cuadros al óleo, y un candelabro de cristal del tamaño de nuestro carruaje lanzaba destellos irisados por toda la estancia.

Aunque el baile aún no había comenzado formalmente, el lugar estaba ya atestado; según se decía, los duques habían invitado a setecientas personas al evento. Estiré el cuello y traté de divisar a Sylla entre la multitud. Había supuesto que su casco alado sería fácil de distinguir, pero la mayor parte de los disfraces eran tan llamativos como el de mi compañera. En ese momento pasó junto a nosotras la condesa de Westmoreland, ataviada con una túnica traslúcida. En un hombro, llevaba encaramada un águila disecada con las alas abiertas y, por un momento, me pregunté cómo pensaría bailar la condesa esa noche.

—¿Lo has visto ya? —me preguntó Teresa, que también estaba de puntillas y escrutaba el gentío. En cuanto a la tía abuela Louisa, la habíamos depositado en un extremo de la sala, con las demás carabinas.

No tuve que preguntar a quién se refería.

—Aún no —contesté—. ¿Damos una vuelta y echamos un vistazo?

Teresa asintió y las dos esquivamos invitados hasta llegar a la sala contigua, donde se habían dispuesto los refrigerios. Un criado nos

ofreció dos copas de champán fresco, que aceptamos agradecidas; entre el calor de aquella noche veraniega y la afluencia de gente, estábamos empezando a sofocarnos.

Más allá de aquella sala había una estancia con varios corros de butacas de aspecto mullido. Allí podrían retirarse los invitados que quisieran conversar en privado, lejos del tumulto. El ambiente era cálido y agradable, con paredes forradas de madera, una gran chimenea, estanterías llenas de libros encuadernados en piel y un leve aroma a tabaco de pipa. El corazón se me aceleró al distinguir los armarios con puertas de cristal que ocupaban la pared opuesta. El soplo de Sylla era correcto: en aquel salón se guardaba la colección de joyas del duque, expuesta durante aquella noche para deleite de sus invitados.

Era bien sabido que la colección de piezas únicas del duque (y eran verdaderamente únicas, ya que cada una de las gemas que la componían estaba tallada) era una de las más valiosas del mundo. Varios de sus antepasados, su abuelo entre ellos, habían comenzado y alimentado aquella afición. Las vitrinas de aquella estancia encerraban una enorme variedad de piedras preciosas: cornalinas, amatistas, granates, esmeraldas, zafiros, diamantes… Todas ellas con imágenes esculpidas de personas, animales o escenas de la mitología. Incluso había un retrato de la reina Isabel labrado en un medallón de esmalte verde.

En aquel momento de la fiesta, casi nadie hacía caso a las joyas, ya que todo el mundo estaba atento a quiénes llegaban y qué llevaban puesto. Yo había oído que el duque pensaba presentar su colección después de la cena, lo cual me venía de perlas: de ese modo, podría examinar las vitrinas en paz.

Entre la extensa colección había piezas tan llamativas como el Conjunto Devonshire, compuesto por siete grandes joyas. Lo había mandado hacer el abuelo del duque para que su sobrina lo llevase puesto en la coronación del zar Alejandro II en Moscú. Eran unas piezas muy elaboradas, evidentemente concebidas para mostrar la riqueza y el poder de sus poseedores.

—Izzy —gimió Teresa—, ¿qué haces?

—¡Mira esto! —exclamé sin despegar los ojos del peto del conjunto, una especie de pechera absurda cubierta de gemas.

—Parece incomodísimo de llevar —replicó ella tras echarle un vistazo—. ¿Y por qué tiene esas piedras tan raras, con caras de personas? ¡Algunas están para tirarlas!

—Son camafeos, so bruta; piedras preciosas talladas —me reí—. Pertenecían al segundo duque, y si parecen viejas es porque lo son: ¡algunas son antigüedades romanas! Tienen un valor incalculable, de hecho.

De modo que ese era el famoso botín de Rook… Lo que él no sabía era que ningún perista le compraría unas piezas tan reconocibles, y no parecía que Morland tuviera prisa por comunicárselo.

Avancé unos pasos, simulando que estaba interesada en las joyas mientras, en realidad, examinaba las cerraduras de las vitrinas. Parecían bastante endebles; no creía que fueran a suponerme ningún problema. El duque debía de confiar en que los fornidos criados que montaban guardia en la puerta fueran suficientes para proteger sus tesoros.

Me detuve al localizar mi objetivo. Allí, en una de las últimas vitrinas, reposaba un broche de oro con un gran rubí en el centro. Al verlo, comprendí por qué Kitten se resistía a llevarlo: era una pieza voluminosa y anticuada, con una montura de filigrana de oro que había perdido lustre con el paso de los años. El rubí que lo remataba tenía tallada una rosa, quizá en alusión al emblema de los Tudor.

De modo que aquella era la joya cuya pérdida tanto había alterado a Morland. Ahora solo nos quedaba averiguar por qué.

—Deja ya de perder el tiempo con broches feos —protestó Teresa con impaciencia, y tiró de mi brazo para apartarme—. Esta noche no vas a quedarte en un rincón; tienes que lucir ese traje. Vamos al salón de baile, anda.

En esa ocasión, mi amiga tuvo más suerte: James Saint Clair acababa de llegar, acompañado por el duque de Roxton. El corazón me repiqueteó en el pecho cuando los vi con sus disfraces; jamás hubiera imaginado que la visión de Max vestido de aristócrata del siglo XVI, con una peluca blanca y una casaca bordada, pudiera hacerme soñar despierta. Y, sin embargo, así era. Supuse que se debía a las medias que cubrían sus pantorrillas. Eso era lo malo de las modas masculinas del momento: presentaban una lamentable carencia de piernas musculosas enfundadas en medias.

—¿Has visto su disfraz? —exclamó Teresa junto a mi oído.

—Desde luego —respondí con un hilo de voz.

Mi amiga me miró fijamente, y luego se volvió hacia Max.

—¡No me refiero a tu duque, so boba, sino al señor Saint Clair! —se rio.

Aparté la mirada de Max con esfuerzo y me fijé en su acompañante, que iba vestido como Luis XVI en el famoso retrato de Callet: envuelto en una suntuosa capa blanca, dorada y burdeos, y con el cabello oculto bajo una peluca empolvada. Luis XVI…, el esposo de María Antonieta.

—¿Crees que lo sabía? —susurró Teresa—. ¿Sabría que yo iba a disfrazarme de María Antonieta?

Reflexioné durante una décima de segundo. Desde luego, como agente secreto de la Corona, no creía que James Saint Clair hubiera

tenido ningún problema para obtener aquella información.

—No sabría decirte —respondí—. Puede que sea una coincidencia.

—O tal vez sea cosa del destino —replicó ella con ojos brillantes.

—En todo caso, Roxton no es «mi» duque —repuse, cayendo en la cuenta de que Teresa había utilizado las mismas palabras que la señora Finch para referirse a él.

Mi amiga me lanzó una mirada teñida de escepticismo.

—Isobel Stanhope, haz el favor de recordar que soy tu mejor amiga. Si crees que no me he dado cuenta de que llevas casi dos años loca por el duque de Roxton…

—¡No estoy loca por él! —protesté encendida.

De acuerdo, sí que lo estaba, pero no era el tipo de cosa que estaba dispuesta a admitir en medio de un salón de baile atestado de gente.

—¡Chitón! —me ordenó Teresa, a pesar de que había sido ella la que había empezado aquella conversación—. Nos han visto y vienen para acá.

—Señorita Wynter —la saludó James Saint Clair, y se inclinó sobre su mano para rozar sus dedos con los labios—. Está usted deslumbrante.

—Puedo decir lo mismo, señor —replicó Teresa—. Al fin y al cabo, parece que nuestros disfraces hacen juego.

—Debe de ser cosa del destino —repuso Saint Clair con un destello tan travieso en la mirada que no me cupo duda de que sabía cómo se iba a vestir mi amiga.

A juzgar por la cara de felicidad que se le había puesto a Teresa, ella había llegado a la misma conclusión.

James le soltó la mano de mala gana y se volvió hacia Max.

—Ya les he presentado a mi amigo, el duque de Roxton…

—Desde luego —asintió Teresa, recobrando la compostura—. Y supongo que los dos recordarán a mi buena amiga Isobel Stanhope.

—Señorita Stanhope —dijeron los dos al unísono mientras hacían una reverencia. Como de costumbre, Max pronunció el nombre como si fuera la primera vez que lo oía.

El silencio reinó por unos instantes. Teresa y James se miraban arrobados a los ojos, mientras Max y yo aguantábamos el tipo a su lado.

—Señorita Stanhope —dijo Max al fin—, ¿me haría usted el honor de concederme el primer baile?

Contemplé su mano extendida durante un par de segundos, incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Yo… —empecé a decir con voz estridente. Carraspeé antes de continuar—. Desde luego, excelencia —logré decir en un tono normal mientras tomaba su mano.

Fui vagamente consciente de que los músicos empezaban a tocar,

de que James Saint Clair le hacía a Teresa la misma invitación y de que ella la aceptaba con bastante más dignidad que yo. Pero, en realidad, lo único que percibía en aquellos momentos era la presión de la mano de Max alrededor de la mía. Cuando llegamos a la zona de baile, Max apoyó la otra mano en mi cintura y yo di un respingo, como si me hubiera abrasado. De hecho, lo que sentía era algo muy similar a eso, porque sus dedos parecían quemar como un hierro al rojo a través de la seda de mi vestido.

La música comenzó y empezamos a movernos. Fue un alivio, porque me permitió concentrarme en mis pasos y no en lo deliciosamente bien que olía Max de cerca, como a una mezcla de clavo, menta y aire fresco. Era tan alto que mis ojos quedaban a la altura del último botón de su chaleco. Me fijé en el reluciente metal para tratar de calmar los latidos de mi corazón, como si me fuera la vida en ello.

Cuando hubo pasado cierto tiempo (no sabría decir cuánto), Max volvió a hablar.

—Bueno —comenzó, y la vibración de sus palabras en su pecho me dejó la mente en blanco por un momento—, ¿está disfrutando de la fiesta, señorita Stanhope? —preguntó con cortesía.

—Sí, por ahora es muy agradable —respondí—. Algunos invitados se han tomado muy en serio sus disfraces.

—Ya lo creo —repuso Max afable—. Aunque sospecho que a muchos se les va a hacer un poco larga la velada, con tantos animales disecados y tantas espadas medievales.

Me eché a reír.

—Y pensar que yo tenía intención de ponerme un simple antifaz… Al final, mi modista se salió con la suya, pero jamás hubiera imaginado que algún día bailaría dentro de la casa Devonshire envuelta en serpientes —comenté alzando la mirada.

Craso error. Max también me estaba mirando con una sonrisa casi imperceptible, tan próximo a mi cara que pude distinguir las motitas doradas que salpicaban el verde de sus ojos. Era la primera vez que las advertía; al fin y al cabo, nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro.

Agaché la cabeza de inmediato. ¿Qué estaba haciendo? Max conocía a Kes y sospechaba de Rook; se suponía que debía mantenerme a cierta distancia de él, no bailar entre sus brazos y mirarlo a los ojos. Parecía como si el destino quisiera gastarme una broma especialmente cruel al ofrecerme aquella oportunidad en el preciso momento en que no podía disfrutar de ella.

Los dos seguimos bailando mientras yo me esforzaba por ofrecer respuestas anodinas e insulsas a sus preguntas. En mi fuero interno, mi mente se desgañitaba recordándome todas las formas en las que

podían descarrilar mis planes para esa noche. ¿Se habría enterado Max del golpe que pensábamos dar? Su expresión relajada no era la de un hombre que se dispusiera a frustrar un gran robo… Pero tampoco yo parecía estar a punto de cometerlo (o, al menos, eso esperaba).

Los dos giramos una y otra vez por aquella sala que cada vez me parecía más sofocante y atestada. Setecientas invitaciones, a más de un invitado por cada una… ¿Cuánta gente habría acudido? ¿Mil personas? ¿Más aún? ¿De verdad cabían mil personas en aquella estancia? El pánico empezó a invadirme, y cedí al impulso de cerrar los párpados. *No, no*, pensé. *Ahora no, por favor*. Hacía tanto tiempo que no sufría uno de aquellos ataques (desde mi ingreso en la Pajarera, de hecho) que había llegado a pensar que no volverían a asaltarme.

Ahora no, repitió mi mente, machacona. *Por favor, ahora no. Ahora no. Ahora no.*




Capítulo 15

La garganta se me cerró, y un peso me oprimió el pecho como si me lo hubieran rodeado con una banda de acero. Me esforcé en vano por llevar aire a mis pulmones y, por un instante, la sala pareció oscilar a mi alrededor.

El brazo de Max se pegó a mi espalda para ayudarme a recobrar el equilibrio, y me di cuenta de que me había conducido al lateral de la estancia sin dejar de bailar. Nos detuvimos frente a los ventanales.

—Tranquila —me dijo en voz baja—. Inspire por la nariz… —Se interrumpió hasta que lo hice— y espire por la boca. Inspire y espire. Es solo aire.

Su voz hipnótica me arrullaba, y su brazo rozaba sutilmente mi espalda para proporcionarme un apoyo. Concentrándome en la leve brisa que llegaba del jardín, ralenticé mi respiración hasta ajustarla al ritmo de sus palabras. Poco a poco, la presión que atenazaba mis sienes se aflojó.

—Muchas gracias —musité cuando me sentí capaz de hablar con normalidad.

En ese momento, la música se detuvo.

—No hay de qué —respondió Max, y enlazó mi brazo con el suyo —. Y ahora, ¿le parece que busquemos a nuestros dos amigos? No creo que la sorprenda enterarse de que el señor Saint Clair está cautivado por la señorita Wynter.

—Algo así sospechaba —respondí, y me esforcé en sonreír.

Cuando al fin divisamos a la pareja, vi que los dos estaban levemente más próximos de lo que era aconsejable. Los ojos de mi amiga resplandecían de adoración bajo su enorme peluca, fijos en la cara de Saint Clair. La inquietud me atravesó como una puñalada. ¿Estaría involucrado James en los designios de Morland? Antes de que mi amiga le entregara su corazón, tenía que averiguar más cosas sobre él. De ninguna manera estaba dispuesta a permitir que aquel hombre le hiciera daño a Teresa.

En ese momento, los ojos se me fueron tras una elegante figura que atravesaba la sala. Era Sylla; y si en algún momento había supuesto

que su presencia pasaría inadvertida entre la multitud, me había equivocado de medio a medio. Si acaso, mi compañera estaba más espectacular que nunca. Avanzó hacia mí arrastrando a su paso una estela de miradas, algunas más benévolas que otras.

Cuando estábamos a punto de saludarnos, nos interrumpió la llegada de la comitiva real. La orquesta atacó el himno nacional, mientras los duques de Devonshire acompañaban con gran pompa y boato a los príncipes de Gales hasta el estrado que se alzaba en el fondo de la sala.

Una vez estuvieron los príncipes en sus tronos rodeados de flores, comenzó una larga procesión de notables que querían presentarles sus respetos y lucir sus ricos disfraces. Los anfitriones habían organizado una especie de recorrido a lo largo de la historia, en el que los invitados iban apareciendo según el periodo en el que se inspirasen sus trajes. El evento era tan aparatoso que casi resultaba cómico; y cuando vi que los duques de Devonshire efectuaban su entrada en la sala subidos a un palanquín que portaban seis criados, empecé a pensar que tal vez hubiera algo de verdad en los rumores disparatados que había oído (por ejemplo, que una de las invitadas había tratado de alquilar un elefante del zoo de Londres para completar su disfraz).

Teresa, a mi lado, se removía con impaciencia. James y Max ya habían presentado sus respetos a los príncipes; lo mismo ocurría con Sylla y su padre, gracias a la amistad de este último con el futuro rey de Inglaterra.

—¿Es que esto no se va a acabar nunca? —refunfuñó Teresa—. Me muero de hambre… Esto de que aparezca la familia real es una faena.

—Si no hablas más bajo, vas a acabar encerrada en la Torre de Londres —bromeé, aunque, a decir verdad, yo estaba aún más inquieta que ella.

En cuanto nos sentáramos a cenar, empezaría la parte que me importaba realmente de aquella noche. Solo podía rogar para mis adentros que Sylla, Maud y Winnie hubieran cumplido las tareas que tenían asignadas.

Ya eran más de las once cuando la recepción terminó. Los príncipes de Gales abandonaron la sala y el resto de los invitados los seguimos por la magnífica escalinata.

Los criados de la casa nos fueron dirigiendo hacia el jardín, que, tan grandioso como el resto de la mansión, se extendía hasta Berkeley Square. Lo primero que vi fue un cenador abierto, dispuesto para aquellos que quisieran disfrutar del fresco de aquella noche veraniega. Bajo el toldo de rayas carmesíes y blancas, se repartían grupos de butacas y sofás, rodeados por macetas de helechos de un verde vivo. A su lado había una gran carpa de seda estampada en vistosos colores. La noche estaba despejada, y en la negrura del cielo brillaban las

estrellas.

En el centro de la extensión herbosa brillaba una estrella de ocho puntas, rodeada de otras tantas estrellas más pequeñas. En el centro de estas últimas, dibujadas con velas, resplandecían las letras «DD» y la serpiente que era el emblema de la casa Devonshire. Los robles y los olmos que salpicaban el césped estaban delineados por luces verdosas, y los senderos que se extendían hacia el este y el oeste del jardín saltaban a la vista, festoneados de lamparitas en tonos blancos y verdes. Un sinfín de farolillos chinos pendían de los arbustos, mientras que los parterres que delimitaban la parte trasera de la mansión estaban iluminados en rojo, blanco y azul. En realidad, había farolillos por todas partes (en el suelo, en las ramas, en los caminos…), lo que bañaba la escena en una suave luminosidad dorada.

—Me han dicho que la duquesa encargó mil doscientas lamparitas solo para adornar el jardín —me susurró Teresa al oído—. Increíble, ¿verdad? Es tan decadente… —suspiró encantada con la idea.

Asentí; la palabra «decadente» era la que mejor definía aquella imagen. El hecho de que todo el mundo estuviera ataviado con disfraces a cada cual más fantástico potenciaba la rareza de todo aquello; era una sensación muy extraña, como entrar en un sueño sin estar dormida.

Tras la gran carpa distinguí una mucho más pequeña, y recordé otra de las cosas que me habían contado: a lo largo de la noche, la firma fotográfica Lafayette iría retratando a los invitados, una tarea titánica que tenía intrigado a todo el mundo.

Más allá se entreveían varios arcos de madera cubiertos de rosas. Servían de entrada a pequeñas alcobas, ideales para servir de escenario a intrigas e indiscreciones amorosas. Una vez más, me hizo gracia que los anfitriones de aquellas grandes fiestas se molestaran en propiciar esos escarceos, mientras todo el mundo hacía como si no se diera cuenta de que ocurrían. En aquella ocasión, sin embargo, esa muestra de hipocresía me iba a resultar muy útil.

—El señor Saint Clair me ha dicho que nos sentaríamos juntos en la cena —afirmó Teresa, y un destello de pánico me paralizó.

—¿Estará también el duque? —pregunté con forzada indiferencia.

—¡Claro! —contestó mi amiga con una sonrisa que hizo aparecer sus hoyuelos—. Al parecer, el señor Saint Clair lo ha organizado todo. Dice que está ansioso por continuar con nuestra conversación.

—Ah, que considerado —respondí, maldiciendo para mis adentros el último enredo de mi amiga; lo que menos necesitaba aquella noche era tener al lado a dos agentes de los servicios secretos.

Por fin entramos en la gran carpa, decorada con un lujo exuberante que arrancó exclamaciones de admiración a nuestro alrededor. Si no la hubiera visto desde fuera, habría creído que me encontraba en otra de

las salas de la mansión. El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra escarlata, y frente a las paredes de tela azul y dorada colgaban valiosos espejos y tapices. Sobre nuestras cabezas pendían grandes candelabros de cristal, y en el fondo de la carpa había expuesto un alarde más de riqueza: una espectacular colección de fuentes y platos de oro, traída desde Chatsworth para la ocasión. Las mesas, redondas y dispuestas para doce comensales, tenían en el centro una espectacular palmera iluminada por una guirnalda de luces eléctricas.

Parecía que James Saint Clair era un hombre de lo más eficaz, porque la mesa a la que nos condujeron a Teresa y a mí, acompañadas de la tía abuela Louisa, que a esas alturas iba casi sonámbula, estaba llena de comensales situados muy por encima de nuestra posición social.

—Señorita Stanhope —me saludó Max mientras se levantaba para apartar mi silla con ademán caballeroso.

—Gracias, excelencia —murmuré.

Algo más allá, en otra de las mesas, Sylla me lanzaba miradas de indignación, como si yo me hubiera sentado a propósito junto a la persona a la que más debía evitar.

—Espero que se haya repuesto —dijo Max con cortesía impecable —. El ambiente del salón de baile era sofocante.

—Tiene usted razón —respondí en tono neutro—. Al aire libre se está mucho mejor.

Nada me habría gustado más que aprovechar aquella situación para entablar conversación con Max y averiguar más cosas sobre él (quizá, incluso, para volver a oír su risa), pero hice un esfuerzo y me giré para hablar con el comensal que tenía al otro lado. Aunque Max no pareciera sospechar por el momento que Kes y yo éramos la misma persona, no quería tentar a la suerte. Al fin y al cabo, aunque él no fuera consciente de ello, hacía bien poco que habíamos cenado juntos en circunstancias muy distintas.

Mi otro compañero de mesa era un caballero mayor de aire distinguido, con un mostacho erizado y un disfraz de soldado de la guerra civil americana. Tras las presentaciones de rigor, traté de concentrarme en lo que me contaba (algo relacionado con la pesca, creo). Por suerte, él pareció interpretar mi mirada vidriosa como una señal de mi profundo interés por el tema.

Mientras asentía de forma automática, empecé a escuchar sin querer la conversación que tenía lugar a mi espalda, donde estaban sentados Max, Teresa y James. No necesitaba darme la vuelta para saber que mi mejor amiga estaría resplandeciente, encantada de recibir las atenciones de dos caballeros tan apuestos.

—Entonces, hace poco que ha regresado de Francia, ¿no es así? —

preguntó con una voz que casi era un ronroneo.

—Así es —asintió James en tono risueño—. Y tras varios años de marchitarme en el continente, he de decir que me siento muy feliz de estar de vuelta.

—¿Se crio aquí?

—En efecto; de hecho, fue durante mis años como escolar cuando conocí a mi amigo Roxton.

—¡Ah, son viejos amigos! —exclamó Teresa alegremente—. Estupendo. Así, cada uno podrá contarme historias escandalosas sobre el otro.

James soltó una carcajada.

—¿Escandalosas? Se equivoca, señorita Wynter: éramos el paradigma de la buena conducta.

Max carraspeó.

—Ah, de modo que ahora se llama así a meter sapos en el cajón de la mesa del profesor… —repuso, y Teresa contuvo una carcajada.

—¡Solo pretendía darle un hogar cálido y confortable! —protestó James—. Fuera hacía mucho frío.

—Una buena obra, desde luego —aprobó Teresa—. ¿Y qué hay de su excelencia? ¿También hacía travesuras?

Esa vez fue James quien se echó a reír.

—¿Rox? En absoluto. Ya de niño era el duque perfecto. Todos le tomábamos el pelo con eso.

—Solo es que creo que hay que respetar las reglas, como tú bien sabes —replicó Max con ligereza.

—Y bien que me venía, cuando me metía en problemas y tú dabas la cara por mí —se rio James—. Aunque, cuando lo conocí, me pareció una persona insufrible.

—¡No puede ser! —exclamó Teresa, encantada con aquella revelación.

Me habría gustado ver la cara de Max en ese momento. Sin embargo, cuando contestó, su tono rezumaba afecto:

—Y tú a mí me pareciste un gamberro impenitente.

—Bueno, es que lo era —concedió James—. Pero le aseguro que me he reformado, señorita Wynter.

—Espero que no del todo —replicó Teresa, y casi me pareció oír el aleteo de sus pestañas—. En mi opinión, nunca viene mal ser algo travieso.

—Me temo que nuestro amigo Saint Clair se ha convertido en un hombre respetable —afirmó Max.

—Para, por Dios —gimió el aludido—. Vas a hacer que parezca un pan sin sal… Al final, me veré obligado a llenar tu mesa de sapos para restaurar mi reputación, Rox.

Teresa se echó a reír con ganas de nuevo, y yo no pude evitar una

sonrisa al oírla. Por desgracia, mi compañero de mesa se animó al verme y se embarcó en una nueva descripción de la trucha que había capturado la semana anterior.

Afortunadamente, los criados empezaron a servir la cena en ese momento, y me alegré de tener algo con lo que distraerme hasta que pasara la medianoche. Los platos se sucedieron con gran ceremonia: como entrada, consomé frío y asado de pularda, cordero y codorniz, seguido de una *mousse* de salmón con pepino, cordero con avellanas, salpicón de cangrejo, rodajas de tomate que desprendían todo el aroma del sol veraniego y un pastel de ave en gelatina.

Yo no estaba dispuesta a permitir que un pequeño detalle (como el robo que estaba a punto de cometer, por ejemplo) me impidiera hacer justicia a una cena como aquella, de modo que le hinqué el diente con gusto. Si acaso, ahora me sentía menos nerviosa que antes: forzar cerraduras y engañar a un criminal como Rook me parecía más fácil que sobrevivir a un baile como aquel.

Al cabo de casi una hora, cuando ya se aproximaba la una de la madrugada, Sylla se puso en pie y se acercó a nuestra mesa. Tras lanzar una mirada triste al postre que estaba a punto de perderme (una fuente de fresas grandes y jugosas con chantillí, gelatinas variadas y una selección de pastelillos de crema que casi resultaban demasiado bonitos para comerlos), extendí el bajo de mi falda para que quedara en la trayectoria de Sylla y, cuando ella lo pisó, me giré hacia la mesa. La tela se desgarró de inmediato con un ruido rasposo.

Tras lanzar una disculpa mental a Iris Grey, solté un gritito y me giré para examinar el desaguisado.

—¡Ay, lo siento muchísimo! —exclamó Sylla consternada—. No sabe cuánto lo lamento, señorita… —vaciló.

—Stanhope —dije yo.

—Sí, Stanhope, por supuesto —los ojos de Sylla se abrieron de par en par—. Por Dios, he roto su vestido, con lo bonito que es… Venga conmigo; vamos a arreglarlo antes de que empiecen las fotografías.

—No se preocupe, seguro que puedo solucionarlo con un par de alfileres.

—De ninguna manera —replicó Sylla—. Tengo aquí a mi doncella; si vamos a una de las alcobas privadas, se lo dejará como nuevo en un momento. Es una costurera excelente. No puede decirme que no, señorita Stanhope.

—Bueno, es muy amable por su parte —accedí—. Si me disculpan…

Me volví hacia la mesa para despedirme de mis acompañantes y, tras comprobar que Teresa estaba absorta en su conversación con Saint Clair, seguí a Sylla. De camino hacia la salida, pasamos junto a una cantidad absurda de complementos abandonados por sus dueños

en los laterales de la carpa: espadas, lanzas, escudos, enormes abanicos de plumas…

—Una pena lo del vestido —comentó Sylla en voz baja—. Si hubiera sabido que ibas a ponerte algo decente por una vez, habría propuesto un plan distinto.

—También podrías decirme que estoy muy guapa, como una persona normal —gruñí, más para mí que para ella.

Por fin, salimos al jardín y nos dirigimos hacia las alcobas, caminando con las cabezas muy juntas. Si alguien nos veía, pensaría que éramos dos damas dispuestas a intercambiar secretos o, quizá, algún abrazo prohibido. Al fin y al cabo, si la nobleza celebraba fiestas de aquel tipo era para facilitar cosas como esas.

Cuando llegamos a la alcoba indicada, la tercera por la izquierda, Sylla y yo nos inclinamos para pasar bajo el arco y entramos en un pequeño claro con un sugerente diván de terciopelo rojo en el centro.

En ese preciso instante, dos mujeres aprovechaban el diván para besarse apasionadamente.

—Por Dios, no hay quien os aguante —bufó Sylla—. Por si no lo recordáis, se supone que estamos trabajando.

Las dos mujeres se separaron, y una de ellas (Maud) nos miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué hay de malo en aprovechar lo que te da la vida? —replicó.

—Tienes el bigote de Winnie enredado en el pelo —replicó Sylla con acidez.

La aludida se sonrojó y estiró la mano para recuperar con delicadeza el gran mostacho blanco.

—El pegamento nuevo no parece tan bueno como yo pensaba —declaró con tristeza, contemplando el bigote como si la hubiera decepcionado personalmente.

Contuve una risita: con Sylla aún metida en su papel de institutriz gruñona, lo último que quería era desviar su atención hacia mí. Aun así, busqué la mirada de Maud y le guiñé un ojo.

Winnie se colocó el bigote bajo la nariz y presionó con fuerza, y yo aproveché la oportunidad para admirar su disfraz. Iba vestida con una especie de uniforme militar de la época de la Regencia, acolchado por dentro para dar apariencia de robustez. Su rostro quedaba oculto bajo el gorro alto y el lustroso mostacho. En general, resultaba una imitación bastante pasable de su padre, siempre y cuando no le diera demasiada luz. Aunque Winnie no había sido invitada a la fiesta, su padre, milagrosamente, había recibido una invitación. Por suerte para nosotras, era un hombre disperso que rara vez acudía a los eventos de sociedad, de modo que no nos había costado mucho birlar la tarjeta. Así que Winnie había llegado cuando todos los invitados estaban ya sentados a la mesa, había mostrado su invitación y se había

escabullido al jardín para esperarnos.

Lo de Maud había sido más sencillo: le había bastado con entrar en calidad de doncella de Sylla.

Winnie empezó a desabrocharse la levita, mostrando las ropas de Kes que llevaba amarradas bajo el acolchado del vientre. Me desvestí sin perder un momento, mientras Winnie volvía a colocarse la gran barriga. Cuando empecé a ponerme mi atuendo de pilluelo callejero, mis compañeras se abalanzaron para ayudarme, pero acabé por apartarles las manos.

—No necesito tres personas para atarme las botas —mascullé.

De pronto, imaginé que alguien nos sorprendía en ese momento y tuve que contener una carcajada. Y, sin embargo, seguramente no sería la escena más escandalosa que se produciría aquella noche…

—Muy bien —dije, ataviada con mi disfraz de Kes y con la peluca bien calada—. ¿Qué tal estoy?

Sylla me rodeó lentamente mientras me escrutaba de la cabeza a los pies.

—Pasable —concluyó.

Y con esa muestra de optimismo, me zambullí entre las sombras.



Capítulo 16



Rook me había pedido que me encontrase con él junto a los establos, un poco después de la una. Atravesé los terrenos sin especial precaución: si alguien me veía, me tomarían por un mozo de cuadra algo más andrajoso de lo normal.

Cuando llegué al lugar indicado, los miembros de la banda ya me estaban esperando.

—Estos son Harvey y Clink —gruñó Rook mientras señalaba con un gesto brusco a los dos tipos fornidos que había junto a él en la penumbra.

Los tres llevaban puestos sendos gabanes de cochero de buena calidad: la primera prueba tangible de que Morland estaba detrás de aquel plan, ya que ellos jamás habrían podido comprar una prenda así. Con su pose aburrida y sus cigarrillos, eran la viva imagen de tres criados pasando el rato hasta que llegase el momento de llevar a casa a sus adinerados patrones.

La zona cercana a los establos estaba llena de caballos, carruajes, mozos de cuadra y cocheros. Entre ellos pululaban sirvientes que entraban y salían por la puerta trasera de la cocina, situada en el sótano de la mansión.

Aunque a mí jamás se me hubiera ocurrido, lo cierto era que se daban las condiciones ideales para dar un golpe, siempre y cuando los ladrones tuvieran agallas y contaran con un poco de ayuda. Había tantos sirvientes ajenos a la casa que nadie se sorprendería de ver unos cuantos de más (sobre todo, si alguien con la bolsa bien provista había repartido propinas bajo cuerda entre el personal de la cocina).

Al final, colarnos fue ridículamente fácil. Dado que la fiesta se había trasladado al jardín, los únicos que quedaban dentro del edificio eran los sirvientes, y todos estaban concentrados en atender a los huéspedes para que no les faltara comida ni bebida. Nos abrió la puerta un criado ataviado con una librea de la época isabelina, que sostenía una bandeja con dos copas, y nos escabullimos tras él por la cocina aprovechando el jaleo. Al cabo de un momento, llegamos a un pasillo desierto que partía del salón de baile.

—Por aquí —bisbiseó el criado señalando una pequeña puerta de madera, y, sin más, se alejó.

Rook abrió la puerta, que daba paso a una estrecha escalera de piedra, y los cuatro ascendimos en fila. A esas alturas, el corazón amenazaba con salírseme por la boca. Si nos sorprendían, no me resultaría nada fácil explicar mi presencia allí. Además, no me gustaba el aire pendenciero de los dos tipos que acompañaban a Rook; en caso de que hubiera problemas, me temía que alguien podría resultar herido.

La escalera era estrecha y empinada, y olía a cerrado. Subimos por ella durante un rato que se me hizo eterno, iluminados por el trémulo resplandor de los fósforos que iba encendiendo Rook. Nadie hablaba.

Cuando alcanzamos el final, Rook giró la cabeza para asegurarse de que lo habíamos seguido y empujó con cautela la puerta que había ante él. Aunque daba la impresión de que aquella escalera llevaba décadas sin usarse, la hoja de madera osciló sin hacer el menor ruido. De nuevo se adivinaba la mano de Morland: debía de haber sobornado a alguien para que engrasara las bisagras.

Rook asomó la cabeza por la puerta entreabierta para comprobar que la sala estaba despejada. Contuve el aliento: cada vez que llegaba aquel punto, me daba la impresión de que me iba a zambullir en una sima de agua oscura. Era un momento de incertidumbre total, tan aterrador como emocionante.

Entonces, Rook abrió del todo y nos indicó que lo siguiéramos.

No había dado tres pasos cuando me detuve boquiabierta: habíamos salido al mismísimo salón de las joyas. La puerta estaba oculta tras una de las estanterías, que ahora se encontraba perpendicular a la pared.

Tras llevarse el índice a los labios, Rook caminó con sigilo hacia la puerta que daba a la sala de los refrigerios. Apoyó la oreja en la madera y se quedó inmóvil.

Yo aproveché para echar un vistazo a las vitrinas. El broche seguía en su sitio.

Los cuatro aguardamos inmóviles. Empezaba a preguntarme a qué estábamos esperando cuando se oyó un golpe sordo al otro lado de la puerta.

Acto seguido, me pareció oír una exclamación ahogada seguida de otro golpe sordo. Rook se giró para mirarnos con una sonrisa de regocijo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Allá vamos —susurró con voz grave.

Sin más preámbulos, abrió la puerta. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que pasaba, Harvey, Clink y él se abalanzaron sobre los dos vigilantes, que estaban inconscientes en el suelo, los arrastraron al interior de la sala de las joyas y volvieron a cerrar. Morland no había

dado puntada sin hilo: la maniobra para dejar a los vigilantes fuera de combate había sido concebida y efectuada con precisión militar.

Harvey y Clink se despojaron de sus gabanes, revelando sendas libreas azules y beis exactas a las que vestían esa noche todos los criados de la casa. Luego, tras guiñarme un ojo, Harvey salió seguido por su compañero y los dos se apostaron en el lugar que habían ocupado hasta hacía un momento los dos hombres inconscientes. Nadie que pasara por allí podría darse cuenta de que ocurría algo extraño.

—Ponte a ello —me gruñó Rook mientras sacaba de una bolsa un par de cuerdas con las que empezó a amarrar a los guardias.

Sin perder un segundo, atravesé la sala hasta llegar a la última vitrina, donde estaba el broche. Me saqué del bolsillo mi juego de ganzúas y me puse manos a la obra. Satisfecha, vi que la cerradura se abría al primer toque, como si estuviera deseando complacerme.

Mi experiencia como carterista me había enseñado que lo más importante era no vacilar. Sin detenerme, agarré el broche en un movimiento rápido, lo introduje en un bolsillo disimulado en mi chaqueta y recoloqué un poco la pieza contigua para disimular el hueco. Confiando en que Rook estaría concentrado en su tarea, me desplacé hasta la siguiente vitrina, sin mirarlo ni siquiera de reojo, y la descerrajé aún más deprisa que la primera.

Para cuando terminé de abrir la última, Rook ya había acabado lo suyo. Los dos guardias, aún inconscientes, yacían en el suelo boca abajo, atados y amordazados.

—Te has dado prisa —comentó Rook con aire complacido.

Se sacó de la bolsa varios saquitos de lona, me entregó uno y empezó meter las joyas dentro sin ningún miramiento, como si aquellas hermosas piezas que habían sobrevivido a siglos de disturbios, guerras y desastres no fueran más que un puñado de canicas.

—¿Dónde lo habrán puesto? ¿Dónde? —oí que murmuraba mientras avanzábamos por la hilera de vitrinas.

Lo miré de soslayo y vi que tenía los ojos clavados en mis manos. Seguí trabajando sin inmutarme. Cuando llegamos al final, me encaró con expresión suspicaz.

—¿Y el broche? —me espetó, y yo abrí mucho los ojos como si no lo entendiera.

—¿Cuál? Hemos recogido más de cien.

—¡El del rubí! ¿Dónde lo has metido?

—Supongo que estará en una de las bolsas —contesté encogiéndome de hombros.

Él negó con vehemencia.

—Te lo has quedado tú —afirmó sin sombra de duda, y empezó a

avanzar hacia mí con gesto amenazante.

—¿Por qué iba a hacer eso? —repliqué—. No me serviría de nada: tú mismo dijiste que no vale mucho.

—Vacíate los bolsillos.

Hice lo que me pedía, e incluso les di la vuelta para demostrar que no había nada en ellos salvo mis ganzúas y un par de confites de menta. Un destello fugaz atravesó los ojos de Rook… ¿preocupación, quizá? Cuando ya empezaba a pensar que me iba a salir con la mía, su expresión se endureció.

—Quítate la chaqueta y dámela —me exigió—. Quiero registrarla.

El corazón amenazó con salírseme por la boca. Miré a Rook, segura de que podía ver sus latidos enloquecidos en las venas de mi garganta.

—Deja de perder el tiempo —le espeté—. Tenemos que salir de aquí; te digo que el broche estará en una de las bolsas.

En su mano apareció un cuchillo. Ni siquiera le había visto desenfundarlo, así que supuse que lo llevaría oculto en la manga. Su estrecha hoja estaba manchada, como si ya la hubiera usado en más de una ocasión.

—Dame el broche —silabeó con una voz rasposa que me heló la sangre en las venas.

Analicé la situación. Rook me bloqueaba el camino hacia la escalera secreta, y en la otra salida estaban Harvey y Clink.

Al ver que Rook daba un paso más hacia mí, me di la vuelta y eché a correr hacia la ventana que había a mi espalda. Por suerte, estaba abierta, y en un abrir y cerrar de ojos salté al alféizar y me encaramé a la cornisa. Noté el roce de los dedos de Rook en el bajo de mis pantalones y avancé hacia un lado, con la espalda pegada a la pared.

Rook asomó la cabeza y me contempló con una sonrisa maliciosa.

—No tienes adónde ir, chico —gruñó.

No le faltaba razón. Lo único bueno de aquella ventana era que estaba en la fachada este de la mansión, que daba a una parte desierta del jardín. Ante mí solo había una explanada cubierta de gravilla que se extendía hasta el camino de entrada, con parterres y arbustos separados por senderos sinuosos e iluminados con más farolillos de colores. Aunque los invitados aún no habían terminado de cenar, pronto lo harían, y entonces empezarían a aparecer parejas y grupos paseando por allí. No había nada más: ningún árbol por el que trepar, ningún enrejado, ninguna enredadera… Ni siquiera una ventana abierta para colarme por ella. Solo una larga caída sin nada que pudiera amortiguarla.

Los ojos de Rook resplandecieron en la oscuridad, y vi que se asomaba un poco más por la ventana. Mi situación era desesperada, pero, aun así, me alejé un poco más con cautela. Quizá, si avanzaba lo bastante, podría llegar a una ventana abierta. O cerrada; a esas

alturas, ya me daba igual. Continué, con la espalda tan pegada a la pared como si quisiera fundirme con la piedra. La cornisa era tan angosta que me sobresalían los dedos de los pies.

—¡Eh, tú! —gritó alguien desde abajo.

Lo busqué con la mirada y, al encontrarlo, cerré los ojos por un instante y traté de contener la maldición que estaba a punto de salir de mis labios.

Era Max Vane, cómo no. No sabía ni por qué me sorprendía verlo allí.

Volví a mirarlo. Tenía los ojos clavados en mí; ya fuera una coincidencia o una acción premeditada, su aparición ponía en jaque todos los planes que habíamos trazado mis compañeras y yo.

Aunque, en realidad, hacía ya un rato que nuestros planes habían empezado a descarrilar.

Eché un nuevo vistazo a la ventana. Rook debía de haber reculado para ocultarse entre las sombras… o quizá se dirigiera en ese mismo momento al jardín para ocuparse de Max. Dejé escapar la ristra de juramentos que me había tragado un momento antes.

—Kes, ¿eres tú? —exclamó Max—. ¿Qué haces ahí?

—Pues nada —mascullé para mí—, solo estaba disfrutando de las vistas, tomando el fresco y tratando de evitar que nos maten a los dos, especie de zoquete encantador.

Porque, a esas alturas, estaba claro que Max se encontraba en peligro: su irrupción en medio del golpe lo convertía en un objetivo evidente para Harvey y Clink.

En ese momento, oí un silbido suave pero característico: sin duda, una señal convenida entre Rook y sus secuaces. Me volví de forma instintiva hacia su origen y el movimiento me desestabilizó.

Traté de volver a pegarme al muro, sofocando un grito de alarma, pero era demasiado tarde. Desesperada, me retorcí para recuperar el equilibrio y mis pies solo encontraron el vacío. La mente se me nubló: estaba cayendo, resbalando por la pared con los ojos cerrados por el pánico. Estiré los brazos en un movimiento instintivo y mis dedos aferraron algo duro.

Cuando volví a abrir los párpados, me di cuenta de que estaba colgada de la cornisa, a más de seis metros del suelo. Cometí el error de mirar hacia abajo y sentí que se me revolvía el estómago y la vista se me nublaba.

—¡Kes! —gritó Max, entrando en mi campo de visión—. ¡Suéltate y yo te recogeré!

—¿Soltarme? —farfullé—. ¿Estás loco?

—Bueno, no creo que puedas quedarte ahí colgado para siempre —replicó con ironía—. Estoy casi seguro de que nos las arreglaremos.

—Casi seguro… —repetí con una voz que estaba a medio camino

entre un sollozo y una carcajada.

Los brazos me temblaban y mis dedos ya empezaban a perder fuerza. Max tenía razón: no podría aguantar mucho más.

—Confía en mí —insistió—. No dejaré que te estrelles.

Recé una oración silenciosa y abrí los dedos. La oscuridad aterciopelada pareció engullirme mientras caía al vacío, tan rápido que sentí cómo el aire silbaba en mis oídos. Me tensé, temiendo que mi pobre cuerpecillo no aguantara aquel brusco aterrizaje…

—¡Uuuuf! —resolló Max cuando me precipité sobre él como una bala, cayendo al suelo de espaldas.

No me había muerto.

Me hizo falta un momento hacerme a la idea, pero era cierto: seguía viva y coleando.

Se me escapó una carcajada.

—Me alegra que esto te haga tanta gracia —resolló Max, y me di cuenta de que aún estaba tumbada sobre él de forma muy poco decente. No era el momento de disfrutar de la situación, de modo que me puse en pie tan rápido como pude.

—Perdón —farfullé mientras le ofrecía una mano para ayudarlo a levantarse—. Lo siento mucho.

Él empezó a sacudir el polvo de su traje, con el ceño fruncido, y me despedí con tristeza de sus medias blancas, que habían quedado en un estado lamentable.

—Ha llegado el momento de que te expliques —me espetó Max con severidad, mirándome de hito en hito—. ¿Qué diablos pasa aquí?

Giré la cabeza para atisbar la ventana del salón de las joyas. No se veía ni rastro de Rook, y eso me inquietaba.

—Ahora no hay tiempo —repliqué, y lo agarré de una manga—. Tenemos que marcharnos.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que me respondas —se obstinó él.

—¡Serás terco! —exploté—. Escucha lo que te digo: ¡tenemos que salir corriendo de aquí!

Él ladeó la cabeza, atónito. Estaba tan nerviosa que, por un momento, se me había olvidado hablar con la voz ronca de Kes.

—¿Qué…? —empezó a decir.

No pudo terminar la frase: en ese momento, Harvey y Clink aparecieron a su espalda y lo derribaron.

Me saqué el cuchillo de la bota y, al erguirme, vi que ya se cernían sobre mí.

—¿Te crees que puedes engañarnos, mocoso? —gruñó Clink sin dejar de avanzar.

Solo en ese momento me di cuenta de que empuñaba una navaja de la que goteaba sangre. Los ojos se me fueron a Max, que seguía

inmóvil en el suelo.

Un destello helado me recorrió el cuerpo. De pronto, el pánico que me invadía se disipó para ser sustituido por una furia gélida.

—Si le habéis hecho daño, me las pagaréis —mascullé.

Clink y Harvey se miraron y se echaron a reír.

Me abalancé sobre ellos. A pesar de que era menuda, estaba bien entrenada y sabía cómo defenderme. Aquellos dos matones, sin embargo, tenían fuerza y tamaño, pero no sabían manejarlo; eran como cuchillos sin filo. Me agaché para lanzar un tajo a la pierna de Harvey, y cuando él se encogió, sorprendido, le golpeé el puente de la nariz con la parte baja de la mano. Se oyó un crujido siniestro y Harvey reculó con un aullido. Clink, furioso, me agarró de la cintura. Me revolví para propinarle un rodillazo en la entrepierna, pero no conseguí que me soltara. Aprovechando que aún tenía libre la mano del cuchillo, le lancé un tajo a la cara. Él rugió y me soltó para llevarse las manos a la mejilla.

Corrí hacia Max y me agaché junto a él. Se agarraba el costado, y vi que la sangre brotaba a borbotones entre sus dedos. Me miró con ojos desorbitados.

Conteniendo un sollozo, volví a alzar la mirada. Los dos matones avanzaban de nuevo hacia mí.

Me acuclillé y los amenacé con el cuchillo. No estaba dispuesta a morir allí, y mucho menos a dejar morir a Max.

En ese momento, se oyó un ruido de gravilla en el camino principal. Un carruaje dobló la esquina, tan rápido que por un momento dos de sus ruedas quedaron en el aire, y se detuvo ante nosotros con una lluvia de guijarros.

Quien conducía, una figura envuelta en una capa oscura, de la que solo se distinguía un enorme mostacho, desenfundó una pistola y la amartilló con un chasquido que resonó en el aire nocturno. Harvey y Clink, comprendiendo la amenaza de inmediato, recularon con los brazos en alto y se quedaron mirando el arma que los apuntaba, sin saber qué hacer.

Teníamos que actuar deprisa. La indecisión de los dos matones no duraría mucho, y era un milagro que no nos hubiera sorprendido nadie más aún.

—Max, tienes que levantarte —le rogué al oído.

Él asintió y, con un siseo de dolor, se puso en pie y se apoyó en mi hombro. Los dos avanzamos tambaleantes hacia el carruaje y nos derrumbamos en su interior.

—¡Arranca ya! —me desgañité.

Los caballos arrancaron como una exhalación y, tras retomar el camino de entrada con una curva vertiginosa, el carruaje alcanzó la calle. Decidí esperar para felicitar más tarde a Winnie por su pericia

con las riendas; en ese momento tenía cosas más importantes de las que ocuparme.

Max reposaba sobre mis piernas, con los ojos cerrados. Le busqué el pulso y me alivió comprobar que su corazón latía a un ritmo normal. Me despojé de la chaqueta y me incliné para taponar la herida con ella, con la esperanza de frenar un poco la hemorragia.

Debió de dolerle, porque abrió los ojos y exhaló un gemido grave. El carruaje pasó sobre un bache, y tuve que apoyarme en un lateral para evitar que nos deslizáramos. Me di cuenta de que no llevaba el gorro ni la peluca, y supuse que se habrían caído al suelo del carruaje en nuestra accidentada subida. El cabello me caía a los lados de la cara, libre de las horquillas con las que lo había recogido.

Los ojos de Max se clavaron en mi cara y se abrieron de par en par.

—¡Señorita Stanhope! —jadeó, justo antes de caer de nuevo en la inconsciencia.

Me consolé pensando que, al menos, esa vez sí que se había acordado de mi nombre.





Capítulo 17

No me hizo falta preguntar para saber adónde nos dirigíamos. Tras comprobar que no nos seguía nadie, Winnie recorrió a buen ritmo el trayecto hasta la Pajarera, donde Maud y la señora Finch nos esperaban de pie frente a la fachada. Entre todas (y con gran esfuerzo) logramos sacar a Max del coche y llevarlo a cuestas hasta el despacho de la señora Finch, quien ya había despejado su escritorio.

Ya a salvo, la señora Finch me escrutó rápidamente. En sus ojos apareció un destello de inquietud al ver mi camisa empapada de sangre, que se disipó cuando se dio cuenta de que no era mía.

—Dejadlo ahí —ordenó mientras se remangaba, y se giró hacia una mesita llena de materiales quirúrgicos.

Tras hacer lo que nos había pedido, Maud y Winnie salieron rápidamente para ir a buscar toallas y agua caliente.

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunté atónita—. ¿Cómo podía saber que íbamos a necesitar todo esto?

—Alcánzame esas tijeras —repuso ella con un chasquido de dedos. En cuanto las tuvo en las manos, empezó a cortar la camisa de Max—. Sabiendo lo que ibas a hacer esta noche, ¿cómo no iba a prepararme para tratar heridas graves? Eso sí: debo admitir que no esperaba que el herido fuera el duque de Roxton.

La miré expectante mientras examinaba el navajazo.

—Es un corte profundo, y ha perdido bastante sangre —concluyó al fin—. Pero no me parece que le haya tocado ningún órgano vital. Vamos a limpiar la herida antes de coserla.

Estábamos ocupadas en lo primero cuando Sylla entró como una exhalación. Aún iba vestida de valquiria, aunque ya no empuñaba su lanza.

—Maldita sea, ¿qué hace este aquí? —gruñó.

La entrada de hombres en la Pajarera no estaba permitida (sobre todo, si trabajaban para un delincuente al que estábamos tratando de atrapar). La situación estaba muy lejos de ser ideal, y empeoró más aún cuando Max recobró la consciencia y se sentó con un rugido.

—¿Dónde me encuentro? —exclamó—. ¿Qué diablos ha pasado?

—Cuidado, me está llenando la mesa de sangre —le reconvino la señora Finch—. Por favor, túmbese y no se mueva.

La mirada de Max se posó en mí.

—¡Señorita Stanhope! Pensaba que… Creía… Pero ¿cómo…?

—Está usted herido —respondí con suavidad—. Vamos a tener que darle puntos.

Max bajó la mirada y, al ver su camisa hecha trizas y su torso empapado en sangre, profirió una expresión que jamás habría esperado oír de boca de un duque. Agaché la mirada con discreción.

—Y que lo diga —asintió Sylla impertérrita.

—¿Señorita… Banaji? —barbotó Max con el ceño fruncido en una mueca de perplejidad.

—No le dé más vueltas y relájese para que la señora Finch pueda acabar de curarle —le aconsejó ella.

—¿Le apetece un poco de brandy? —le ofreció la señora Finch, mostrándole la botella—. Se lo recomiendo: esta parte le va a doler.

—Acepte —añadí yo. Agarré la botella y me acerqué para entregársela—. Lo ayudará a aguantar, ya lo verá.

Fuera porque mi tono de institutriz lo convenció o porque ya estaba demasiado dolorido, Max aceptó la botella y se la llevó a la boca para dar un largo trago.

—Se lo agradezco mucho —dijo con voz débil, y se dejó caer sobre la mesa.

La señora Finch asintió y, sin decir nada más, se afanó en enhebrar una aguja de aspecto truculento.

La cabeza me empezó a dar vueltas cuando vi cómo la aguja se clavaba en el costado de Max. Aunque este no emitió ningún sonido, su rostro se demudó. Sin pararme a pensarlo, me acerqué a la mesa, cubrí su mano con la mía y le estreché los dedos. El respondió a mi apretón con tanta fuerza que me dolió, pero aguanté en silencio mientras la señora Finch daba puntos. Por suerte, la herida no era muy extensa, pero el tiempo se me hizo eterno.

—Bueno, parece que estamos metidas en un buen lío —dijo Sylla abruptamente cuando la señora Finch estaba a punto de empezar el cuarto punto—. ¿Has conseguido al menos lo que ibas a buscar?

Asentí y señalé con la cabeza mi chaqueta empapada de sangre, que estaba tirada en un rincón. Sylla fue a recogerla, metió la mano en el bolsillo oculto y sacó el broche.

—¡Ay, lo has logrado! —exclamó Winnie, que acaba de entrar en el despacho con una palangana de agua caliente—. ¡Bien hecho, Izzy!

—A Rook no le ha hecho ninguna gracia —comenté, y noté cómo los dedos de Max se crispaban, aunque su expresión no había cambiado.

—¿Y qué hacía usted allí, Roxton? —preguntó Sylla, que

claramente había decidido que el dolor no era excusa para aplazar su interrogatorio.

—Había oído un rumor sobre Rook y la casa Devonshire —contestó Max con esfuerzo—. No me lo creí, me pareció absurdo. Aun así, decidí echar una ojeada para curarme en salud.

—Ha sido un éxito total, por lo que veo —replicó Sylla.

—Me había parecido ver un hombre sospechoso —masculló Max—, un tipo poco recomendable que conocía de otras cosas. Estaba vestido con una librea, y me ha extrañado. Lo he seguido, pero lo he perdido de vista.

—Sería el criado que nos dejó pasar, supongo —deduje.

—Bueno, ¿y qué tiene de especial este chisme? —Maud dejó en el sofá las toallas que acababa de traer, le pidió a Sylla que le pasara el broche y empezó a examinarlo con atención—. Aparte de ser horrible, claro —añadió mientras se lo pasaba a Winnie, quien, al fin y al cabo, era la más cualificada para examinarlo.

—No lo sé —dije con un suspiro—. Creo que el rubí pudo pertenecer a los Tudor… Tal vez todo se deba a que es una pieza antigua y muy valiosa.

—Desde luego, a ese Morland le preocupa mucho ganar prestigio —reflexionó Maud en voz alta.

—¿Morland? —exclamó Max tratando de incorporarse.

—No se mueva; estoy a punto de acabar —masculló la señora Finch.

—Veo que no nos preocupa demasiado guardar nuestros secretos —comentó Sylla con acidez mientras lanzaba una mirada significativa a Max.

—¿Qué va a hacer el pobre? —se rio Maud—. ¡Si no puede ni moverse!

—Además, ¿cómo vamos a mantenerlo al margen ahora? —salté yo exasperada—. ¿Quieres que intentemos convencerlo de que todo ha sido un sueño?

—Una maldita pesadilla, más bien —dijo Max entre dientes, con los ojos cerrados por el dolor.

—Yo solo digo que no deberíamos esparcir nuestra información confidencial como si fuera un puñado de monedas sueltas —adujo Sylla con sequedad.

Hice una mueca. Como siempre, Sylla tenía razón.

—Bueno, esto ya está —dijo la señora Finch—. Si se sienta, excelencia, la señorita Stanhope me ayudará a ponerle el vendaje.

—Ya lo hago yo —contestó Max con voz ronca mientras se incorporaba.

De pronto, se dio cuenta de que aún nos agarrábamos de la mano y dejó caer la mía como si le quemase. Nuestros ojos se encontraron.

—De modo que esa parte es real —murmuró—. La señorita Stanhope y Kes son la misma persona, ¿no es así? —dijo, y buscó con la mirada a la señora Finch para que se lo confirmase.

—Creo que es obvio —le espetó Sylla—. La verdad, no me parece que haga falta ser un espía para hacer esa deducción —añadió, y se volvió hacia mí—. ¿No decías que era un hombre inteligente?

Los ojos de Max se entrecerraron levemente, pero se contuvo sin llegar a delatarse.

—Señorita Stanhope, antes ha dicho que a Rook no le ha hecho ninguna gracia —afirmó con el ceño fruncido—, lo cual quiere decir que se encontraba allí. ¿Acaso trabaja para él?

—No exactamente —me evadí—. ¿Y usted por qué lo buscaba?

Max soltó el aire despacio. Me daba la impresión de que, entre la pérdida de sangre y el brandy, no era capaz de pensar con claridad.

—Me soplaron que estaba planeando un golpe, un robo importante —dijo, y se frotó la frente con ademán perplejo—. Al final, ha resultado ser verdad.

Asentí con la cabeza, y él respondió con una sonrisa tensa antes de volverse hacia la señora Finch.

—¿Podría decirme a quién debo agradecer los cuidados de esta noche? Le estoy muy agradecido por su ayuda, señora.

Ella se quedó pensativa por un momento.

—Soy la señora Finch —dijo al fin—, y este es el lugar en el que trabajo.

—Y, si no es indiscreción, ¿me explicaría usted a qué se dedica? —continuó Max con calma mientras se envolvía el torso con una larga venda para asegurar la gasa con la que la señora Finch había protegido su labor de costura.

—Regento un negocio de mercería —respondió ella impasible.

Max parpadeó.

—Ah… Sin duda eso explica su soltura con la aguja —repuso.

—Bueno, ya está bien —los interrumpió Sylla—. Tenemos que comprobar hasta dónde nos han comprometido los sucesos de esta noche. Izzy, ¿crees que han descubierto tu verdadera identidad?

—No creo —respondí—. Pero, los hombres de Rook ha visto a Roxton…, como es evidente —dije señalando el vendaje de Max.

—Lo cual nos coloca en una posición comprometida —concluyó Sylla—. Al menos tenemos el broche. Doy por hecho que Rook se habrá llevado el resto de las joyas.

—Que yo sepa, sí. Aunque no creo que le sirvan de mucho: son piezas demasiado reconocibles como para vendérselas a nadie.

Sylla asintió.

—¿Y ha habido alguna baja más?

—Los dos guardias de la sala han quedado atados e inconscientes,

pero no he visto a ningún otro herido. Supongo que Morland no quería mancharse las manos.

—¡Señorita Stanhope! —estalló Max—. Una vez más, le pido que me ponga al corriente de lo que está ocurriendo aquí. Ese Morland del que hablan no será… No creerán ustedes que lord Morland pueda estar involucrado en este asunto, ¿verdad?

Sylla le lanzó una mirada incendiaria.

—Excelencia —le espetó—, sería de gran ayuda que se abstuviera de interrumpirnos innecesariamente mientras tratamos de deshacer la maraña de problemas que nos ha causado.

Max la miró, mudo y boquiabierto. Maud trató de contener una carcajada sin mucho éxito, y me di cuenta de que incluso la señora Finch se esforzaba por no sonreír.

—Muy bien —prosiguió Sylla como si tal cosa—. A estas alturas, Morland ya sabrá que su plan ha fallado. Pero en lugar de pensar que su broche está en poder de un muchacho inexistente llamado Kes, estará buscando al muy visible duque de Roxton, quien, de hecho, trabaja para él —dijo, y se volvió para encararme—. Supongo que los criminales que contrató estarán convencidos de que el duque y tú estabais conchabados, ¿no es así?

Recordé lo ocurrido hacía unas horas: yo agachada junto a Max con un cuchillo en la mano, dispuesta a defenderlo costara lo que costase.

—Sí —respondí con tono lúgubre—. Seguro que piensan que Max y yo estábamos haciendo un doble juego.

—En ese caso, Morland pensará lo mismo: que Roxton se ha vuelto en su contra, y que Kes y él han trabajado juntos para hacerse con el broche. De modo que ahora, además de nuestra interminable lista de tareas pendientes, tendremos que ocuparnos de proteger al duque. En fin, esto es lo que pasa cuando los aficionados se meten en asuntos serios —masculló lanzando a Max una mirada ceñuda a la que él respondió con otra similar.

—Señorita Banaji, agradezco mucho lo que han hecho ustedes por mí esta noche —afirmó Max mientras se ponía en pie con torpeza—. No obstante, creo que es hora de revelarles quién soy. No necesito que nadie me proteja; me dedico a velar por el bien de su majestad la reina y de nuestro país. En todo caso, estoy más que dispuesto a protegerlas a ustedes, si así lo necesitan.

Sylla se volvió hacia Winnie como si no hubiera oído aquel noble parlamento.

—Winnie, ¿has descubierto algo extraño en el broche?

—No —respondió la aludida con desaliento—. Aun así, tendría que examinarlo con el microscopio.

—Podríamos obtener una valoración de un experto —propuso la señora Finch—. Quizá sea más valioso de lo que pensamos o tenga una

historia peculiar detrás. Pero aquí, en Londres, no podemos fiarnos de nadie; Morland dispone de recursos para vigilar todas las joyerías de la ciudad. Sé de una persona que podría ayudarnos, pero está en Yorkshire.

—Iría yo —dijo Maud—, pero los Morland volverán pronto de su casa de campo y no creo que sea buena idea dejar de vigilarlos. En esa casa está pasando algo muy turbio. —Se mordió el labio—. ¿Creéis que este revés en los planes de Morland pondrá a Kitten en un peligro aún mayor?

El estómago me dio un vuelco al oír eso.

—Podría ir yo —me ofrecí rápidamente.

No sería la primera vez que me hacía cargo de un encargo así. Para mí no era difícil escabullirme durante un día o dos; mi madre no me echaba en falta de inmediato, y siempre podía decirle que iba a quedarme con Teresa.

—Podrías poner como excusa que has ido a verme —intervino Sylla como si me hubiera leído el pensamiento—. Diremos que nos hicimos amigas en el baile de disfraces.

—Estupendo —asentí—. Entonces, está decidido: me vestiré de Kes e iré a Yorkshire.

—No puedes hacer eso —señaló la señora Finch—. Kes no puede asomarse a la calle en una buena temporada: entre Rook y Morland, no creo que dejen piedra sin levantar para tratar de encontrarlo.

—Entonces me vestiré de viuda empobrecida —propuse—. Seguro que nadie se fijará en mí.

La mirada de Max oscilaba entre nosotras como si estuviera presenciando un partido de tenis.

—Podría funcionar —asintió Sylla—. Te pones uno de esos vestidos tan feos que tienes y…

—¡Basta! —explotó Max con un aspaviento—. Por favor; ¿puede decirme alguien qué diablos pasa aquí?

Se hizo el silencio. Max clavó la vista en mí con expresión suplicante. Abrí la boca y me esforcé por encontrar las palabras adecuadas.

—Lord Morland, el hombre para el que usted trabaja —dijo Sylla antes de que yo pudiera hablar, cortante—, es un sinvergüenza. Está tratando de volver loca a su mujer por alguna razón que no conocemos; posiblemente, para castigarla por haberle entregado al duque de Devonshire un broche que él le había regalado. Lo que es más, contrató a una banda de delincuentes para que robaran esta noche en la casa Devonshire con el fin de recuperar ese mismo broche. Aún no sabemos por qué está tan desesperado por recuperarlo, pero lo vamos a averiguar. Y, dado que Morland es el principal candidato para ocupar el cargo de primer ministro, estoy segura de que incluso

usted podrá comprender las delicadas consecuencias que tendría hacer pública esta información.

Una vez más, Max se quedó sin palabras. Volvió a mirarme con un ruego mudo en los ojos.

—Me temo que es un resumen bastante ajustado —concedí, y me giré hacia Sylla—. Aunque tal vez se lo podrías haber tenido más tacto.

—Ha sido él quien ha insistido en que lo pongamos al tento, y no tenemos tiempo para andarnos con paños calientes —replicó ella encogiéndose de hombros—. Ahora la cuestió es decidir qué hacemos con él.

—Podríamos llevarlo a uno de nuestros pisos francos —propuso Maud—. ¿Camden, quizá?

Winnie negó con la cabeza.

—Imposible. Allí hay…

—Señoritas —la cortó Max.

Lo miré; parecía haberse repuesto de la sorpresa. Con la espalda erguida, nos miraba tan serio y formal como un parlamentario dirigiéndose a sus colegas.

—Siento mucho decirles que sus suposiciones se basan en un dato falso —explicó—. No sé muy bien qué habrán creído descubrir, pero les aseguro que lord Samuel Morland es un caballero de conducta intachable. No solo no ha podido tener nada que ver con el robo efectuado esta noche, sino que estoy seguro de que la agencia que preside hará todo lo posible por esclarecer los hechos. Sé a ciencia cierta que lord Morland se desvive por garantizar la seguridad de este país y de todos sus ciudadanos.

Nos quedamos todas calladas hasta que Sylla rompió el silencio con un bufido de desdén. En ese preciso instante, alguien empezó a aporrear la puerta principal.

Mis compañeras y yo intercambiamos una mirada de inquietud.

—Un momento —indicó la señora Finch con su calma habitual, antes de salir del despacho.

Los segundos pasaron, con el único ruido de fondo del reloj que había sobre la chimenea. El tenso silencio nos sofocaba como una manta en un día caluroso. Winnie carraspeó, nerviosa.

Por fin, la señora Finch reapareció con un papel en la mano y expresión preocupada.

—Me temo que lord Morland no pierde el tiempo —dijo mientras le entregaba el mensaje a Sylla.

Mi compañera lo revisó y me lo pasó a mí. Se trataba de un telegrama. Lo leí: el texto era concreto y conciso.

INFORMACIÓN CONFIDENCIAL: ROXTON TRAIDOR A LA CORONA. CEREBRO DE ROBO JOYAS CASA DEVONSHIRE. SE CREE ESTÁ CON JOVEN ENTRE DOCE Y CATORCE AÑOS DE ORIGEN DESCONOCIDO. ARRESTAR A TODA COSTA. URGENCIA MÁXIMA. AMENAZA A SEGURIDAD NACIONAL. PONER TODOS LOS MEDIOS A DISPOSICION DE ESTA ORDEN. LLEGO A LONDRES DE INMEDIATO.

M.

Le lance una mirada interrogativa a la señora Finch.

—Lo ha interceptado una de mis informantes —explicó—. Pero seguro que hay cientos más; se lo habrá enviado a todos sus agentes.

—¿El qué? —se impacientó Max—. ¿De qué están hablando?

Me di la vuelta para encararlo y le ofrecí el telegrama.

—Lo siento —murmuré.

Él cogió el papel con brusquedad y lo leyó.

—Evidentemente, se trata de un error —concluyó en tono tranquilo, aunque me pareció detectar cierta vacilación en su voz—. Las circunstancias han sido muy desconcertantes, y está claro que Morland no dispone de todos los datos; iré de inmediato para aclarárselo todo.

—De modo que Morland ha decidido ponerle en el punto de mira de todos sus hombres —reflexioné en voz alta.

—Lo cierto es que se trata de una estrategia muy inteligente —admitió Sylla—. Se ha dado cuenta de que alguien ha descubierto sus planes, y cree que Roxton se ha aliado con esa persona. Así que difama a Roxton diciendo que es un traidor, y de esa forma se asegura de que nadie crea lo que pueda decir sobre él. De paso, al tacharlo de ladrón, pone al país entero tras su pista y tras la pista del broche. Desde luego, parece que aún está desesperado por hacerse con esa joya…

—Más que desesperado —afirmé—. Está frenético. Le inquieta que Roxton haya averiguado el secreto de ese broche, sea el que sea; le asusta tanto la idea que ha puesto a todo su servicio de espionaje tras la pista de un solo hombre. Me asombra que se haya atrevido a acusar de alta traición a un duque… Ese broche tiene que ser mucho más importante de lo que parece.

Todos dirigimos la mirada hacia Winnie, que aún tenía la joya en las manos. Me estremecí; por un momento, habría podido jurar que el rubí emitía un brillo malévolo. Luego me reprendí a mí misma: aquello no era ningún folletín truculento de los que se vendían a un penique por las calles, y aún nos quedaban muchas cosas por hacer.

—Winnie, sigue examinando el broche mientras yo me preparo para viajar a Yorkshire —le pedí—. No pienso parar hasta haber averiguado por qué es tan importante para Morland.

—Esto es absurdo —aseveró Max—. Es evidente que todo lo que ha

sucedido esta noche es un malentendido, y no creo que me cueste mucho aclararlo. Ahora mismo iré a mi casa y…

Ese fue el momento en el que perdí la paciencia.

—¡No puedes volver a casa! —estallé—. ¿Es que no te das cuenta, especie de mendrugo?

Se hizo un silencio incómodo. Max me miró fijamente, con los ojos entrecerrados.

—Señorita Stanhope, no recuerdo haberle pedido permiso —me espetó.

Y, sin más, a pesar de que estaba herido y de que aún iba vestido con un disfraz roto y ensangrentado, se irguió cuan largo era y, con dignidad aristocrática, salió a grandes zancadas del despacho y de la Pajarera.




Capítulo 18

—Será mejor que mandemos a alguien para acompañarlo —dijo la señora Finch.

—Desde luego, porque va directo al matadero —gruñó Sylla—. Hace falta ser bobo…

Yo ya me había puesto mi peluca de Kes y estaba a punto de salir por la puerta.

—¡Tú no, Izzy! —exclamó Sylla, pero yo le hice caso omiso.

—Antes de salir, coge el gabán negro del perchero —me pidió la señora Finch con tono resignado—. Tu duque no va muy discreto esta noche.

Aunque Max aún no había salido de nuestra calle cuando lo alcancé, ya había gente que se giraba para mirarlo.

—Póngase esto —le indiqué ofreciéndole el gabán.

Vi cómo su mandíbula se tensaba a la luz de la farola, pero lo aceptó sin decir nada y se lo puso. A mí me habría arrastrado por el suelo, pero a él le quedaba demasiado corto. Aun así, al menos tapaba su disfraz y le ayudaba a confundirse con las sombras.

Echamos a andar en silencio. Lo miré de reojo; aunque no se quejaba, se notaba que estaba herido por la rigidez de su postura. Nos encaminábamos a su casa, lo cual me inquietaba porque no tenía ni idea de qué podríamos encontrar allí. Procurando mantener los ojos bien abiertos y el paso ligero, palpé el cuchillo que llevaba al cinto y recordé que aún tenía otro en la caña de la bota.

—De modo —dijo Max al cabo de unos minutos de silencio— que la señorita Stanhope tiene por costumbre ir por la ciudad vestida de muchacho.

Aunque su tono era neutral, aquellas palabras hicieron que me invadiera una oleada de pánico. Por un momento, trastabillé. La adrenalina de todo lo que había ocurrido aquella noche (el robo, la pelea, la huida, la herida de Max…) me había impedido asimilar aquel simple hecho: el desastre que tanto temía ya estaba allí. Mi secreto había salido a la luz.

—Es… Es complicado —respondí con un hilo de voz.

—Doy por hecho que nadie lo sabe.

—Nadie ajeno a la Pajarera —repuse—, y querría que continuara siendo así.

Lo miré de soslayo, desesperada por encontrar alguna señal de que estaba dispuesto a guardar mi secreto, pero él se mantuvo imperturbable.

Seguimos caminando en silencio hacia Grosvenor Square. La casa de Max apareció algo más allá. A la luz de las ventanas se recortaban las siluetas de dos hombres apostados frente a la fachada.

Max los vio también y aminoró el paso. Sin necesidad de ponernos de acuerdo, nos apartamos de la luz de las farolas. Empecé a darme cuenta de que había más figuras agazapadas en las sombras de la calle.

—¿Ha visto…? —empecé a susurrar.

—Los he visto, sí —me cortó él, y giró para internarse en un callejón lateral que, supuse, nos permitiría llegar a la casa por la parte trasera.

—No puede hacer esto —bisbiseé mientras nos deslizábamos por la fachada lateral.

Eché un vistazo a la esquina y distinguí con más claridad al hombre apostado frente a ella.

—Si entra —insistí—, lo detendrán, o… o algo peor.

—¿Cómo van a detenerme? —replicó Max—. Yo no he hecho nada malo.

El estruendo de un carruaje que se detuvo frente a la puerta principal me ahorró tener que contestar a semejante estupidez. Antes de que el vehículo se detuviera por completo, James Saint Clair se apeó de un salto. Llevaba una casaca negra sobre su disfraz, y se había quitado la peluca empolvada. En su rostro, normalmente jovial, había un rictus sombrío.

—¿Se puede saber qué está pasando, Keene? —preguntó con sequedad a uno de los vigilantes de la puerta—. ¿Qué es eso de que Roxton está en busca y captura?

—Órdenes de Morland —contestó el tal Keene—. Parece que lo han descubierto en negocios turbios. Creemos que se propone huir a Francia.

—¡Eso es absurdo! —replicó James, que parecía furioso—. Necesito hablar con Morland cuanto antes. Roxton jamás se involucraría en nada deshonesto; la mera idea es risible.

—No deje que su amistad lo ciegue, Saint Clair —le espetó Keene con dureza—. Según Morland, Roxton lleva años vendiendo secretos de Estado —suspiró—. Le ha traicionado, Saint Clair; nos ha traicionado a todos. ¿De veras cree que Morland lo acusaría de algo así si no dispusiera de pruebas concluyentes?

—Yo… no —concedió James—. Pero tiene que haber sido un error. No es posible que…

—Es más que posible, si quiere mi opinión —le cortó Keene con frialdad—. Hemos recibido orden de detenerlo por cualquier medio. —Hizo una pausa llena de significado—. Cualquier medio —recalcó—. ¿De verdad cree que Morland daría esa orden si no estuviera seguro? Y más tratándose de alguien como Roxton…

Estiré el cuello para ver mejor a James y vi que empalidecía.

—¿Roxton…, un traidor? —balbuceó, y noté que Max se tensaba junto a mí—. No, no. Yo… —Saint Clair pareció derrumbarse—. Dejadme pasar, por Dios. Necesito beber algo fuerte.

Y, sin más, entró en la casa a buen paso.

—Ya va a por el whisky bueno —murmuró Max con voz átona.

Lo miré de reojo. Su cara demudada era un manchón desvaído entre las sombras.

—¿Se da cuenta ahora? —le pregunté—. Tenemos que volver a la Pajarera scuanto antes.

Tras unos segundos de silencio, asintió con un movimiento rígido de la cabeza. Solté el aire que había contenido, aliviada.

Sin embargo, mi alivio se disipó enseguida. En el mismo instante en que nos despegamos del lateral de la casa, advertí que una red empezaba a cerrarse a nuestro alrededor.

Mientras echábamos a caminar a grandes zancadas, una sombra se deslizó por la oscuridad a mi izquierda. Alguien nos seguía. Apreté el paso sin decir nada y miré de reojo a Max, que caminaba tan rígido como antes. ¿Le permitiría su herida escapar a la carrera, en caso de necesidad? Lo dudaba mucho. Si solo nos perseguía una persona, quizá hubiera otras maneras de deshacerse de ella. Me mordisqueé el labio, inquieta, mientras doblábamos esquinas casi al azar, procurando no salir de entre las sombras.

De pronto, una figura se plantó en la acera frente a nosotros. Teníamos una delante y otra a la izquierda. Me llevé la mano al cuchillo.

—Ya nos han visto dos —murmuré.

—Tres —me corrigió Max, y en ese momento otra silueta emergió de la oscuridad.

Nos habíamos quedado sin opciones.

—¡Corra! —susurré.

Los dos nos lanzamos hacia delante. No sé cómo pudo aguantar Max, herido como estaba, pero se las arregló para seguirme el ritmo. Sonó un grito. Un rumor de pisadas a la carrera resonó a nuestra espalda, se perdió por un momento y regresó con más fuerza.

Oí un estallido seco y algo pasó silbando cerca de mi cara. Demasiado cerda

—¿De verdad nos están disparando? —jadeé atónita.

Max siguió corriendo sin decir nada; necesitaba toda su energía para mantener el ritmo. Yo, por mi parte, tenía un torbellino en la cabeza. Al parecer, la orden de Morland de detener a Max por cualquier medio no especificaba que tuvieran que respetar su vida. Con razón James parecía tan horrorizado…

Seguimos corriendo con obstinación, mientras yo trataba de reproducir en mi mente el plano de la zona para calcular la mejor ruta de escape. No sé cuánto tiempo pasamos entrando y saliendo de las callejuelas hasta que, por fin, logramos despistar a nuestros perseguidores y llegar agotados a la seguridad de la Pajarera.

—Vaya —observó Sylla con frialdad cuando nos vio irrumpir en el despacho—. Veo que ya estáis de vuelta.

Max se derrumbó sobre una butaca, con el rostro tan descolorido que casi era gris. Maud y Winnie ya no estaban, pero Sylla y la señora Finch debían de llevar un buen rato conspirando allí, a juzgar por la botella de brandy y los dos vasos que reposaban en la mesa. Sin decir una palabra, Sylla le pasó la botella a Max, y este dio un largo trago a gollete.

Les resumí lo que habíamos visto y oído, mientras la señora Finch me miraba atentamente y jugueteaba con su vaso.

—Lo mejor será que salga hacia Yorkshire lo antes posible —concluí—. Hay orden de detener a Roxton por cualquier medio. Cuanto antes logre averiguar qué significa ese broche, antes podremos empezar a limpiar su nombre.

—Tienes razón —repuso la señora Finch mientras dejaba su vaso en la mesa.

—No, iré yo —afirmó Max.

—De ninguna manera —replicamos las tres al unísono.

—Es demasiado peligroso —señalé—, y usted tiene que esconderse.

—Cualquiera habría pensado que se habría dado cuenta, a estas alturas —masculló Sylla.

—Sé que es usted un hombre de acción —intervino la señora Finch—. Pero lo mejor que puede hacer ahora para ayudarnos en esta investigación es dar un paso atrás y dejar que nos ocupemos nosotras.

Max nos miraba con expresión pétrea. Se había levantado de la butaca, y me di cuenta de que ocupaba una gran porción del despacho.

—No —respondió—. Me niego a creer que Morland está detrás de un complot criminal. —Levantó la mano para interrumpir mi graznido de protesta—. Lo conozco muy bien: es mi mentor, mi amigo. Si algo marchara mal, yo lo sabría. Alguien ha debido de pasarle información falsa… Alguien que, por alguna razón, quiere hacerme quedar como el culpable. Voy a llegar al fondo de este asunto, y no solo porque quiera

limpiar mi nombre. Tengo que hallar respuestas; es mi deber y mi trabajo. No pienso esconderme para dejar que otras personas deshagan este enredo.

Sus palabras resultaban de lo más inspiradoras y, por un momento, mi corazón y mi estómago se llenaron de mariposas. Por suerte, mi cerebro estaba atento y los calmó de inmediato.

—No serviría de nada que interviniera —le repliqué sin ambages—. Carece de recursos. No puede confiar en una sola de las personas con las que ha trabajado hasta ahora, porque están todas dispuestas a meterlo en la cárcel. Morland tiene agentes que le siguen el rastro por todas partes y, por lo que hemos oído, les ha ordenado capturarlo vivo o muerto. De hecho, no estoy segura de qué preferirá.

—Pero, por el amor de Dios, señorita Stanhope —exclamó Max—, ¡no esperará que vaya a dejarla recorrer sola todo Yorkshire! Una joven soltera, viajando sola por el país… ¡Piense en todas las cosas que podrían pasarle! ¿Y qué ocurriría con su reputación si alguien la descubriese?

En ese momento, por la estancia se extendió un silencio más helador que todos los anteriores. Fulminé a Max con la mirada y luego dirigí la vista a la ropa de Kes que llevaba puesta, aún manchada de sangre suya. Mi pelo era una masa desgreñada y, si me hubiera podido mirar en el espejo, estoy segura de que lo habría visto manchado de barro y más sangre seca.

—Excelencia, creo que ya es tarde para preocuparnos por esas cosas —repuse con tono seco—. Este también es mi trabajo, y pienso realizarlo lo mejor que sepa. No tiene usted por qué «dejarme» que vaya sola a Yorkshire; lo cierto es que voy adonde quiero.

El corazón me latía a toda velocidad. Sabía que era peligroso hablar así. Aquel hombre conocía mi secreto y podría echar a perder mi posición en la sociedad, si quería. Pero estaba temblando de ira. Oírle hablar de mi reputación en un momento así, verlo dispuesto a coartar mi libertad de acción cuando yo tenía la posibilidad de hacer algo útil para evitar que un criminal se saliera con la suya… Era como un símbolo de las rígidas y absurdas convenciones sociales que yo tanto odiaba.

Al menos, Max tuvo la sensatez de parecer avergonzado.

—Deberíais ir los dos —afirmó Sylla.

—¿Cómo? —exclamamos Max y yo a coro, volviéndonos hacia ella

—Todos están buscando al duque de Roxton y a Kes, ya sea juntos o por separado; vuestra breve aparición en la casa de Roxton no habrá hecho más que confirmar esa idea. Nadie prestará atención a un matrimonio que se dirige hacia el norte del país. De hecho, es lo mejor que podemos hacer para ocultar a Roxton de los hombres de Morland.

Max abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada.

—El viaje os llevaría a una región lejana, lo cual os sacaría del huracán —reflexionó en voz alta la señora Finch—. Me parece una idea excelente, Sylla —concluyó, y se puso en pie con el empaque imperioso de una reina—. Bien, pues ya está decidido: Izzy y el duque partirán hacia Yorkshire tan pronto podamos preparar el viaje.

Sin prestarnos más atención, Sylla y ella salieron del despacho para ponerse manos a la obra. Max y yo nos quedamos de pie en el centro de la estancia, mirándonos estupefactos.

—Tengo unas cuantas preguntas —dijo él con voz pausada.

—Ajá —suspiré—. No me esperaba menos.




Capítulo 19

Al final, no tuvimos tiempo de mantener una conversación en profundidad. En menos de una hora llegó un paquete con vestuario para Max: unos pantalones, una chaqueta, varias camisas de lino, unas botas resistentes e incluso una espesa peluca oscura para ponerse bajo el sombrero. Las prendas reproducían a la perfección el aire de persona humilde pero respetable que queríamos inspirar y, lo que era más importante, le encajaban a la perfección.

Mi equipaje sería mucho más fácil, ya que entre mis vestidos más antiguos había varios que transmitían la misma impresión. Regresé a mi casa para reunir todo lo que necesitaría, y aproveché para dejarle a mi madre una nota explicando que Sylla había puesto mucho empeño en invitarme a su casa un par de días para recuperarnos de los sucesos del baile. Los rumores sobre el robo ya se estaban extendiendo por los mentideros de la ciudad, así que estaba segura de que mi madre se enteraría al poco de despertarse, cuando recibiera su primera tanda de cartas. Por suerte, para entonces ya sabría que yo me había marchado con Sylla.

Añadí a la carta la dirección de Sylla, segura de que mi amiga sería capaz de interceptar las cartas de mi madre y de que, llegado el caso, su habilidad para falsificar la letra de cualquiera le permitiría contestar en mi nombre. Mi madre estaría encantada de saber que yo había trabado amistad con una figura de la sociedad como Sylla, y contaría con que yo le trasmitiese los últimos cotilleos.

De vuelta en la Pajarera, encontré a Max ya vestido con sus ropas nuevas, comiendo un bocadillo con expresión un tanto aturdida. A su lado, instalada detrás de su escritorio, la señora Finch examinaba unos papeles. Supuse que Sylla se habría ido a casa.

—¡Izzy! —exclamó la señora Finch al oírme entrar—. Llegas justo a tiempo. Le he mandado un mensaje a mi contacto, un caballero llamado Lockhart, para avisar de vuestra llegada. Vamos a repasar los detalles del viaje.

Se inclinó sobre un mapa que estaba extendido en la mesa y señaló un punto en mitad de ninguna parte, al norte de la ciudad de York.

—Aquí vive Lockhart. El pueblo más cercano es Helmsley, pero se encuentra a varias millas de su casa.

—No parece un hombre fácil de encontrar —comenté, y la señora Finch esbozó una sonrisa.

—Es justo lo que pretende —confirmó.

—Si no queremos tardar una semana en llegar, tendremos que ir en tren hasta York —consideré.

—Ya… Lo malo es que Morland tendrá vigiladas todas las estaciones de Londres. Ya me han informado de la presencia de hombres suyos en la de Victoria.

—Podríamos viajar en carruaje hasta Hatfield —propuse señalando la ruta en el mapa; todas las agentes de la Pajarera estábamos habituadas a buscar formas discretas de movernos por el país—. Desde allí tomaremos el tren a Peterborough, y luego cambiaremos al expreso que llega hasta York.

La señora Finch asintió con la cabeza.

—Reservaré un carruaje ahora mismo para que os lleve a Hatfield y otro para que os recoja en York.

Me enderecé un poco y volví a examinar el mapa con los ojos entornados.

—No sé… Quizá Morland haya puesto vigilantes también en Hatfield —reflexioné en voz alta.

—Podemos ir allí sin peligro —intervino Max—. No creo que esperen que me vaya de Londres.

Se quedó pensativo por un momento y luego continuó hablando.

—Supondrán que voy a acudir a alguno de mis contactos. De hecho, si no hubiera llegado aquí, no tendría otra opción —añadió, y se frotó con una mano su fatigado rostro.

—Tiene razón —comenté, luchando contra el impulso de alisar con los dedos su ceño fruncido.

Max se volvió hacia la señora Finch.

—¿De verdad cree que ese caballero podrá darnos información fiable sobre el broche? —le preguntó, y me di cuenta de que, mientras yo hacía el equipaje en mi casa, ella le había puesto al tanto de los acontecimientos.

—Winnie no ha sacado nada en claro, ni siquiera con el microscopio —contestó ella—, y no quiere hacer más pruebas por miedo a dañar la joya. Si existe alguien que pueda decirnos algo interesante, yo apostaría por Oliver Lockhart. Lo conozco y sé que tiene muy buen ojo para este tipo de piezas inusuales.

Miré a Max de soslayo y vi que asentía. A mí no me cabía duda: a esas alturas, era nuestra única opción para avanzar.

—Deberíamos marcharnos cuanto antes —resolví tras echar un vistazo a la calle.

El sol empezaba a asomar, y por la ventana se colaban los ruidos que hacía la ciudad mientras se despertaba: una sinfonía de barrenderos, vendedores de periódicos y carruajes, salpicada por el repiqueteo de los cascos de los caballos y los golpes de las puertas y las ventanas al abrirse. Me saqué el reloj del bolsillo: eran casi las seis de la mañana.

—Si nos damos prisa, tal vez podamos coger el expreso de las doce y doce en Peterborough —apremié.

Max asintió, se colocó la peluca que le habíamos entregado y se caló el sombrero sobre ella, ocultando su rostro en la sombra. Estaba casi irreconocible, si no fuera por su envergadura, que no podíamos hacer nada por disimular. Incluso su postura había cambiado: ahora estaba menos erguido y su cabeza se inclinaba hacia el suelo. De pronto, recordé cómo había pedido su bebida en el King's Head. Aturdida por el torbellino de los acontecimientos, había olvidado que él también tenía experiencia en aquel juego.

—Vamos allá —dijo con una voz algo más grave que la suya.

—Te va a hacer falta esto, Izzy —indicó la señora Finch ofreciéndome algo.

Era un anillo, una sencilla banda de oro. Por un momento lo contemplé perpleja, y luego sentí que el rubor empezaba a subirme a las mejillas.

—Ah, muchas gracias —contesté mientras me lo ponía en el anular, apartando la mirada para no encontrar los ojos de Max.

Cerré la mano y noté el tacto frío y desconocido de la alianza. Agité los dedos para sacudirme aquella sensación; al fin y al cabo, no era más que un disfraz.

—Sois una pareja de recién casados —explicó la señora Finch—, y habéis decidido viajar al norte para vuestra luna de miel. Sylla tenía razón: es lo último que esperarían los hombres de Morland. No creo que sea necesario recordaros que debéis interpretar vuestro papel convincentemente; más de una vida depende de vosotros.

Asentí sin despegar la mirada del suelo. Pensar en que Max y yo teníamos que fingir que estábamos locamente enamorados me producía una mezcla de euforia y horror. Me consolé pensando que yo, al menos, tenía el papel bien ensayado.

Salimos a la calle por la puerta trasera, donde ya nos aguardaba un discreto carruaje negro cargado con nuestro parco equipaje. Max me ayudó a montar, y noté el tacto cálido y firme de su mano. El interior del carruaje era pequeño y un tanto agobiante, con las persianas bajadas casi por completo. Solo había un banco para sentarse, de modo que todo el lado izquierdo de mi cuerpo, desde el hombro hasta el tobillo, quedó pegado a Max. Me esforcé por ignorar el cosquilleo en el estómago que me producía aquel contacto; aquello era un

trabajo, nada más. Nerviosa, froté con el pulgar el interior de la alianza que llevaba puesta.

Max debió de advertir mi inquietud, porque, en cuanto los caballos arrancaron, giró la cara hacia mí.

—Siento mucho haberla arrastrado a esta situación, señorita Stanhope —dijo.

Me arrellané en el banco, pegándome a la esquina para poder girarme un poco hacia él, y Max me imitó.

—Excelencia, me gustaría dejar esto claro de una vez por todas —repliqué tensa—. Usted no me ha arrastrado a ningún sitio. Yo ya había empezado a investigar las fechorías de lord Morland, y si no se hubiera presentado usted por sorpresa ayer noche, en este momento no tendría que huir de la ley ni estaría herido. Por favor, acepte mis disculpas por haberlo arrastrado a esta situación.

Sabía que, dado su código de honor, no le resultaría nada fácil escuchar aquellas cosas. Pero su código de honor era una antigualla absurda, y yo estaba lejos de ser una doncella indefensa a la espera de que la salvase un caballero de brillante armadura. De hecho, cuanto antes lo asimilara, mejor nos iría a los dos.

—¿«Excelencia»? —repitió Max con una sonrisa, y me sorprendí al oírle repetir aquella palabra—. ¿Son imaginaciones mías o me llamó usted Max hace unas horas, mientras me defendía de los malhechores?

Contuve un suspiro; hasta ese momento, tenía la esperanza de que Max no se acordase de aquello.

—Eeeh… No estoy segura —me evadí—. Tal vez lo hiciera, pero no lo recuerdo. Fue una situación bastante traumática.

—Quizá, mientras estemos disfrazados, pueda tutearme y llamarme Max. Ya nadie lo hace, salvo mi hermana. Incluso mi madre me llama Roxton. —Hizo una pausa—. Lo echo de menos.

—De acuerdo; tampoco es que pueda llamarte «excelencia» delante de la gente sin despertar sospechas —accedí, tratando de ocultar mi turbación con una broma.

—Si lo hiciera, nos detectarían enseguida y la señorita Banaji quedaría muy decepcionada conmigo… Creo que le tengo más miedo a ella que a ir a la cárcel —repuso con un estremecimiento.

—Impone bastante, la verdad.

—¿Imponer? ¡Me aterra! —respondió Max, y bajo su tono ligero detecté una nota de respeto—. ¿Y usted, señorita Stanhope?

—Bueno, no creo ser muy aterradora.

—No me refiero a eso —repuso, con los ojos iluminados por un rastro de sonrisa—. Lo que quiero es saber cómo puedo dirigirme a usted.

—Ah —respondí aturullada—. Puedes llamarme Isobel, supongo… O Izzy, que es como me llaman mis amigas.

—Izzy —repitió con voz suave, como si saborease el nombre.

Disimulando la sonrisa bobalicona que amenazaba con asomar a mi cara, fingí que tosía para evitar la tentación de pedir que lo dijera de nuevo. Aquello era ridículo: me había bastado con oírle pronunciar mi nombre para iluminarme como un abeto de Navidad.

—Bueno, y ahora, ¿contestarás a mis preguntas? —repuso Max tuteándome al fin—. Este es el momento más privado que vamos a compartir hasta que lleguemos a York.

—De acuerdo —respondí—. No estoy segura de tener todas las respuestas, pero lo intentaré.

Max se frotó la mandíbula. El asomo de barba que empezaba a brotar en su cara le daba un aspecto un tanto disoluto que yo no le conocía, y que no pude evitar admirar.

—La señora Finch me explicó a grandes rasgos cómo funciona la agencia para la que trabajas. Por lo que entendí, ayudáis a mujeres que se encuentran en dificultades, ¿no es así?

—Sí, más o menos —confirmé.

—Lo que no entiendo es por qué acuden a vosotras —repuso con el ceño fruncido—. ¿No sería mejor para ellas recurrir a medios legales, o acudir a su padre o su marido? Disculpa mis palabras, pero contratar los servicios de una oscura organización formada por mujeres me parece una opción… arriesgada, sobre todo en asuntos delicados.

Vacilé, preguntándome hasta qué punto merecía la pena responderle con sinceridad. Él me sostuvo la mirada; era obvio que ni siquiera sospechaba los muchos puntos débiles de su argumentación.

—Se trata de una pregunta que solo podría hacer un hombre con los privilegios de los que tú disfrutas —respondí, decidida a hablar claro—. Cuando una mujer contrae matrimonio, pasa a convertirse en propiedad de su marido. De hecho, hemos tardado siglos en reconocer a las mujeres casadas como sujetos independientes a ojos de la ley, y no como una especie de excrecencia incapaz de pensar, sentir o actuar por sí misma. Cuando una mujer se enfrenta a un problema grave, la mayor parte de las veces es precisamente a causa de su marido, su padre o su hermano; en suma, del hombre a cuyo cargo esté en ese momento. Para ella es imposible recurrir a medios legales, porque es precisamente la ley quien la deja indefensa.

Me interrumpí para tomar aliento bajo la atenta mirada de Max, que no hizo ademán de interrumpirme.

—La ley protege a los hombres —continué—, pero da por hecho que ellos protegerán a las mujeres. Y a lo largo de mi corta experiencia en la Pajarera, he visto docenas de casos en los que esto no se cumplía. La legislación, las autoridades, el gobierno… Nuestro sistema entero decepciona a las mujeres una y otra vez. ¿Y me preguntas por qué acuden nuestras clientas a nosotras? Lo hacen

porque no pueden recurrir a nadie más.

Me sentí orgullosa de haber mantenido la voz firme a lo largo de todo mi discurso, aunque me notaba tan agitada y acalorada como si acabara de correr a toda velocidad.

En el rostro de Max había una expresión difícil de descifrar. No resultaba desagradable; de hecho, verla me estaba produciendo un extraño calor en el vientre.

—Entiendo —musitó por fin.

—¿Alguna pregunta más?

Me miró con la cabeza ladeada durante un par de segundos.

—¿Cómo entraste a trabajar para la agencia?

Suspiré.

—Es una historia muy larga. En pocas palabras, te puedo decir que me invitaron a participar en un momento en que mi familia atravesaba una situación difícil. Necesitaba un trabajo, y la Pajarera me ofreció una oportunidad perfecta. Pero, obviamente, para que mi labor sea posible necesito mantenerla en secreto.

Desvié la mirada, incómoda; no tenía ni idea de qué pensaba hacer Max con la información que ahora conocía sobre nosotras. Si el duque de Roxton interfería en nuestras operaciones, podía poner en peligro a la organización entera y, de paso, terminar con mi precaria seguridad.

Durante un rato, los dos guardamos un silencio que, por alguna razón, no me resultaba incómodo. No sé por qué, me dio la impresión de que Max estaba asimilando lo que yo le acababa de contar.

—Creo que empiezo a entenderlo —dijo al fin.

No era gran cosa (desde luego, no equivalía a una promesa de mantener la discreción), pero era algo. El mundo de Max acababa de ponerse patas arriba, y aún tardaría un tiempo en hacerse a la idea. Lo que todavía estaba por ver era si, al final, se pondría de nuestro lado o se enfrentaría a nosotras.

Por un momento, me permití imaginar que incluso una persona a la que el sistema imperante beneficiaba de forma tan obvia podía albergar el deseo de cambiarlo. ¿Sería posible? Una vez más, me dejé llevar por mi optimismo innato y sentí que mi ánimo se levantaba un poco más con cada milla que recorríamos para alejarnos de la ciudad. Resolveríamos aquel misterio, limpiaríamos el nombre de Max, protegeríamos a Kitten Morland y encontraríamos la forma de exponer los crímenes de su marido. Acaricié mi pelliza con las yemas de los dedos y palpé el familiar peso del broche en su bolsillo oculto.

Cuando llegáramos a York, por fin podríamos desentrañar sus secretos.

Tercera parte

YORKSHIRE

Julio de 1897





Cuando nos apeamos en Hatfield, casi esperaba que Morland apareciese por detrás de la taquilla de la estación retorciéndose el mostacho como un villano de vodevil. Sin embargo, no había rastro de él ni de sus compinches. Con el corazón en la garganta, caminé aferrada al brazo de Max mientras escrutaba con disimulo las caras de todas las personas que nos rodeaban. Aunque habíamos reaccionado rápido, y yo estaba razonablemente segura de que Morland ignoraba el papel de la Pajarera en aquel enredo, no podía bajar la guardia: aquel hombre disponía de una red muy potente, y no mostraba ningún escrúpulo a la hora de añadir elementos criminales a los agentes de los que ya disponía.

Max, por su parte, no daba muestras de estar tan nervioso como yo. A nuestra llegada comenzó a actuar como un marido solícito, pendiente solo de mi persona. Contuve una sonrisa cuando nos dirigimos al vagón de tercera en el que continuaríamos nuestro trayecto, estaba segura de que Max no tenía costumbre de viajar así, pero él ni siquiera pestañeó. Cargado con las maletas de los dos, me condujo hasta nuestro compartimento, buscó mi sitio y se desvivió por mi bienestar, preguntándome si estaba cómoda, si prefería sentarme mirando hacia el otro lado y si no quería ponerme junto a la ventanilla para disfrutar del bello paisaje de la región. A juzgar por su forma de tratarme, todo le parecía poco para mí.

Yo me permití disfrutar de sus atenciones; hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba tanto por mi persona, aunque fuera de forma fingida. Inmersa en mi papel de feliz recién casada, me repetí a mí misma que solo estaba interpretándolo cada vez que los baches me hacían pegarme a Max o que me inclinaba para retirarle alguna pelusilla de la chaqueta, mientras la luz de la mañana rebotaba en mi alianza de oro. De vez en cuando, Max bajaba la mirada y me contemplaba ruborizado, con las pupilas dilatadas y una expresión de ternura. Desde luego, era un actor excepcional.

Nuestro tren llegó a Peterborough con tiempo de sobra para tomar el expreso de las doce y doce a York. Todo mi cuerpo se tensó

mientras hacíamos el trasbordo, aunque me esforcé por mantener una expresión neutra. Cualquiera de las personas que atestaban el andén podía trabajar para Morland. En cierto momento, un hombre se interpuso en mi camino; ya tenía los puños apretados y me disponía a luchar cuando me di cuenta de que me estaba ofreciendo un guante que se me había caído. Le di las gracias con una sonrisa, mientras Max me estrechaba la cintura con fuerza.

Una vez estuvimos instalados en el siguiente tren, alejándonos de Londres a toda velocidad, me permití relajarme hasta el punto de echarme una breve siesta. Cuando desperté, tenía la cabeza apoyada en el hombro de Max.

—¡Ay, lo siento mucho! —exclamé con un respingo, deseando con todas mis fuerzas no haberle babeado la chaqueta.

—No tienes por qué —replicó Max con buen talante—. Esta noche no has dormido, y ha sido un día muy largo.

Tampoco había dormido él, pero me abstuve de comentarlo. A medida que pasaban las horas y las millas, con el verde paisaje deslizándose fugaz al otro lado de la ventanilla, su rostro parecía cada vez más exhausto.

A las tres en punto, el expreso se detuvo en York. Para entonces, el día se había nublado, el cielo había cobrado un tono plomizo y el aire estaba preñado de lluvia contenida. Max y yo apenas podíamos más. Las últimas veinticuatro horas habían sido frenéticas; mientras daba tumbos por la estación de tren, a más de trescientos kilómetros de Londres, apenas podía creerme que unas horas antes hubiera estado en el baile de la casa Devonshire.

Como nos había prometido mi jefa, en el exterior de la estación nos aguardaba un carruaje a nombre del señor y la señora Finch, en el que Max y yo nos montanos como pudimos. El conductor, un hombre jovial de unos cincuenta años, vestido con una amplia capa impermeable y un sombrero alto, nos saludó con un marcado acento de Yorkshire y nos dijo que se llamaba Barker y que era el asistente de campo del señor Lockhart.

—Lo cual —añadió con una sonrisa socarrona— es la forma elegante que tiene mi señor de decir que hago un poco de todo y que no quiere tener la casa llena de criados.

Según dijo, el señor Lockhart lo había enviado para recogernos porque su residencia se hallaba en un lugar muy apartado. Al parecer, aún teníamos por delante un par de horas más de trayecto por caminos bastante accidentados. Me preparé para ser sacudida como un penique en una lata de conserva; pero este carruaje era aún más pequeño que el primero que habíamos tomado, y enseguida me encontré aprisionada entre la ventanilla y el costado sano de Max.

—Lo siento —murmuré las primeras veces que algún bache me

lanzaba sobre él.

Al cabo de un rato, se encogió de hombros (o más bien lo intentó, ya que ni siquiera había sitio para eso).

—En situaciones como esta, me siento como un mastuerzo grande y torpe. Soy una verdadera decepción para mi ayuda de cámara —comentó sin perder su seriedad habitual, aunque distinguí una chispa de humor en su mirada.

—No me extraña —repuse—. ¿Acaso no trabajaba antes para sir Percival Marsh? Ese sí que es un caballero apuesto y elegante… Y, que yo sepa, no mide más de un metro setenta y cinco.

—¿Cómo rayos te has enterado de eso? —se asombró Max.

—No hay nada que no sepamos en la Pajarera.

Max se quedó callado un momento.

—Sir Percival no es tan apuesto —masculló al fin.

Llevábamos como una hora de camino cuando al fin estalló un chaparrón. Las gotas tamborileaban insistentes en el techo del carruaje.

—Va a empezar a tronar —observó Max, oteando el paisaje por la ventanilla salpicada de lluvia.

—Quizá sea solo una tormenta de verano —respondí con optimismo, y él suspiró.

—¿No has leído *Cumbres borrascosas?* Cada vez que esos pobres bobos salen a pasear por los páramos de Yorkshire, les cae una tromba encima.

—Eso es una licencia poética para simbolizar sus temperamentos tormentosos y apasionados —repliqué, y me dio la impresión de que la palabra «apasionados» se quedaba flotando de forma extraña en el ambiente.

—Pues yo creo que simboliza el tiempo horrible que hace siempre aquí —dijo Max, aportando una nota prosaica a la discusión.

Como si la tormenta quisiera darle la razón, en ese preciso instante retumbó un trueno.

—¿Estará bien Barker? —pregunté—. No creo que pueda aguantar mucho más ahí fuera.

—Él debe de estar pensando lo mismo —supuso Max—. Pero mira lo que hay fuera…

Limpié el vaho del cristal y pegué la cara a la ventanilla para tratar de ver algo. La lluvia había arreciado, y el paisaje era un torbellino embarrado de tonos verdes, pardos y grises. Aunque apenas se distinguía nada, estaba claro que nos encontrábamos en medio de ninguna parte. Aquello no habría debido sorprenderme (al fin y al cabo, ya había visto en el mapa la ruta que debíamos tomar), pero, aun así, me sentí como si estuviéramos a la deriva en un mar hostil.

No habían pasado más de tres o cuatro minutos cuando, de pronto,

el carruaje se tambaleó como si estuviera borracho. Sonó un gemido ominoso seguido de un crujido, y se me escapó un grito de alarma al ver que Max caía sobre mí. Antes de aplastarme, extendió un brazo para apoyarse y protegió mi cuerpo con el suyo, mientras el carruaje se sacudía durante un momento eterno para terminar estrellándose de lado.

Todo quedó envuelto en un extraño silencio. Me forcé a abrir los párpados, que había cerrado sin darme cuenta. Parpadeé por un instante, desorientada, hasta que las imágenes volvieron a enfocarse. Entonces me di cuenta de que la ventanilla estaba ahora encima de mí y no al lado. Por el cristal roto entraban gotas de lluvia que empezaban a empaparme. Probé a mover los dedos de los pies y me alivió comprobar que respondían.

—¡Izzy! —exclamó Max apareciendo encima de mí, con una mano apretada sobre su costado—. ¿Te has hecho daño?

Me incorporé sobre los codos y, al hacerlo, varios añicos de cristal se desprendieron de mi pelo y cayeron como cuentecillas brillantes. Respiré hondo; a excepción de la rodilla, que debía de haberme golpeado, no me dolía nada.

—Estoy bien —logré decir—. ¿Y tú? ¿Se te han abierto los puntos?

Él bajó la mirada con una mueca.

—Creo que no, aunque puede que hayan cedido un poco —dijo, y yo asentí aliviada. De pronto, sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Pero si te sangra la cabeza!

Levanté la mano, me rocé la línea del cabello y me miré los dedos. Estaban ensangrentados.

—Creo que no es más que un cortecito —dije frunciendo el ceño—. Las heridas en la cabeza sangran como demonios.

Él resopló.

—¿Es que tienes mucha experiencia con las heridas en la cabeza? Bueno, qué cosas digo, por supuesto que la tienes.

Se inclinó sobre mí y sus dedos me acariciaron el cuero cabelludo, apartando el pelo aquí y allá para buscar restos de cristal. Aunque estaba magullada, atrapada en un carruaje volcado y cubierta de añicos, estuve a punto de estirarme como una gata y empezar a ronronear.

—Creo que tienes razón —concedió, y me apoyó la mano en la mejilla mientras me examinaba la cara en busca de cortes.

—Ay, Dios —exclamé, luchando contra el impulso de apoyarme en su palma—. ¿Qué habrá sido del pobre Barker?

Me puse en pie como pude, pero ni siquiera yo podía erguirme en aquel reducido espacio; claramente, el carruaje era más alto que ancho. A mi lado, Max estaba casi doblado por la mitad. Me di cuenta de que el cristal de la otra ventanilla crujía bajo nuestros pies.

—¿Oiga? —llamé—. ¡Oiga, Barker! ¿Está usted ahí fuera?

La lluvia seguía cayendo por la ventanilla rota, y tuve que parpadear para que no me cegara. Los añicos que aún rodeaban la abertura brillaban como puñales.

De pronto, sobre ellos apareció la cara angustiada de Barker. Tenía un corte sobre un ojo, había perdido el sombrero y el pelo canoso se le pegaba empapado a la cabeza.

—¡Ay, señores Finch! —exclamó—. ¡Qué faena!

—¿Qué ha ocurrido? —le interrogó Max.

—Se ha roto un eje —contestó Barker con el rostro fruncido en una mueca de frustración—. No sé cuánto tiempo llevo diciéndole al señor Lockhart que hay que revisar este cacharro; pero, como nunca sale de casa, no le preocupa en absoluto. Y lo malo es que no puedo arreglarlo aquí. Ni siquiera sé si valdrá la pena repararlo…

Se encaramó al lateral y tiró de la portezuela sin éxito. Max se irguió y apoyó el hombro en ella para ayudar desde el otro lado, pero solo consiguieron que cayera una nueva cascada de cristales rotos.

—No hay manera —concluyó Barker meneando la cabeza—. A unas millas de aquí hay una posada; iré hasta allí con el caballo y traeré ayuda. ¿Podrán aguantar?

—Me temo que no tenemos elección —contestó Max con aire resignado—. Tenga cuidado: con este tiempo es arriesgado montar a caballo.

—No se preocupe por mí, señor —repuso Barker con una sonrisa—: mi Pepper y yo podemos recorrer este camino con los ojos vendados.

Sin más, desapareció de nuestra vista y, en menos de un minuto, oímos cómo su montura se alejaba.

Max y yo nos quedamos un rato en silencio. La lluvia empezó a arreciar, hasta el punto de que las gotas casi me hacían daño al golpearme la cara y los brazos.

—Bueno, esto está lejos de ser ideal —comenté.

—Me temo que eso es una perogrullada —masculló Max, y agachó la cabeza para mirarse los pies.

Por si la situación no fuera lo bastante desastrosa, la lluvia ya empezaba a acumularse en el suelo (o el lateral, más bien) del carruaje.

—A este paso, moriremos ahogados —comentó Max.

—Bueno, al menos estamos ilesos —repliqué—. Solo un poco mojados e incómodos. Pero seguro que Barker llegará enseguida y nos rescatará.

—No sé yo… —Max se frotó la cara—. Las condiciones no son las más adecuadas para una partida de rescate.

Miré el cielo. La lluvia no tenía visos de amainar, y yo me estaba quedando helada. Había que actuar.

—A lo mejor podemos hacer algo para rescatarnos solos —propuse—. La ventanilla es demasiado angosta para salir por ella, y además está llena de cristales. Pero también está la puerta —murmuré, y me agaché un poco para acercar los ojos a la manija—. Solo tenemos que desbloquearla.

Me quité un par de horquillas del pelo. Las había fabricado Winnie para regalármelas en Navidades, y me encantaban: largas y finas, tenían la forma perfecta para servir de ganzúas improvisadas.

—Parece que la cerradura se ha bloqueado —reflexioné en voz alta—. Se ha debido de llevar un golpe cuando el carruaje volcó… —Me humedecí los labios mientras tanteaba con mi horquilla para devolver el muelle a su sitio. Tras un par de minutos, por fin volvió a encajarse con un satisfactorio chasquido.

Apreté la manija y empujé. La puerta se abrió fácilmente sobre nosotros.

—Perfecto —comenté.

Me volví hacia Max y lo vi mirándome con cara de pasmo.

—¿Acabas de abrir la puerta… con una horquilla? —preguntó.

—No me digas que los agentes secretos de su majestad no sois capaces de forzar cerraduras —repliqué—. Bueno; en vista de que ya podemos salir, ¿te parece que lo hagamos?

—Prefiero ir andando a esa posada que quedarme aquí muerto de frío —asintió Max—. ¿Tú qué opinas?

—Lo mismo. Con suerte, nos cruzaremos con Barker y su partida de rescate por el camino.

—Decidido, entonces —Max se impulsó para salir con un ágil movimiento. Una vez fuera, estiró los brazos para que yo le pasara nuestro equipaje y luego me ayudó a salir a mí—. Vamos allá: no veo el momento de tomarme un ron caliente con mantequilla.




Capítulo 21

El exterior del carruaje estaba resbaladizo por el agua. Aunque la lluvia había amainado por un momento, la humedad permanecía suspendida en el aire como una difusa bruma gris que me pegaba la ropa a la piel.

—Esta mañana estábamos en verano —refunfuñó Max.

—Esta mañana ocurrió hace mucho tiempo —repliqué, y escruté el terreno con la nariz arrugada—. Parece que Barker ha ido por ahí —indiqué señalando las marcas de herraduras en el barro.

—Espero que esa posada tenga buena cerveza —comentó Max mientras empezábamos a caminar por el sendero—. Y comida: un buen cuenco de sopa, un trozo de empanada, uno o dos capones…

—Y mantas. Y un sillón bien mullido —aporté yo.

—Y patatas asadas —añadió Max con los ojos resplandecientes.

Seguimos chapoteando por el terreno empapado, con la cabeza gacha. Las piernas empezaban a dolerme, y estaba calada hasta los huesos.

—Izzy —dijo Max al fin—, siento decirte esto, pero hace un rato que he dejado de ver huellas.

—Ya me he dado cuenta —respondí—. ¿Crees que nos habremos desviado en algún punto?

—Es más que posible; con este tiempo resulta imposible orientarse —masculló, claramente frustrado—. Lo mismo estamos andando en círculos…

—Si estuviéramos haciendo eso, ya habríamos vuelto a encontrar el carruaje —razoné—. Seguro que llegamos a la posada enseguida. Y, si no, encontraremos otro sitio en el que secarnos y entrar en calor.

—¿Siempre eres tan optimista? No hemos visto ningún rastro de civilización en varias millas a la redonda; ¿qué te hace pensar que vamos a llegar a algún lugar habitado?

—Mira, creo que algo más adelante hay un refugio de pastor.

Señalé un murete de piedra que cortaba las verdes ondulaciones del paisaje. En la distancia, apoyada en él para no derrumbarse, había una construcción hecha de piedras grisáceas.

—¿Has hecho que apareciera una casita con el poder de tu mente? —exclamó Max apurando el paso—. ¿Por qué no lo has hecho hace una hora?

Quise reírme, pero los dientes me castañeteaban demasiado. Los dos echamos mano de las escasas fuerzas que nos quedaban para alcanzar cuanto antes la cabaña.

Al llegar, Max aporreó la puerta, pero no obtuvo respuesta. Tiré hacia arriba del pasador de metal y lo levanté sin esfuerzo; ni siquiera me hizo falta recurrir a mis horquillas. Empujé la puerta y los dos nos derrumbamos en el interior de la casita.

No había más que una estancia. Al menos estaba limpia y seca, con una pequeña chimenea en un costado.

A esas alturas, yo me estremecía como una hoja. Max, por su parte, estaba pálido como un espectro.

—Fuego —logré decir mientras señalaba un montoncito de leña que parecía esperarnos junto a la chimenea.

Sin decir nada, Max empezó a disponer los troncos en el hogar. Yo, mientras tanto, investigué la alacena de madera que había en la pared del fondo. En su interior había dos mantas dobladas con pulcritud, e incluso una caja metálica con un poco de té polvoriento y un trozo de pan reseco.

—Té con tostadas —grazné. Me giré hacia la chimenea, donde Max trataba de prender la leña con poco éxito—. Tenemos que quitarnos esta ropa; está empapada —dije sin pensarlo, y me encogí de vergüenza al darme cuenta de lo que acababa de soltar—. Lo que… Lo que quiero decir… —tartamudeé.

Por suerte, Max ignoró mis balbuceos.

—Pásame esas mantas, anda —me pidió.

Cuando las tuvo en su poder, las colgó de una cuerda que atravesaba la estancia de lado a lado (un tendedero rústico, supuse) para crear una cortina que nos permitiera cambiarnos de ropa sin peligro. Me desvestí con toda la rapidez que pude, conteniendo las lágrimas del puro alivio que me producía despojarme de mi vestido empapado. Lo peor de todo era la tonelada que pesaba la falda; los atuendos masculinos eran mucho más prácticos para recorrer terrenos accidentados, hiciera el tiempo que hiciese.

Mientras me cambiaba en mi lado de las mantas, era dolorosamente consciente de que Max estaba haciendo lo mismo en el otro. Oí el rumor de las mangas de su chaqueta al resbalar por sus brazos, los suaves golpes de sus botas al caer en el suelo de piedra, el tintineo de los botones y el roce rasposo de la tela sobre su piel. Estaba tan sonrojada que me daba miedo ponerme a arder en cualquier momento, y me consolé pensando que, al menos, había empezado a entrar en calor. Por fin, terminé de abrocharme el informe vestido de

lana azul marino que había sacado de mi equipaje.

—¿Lista? —preguntó Max.

—Lista —contesté.

Él descolgó las mantas y me ofreció una, que acepté agradecida. Me envolví en ella (me cubría desde los hombros hasta la punta de los pies descalzos) y me acerqué al fuego, que Max por fin había logrado encender y que crepitaba alegremente.

Me detuve un momento para tender mis prendas empapadas en la cuerda, luchando por ocultar la incomodidad que sentía. Éramos como dos soldados que se veían obligados a compartir un espacio reducido, nada más. Max Vane no estaba interesado en la visión de mis feas medias colgadas junto a su camisa. Aquello no tenía ninguna importancia. De hecho, era cierto: Max ni siquiera las miró mientras se afanaba poniendo una tetera al fuego, cortando el pan y pinchándolo en un gancho de tostar para suspenderlo sobre el fuego. Me relajé, sin nada que hacer salvo acurrucarme en el suelo y dejar de temblar.

El silencio que reinaba en la estancia me resultaba extrañamente confortable. Todo el mundo conocía la fama de hombre taciturno del duque de Roxton; sin embargo, tras pasar más de un día a su lado, empezaba a darme cuenta de que su seriedad no era fruto de una actitud despreciativa, sino de una inclinación natural.

—Estás muy callado —comenté al cabo de un buen rato, y él me miró con expresión sorprendida.

—Es cierto —asintió—. Te pido disculpas. Mi hermana me recuerda a menudo que es desagradable para la gente con la que estoy.

—A mí no me resulta desagradable. —Clavé la mirada en mis pies desnudos y me recreé en la calidez de la chimenea—. Creo que es lógico, teniendo en cuenta cuál es tu trabajo. Escuchas más que hablas.

Vi por el rabillo del ojo que me mirada con expresión penetrante.

—Y, sin embargo, tú eres perfectamente capaz de hacer ambas cosas —comentó—. De hecho, la otra noche en la ópera hablabas por los codos mientras tu amiga y tú desvalijabais a aquel caballero.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿A qué te refieres?

—Estuve observándote; me daba la impresión de que allí había gato encerrado. Y luego, cuando fuimos a la Pajarera, la chica pelirroja de esa noche estaba allí… Maud, ¿no?

—Me sorprende que te dieras cuenta —repliqué, esquivando su pregunta—. A pesar de que nos han presentado decenas de veces, jamás recordabas mi nombre de una vez para otra.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando me di cuenta de lo malhumorada que había sonado. Me encogí, deseando

poder retirarlas, mientras él parecía reflexionar con la mirada perdida en el fuego.

—La primera vez que nos presentaron oficialmente —dijo al fin— fue en el baile de la familia Perry el año pasado. Llevabas un vestido gris ribeteado en malva y no bailaste ni una sola vez. Te quedaste en un rincón con la señorita Wynter y te reíste mucho. También pasaste un rato sentada con la abuela Perry, una dama muy cascarrabias que apenas tiene amigos.

Lo mire boquiabierta.

—Pero ¿cómo…? — empecé a decir.

—Recuerdo todas y cada una de las veces que nos han presentado. Se me da bien recordar cosas —explicó con un atisbo de sonrisa en la voz—. He de decir que suelo ser muy bueno en mi trabajo.

—Pero, entonces, ¿por qué hacías como que no te acordabas de mí?

Me alegré de comprobar que era su turno de removerse con incomodidad.

—No es normal que un joven duque recuerde a todas las muchachas que le presentan.

—Pero eso es… es… ¡es despreciable! —le espeté indignada.

—No es más que el papel que interpreto —replicó él encogiéndose de hombros—. Tú haces lo mismo, al final. Llevas tiempo tratando de pasar inadvertida, de camuflarte entre las sombras. Esperabas que yo te olvidase; era lo que querías. No puedes ofenderte porque yo lo hiciera, mientras sigues interpretando ese personaje para tus propios fines.

—Puedo hacer las dos cosas perfectamente, muchas gracias —gruñí —. En mi interior convive una multitud de personas diferentes.

Max apretó los labios, y me di cuenta de que contenía una sonrisa. Cada vez me resultaba más evidente el humor que había tras su máscara de seriedad.

—No creo que pare de llover en unas horas, ¿verdad? —dije tras un breve silencio.

—No —suspiró Max—. Creo que tendremos que pasar la noche aquí… Ya empieza a oscurecer.

Eché un vistazo por la única ventana y constaté que estaba en lo cierto: lo que había tomado por un nubarrón aún más espeso era, en realidad, el inicio del crepúsculo. Consulté mi reloj y vi que ya eran casi las nueve.

—¿Qué será de Barker? —pregunté—. Espero que no nos esté buscando por el campo con un grupo de gente.

—No, es un hombre sensato, y sabe que estamos juntos. Habrá supuesto que hemos encontrado refugio en algún lugar. Con algo de suerte, mañana por la mañana habrá dejado de llover y podremos salir en su busca; por ahora, lo mejor que podemos hacer es dormir.

Sus palabras resonaron en el aire de la estancia. Yo llevaba un buen rato (concretamente, desde que habíamos entrado en la cabaña) tratando de ignorar el catre que había en una esquina.

—Sí, bueno —dije con voz estridente. Carraspeé—. De ese modo podremos arrancar bien temprano.

—Ocupa tú la cama y yo dormiré en el suelo —resolvió Max.

—¿Cómo vas a dormir en el suelo? —repliqué escandalizada.

—La verdad es que estoy tan cansado que creo que podría dormirme de pie —reconoció él.

Miré con escepticismo el frío pavimento de piedra.

—Bueno… Si estás seguro…

Me levanté y avancé a duras penas hasta la cama. No es que fuera muy mullida, pero al menos estaba cubierta por una sábana de aspecto limpio. A los pies había otra manta doblada, y en el cabecero, una almohada fina. Desde luego, el pastor que usaba aquella cabaña era un hombre pulcro.

Me tumbé sin desvestirme, exhausta, y me dejé embargar por el sopor. La luz de las llamas oscilaba en la penumbra de la estancia, y en el tejado sonaba el repiqueteo de la lluvia.

—No puedes dormir en el suelo —dije con la lengua pastosa por el cansancio—. Eres un duque.

Max resopló.

—No sé qué tienen que ver las dos cosas.

—¡Además, estás herido! —exclamé al caer de pronto en la cuenta —. ¡Tus puntos! La cama tiene que ser para ti —sentencié, incorporándome a medias sobre un codo para mirarlo.

—Si crees que voy a dormir en la cama mientras tú estás en el suelo, es que no tienes ni idea de cómo se comporta un duque.

—No te pongas caballeroso —refunfuñé—. No hace ninguna falta: soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Lo sé, créeme.

Nos quedamos callados.

—¿Y si… dormimos en la cama los dos? —propuse con timidez.

Otra pausa.

—Yo no… no sé si sería muy apropiado —contestó Max tenso.

Los nervios que me producía hacer aquella propuesta se disiparon por la risa que me causó su tono.

—Por el amor de Dios, Max, no voy a obligarte a defender tu honor. Los dos hemos tenido un día de perros; estamos helados y muertos de cansancio, y solo hay una cama. Hace ya tiempo que nos olvidamos de mantener el decoro. De hecho, creo que dejamos de hacerlo cuando me enfrenté a tus asaltantes en Whitechapel. Si quieres dormir en el suelo de piedra, adelante. Pero, si no descansas bien esta noche, no creo que mañana seas de mucha ayuda.

Y, sin más, aporreé la pobre almohada con una violencia del todo innecesaria y me giré hacia la pared.

Parece que lo convencí, porque, unos segundos más tarde, noté cómo el lado opuesto de la cama se hundía bajo su peso. Max se tumbó con un gemido casi inaudible. Aunque los dos estábamos vestidos y, en realidad, menos juntos de lo que habíamos estado dentro del carruaje, me dio miedo que pudiera oír los estruendosos latidos de mi corazón. Me quedé inmóvil de cara a la pared, con el pulso resonando en mis oídos.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó Max con voz suave.

—No seas tonto y duérmete.

Y luego, a pesar de que estaba compartiendo cama con el duque de Roxton, una idea que, si la hubiera concebido unas horas antes, me habría parecido una alucinación, seguí mi propio consejo y me dormí como un tronco.



Capítulo 22



A la mañana siguiente desperté sin saber dónde estaba. Con los ojos aún cerrados, me acurruqué en aquella cama cálida y mullida y traté de arroparme con el edredón…, que resultó ser más firme y estar mucho más vivo que de costumbre. Abrí los ojos de golpe, conteniendo a duras penas un chillido de pura vergüenza.

Mis extremidades se enredaban con los de Max Vane como si me hubiera convertido en una planta trepadora durante la noche. Tenía la mejilla apoyada en su pecho, el brazo alrededor de su espalda y las piernas cómodamente dobladas en el hueco de las suyas. De hecho, me aferraba a él como si hubiera naufragado y él fuera el único salvavidas disponible.

Esperé un momento, petrificada. Bajo mi cabeza, su pecho se agitaba al ritmo de la respiración. Poco a poco, despegué de él mis brazos y mis piernas, aquellos pérfidos miembros que me habían traicionado mientras dormía, y volví a inmovilizarme. La respiración de Max no se alteró: seguía dormido.

Con un cuidado exquisito, despegué la cara de su pecho. Vi que tenía los párpados cerrados, pero ni siquiera aproveché la oportunidad para admirar sus rasgos perfectos; mi ridícula obsesión no llegaba a tanto. En vez de hacerlo, giré lentamente hasta quedar de cara a la pared, en mi lado de la cama. Solo entonces me permití soltar el aire que había retenido.

Por un momento, imagine cómo habría sido que se despertara él antes que yo y di gracias al cielo. Me había abalanzado sobre él… después de insistir la noche anterior en que podíamos compartir la cama porque no iba a ocurrir nada. Muerta de vergüenza, me arrimé a la pared hasta que mis rodillas chocaron con la piedra. El movimiento debió de despertar a Max, porque enseguida oí un bostezo leonino y noté cómo se desperezaba a mi espalda.

Esforzándome por parecer natural, fingí que me despertaba, volví a darme la vuelta y me topé con la cara de Max, que también se había girado hacia mí. Sus ojos verdes me miraron de hito en hito y, por un momento, creí ver en ellos un destello risueño que desapareció de

inmediato. Su cabello claro, siempre tan arreglado, estaba revuelto, y tuve que esforzarme para no estirar la mano y atusárselo. La sombra de barba que asomaba a sus mejillas era ahora más oscura. Tenía un aspecto deliciosamente desaliñado.

—Buenos días —me saludó, con la voz aún rasposa por el sueño.

—Buenos días —contesté pestañeando, y luego, abrumada por su cercanía, me senté de golpe—. Ya ha amanecido —declaré.

Max se incorporó un poco.

—Está a punto de hacerlo —precisó—. Debe de ser muy temprano.

Me levanté tan dignamente como pude y fui a buscar mi reloj.

—Acaban de dar las seis —dije, levantando la vista para mirar por la ventana—. ¡Mira, ha dejado de llover!

—En algún momento tenía que parar —repuso Max.

Giró el cuerpo hasta quedar sentado en la cama, con los pies en el suelo, y movió la cabeza en círculos para relajar el cuello.

—Al final he dormido muy bien —comentó—. Tenías razón: había sitio de sobra para los dos.

Se me fue la mirada a su rostro. ¿Me estaba tomando el pelo? No, no podía ser: su expresión era indiferente. Sospechosamente indiferente, de hecho.

—Bueno, es que estabas cansado —razoné.

—Ajá —Max asintió con la cabeza—. No dormir en toda la noche, robar en una mansión, caer de un edificio, atravesar el país, sufrir un accidente… Quizá todo eso sea una jornada laboral común para ti, pero debo admitir que me alivió tomarme un respiro.

—Ay, estos aristócratas criados entre algodones… —suspiré—. No me extraña que no pudieras seguirme el ritmo.

—En todo caso, ya me he repuesto —protestó—. Puedo seguir con tus tareas hercúleas. Dime, ¿qué toca ahora? ¿Escalar una montaña o dos antes del desayuno?

—Una colina, más bien. Vamos a ver si encontramos la posada llena de patatas asadas de la que hablabas ayer.

—Por Dios, salgamos cuanto antes —gimió él agarrándose el estómago.

Tras recoger nuestras pertenencias, que ya estaban secas, abandonamos la cabaña dejándola tal y como la habíamos encontrado. Antes de salir, Max dejó un puñado de monedas sobre la mesa.

La escena que nos encontramos era muy diferente de la del día anterior. El sol asomaba en el horizonte, bañándolo todo en una luz dorada y líquida. A nuestro alrededor ondulaba un abigarrado tapiz vegetal en tonos de verde, dividido por muros de piedra gris. Nos encontrábamos en la ladera de una gran colina —el día anterior estábamos tan apurados que ni siquiera habíamos advertido la pendiente— y el paisaje se ofrecía ante nosotros como una mesa

recién puesta, un festín de cielo azul pastel y brezo violáceo.

—Precioso —musité.

—Cuesta creer que sea el mismo paraje por el que chapoteamos ayer —comentó Max mientras oteaba el horizonte con los ojos entrecerrados—. Mira, por ahí va el camino —indicó señalando una depresión alargada entre dos ondulaciones del terreno.

Ahora que podíamos ver adónde nos dirigíamos, nuestro avance era mucho más sencillo. El dulce soplo de la brisa envolvía aquella escena perfecta, salpicada de constelaciones de flores amarillas y de abejorros que zigzagueaban somnolientos. En cierto momento incluso encontramos una mata de moras de los pantanos. Estaba cargada de bayas maduras de un tono ambarino que viraba sutilmente al rosado.

—A Teresa le encantaría esto —comenté—. Desayunar bayas silvestres y agua fresca de un arroyo… No puede haber nada más romántico en el mundo —incliné la cabeza, pensativa—. Aunque, por supuesto, en un par de horas empezaría a morirse de hambre y a decir que lo que de verdad le apetece es una buena tostada con mantequilla y una taza de té. Y tendría toda la razón.

—Toda —convino Max—. Quizá podríamos regalarle un bote de confitura de moras como término medio, ¿no crees?

Al oírle, me asaltó una imagen perfecta: Max y yo viviendo en la pulcra cabañita, haciendo confitura y cultivando la tierra. Incluso podríamos tener una oveja… No, una oveja sola no: las ovejas se criaban en rebaños. Bueno, pues una cabra. Seguro que las cabras daban menos trabajo que las vacas, y aun así podríamos tener leche fresca…

—¿En qué piensas? —me preguntó Max—. Pareces estar muy lejos de aquí.

—En hacer confitura —respondí rápidamente.

—Ajá, comprendo. Yo también me pongo soñador cuando pienso en las conservas de fruta.

Me eché a reír, y me dio la impresión de que Max sonreía sin mirarme.

Seguimos el camino durante unos cuarenta minutos. Entonces, como un espejismo en medio del desierto, apareció ante nosotros un pueblecito: un puñado de casas que flanqueaban el camino. Algo más allá se veía un edificio más grande, con un desgastado cartel que proclamaba que habíamos llegado al Blacksmith’s Arms.

—¡Encontramos la posada! —exclamé—. Ahora, recemos por encontrar también a Barker.

Estábamos de suerte, y en cuanto atravesamos la puerta del establecimiento, el cochero apareció ante nosotros haciendo aspavientos de alegría.

—¡Ya estábamos reuniendo gente para salir a buscarlos! —exclamó

radiante, señalando a una mujerona que había a su espalda—. Anoche vimos que habían logrado salir del carruaje. Hicieron muy bien, porque ya estaba medio inundado… Supusimos que habrían encontrado refugio en alguna parte, pero no había huellas que seguir y tuvimos que darnos por vencidos.

—Espero no haberle preocupado mucho, señor Barker —respondí—. Encontramos una cabaña de pastor y decidimos aguardar allí a que amainase la tormenta.

En ese momento, la formidable posadera se acercó con una especie de cacareo y lo apartó de un empellón bienhumorado.

—Esta es la señora Crantock —explicó Barker—. Ella y Ned, su marido, se ocupan de la posada.

—Seguro que estos pobres muchachos están desfallecidos de hambre —dijo ella, mirando a Max de arriba abajo con tanta lástima como si estuviera desnutrido—. Ahora mismo les traigo algo bien caliente de comer. Hay una olla de gachas casi a punto, y podemos preparar en un momento unas tostadas con panceta y un par de salchichas. En menos de un minuto llegará el señor Crantock con un cesto de huevos; si quieren, les puedo freír también unos cuantos.

Max la miraba fijamente, con los ojos brillantes por la emoción.

—Me encanta cómo suena eso —respondió con voz tan trémula como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—Sería estupendo, gracias —intervine—. Pero después de desayunar, tendremos que marcharnos sin pérdida de tiempo —añadí, disculpándome con una sonrisa—. Tendríamos que haber llegado ayer noche a la casa del señor Lockhart; me temo que el asunto que debemos tratar con él es muy urgente.

Los ojillos de la señora Crantock se iluminaron de curiosidad mal disimulada.

—Sí, sí, cómo no —asintió—. Les pondré de comer y luego se marcharán con Barker. No es frecuente que el señor Lockhart reciba visitas, ¿verdad, Barker?

El cochero adoptó una expresión adusta.

—A nadie le importa si mi señor recibe visitas o deja de recibirlas —le espetó muy tieso, y la señora Crantock se encogió de hombros.

—No se ponga tan digno, Barker; en todos los pueblos se cotillea un poco. Bueno, voy a prepararles el desayuno.

Tardamos casi una hora en dar buena cuenta del banquete, y creo que Max se zampó unos seis huevos y no menos de medio cerdo. El entusiasmo con el que comía tenía encantada a la exuberante posadera.

—Menudo hombretón se ha agenciado usted —me susurró en cierto momento, con el tipo de susurro que podía oírse en toda la sala.

—Ajá —respondí sin comprometerme, mientras los ojos se me iban

a los brazos remangados de Max y a los músculos que se marcaban en ellos cada vez que los movía.

Por fin, terminamos de comer y pudimos salir de la posada, no sin que la señora Crantock le entregase a Max un paquete con provisiones «para el camino». Barker nos había asegurado que tardaríamos menos de una hora en llegar; esta vez, iríamos en una carreta abierta que pertenecía a los posaderos.

—Lo mejor que he encontrado en estas circunstancias —comentó el cochero con un suspiro.

El día seguía igual de radiante, y el paisaje era precioso. Mientras avanzábamos por el camino serpenteante y lleno de baches, me recosté en el lateral de la carreta y disfruté de la caricia del sol en la cara.

Por fin, al doblar una curva, nuestro destino apareció ante nosotros.

La casa estaba encaramada en lo alto de un abrupto promontorio. Parecía sacada de un cuento de los hermanos Grimm, con sus torres retorcidas, sus ventanas apuntadas de estilo gótico y su… ¿Era eso un puente levadizo?

En efecto, lo era, como pude comprobar mientras nuestra carreta lo atravesaba. Miré la profunda brecha que salvaba, por cuyo fondo corría un arroyuelo, y me estremecí al darme cuenta de que, una vez levado, la casa (o el castillo, más bien) sería del todo inaccesible.

—¡Madre mía! —exclamé en voz lo bastante alta para que Barker me oyese.

Giró la cabeza y me miró con su sonrisa socarrona.

—Sí, eso es lo que dice casi todo el mundo al llegar. Aunque tiene usted suerte de que haga un día tan bonito; cuando hay tempestad, la casa parece bastante siniestra.

—Ya me hago idea —balbuceé.

Mientras atravesábamos la puerta abierta en el muro de piedra y entrábamos en un pequeño patio cuadrangular, me asomé por el borde de la carreta para mirar hacia arriba.

—¿Cómo no iba a haber gárgolas? —exclamé encantada—. ¡Por supuesto que las hay! Dígame, señor Barker, ¿les molestan mucho las almas en pena?

El aludido tiró de las riendas para detener el caballo y me miró con expresión grave.

—Digamos que, si yo fuera usted, no pasearía sola por el lugar durante la madrugada.

Sin saber si hablaba en serio o no, busqué la mirada de Max. Él se limitó a encogerse de hombros y me ofreció la mano para ayudarme a bajar de la carreta.

Nos detuvimos ante una enorme puerta de madera que parecía haber salido victoriosa de más de un asedio en tiempos medievales.

Barker giró el picaporte y nos pidió que pasáramos con un gesto.

Entramos en un cavernoso vestíbulo de techo alto. La penumbra que reinaba en él contrastaba vivamente con el sol de fuera, y pestañeé mientras mis ojos trataban de acostumbrarse.

—Después de la noche que han pasado, estarán deseando lavarse y descansar un poco —supuso Barker, mirando de reojo los rayos que entraban por la puerta—. El señor Lockhart tardará aún varias horas en levantarse, y no creo que pueda recibirlos hasta el mediodía.

—Entiendo —respondí—. No estará enfermo, ¿verdad?

Barker soltó una carcajada.

—De eso nada, señora; lo que ocurre es que es un haragán y no le gusta recibir visitas —respondió con afecto indisimulado y, por un momento, me pregunté cómo podía hablar de su patrón con tanta familiaridad.

Mi mirada se cruzó con la de Max, y él volvió a encogerse de hombros. Las brillantes intuiciones del agente secreto de su majestad brillaban por su ausencia…

Los tres ascendimos por una gran escalera de piedra. De ahí pasamos a un corredor largo y oscuro, que recorrimos hasta que Barker se detuvo frente a una puerta en la pared derecha.

—Esta era la habitación de la señora de la casa —nos explicó con voz grave y reverencial mientras entrábamos—. He pensado que usted se puede alojar aquí, si le parece —me indicó, e hizo un gesto hacia otra puerta que había en un lateral de la estancia—. Detrás de esa puerta está el dormitorio del antiguo señor; me ha parecido apropiado que ocupen ustedes los dos.

Al menos, esa noche Max y yo tendríamos una cama para cada uno. Lo cual, evidentemente, no me decepcionaba en absoluto. No, ni lo más mínimo.

—Perfecto, Barker. Muchas gracias —dije, y él esbozó una sonrisa.

—Les traeré agua caliente para que puedan lavarse —ofreció, y señaló la enorme bañera de latón que había frente a la chimenea—. Luego, cuando el señor asome por el piso de abajo, Beth o yo vendremos a avisarlos. Ah, y Beth vendrá dentro de un minuto para traerles el té. ¿Les apetece algo de comer?

—No, Barker, muchas gracias —repuse, sonriendo yo también—. Después del desayuno de la señora Crantock, creo que no volveré a comer en mi vida.

Max abrió la boca como si quisiera protestar, pero luego pareció recordar el paquete de comida que llevaba bajo el brazo y se mantuvo en silencio.

Barker asintió con la cabeza y salió de la estancia, silbando alegremente.

Observé lo que nos rodeaba. La habitación estaba limpia, pero era

obvio que nadie la ocupaba desde hacía muchos años. El papel amarillo que recubría las paredes estaba desvaído, y las cortinas, que en tiempos debían de haber sido de un rosa vivo, estaban casi grises. El mobiliario era muy sobrio: además de la bañera, solo había un tocador con un cepillo de plata deslustrada y una botella de perfume vacía, una gran cama con dosel de cretona y un armario. En el aire flotaba un aroma levemente polvoriento, con notas de cera de abeja y limón: era obvio que alguien había ventilado y limpiado el cuarto en previsión de nuestra visita.

—Muy bien —dijo Max—, pues dejaré que descanses tranquila.

Salió por la puerta que llevaba a su cuarto y la cerró con un chasquido seco.

Yo me dejé caer en la cama y respiré hondo. Al hacerlo, noté en la cadera la presión del broche y lo saqué para examinarlo a la luz de la ventana.

—¿Cuál es tu secreto? —murmuré, contemplando cómo resplandecía el rubí al moverlo.

Solo podíamos esperar que el misterioso Oliver Lockhart pudiera contestar aquella pregunta.




Capítulo 23

Al final, Oliver Lockhart no se dignó a aparecer hasta última hora de la tarde. Tuve tiempo de darme un baño, y, al acabar, Beth, la doncella, se ofreció a arreglarme el pelo. Era una mujer unos diez años mayor que yo, y no cabía duda de que estaba emparentada con Barker, porque su rostro era una versión joven y redondeada del de él, bajo una espesa mata de rizos negros. Mostraba una sonrisa tan franca como la de su pariente, y me di cuenta de que disfrutaba de tener en la casa a una señora a la que atender.

—Trabajar para Oliver es fácil —me contó—, pero echo de menos cuidar a una señora: peinarla, prepararle vestidos bonitos…

Mientras decía eso último, sus ojos recorrieron con melancolía mi anodino vestido, y sentí remordimientos por haberla defraudado en aquel punto. Lo mínimo que podía hacer por ella era ofrecerle mi húmeda cabellera para que la manejara a su antojo.

—¿Lo llamas Oliver? —pregunté intrigada, y Beth soltó una risita.

—Ay, debería llamarle señor Lockhart. Pero lo conozco desde hace muchísimo tiempo, y casi siempre estamos los tres solos: mi padre, él y yo. Además, a Oli… Al señor Lockhart, quiero decir, no le importan las formalidades. A decir verdad, se pone furioso si lo llamo señor Lockhart. Solo lo hago cuando le da por ponerse tirano.

—¿Se pone tirano a menudo?

Beth agachó la cabeza y me desenredó la melena con los dedos.

—A veces es un hombre difícil —reconoció con voz suave y expresión triste—. Pero no le culpo: tiene buenas razones para ser así.

La señora Finch me había enseñado que, a veces, la mejor forma de invitar las confesiones era dejarles espacio, así que me quedé quieta y callada durante un largo rato.

—Perdió a su madre y a su hermana en circunstancias difíciles —explicó Beth al fin y, por la forma en la que cerró los labios después de decirlo, me di cuenta de que no iba a revelarme nada más.

Las dos seguimos hablando de cosas intrascendentes, y me abandoné a sus ágiles dedos mientras domaba mi cabello hasta contenerlo en un moño suelto.

Estaba respondiendo como mejor podía a las preguntas de Beth sobre las últimas modas de Londres cuando levanté la mirada y vi a Max reflejado en el espejo del tocador. Estaba de pie en el umbral de su cuarto, limpio y recién afeitado. Desde nuestra llegada a Yorkshire había prescindido de la peluca negra y, a pesar de su ropa de segunda mano, tenía un aspecto tan apuesto que me interrumpí a media frase.

Él, por su parte, me observaba con su habitual expresión impenetrable. Beth, extrañada por mi silencio, siguió mi mirada y dio un respingo al ver su reflejo.

—Ah, señor Finch, ya está usted aquí —lo saludó, girando sobre sus talones para hacerle una reverencia—. Acabo de terminar de peinar a la señora Finch. —Se dio la vuelta, buscó mi mirada en el espejo y me guiñó un ojo—. Está esplendorosa, ¿verdad?

Contuve una mueca ante aquella exageración.

—Sí que lo está —convino Max, interpretando a la perfección su papel de marido devoto.

No me extrañó que lo hiciera: al fin y al cabo, la señora Finch había insistido en que mantuviéramos nuestros personajes en todo momento. Decidida a cumplir con mi parte, me puse en pie y le apoyé una mano en la mejilla.

—Te habrás alegrado de poder afeitarte por fin, ¿no, querido?

Max cubrió mi mano con la suya, la apretó contra su rostro por un instante y luego se la llevó a los labios para besarla. Beth suspiró y, al volverme hacia ella, casi pude leer en sus ojos lo que estaba pensando: *Qué enamorados están…*

Sí, desde luego, estábamos haciendo un trabajo excelente.

—Bueno, será mejor que vaya a la cocina para preparar la cena —dijo Beth—. ¿Quieren que les muestre cómo ir a la biblioteca? Seguro que Oli… que el señor Lockhart los estará esperando allí.

—Sí, por favor —asentí.

Tan pronto como Beth nos dio la espalda, le solté la mano a Max, procurando ignorar el hormigueo que me recorría los dedos.

Tras descender las escaleras, la doncella nos hizo atravesar varios salones que poseían el mismo aire de grandeza venida a menos que mi habitación. Por fin, desembocamos en la biblioteca.

—Está ahí —indicó Beth antes de alejarse a paso vivo por el corredor, supuse que en dirección a la cocina.

Era evidente que Oliver Lockhart usaba aquella estancia más que cualquiera de las otras. Las elegantes estanterías estaban llenas de libros que no parecían ser meros adornos. En uno de los lados había un escritorio de madera cubierto de papeles apilados, y frente a la chimenea se veía una butaca un poco desvencijada sobre la que dormía un gran gato pelirrojo. Esos eran los únicos muebles.

—Oiga, señor, ¿no será usted Oliver Lockhart, por casualidad? —le

dije al gato mientras me agachaba para acariciarlo.

—Por supuesto que no —replicó alguien con tono malhumorado—. Ese peluche mimado y gordinflón se llama Mermelada.

Y, sin más presentación que esa, Oliver Lockhart emergió de una estantería.

Me quedé muda por el asombro. Nuestro anfitrión no solo acababa de acceder a la sala por una entrada secreta; es que, además, era tan guapo que no parecía una persona real.

Me alivió que Teresa no hubiera ido allí conmigo: el hombre que estaba de pie ante mí era la encarnación de todas las fantasías de mi amiga, y verlo dentro de la monstruosidad gótica que era su casa la habría vuelto loca del todo. Aunque yo había supuesto que el señor Lockhart sería un hombre mayor, en realidad debía de tener mi edad. Delgado y grácil, tenía el pelo negro y alborotado, unos inquietantes ojos oscuros y el cutis bronceado. Su boca se fruncía en un mohín trágico, como si en todo momento estuviese a punto de ponerse a recitar poesía. Sus pómulos eran tan afilados que parecían peligrosos, e incluso su ceño fruncido no hacía sino potenciar su imagen de artista torturado. Por un instante lo imaginé caminando a grandes zancadas por los páramos, ataviado con una casaca larga y ondeante, y casi me mareé. A esas alturas, Teresa ya se habría desvanecido de la impresión.

De pronto, me di cuenta de que seguía agachada frente al gato y me enderecé de golpe.

—Señor Lockhart —lo saludé, con una sonrisa afable que no hizo más que profundizar su ceño.

—Usted —me espetó apuntándome con un dedo acusador— no es la señora Finch. La señora Finch y yo intercambiamos correspondencia desde hace mucho tiempo, y sé de buena tinta que ella es mucho mayor que usted.

—¿Qué edad tenía cuando empezó a escribirse con ella «hace mucho tiempo»? —repliqué irritada—. ¿Doce años?

—Quince, en realidad —contestó Oliver con tono indiferente—. Y bien, ¿me va a decir quién es usted?

—Soy una compañera de la señora Finch —dije, recobrando la compostura—. Pensé que ella lo habría dejado claro cuando le informó de nuestra visita.

—El telegrama que me envió era muy conciso; debía de estar apurada cuando lo redactó. Solo me pedía que me preparase para recibir a los señores Finch de manera inminente. He de decir que llegan ustedes en mal momento; me encuentro muy ocupado —me espetó, y se giró para lanzarle a Max una mirada suspicaz—. ¿Y usted quién es? Porque, si esta no es la señora Finch, doy por hecho que no será usted su marido.

—Soy otro colega de la señora Finch —contestó Max tras una brevísima vacilación.

—Puede llamarme Izzy, y a él, Max —le indiqué, dispuesta a reconducir la situación—. Siento mucho interrumpir su trabajo, pero hemos venido por un asunto de gran urgencia.

—El telegrama decía algo sobre una joya —puntualizó Oliver.

Me saqué el broche del bolsillo secreto y avancé hacia nuestro anfitrión con la mano extendida. Él lo tomó, y el frío tacto de sus dedos al rozarme me provocó un estremecimiento. Si en aquel momento nos hubiera revelado que era un vampiro, creo que no me habría sorprendido mucho; de hecho, me habría parecido de lo más verosímil.

Se acercó la joya a los ojos, enfrascado. Poco a poco, su expresión malhumorada se mitigó y sus ojos empezaron a brillar.

—Qué curioso —murmuró y, sin más ni más, se dio la vuelta y desapareció tras la estantería.

—¡Eh! —protesté, y su cabeza apareció por el hueco de la puerta oculta.

—De acuerdo, venga —refunfuñó—. Vengan los dos —añadió lanzándole a Max una mirada agria, como si no se fiara de él lo bastante para dejarlo solo en su biblioteca.

Atravesamos la puerta y vimos una escalera empinada que se hundía en la oscuridad. Tras cruzar una mirada perpleja, Max y yo descendimos siguiendo los pasos de nuestro anfitrión.

No sé muy bien qué me esperaba encontrar, pero, en vista de la apariencia y el talante de Oliver Lockhart, creo que no me habría sorprendido llegar a una especie de mazmorra iluminada por antorchas, con cadenas colgando de las paredes. En realidad, desembocamos en un taller limpio y escrupulosamente ordenado. Incluso disponía de iluminación eléctrica, algo que no me había parecido ver en ningún otro lugar de la casa.

La estancia era cuadrada, con las paredes pintadas de blanco. A la izquierda, pegadas al techo, había dos ventanas enrejadas por las que entraba la luz del día. El espacio estaba dividido en dos partes mediante sendos largos bancos de trabajo; sobre ellos, dispuestos en tiras de tejido encarnado, reposaban aparatos y herramientas de aspecto delicado. Al fondo, en un horno cerrado, crepitaba un fuego que caldeaba toda la sala.

—Supongo que ahí es donde se deshace de sus víctimas —me susurró Max al oído, y contuve a duras penas una carcajada.

Oliver se volvió para mirarnos con desaprobación.

—¿Les hace gracia algo?

—No, no —repuse rápidamente—. Estábamos admirando su taller, nada más.

Él gruñó por toda respuesta. Luego, se acercó a una de las zonas de trabajo y depositó el broche con delicadeza bajo un enorme microscopio metálico.

Al acercarme más a los bancos de trabajo, advertí que gran parte de los objetos que los cubrían eran piezas de joyería. Aquí y allá había esparcidas gemas de todos los colores, como confites en el escaparate de una dulcería. En los tornos que bordeaban los bancos había sujetas joyas a medio hacer: anillos, pulseras e incluso un lujoso collar de zafiros.

Examiné ese último con atención; por alguna razón, me resultaba conocido. Era una pieza grande y un tanto anticuada, con un enorme zafiro en el centro. A su alrededor, varios hilos con pequeños zafiros y diamantes engarzados creaban un efecto como de tela de araña. Al apartar la mirada me di cuenta de que, junto a esa pieza, había otra idéntica colocada sobre una alfombrilla de terciopelo. La única diferencia era que el segundo collar estaba terminado.

Alargué el brazo para tocarlo, pero la voz de Oliver me interrumpió:

—No toquen nada.

Retiré la mano y me volví hacia nuestro anfitrión, que ni siquiera había dejado de mirar por el microscopio. Con el ceño fruncido, examiné el collar una vez más y traté de recordar de qué me sonaba.

Al cabo de unos segundos, Oliver se incorporó y llevó el broche a otra parte del taller. Allí, se encajó una especie de monóculo en un ojo y examinó la pieza con detenimiento.

—Ajá… —murmuró.

—No sé si la señora Finch mencionaría esto en su carta —dije—, pero hay una persona muy interesada en apoderarse de este broche y nos gustaría saber por qué. ¿Es simplemente por su valor, o hay…?

—Guarde silencio, por favor —me cortó Oliver.

Cerré la boca de golpe, y Max se removía incómodo a mi lado. Los dos esperamos sin decir palabra mientras el dueño de la casa iba de un lado a otro del taller para examinar el broche con distintos aparatos. Incluso llegó a aplicar al rubí distintas sustancias químicas, con la precisión y cuidado de un cirujano.

Al fin, depositó el broche sobre uno de los bancos y nos miró como si acabara de recordar que nos encontrábamos allí.

—Veamos —comenzó—, la piedra es del periodo Tudor, un bello ejemplo del tallado ornamental que estaba en boga en aquel momento. La rosa podría simbolizar a la casa de Lancaster, en cuyo caso estaríamos ante una pieza del reinado de Enrique VII. Aunque, por supuesto, también podría ser una rosa Tudor, lo que nos llevaría a una época posterior. No obstante, dudo que sea así, ya que el estilo es demasiado esquemático. Otra cosa es la montura, que data de un

momento más tardío; mediados del siglo XVII, diría yo. Es muy posible que la fabricaran durante la guerra civil, en vista del propósito de la pieza.

—¿Es valiosa? —preguntó Max.

Oliver se encogió de hombros.

—Bastante, sí, aunque no sabría darles una estimación exacta. Resulta interesante desde el punto de vista histórico, pero su estilo está muy pasado de moda. En mi opinión, se trata de una pieza más atractiva para un coleccionista que para una dama elegante.

—Antes ha dicho «en vista del propósito de la pieza» —intervine yo—. ¿A qué se refería?

—Bueno, imagino que con todos esos secretos de Estado yendo de un lado a otro del país, algo así tenía que ser útil —respondió y, al ver nuestros rostros de perplejidad, exhaló un suspiro—. ¿Es que no se han dado cuenta? Lo que me han traído no es una joya: es una llave.




Capítulo 24

—¿Una llave? —repetí con voz casi inaudible.

Oliver nos indicó con un gesto que nos acercásemos a él.

—Se trata de un mecanismo muy ingenioso —afirmó mientras sus dedos largos y elegantes hacían girar el broche—. ¿Ven esta juntura? —preguntó al señalar un lateral de la montura dorada.

Max y yo nos inclinamos para ver mejor.

—No veo nada —reconocí—. ¿Y tú? —Ladeé la cara hacia Max y me di cuenta de que estábamos casi pegados. Me permití recrearme en aquella sensación durante medio segundo y luego di un paso atrás.

—Yo tampoco veo nada —respondió Max.

—Usen esto.

Acepté el monóculo que Oliver me ofrecía y me lo pegué a un ojo. Con su ayuda, y gracias a las indicaciones de nuestro anfitrión, al fin pude distinguir la juntura de la que nos había hablado. Era una fisura casi imperceptible.

—Parece como si la montura hubiera sufrido algún daño —comenté mientras le pasaba el monóculo a Max.

—En absoluto; es una bisagra —replicó Oliver con condescendencia.

Tomó el broche, lo hizo girar rápidamente entre las manos y tiró de los dos extremos. La montura de filigrana se separó con facilidad; aunque seguía intacta, ahora había una abertura bajo el rubí. Oliver presionó una de las dos mitades, que se dobló hacia abajo con un leve chasquido revelando el interior hueco de la montura. Con cuidado, introdujo un dedo y desplegó una larga barrita de metal con el borde dentado.

—¡Una llave! —exclamé con voz estridente.

—Sí, se lo acabo de decir —repuso Oliver con hastío.

—¿Y qué es lo que abre? —preguntó Max, con los ojos resplandecientes de expectación.

El corazón me latía descontrolado: por fin sabíamos la razón por la que Morland estaba tan interesado en aquel objeto. Aquella llave era la respuesta a todos nuestros interrogantes.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —nos espetó Oliver con acidez, manipulando el broche para volver a ocultar la llave—. Me da la impresión de que ese asunto concierne a su departamento, más bien.

Me mordisqueé el labio, notando que mi euforia se desvanecía. Aquello solo resolvía la mitad del rompecabezas, y no se me ocurría cómo desentrañar la otra mitad. Por un momento, noté que vacilaba incluso mi optimismo innato. Miré a Max de reojo y vi en sus ojos una tormenta de frustración: lo que estaba en juego allí era su reputación, e incluso su propia vida.

—Está usted en lo cierto, señor Lockhart —repuse con una sonrisa —. Ahora que hemos descubierto el secreto del broche, estoy segura de que conseguiremos localizar la cerradura que abre. Hemos resuelto casos mucho más difíciles que este a partir de pistas aún más vagas.

Oliver me respondió con una mirada de indiferencia, pero me dio igual: mis palabras no iban destinadas a él, sino a Max. Aunque me daba cuenta de que seguía empeñado en descartar la culpabilidad de su mentor, aquella llave secreta y el mortífero empeño de Morland por recuperarla tenían que haber despertado todas sus alarmas mentales.

De pronto, como si mi último pensamiento se hiciera realidad, tintineó una aguda campanilla que me sobresaltó.

—La cena está lista —explicó Oliver con expresión sombría—. Doy por hecho que la compartirán conmigo; es demasiado tarde para emprender el regreso a Londres.

—Se lo agradezco mucho —respondí con tanta cortesía como si su invitación hubiera sido sincera—. Esta noche disfrutaremos de su amable hospitalidad y mañana a primera hora le dejaremos tranquilo.

—Estupendo —repuso Oliver de forma un tanto grosera—. Vayamos a la mesa, entonces. Ruego al cielo que no haya pescado… No sé cómo lo hace Beth, pero tiene un verdadero talento para conseguir que hasta los platos más sencillos sean incomestibles. Cocina los alimentos hasta que se funden.

Por suerte, Beth había hecho esa noche un guiso de pollo que, aunque resultaba un tanto correoso, se podía comer. Disfrutamos de él en un comedor grande y formal, los tres sentados en un extremo de la larga mesa. Era evidente que Oliver Lockhart no solía cenar allí, y aún era más evidente lo mucho que le molestaba tener que hacerlo por nuestra culpa.

—Aquí tiene, señor Lockhart —dijo Beth. Dejó un plato delante de él y le hizo una reverencia inestable.

—El hecho de que tengamos invitados no significa que tengas por qué darte aires —le espetó Oliver con los ojos entrecerrados—. A nadie le importa lo que piensen de nosotros.

Ella lo contempló con una condescendencia casi maternal.

—Tampoco tienes por qué ponerte así de arisco, Oliver —replicó, y

él se puso a comer como si no la hubiera oído—. ¿Está la cena de su gusto, señor? —le preguntó Beth a Max con expresión inquieta.

Oliver levantó la cabeza y fulminó a Max con la mirada, como si quisiera transmitirle sin palabras que el único que podía quejarse allí de las habilidades culinarias de Beth era él. No tendría por qué haberse preocupado.

—Está todo delicioso, muchas gracias —respondió Max, con una sonrisa tan cálida que Beth pestañeó como si se hubiera mareado (identifiqué sin problemas su reacción porque a mí me ocurría a menudo).

Mientras Beth se dirigía a la cocina, Oliver rellenó de vino la copa de Max con expresión reticente.

—Señor Lockhart, ¿podría hablarnos de su trabajo? —le pedí.

—¿Por qué me pide eso? —replicó cortante.

—Pues… porque me parece un tema atractivo —contesté a la desesperada.

—Desde luego, las instalaciones de su taller son impresionantes —intervino Max, tomando el testigo con gran coraje.

Oliver bufó y se llevó la copa a la boca. Se hizo un silencio espeso.

De repente, recordé de qué conocía el collar de zafiros que había visto abajo.

—Lady Brandwick —murmuré.

—¿Cómo dice? —preguntó Oliver contemplándome con atención.

Le sostuve la mirada mientras los recuerdos se desplegaban en mi mente.

—El collar en el que está trabajando… Ya sé de qué me sonaba. Se lo vi a lady Brandwick en una fiesta hace varios meses. Me explicó que era una joya de familia; lo recuerdo bien porque a mi amiga Teresa le encantó, y porque lady Brandwick no suele ponerse muchas joyas.

Por un momento, me vino a la mente el rostro de aquella joven señora mientras nos contaba que su madre había llevado aquel collar antes que ella. Hablaba acariciando las gemas con las yemas de los dedos, y en su expresión habitualmente tímida había algo semejante al orgullo. ¿Por qué se encontraba aquella joya ahora en el taller de Oliver? ¿Y por qué estaba haciendo una copia exacta de ella?

—Lord Brandwick ha sufrido recientemente algunas dificultades económicas, ¿no es así? —pregunté mientras me volvía con lentitud hacia Max.

Él se removió incómodo, como si hablar conmigo sobre las finanzas de otro hombre contraviniese algún tipo de código no escrito. Aun así, contestó.

—En efecto. Tengo entendido que sus acreedores le reclamaron el pago de algunas deudas de juego.

Dirigí la mirada hacia Oliver, que contemplaba el contenido de su

copa con aire aburrido. Acababa de comprender la naturaleza de la relación profesional entre la señora Finch y él.

—Está usted haciendo una copia del collar por encargo de lady Brandwick, por si acaso su marido intenta venderlo —afirmé.

—¿¡Cómo!? —preguntó Max escandalizado.

Me incliné hacia delante, con los ojos clavados en Oliver.

—Es así, ¿verdad? Está trabajando para ayudar a la señora Finch con una de sus clientas.

Oliver empezó a escarbar en su plato con el tenedor.

—Parece que lo tiene todo muy claro —comentó con tono seco, sin confirmar ni desmentir mis palabras.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó Max.

Me di la vuelta en la silla para encararlo.

—¿Qué te parece tan terrible? —le dije.

—Pues… todo —respondió él con aire perplejo—. Falsificar joyas, engañar a su marido… Es ilegal, para empezar.

—Solo es ilegal porque las leyes son absurdas —me indigné—. Esas joyas siempre han estado en la familia de lady Brandwick; no tienen nada que ver con su marido. Y, sin embargo, desde el preciso instante en que los dos se casaron, pasaron a pertenecerle a él, a pesar de que es un jugador empedernido. Si un día le da por vender los recuerdos de familia de su mujer para jugar otra mano de cartas, puede hacerlo. Eso sí que es terrible y, desde luego, debería ser ilegal. Lo único que está haciendo el señor Lockhart es proteger a una mujer de los desmanes de su marido, porque las leyes no lo hacen.

El comedor volvió a quedarse en silencio. Max parpadeó sin dejar de mirarme. Su rostro mostraba una expresión que ya le conocía: un gesto extraño que le hacía parecer preocupado y un poco impresionado, pero también algo más, algo que no podía precisar y que se extendía como un cosquilleo por todo mi cuerpo.

Oliver carraspeó, agarró la botella de vino y rellenó mi copa. Di un trago largo y desafiante.

Terminamos de cenar en un silencio absoluto, algo que no parecía molestar a Oliver lo más mínimo, aunque a mí me resultaba de lo más incómodo. Moví la comida por mi plato, estremeciéndome al oír el chirrido del cuchillo. Aunque no quería mirar a Max a la cara, no pude evitar ver cómo su mano se movía para rodear su copa.

—Estoy cansada —declaré una vez estuvo recogida la mesa. Dejé la servilleta sobre el mantel y me puse en pie, y Max y Oliver me imitaron—. Espero que no les importe que me retire a mi habitación —me disculpé—. Mañana partiremos muy temprano. Max, ¿te parece que tratemos de coger el expreso que sale de York a las nueve menos cuarto?

Él asintió con la cabeza.

—Barker los llevará hasta la estación —ofreció Oliver—. Deberían salir a las seis como muy tarde. Dado que de ninguna manera estaré levantado, será mejor que nos despidamos ahora —añadió, haciendo una inclinación apenas perceptible—. Por favor, den recuerdos de mi parte a la señora Finch.

Sin más, salió del comedor a grandes zancadas. Me quedé mirando la puerta, muy consciente del tictac del reloj que había en la repisa de la chimenea.

—Qué hombre tan… original —murmuré al fin.

—En eso estamos de acuerdo —convino Max.

Por primera vez desde que estábamos juntos, el silencio se me empezó a hacer un poco incómodo.

—Bueno, creo que me voy a la cama ya —afirmé.

—Voy contigo —repuso Max rápidamente y, por primera vez, tuve el placer de ver cómo se sonrojaba—. Yo… —dijo con voz estrangulada—. Quiero decir que me gustaría acompañarte hasta la puerta de tu habitación.

Subimos la escalera sin hablar. Aunque Max era un hombre de pocas palabras, su silencio tenía un aire distinto, como si estuviera incómodo o agitado. Cuando llegamos a la puerta del dormitorio, se giró para mirarme a la cara.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó.

Parpadeé, sorprendida.

—Yo no… —vacilé, sin saber bien cómo responderle—. No estoy enfadada —dije finalmente—. Lo que siento es… frustración, supongo, por verte tan integrado en un sistema que he llegado a detestar. Las cosas que he visto en mi trabajo… —dejé que mi voz se apagara, sin saber cómo continuar.

Él asintió con la cabeza.

—Puedo entenderlo. Sin embargo, ¿no crees que si la sociedad funciona es porque hay leyes para gobernarla? —preguntó, y se frotó la cara con gesto fatigado—. No me parece que esté bien quebrantar las normas.

—Eso es porque las normas se hicieron para beneficiar a las personas como tú.

El silencio se prolongó. Sus ojos escrutaban mi cara con una intensidad casi palpable. Era como si yo fuera un libro y él quisiera leerme, pero no conociera el idioma en el que estaba escrito. Quizá lo aprendiera algún día…

—Buenas noches, Max —susurré antes de deslizarme por el hueco de la puerta.

—Buenas noches, Izzy —respondió él con una voz suave que me siguió en la oscuridad.

Cuarta parte

De vuelta en Londres

Julio de 1897





Por suerte, al día siguiente conseguimos llegar a tiempo para coger el primer tren a Londres. Max llevaba otra vez su peluca oscura, y los dos habíamos retomado nuestro papel de recién casados que no podían dejar de mirarse y tocarse. Para mí, aquello era como una sofisticada forma de tortura.

La relación entre Max y yo se complicaba cada vez más. Aunque a esas alturas ya éramos casi amigos, veíamos el mundo de forma muy diferente. Y luego, por supuesto, estaba el incómodo detalle de que yo estaba enamorada de él, aunque él no lo supiera. En todo aquello solo había una cosa que tenía clara: una vez resolviéramos el caso, cada uno se iría por su camino. Max regresaría a su vida y su trabajo, y yo volvería a los míos. Lo cual era algo bueno, aunque a veces me costara convencerme de ello; al fin y al cabo, Max conocía demasiados secretos sobre mí.

—No estoy del todo segura de que esto sea buena idea —murmuré mientras el tren entraba en la estación de Kings Cross—. Este sitio tiene que estar lleno de hombres de Morland vigilando por si aparecemos.

Max asintió sin dejar de mirar por la ventana.

—Es cierto, pero ninguno de ellos esperará que lleguemos a Londres: todos estarán atentos a la gente que se va. Y me vendrá bien; así podré comprobar cómo está organizada la búsqueda y ver cuántos agentes hay.

—¿Todavía opinas que Morland es ajeno a toda esta trama? —le pregunté en voz baja—. ¿Crees que ha cometido un error contigo?

Aunque Max no despegó la vista de la ventada, advertí como sus rasgos se tensaban.

—No lo sé —reconoció al fin—. Lo único que sé es que tengo que evitar que me atrapen, al menos hasta haber logrado limpiar mi nombre. Ya sea por error o intencionadamente, Morland ha ordenado que me detengan.

Asentí sin responder; por ahora, aquello tendría que bastarme. Max se puso en pie, cargó con nuestro equipaje y extendió el brazo hacia

mí.

—¿Vamos? —dijo con voz suave y, una vez más, sentí el ya familiar cosquilleo en los dedos al entrelazarse con los suyos.

Cuando nos apeamos del tren, Max me soltó la mano para ofrecerme el brazo. Apoyé la palma en el hueco de su codo con gesto posesivo y lo miré de soslayo. Se había inclinado el sombrero de forma que el ala le sombreara la cara, y caminaba con una levísima cojera que alteraba su porte habitual.

No era el único que necesitaba pasar inadvertido: si Isobel Stanhope se cruzaba con alguno de sus conocidos, no lo tendría nada fácil para explicar a quién iba agarrada y qué pintaba una alianza en su mano. Para evitarlo, me había puesto un elegante sombrerito con un velo corto que me ocultaba la mitad superior de la cara.

Avanzamos por el andén muy juntos. De vez en cuando Max me susurraba algo al oído, y yo respondía con una risita o le propinaba una palmada juguetona en el hombro. Cualquiera que nos viera nos tomaría por dos recién casados incapaces de separarse ni por un momento. Sin embargo, si hubieran podido escuchar los secretos que Max vertía en mi oído, se habrían llevado una desilusión.

—Los dos tipos que hay junto al quiosco de prensa son agentes de Morland —susurró.

Lancé una mirada tímida en la dirección que me indicaba y los vi. Uno de ellos cambió de postura, y distinguí bajo su chaqueta el correaje de una pistola. Aunque tanto él como su compañero estaban pendientes de los andenes de salidas, la sangre se me heló en las venas. Si aún no hubiera sido consciente del peligro que corríamos, en ese momento me habría percatado de ello.

Pero en aquella operación también participaban elementos criminales.

—¿Ves el hombre de la esquina, ese que lleva una chaqueta verde? Es uno de los chicos de Nero —repuse, también en susurros.

—¿Tu amigo del King's Head?

—Ese mismo. De vez en cuando hace algún encargo para Rook.

—Podría ser una coincidencia —replicó Max mientras me conducía con gentileza hasta un puesto de flores.

Se detuvo de forma que quedáramos medio ocultos tras los altos ramos de lirios y fronda verde.

—¿De verdad lo crees? —pregunté mirando con una sonrisa a la joven florista que ya pretendía venderle a Max un ramo «para su bella esposa».

—En realidad, no —reconoció él.

Escrutó a su alrededor como si admirase las flores, con una osadía que me impresionaba y me ponía nerviosa a partes iguales. Estaba escondido a la vista de todos, delante de las narices de los hombres

que querían detenerlo. Y, sin embargo, no mostraba ningún atisbo de inquietud. Por el contrario, era la viva imagen de un hombre relajado que paseaba con su enamorada.

—Deme las violetas, por favor —dijo mientras le entregaba una moneda a la muchacha—. Son las flores favoritas de mi mujer.

No pude evitar sonrojarme mientras aceptaba el ramillete de flores aterciopeladas; aunque hubiera sido por pura casualidad, Max había dado en el clavo.

Nos dirigimos hacia la salida, confundiéndonos entre la multitud. Ya casi estábamos fuera de la estación cuando mascullé una imprecación. Acababa de ver un rostro demasiado conocido. Apreté con disimulo el brazo de Max para avisarlo, lo conduje hasta una esquina y saqué de mi bolso de mano un folleto con el horario de los trenes.

—James Saint Clair está aquí —murmuré inclinándome sobre el horario, y tiré de Max para colocarlo de espaldas a su amigo como si quisiera mostrarle algo en el papel.

El cuerpo de Max se tensó, pero su expresión siguió igual de plácida que antes.

—¿Dónde?

—Justo delante de la puerta, vigilando a la gente que sale. Va camuflado; he estado a punto de no reconocerlo.

Max esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Siempre le ha gustado disfrazarse —comentó.

Esta vez, los esfuerzos de James por parecer un mocetón de clase baja habían surtido mucho más efecto que en su visita al King’s Head. Tenía un aspecto desaliñado, con barba de varios días y ropa raída. Su actitud también se asemejaba a la de los hombres de Nero; de hecho, resultaba tan convincente que la gente se alejaba de él todo lo que les permitía la multitud. Él se mantenía impertérrito, rascándose la mejilla de vez en cuando mientras examinaba con interés a las personas que pasaban a su lado.

—Tendremos que salir por la otra puerta —resolví, y señalé el lado opuesto de la estación.

Max negó con la cabeza.

—No esperará verme acompañado de una mujer. Es mejor seguir como si nada.

—¡Pero James sabe quién soy! —exclamé, con la respiración entrecortada por los nervios—. No solo ha visto a Kes, también conoce a Isobel Stanhope. Si me ve, querrá saber quién es el hombre que me acompaña.

—No dejaré que te vea —me aseguró Max.

Di un respingo, alarmada.

—¡Se acerca a nosotros! —susurré.

De repente sentí a Max muy cerca de mí. Apoyó un brazo en la pared, justo al lado de mi cabeza. Su cuerpo se pegó al mío, y la respiración se me cortó al verme frente a su ancho pecho. Me agarró de la barbilla y la levantó suavemente para mirarme a los ojos.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? —balbuceé.

—Un hombre recién casado aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para darle un beso a su mujer —respondió con voz grave.

—Ah, ya, claro —respondí, deseando que no notase que el corazón se me quería salir por la boca.

¿De verdad pensaría besarme? A mi alrededor, el mundo entero se había ralentizado. Aunque era vagamente consciente de que tenía un millón de asuntos tan importantes como peligrosos de los que ocuparme, lo único que podía hacer era mirar la boca perfecta de Max.

Su rostro se aproximó lentamente al mío. Ahora estábamos tan cerca que el más leve de los movimientos pegaría mis labios a los suyos. Sus pupilas se dilataron, y vi cómo le latía el pulso en la base del cuello. Agradecí que el velo ocultara mi mirada, confiando en que también disimulara los sentimientos que sin duda se reflejaban allí. Su aliento se mezcló con el mío y me tensé todavía más, como si en mi interior hubiera un resorte a punto de saltar.

Max se inclinó hacia delante: aquello iba a ocurrir. Cerré los ojos, notando cómo se entreabría mi boca… y en el último instante, ladeó la cara de forma que sus labios acariciaron mi mandíbula, subieron por mi mejilla y se detuvieron sobre mi oreja.

De mi garganta escapó un gemido que me avergonzaría eternamente recordar, y que Max ignoró de forma muy cortés.

—¿Se ha ido ya? —me susurró al oído.

—Mmm… —Traté de aclarar mis ideas, esforzándome por pensar en algo que no fuese la calidez de su cuerpo y el roce de su aliento en mi piel. Ya más repuesta, asomé la cabeza sobre su hombro—. Sí —logré articular—, ha pasado de largo.

Max se despegó de mí tan deprisa que estuve a punto de caer de bruces. Por suerte, me sostuvo del brazo, y los dos echamos a andar hacia la libertad que nos aguardaba al otro lado de la puerta.

—Siento mucho lo que ha ocurrido —se disculpó.

—Tranquilo, no ha sido nada —respondí asombrada (y agradecida) de que mi voz sonase tan calma.

Ahora que el oxígeno volvía a llegarme al cerebro, recordé con claridad el trabajo que teníamos entre manos. Porque eso era, me recordé a mí misma: un trabajo. Uno increíblemente arriesgado, del que dependía más de una vida humana.

Para cuando Max me ayudó a subir a un carruaje de alquiler, había

logrado tranquilizarme por completo. De hecho, estaba casi convencida de que aquel asomo de beso no había significado nada.

Casi.




Capítulo 26

Cuando llegamos a la Pajarera, en la tienda no había nadie salvo la dependienta, que me saludó con un movimiento de cabeza sin mostrar el mínimo interés por mi acompañante.

Mientras me dirigía con Max hacia la escalera de la trastienda, advertí que miraba a su alrededor con curiosidad. Si las condiciones en las que había llegado la vez anterior no le habían permitido prestar demasiada atención, ahora se estaba resarciendo. Volví a sentir una punzada de ansiedad al pensar en todos los secretos celosamente guardados a los que Max tenía ahora acceso.

—«No soy un pájaro» —leyó al entrar en el salón de la primera planta, con la mirada fija en las letras negras de la pared—. *Jane Eyre*.

—Uno de mis libros favoritos —repuse—. Siempre he pensado que fue lo que inspiró a la señora Finch para crear la Pajarera. Esos pajarillos encerrados en jaulas…

—Vosotras no sois así, sin embargo —afirmó Max sin dejar de leer —. «Escondida entre estas cuatro paredes, una bandada de pinzones».

Nos interrumpió la llegada de la señora Finch, que entró en la sala quitándose los alfileres del sombrero.

—Recibí tu mensaje —me dijo—. Ven y cuéntamelo todo.

Ascendimos tras ella hasta su despacho. Como antes, Max iba contemplando las puertas que se abrían a los lados del corredor. Cuando pasamos junto al laboratorio de Winnie, atisbó por la puerta entreabierta y abrió los ojos de par en par.

—Este lugar es extraordinario —murmuró, y la señora Finch se volvió hacia él.

—Creo que Izzy tendrá que enseñárselo más tarde —le dijo con una sonrisa.

La miré con asombro; parecía que mi jefa había decidido confiar en Max. No estaba segura de cómo se lo tomaría el resto de la bandada. De hecho, ni siquiera sabía muy bien cómo me lo estaba tomando yo.

—Muy bien —dijo la señora Finch con tono resuelto. Se situó detrás de su escritorio, se quitó los guantes y nos miró con expectación—. Contadme.

Me saqué el broche del bolsillo y lo manipulé como Oliver nos había mostrado hasta extraer la llave.

A diferencia de nosotros dos, la señora Finch no pareció sorprendida en absoluto.

—De modo que es una llave —constató mientras extendía la mano para que le entregase la pieza—. Ya sospechaba algo así; estaba segura de que contendría algún mensaje o revelaría algo oculto. De otro modo, Morland jamás pondría tanto esfuerzo en recuperarlo.

Un mensaje…, repetí para mis adentros. Había algo en aquellas palabras que me intrigaba, como si contuviera un dato importante que estaba pasando por alto.

—¿Sabe qué puede abrir esa llave? —preguntó Max.

—No; por desgracia, lo ignoro —repuso ella meneando la cabeza.

—Lo que es seguro que es no hay nada más escondido en su interior —aseveré—. Oliver Lockhart fue muy riguroso. Por cierto, le manda recuerdos.

La señora Finch se echó a reír.

—¿De veras? Ah, qué amable por su parte. He de confesar que no me lo esperaba.

—La verdad es que es todo un personaje —comenté con una sonrisa.

—Lo es. ¿Pero te cayó bien? —preguntó la señora Finch.

—Muy bien —contesté con sinceridad. Oliver Lockhart era imperdonablemente maleducado y tenía un genio de mil demonios, pero, por debajo de esa fachada, adivinaba un destello de algo más profundo, algo que yo podía admirar—. Es un hombre muy interesante; espero tener la oportunidad de volver a trabajar con él.

—Lo cierto es que no estamos más cerca de averiguar lo que está sucediendo —intervino Max con tono cortante.

—Al final resolveremos el enigma —afirmé, sorprendida por su actitud—. Siempre lo hacemos.

—Izzy tiene razón —dijo la señora Finch con un destello de diversión en los ojos que no supe a qué atribuir—. El señor Lockhart nos ha proporcionado una pieza esencial del rompecabezas, y ahora debemos concentrarnos en averiguar para qué sirve esa llave. Una vez sepamos eso, podremos interpretar las acciones de Morland y contrarrestarlas. Por cierto, según mis fuentes, el operativo que ha organizado Morland para localizar a Kes y al duque está en plena escalada. Al parecer, ya ha involucrado a agentes de todo el país… Por ahora lo está llevando con mucha discreción, pero tarde o temprano se hará público.

Max esbozó una mueca de angustia y apretó los puños.

—Al llegar a la estación hemos reconocido a varios de sus hombres —aporté—. También había un par de matones de la banda de Nero, y

no creo que fuera una casualidad. Parece que Morland tiene espías tanto dentro como fuera de la ley.

—Tendríais que actuar rápido para esquivarlos —comentó la señora Finch.

—Sylla tenía razón —repliqué, tratando de contener el rubor de mis mejillas con pura fuerza mental—, no estaban buscando a una pareja. Fue buena idea hacer el viaje juntos.

—¿Y qué es de Kitten Morland? —preguntó Max.

Lo miré, avergonzada: esa pregunta hubiera debido ocurrírseme a mí primero.

—Ha regresado a Londres con su marido —respondió la señora Finch—. Maud está con ella y nos informa del estado de las cosas siempre que puede. Al parecer, la situación es más o menos la misma que antes: Kitten sigue oyendo ruidos raros por la noche en su cuarto y aún pierde cosas, aunque pasa la mayor parte de los días en la cama. El médico la visita con regularidad, y sus amigos piensan que está indispuesta. Según Maud, la propia Kitten ha empezado a reconocer que su salud es delicada y que tal vez le haga bien una cura de descanso. Parece que las maniobras de Morland están surtiendo efecto.

—Sigo sin entender por qué Morland le está haciendo eso —reflexioné en voz alta—. ¿Por qué razón estará tan empeñado en hacer que pierda la cabeza?

—Porque eso restaría toda credibilidad a su testimonio —respondió Max con voz hueca.

La señora Morland y yo nos giramos al mismo tiempo hacia él. Nos devolvió la mirada y carraspeó.

—Imaginad que Kitten sabe algo, que ha visto algo que pueda perjudicar a Morland. En ese caso, él querrá que todo el mundo crea que está loca. Es lo mismo que ha hecho conmigo al hacerme aparecer como un traidor: de ese modo, nadie creerá lo que yo pueda contarle. —Me dirigió una sonrisa irónica—. Me he esforzado mucho por no creerlo —añadió en voz baja—. De hecho, aún me resisto a hacerlo, pero no puedo esconder la cabeza como un avestruz. Morland ansía tanto esa llave que está dispuesto a delinquir para recuperarla, y no cabe duda de que ocurre algo raro en su casa. No sé lo que está pasando aquí; pero es algo peligroso, y Morland se encuentra detrás de ello.

Tragué saliva, pues, a pesar de su voz tranquila, Max parecía devastado.

—En efecto, Morland está moviendo los hilos de este asunto —convino la señora Finch mientras guardaba el broche en su caja fuerte—, y esta llave se encuentra en el centro del enigma. Necesitamos descubrir cuanto antes para qué sirve. Voy a pedir que incrementen la vigilancia de su casa, y también voy a convocar al resto de la bandada

para reflexionar juntas. Sylla se ha propuesto investigar un poco el pasado de Kitten Morland, así que tal vez tenga algo útil que aportar.

—Mientras tanto —repuse—, tenemos que ocultar a Max en algún lugar en el que no corra peligro.

—Tengo varios sitios a los que acudir —replicó él—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo.

—¿Alguno de esos sitios es desconocido para lord Morland? —preguntó la señora Finch con las cejas enarcadas.

La mandíbula de Max se tensó. Negó con la cabeza.

—En ese caso —replicó la señora Morland con acidez—, será mejor que no arruinemos todos los esfuerzos que hemos hecho hasta ahora para mantenerlo fuera de la cárcel.

Max resopló frustrado.

—Tiene razón —concedió de mala gana—. Lo siento mucho.

—Sin embargo, hay un problema —afirmó la señora Finch—. Me temo que, debido a una desafortunada conjunción de circunstancias, no tenemos acceso a ningún piso franco adecuado en la ciudad.

—¿Y no podría quedarse aquí? —pregunté.

La señora Finch negó con la cabeza.

—No sería justo para con las demás trabajadoras —explicó—, ni para nuestras clientas. Recuerda que la norma es que no entre ningún hombre aquí.

Me mordisqueé el labio.

—Supongo… —comencé a decir mientras una idea tomaba forma en mi mente—. Supongo que podría esconderse en mi casa.

Max se volvió hacia mí y abrió la boca como si estuviera a punto de expresar su más enérgica protesta. Pero antes de que pudiera hacerlo, la señora Finch se interpuso:

—Me parece una idea excelente.

Le di vueltas durante un par de segundos. No me sería difícil ocultar a Max de la vista de mi madre y, a excepción de Button, no había un alma en la casa. A nadie se le ocurriría buscar a Max en la residencia de los Stanhope; era algo inconcebible.

—Pero estarán los criados —se desesperó Max—, y tu madre… ¿Qué diablos vamos a decirles?

—No te preocupes por eso —respondí con una confianza que estaba lejos de sentir—. Saldremos hacia allá de inmediato. Tú entrarás por la puerta trasera; así, cualquiera que te vea pensará que eres un trabajador o algo así. De la servidumbre y de todo el resto ya me ocupo yo.

—Muy bien —aprobó la señora Finch mientras empezaba a examinar un documento en su mesa—. Y mañana nos reuniremos aquí con las demás para discutir nuestros próximos movimientos.

Sin más dilación, volvimos sobre nuestros pasos y, ya en la calle,

paramos otro carruaje de alquiler. Estuvimos callados todo el trayecto; Max tamborileaba con los dedos en sus rodillas y yo miraba por la ventana. Si mi casa era el escondite perfecto, se debía precisamente a unas circunstancias que yo llevaba dos años esforzándome por ocultar a los ojos de la sociedad. Y ahora, Max iba a enterarse de todo. Estaba a punto de revelarle el último de mis secretos; él sería la única persona que conocería toda la verdad sobre mí. ¿Cómo había llegado a aquel punto? Con el estómago revuelto, rogué en silencio que mi decisión fuera la correcta.

En todo caso, ya no había vuelta atrás: teníamos que encontrar un lugar seguro para Max, y aquella era la mejor opción. Cuando llegamos a nuestro destino, pagué al conductor mientras Max se escabullía hacia la parte trasera. Luego, hice de tripas corazón y entré en mi casa. La atravesé y, cuando abrí la puerta de servicio, vi que Max ya me esperaba allí.

—Entra —bisbiseé.

Él me obedeció y recorrió con la mirada la cocina vacía, perplejo.

—Creí que me abriría la puerta alguien del servicio —comentó.

Me quité el sombrero, lo dejé en la mesa de la cocina y apoyé las manos en la madera.

—No tenemos servicio —confesé sin alzar la mirada—. Bueno, salvo Button, la doncella de mi madre.

Me obligué a mirarlo a la cara y vi que su expresión de asombro se había intensificado.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

Suspiré y me dispuse a llenar de agua la tetera para ponerla al fuego; necesitaba hacer algo, lo que fuera, para tener ocupadas las manos.

—Nadie sabe esto —dije—. Nadie, ¿lo entiendes? Ni Teresa ni mis compañeras de la Pajarera; ni siquiera mi madre. Creo que la señora Finch lo sospecha, pero las únicas que estamos al corriente somos Button y yo, nadie más.

En el rostro de Max, la perplejidad había dejado paso a la alarma.

—Izzy —dijo, dando un paso hacia mí—, ¿qué ocurre? ¿Es que tienes problemas?

Se me escapó una risa hueca.

—Sí, es una forma de decirlo —reconocí—. Siéntate, ¿quieres?

Max hizo lo que le había pedido y, tras preparar dos tazas de té, me acomodé frente a él. Aunque sentía frío, el calor de la taza que sostenía entre las manos me resultaba casi doloroso.

—Hace algo más de dos años, mi padre murió —comencé—. Mi hermano Henry lo heredó todo, pero en ese momento solo tenía ocho años y estaba en su internado. La salud de mi madre falló y, desde entonces, se mantiene confinada en su cuarto.

Max asintió, y supuse que ya estaba al corriente de todo eso; al fin y al cabo, no era ningún secreto. Me enderecé en la silla.

—Debido a la mala salud de mi madre —proseguí—, tras el fallecimiento de mi padre fui yo quien se ocupó de todos los trámites legales. Fue entonces cuando me enteré de que la herencia de mi padre era muy modesta. —Apreté los labios; «muy modesta» era una descripción de lo más optimista—. Al parecer, mi padre había hecho algunas inversiones que no salieron bien. Lo cierto es que no tenía mucha cabeza para los negocios. Sin embargo, era un genio de la cerrajería; podía abrir cualquier cerradura aunque no tuviera la llave. Para él era como un juego, y me enseñó todo lo que sabía. Lo que yo ignoraba era que todos sus ingresos procedían de esa actividad; gracias a eso podía pagar la escuela de Henry, mantenernos a mi madre y a mí y sostener la casa y los sirvientes. Y, cuando mi padre murió, esos ingresos se desvanecieron.

Levanté la mirada y vi que Max me escuchaba con rostro impasible. Me acaricié la frente y continué.

—El médico de mi madre le había diagnosticado un problema cardiaco; según él, el más mínimo disgusto podía acabar con su vida. Henry era un niño bueno y alegre, que disfrutaba de su vida en el internado y tenía muchos amigos allí. Si no quería perder también a mi madre, necesitaba proteger a los dos de forma que pudieran seguir con su vida. Al principio creí que podría hacer el trabajo de mi padre, pero cometí un error: me presenté a sus empleadores como su hija, y todos me dieron con la puerta en las narices. Ninguno estaba dispuesto a contratar a una mujer. Poco a poco, fui vendiendo todos los muebles y adornos de la casa. Y entonces… —me interrumpí abrumada.

—Entonces conociste la Pajarera, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Habían oído hablar de mi habilidad para abrir cerraduras —expliqué—. Fue Sylla quien me reclutó. El dinero que gano con ellas me permite cubrir los gastos, y la ausencia de parientes y criados es muy útil para un trabajo como el mío. —Esbocé una sombra de sonrisa a la que Max no correspondió—. Desde que empecé, ahorro hasta el último penique. Gracias a nuestras clientas he localizado varios negocios en los que invertir con buenos rendimientos, y el dinero va creciendo poco a poco. Para cuando Henry llegue a la mayoría de edad, espero que no tenga que pasar apuros económicos, y que incluso quede un poco para permitirme vivir de forma independiente. Es mi plan a diez años vista —concluí sin poder ocultar mi orgullo. Ver cómo crecían los ahorros que había reunido gracias al sudor de mi frente había resultado ser una inesperada fuente de alegría para mí.

La expresión de Max seguía siendo inescrutable.

—¿Tu madre vive en esta casa y no es consciente de nada?

—Así es: aunque el resto de la casa está vacía, su habitación sigue igual que siempre. Button, su doncella de toda la vida, sigue con nosotras y cuida de ella. A veces pienso que debería decirle la verdad, pero su salud es tan frágil… No puedo arriesgarme; me juego demasiado. Perderla también a ella sería insoportable: mi madre y Henry son la única familia que me queda —expliqué, con una serenidad que cada vez me costaba más mantener.

—¿Y si tu madre cambia un día de parecer? Imagina que su salud mejora y decide salir de su cuarto.

Asentí. La idea no solo se me había ocurrido, sino que me desvelaba casi todas las noches.

—Yo… Solo puedo confiar en que eso no ocurra antes de haber ahorrado lo bastante para reponer todos los muebles. O en que, si eso ocurre, sea porque su salud ha mejorado tanto como para permitirle encajar una sorpresa desagradable.

Aunque era un razonamiento que me había repetido a mí misma hasta la saciedad, me faltaba convicción. Lo cierto era que mi vida me recordaba a menudo a un vodevil, como si tuviera que esforzarme por mantener varios platos girando en el aire sin más remedio que rezar para que ninguno se rompiese.

—Y dices que tu hermano no sospecha nada —dijo Max, continuando con su interrogatorio improvisado.

—Nada —asentí—. Aunque lo supiera, ¿qué podría hacer? No es más que un niño; solo serviría para darle mala conciencia. Por ahora, he logrado mantenerlo alejado con la excusa de la enfermedad de mi madre. Sé que no me funcionará para siempre, pero tampoco tiene tantas oportunidades para venir. Cuando le dan vacaciones, prefiere irse a la casa de campo de alguno de sus amigos antes que encerrarse en la ciudad, y yo voy a verlo siempre que puedo.

—¿Y la señorita Wynter? —inquirió Max mientras tamborileaba con los dedos en la mesa.

Exhalé un suspiro.

—No sabe nada. Teresa es mi mejor amiga, y la quiero como a una hermana. Si se enterase, se empeñaría en ayudarme e implicaría a sus padres. Al principio me empeñé en evitarlo para que mi madre no sufriera la humillación de depender de la caridad de otra familia. Y luego, cuando entré a formar parte de la Pajarera, me comprometí a mantener la discreción… Además, soy perfectamente capaz de cuidar yo sola de mi madre y de Henry.

—Pero, entonces —replicó Max, con una voz que era poco más que un gruñido—, ¿quién te cuida a ti?

Parpadeé con rapidez para ahuyentar las lágrimas que acababan de

asomar a mis ojos. Sus palabras me escocían como si hubieran rozado una herida abierta.

—También soy capaz de cuidar de mí misma —repliqué, molesta por mi voz trémula. Levanté la barbilla y lo miré de hito en hito como si lo desafiara a compadecerse de mí.

Sin embargo, lo que había en los ojos de Max no era compasión. De hecho, se parecía más a la cólera.

—Sé mejor que casi nadie lo capaz que eres. Aun así, estás aguantando una carga muy pesada, y no deberías verte obligada a hacerlo sola —respondió al fin, con una rigidez que contradecía la amabilidad de sus palabras.

—Pues yo creo que no lo estoy haciendo tan mal —repuse, más tranquila ahora que todos mis secretos habían salido a la luz.

Había esperado que mi comentario aligerase el ambiente, pero no fue así. Max se llevó la mano a la cabeza para apartarse el cabello de la cara, y sus dedos se toparon con la mata crespa de su peluca. La tiró al suelo con brusquedad y se la quedó mirando con expresión agria, como si aquel objeto lo hubiera ofendido.

Su siguiente pregunta me dejó helada.

—¿Por qué no te has casado? —me espetó.

—¿Que por qué no me he casado? —repetí.

—Eso es —confirmó, ignorando la furia que latía debajo de mis palabras—. ¿Por qué no lo has hecho?

—Para empezar —respondí con tono gélido—, jamás engañaría a ningún pretendiente sobre mis circunstancias económicas. No podría aportar al matrimonio nada que me convierta en una esposa deseable a los ojos de la gente…

—El dinero no lo es todo, ni siquiera en los matrimonios de la alta sociedad —me interrumpió Max—. Tienes tantas… Quiero decir que seguro que hay muchos… No se me ocurriría… —balbuceó, tan confuso como avergonzado. Debía de estarse dando cuenta de lo inexistente que era mi dote: no tenía título nobiliario, fortuna ni belleza. Carecía de todo lo que valoraba nuestro entorno.

—En todo caso, esto no tiene importancia —afirmé—. Después de ver lo que he visto en los matrimonios de mucha gente, me ha quedado claro que casarse debería ser el último recurso para una mujer. No tengo ningún deseo de pasar lo que me queda de vida sometida a los caprichos de un hombre. Mi propio padre era un buen marido, y mi madre y él se querían con locura; sin embargo, fracasó en la gestión de su fortuna y no compartió sus secretos, lo cual dejó desprotegidos a su mujer y a sus hijos cuando falleció. Me niego a volver a sentirme así de vulnerable. De hecho, prefiero mil veces ser responsable de mi propia persona.

Aquella parrafada tuvo la virtud de enmudecer a Max. Me di cuenta

de que mis palabras lo habían escandalizado, pero me importó más bien poco porque sabía que estaba en lo cierto.

Me puse en pie con ademán resuelto.

—Y ahora que conoces todos mis secretos —añadí—, te enseñaré dónde vas a dormir.




Capítulo 27

Aquella noche, mientras trataba de conciliar el sueño, reproduje una y otra vez en mi mente la conversación que había mantenido con Max. Y cuando al fin logré quitármela de la cabeza, fue para revivir el momento que habíamos compartido en la estación de tren: el roce de su aliento en mi mejilla, la forma en que sus labios se habían deslizado por mi cuello, la firme presión de su cuerpo sobre el mío… No resultaba muy relajante.

Cuando por fin me dormí, caí en un sueño inquieto poblado por sombras misteriosas y rubíes que brillaban peligrosamente en la oscuridad. En cierto momento, vi que mi madre contemplaba con una mueca de confusión las ruinas de nuestra casa. De pronto me encontré bailando entre los escombros en brazos de Max, que me sostenía para que no me derrumbase como había ocurrido en el baile de la casa Devonshire.

—Respira —musitó con los labios tan cerca de mi oído que sentí su caricia en la piel.

Cuando me desperté, estaba acalorada y enredada en las sábanas. Se me escapó un gemido al recordar la primera tarea que tenía prevista para aquella jornada: explicarle a Button de manera convincente la presencia de Max.

—¿Cómo que está aquí el duque de Roxton? —susurró escandalizada, después de que yo la acorralase en la cocina mientras preparaba el desayuno de mi madre.

—Solo se quedará unos días —respondí en voz baja, nerviosa—. No se lo puedes decir a nadie. Es que necesita un… un refugio temporal.

—¿Un refugio? —repitió Button, con el ceño fruncido en una expresión de sospecha—. ¿El duque de Roxton necesita alojarse aquí? ¿Es que no tiene un castillo al que ir, o algo así? Muchacha, ¿se te ha ido la cabeza? —Examinó mi rostro con los ojos entornados—. Si estás metida en algún asunto impropio, Isobel Stanhope, más te vale cortarlo de inmediato. No voy a permitir que le des un disgusto a tu madre.

—¡Por supuesto que no estoy metida en nada impropio! —me

indigné—. ¡Él es el duque de Roxton, y yo no soy más que… más que…!

Button me miró de arriba abajo.

—Mmmmm… Bueno, puede ser —asintió, constatando que yo no era el tipo de sirena seductora que pudiera arrastrar a un duque bien parecido a la perdición.

—No sé qué tiene que ver mi condición de duque con nada de esto —intervino Max a mi espalda, y cerré los ojos muerta de vergüenza—. En todo caso, siento muchísimo haberme inmiscuido en su casa de manera tan improvisada. Le aseguro que me importa mucho el bienestar de la señorita Stanhope.

Giré sobre mis talones y lo vi de pie en la puerta de la cocina. Nos miraba con su típica media sonrisa, seguro de que iba a ganarse sin esfuerzo a Button. Aún no sabía que acababa de encontrar la horma de su zapato… Por un momento, casi disfruté por anticipado de la forma en que Button se lanzaría a su cuello.

—¡Oh, excelencia!

Miré a Button, sin poderme creer lo que acababa de oír. Asombrada, vi como correspondía a la sonrisa del duque con otra resplandeciente de su cosecha y le hacía una reverencia.

—Espero que mi presencia no las perturbe demasiado —dijo Max.

—En absoluto, excelencia —murmuró Button con una vocecilla jadeante que apenas pude reconocer como la suya—. Lo único que lamento es que las circunstancias no nos permitan atenderle como es debido. Me temo que la casa se encuentra un poco… desatendida en estos momentos. ¿Puedo ofrecerle algo para desayunar? ¿Una taza de té, quizá?

Resoplé, incrédula. En todos los años que llevábamos juntas, Button jamás se había ofrecido a prepararme el té. Y ahora, miraba a Max… ¿pestañeando?

—Se lo agradezco mucho, pero no quisiera causarle ninguna molestia —contestó Max—. Puedo hacerme el té yo mismo.

—¡Ni hablar! —replicó Button con un respingo, horrorizada solo de pensarlo—. Siéntese aquí, excelencia, y deje que me ocupe yo de todo.

—En realidad —dije yo—, me temo que debemos salir. Tenemos un compromiso.

La señora Finch me había hecho llegar una nota bien temprano para confirmar la reunión con el resto de la bandada.

Button volvió a fruncir el ceño.

—Señorita —me espetó con un tono tan punzante como un alfiler —, antes de echarse de nuevo a la calle, tiene que ir a ver a su madre. Sabe que está usted en casa y lleva un rato esperando su visita.

Asentí conteniendo un suspiro.

—Vuelvo enseguida —le dije a Max, quien asintió sin dejar de

sonreír ante algo que le decía Button.

Exasperada, emprendí camino hacia la estancia de mi madre.

—¡Hija querida! —exclamó ella al verme, y me estrechó entre sus brazos—. No sabes cuánto me gusta tenerte de nuevo en casa. ¿Te lo has pasado bien? Bueno, qué bobada; gracias a tus adorables cartas, sé muy bien que ha sido así. Te agradezco mucho que hayas buscado el tiempo para mandarme varias cada día; ya sabes lo mucho que me gusta saber de tu vida —añadió, y señaló un montón de papeles escritos con mi letra que había sobre la mesilla.

—Ah, sí —respondí, preguntándome qué diablos le habría contado Sylla—. Las cartas, claro. Me alegra que te hayan entretenido.

—¿Cómo no iban a hacerlo? —exclamó ella—. Además, los Banaji parecen una familia maravillosa. Desde luego, tu amiga es una joven ideal: tan bella, tan generosa, tan amable… Fue muy compasivo por su parte salvar a esos gatitos.

—Es cierto —asentí, inquieta—. Sylla es un pedazo de pan.

—¡Y menos mal que logró rescatarlos, después de que tú te cayeras de bruces en el estanque al intentarlo! —añadió mi madre con una carcajada—. Me reí muchísimo con tu carta. ¡No sabía que fueras capaz de relatar las cosas con tanta gracia! La descripción de cómo saliste del estanque, maloliente y cubierta de algas como un monstruo marino…

—Sí, mamá —la corté, maldiciendo a Sylla para mis adentros—. Fue hilarante.

Aún charlamos unos minutos más, durante los cuales ella me regaló los oídos con más anécdotas sacadas de «mis cartas», la mayor parte de las cuales terminaban con Sylla ayudándome a solucionar mis repetidas torpezas.

—Ah, y también he recibido carta de nuestro querido Henry —dijo mi madre al fin, mientras me ofrecía una hoja de papel.

—Debería afanarse un poco más con su caligrafía —comenté, aunque ya había empezado a sonreír al ver el cariño que desprendían los exuberantes garabatos de mi hermano.

… y dile a Izzy que he practicado mucho jugando al ajedrez con Daniel y he mejorado tanto que la próxima vez que juegue con ella ganaré todos los peniques que nos apostemos sin necesidad de hacer trampas (¡Aunque he aprendido algunos trucos de lo más astutos!). Y la madre de Daniel le escribió y le dijo que me dijera que yo te dijese que Izzy puede venir a su casa con nosotros durante las vacaciones, y sería estupendo porque la familia de Daniel tiene como cien perros y

también caballos, y su cocinera hace un bizcocho delicioso y la única forma de pasármelo aún mejor es que pudieras venir tú también, mamá, pero te escribiré todos los días…

—Parece muy contento —comenté con una sonrisa.

—Así es —respondió mi madre, y se recostó en la almohada con un suspiro—. Qué bien hizo tu padre en dejarlo todo organizado para que pueda seguir yendo a ese colegio… Gracias a eso, Henry se podrá abrir camino en la vida, estoy segura de ello.

—Tienes razón, mamá —repuse, antes de desviar el tema hacia los últimos cotilleos que le habían escrito sus amigas.

Mi madre parloteó con entusiasmo mientras yo trataba una vez más de quitarme de la cabeza la escena del día anterior en la estación… y, una vez más, fracasaba.

—… y, como seguramente sabrás, la pobre Kitten Morland no se encuentra nada bien —dijo mi madre con un suspiro, sacándome de golpe de mi ensimismamiento.

—¿De veras? —repuse con desinterés fingido.

—Sí. Andrea dice que lleva varios días sin recibir a nadie —contestó mi madre.

—¿Y no sabe Andrea qué es lo que le pasa?

—Al parecer, padece de los nervios —dijo mi madre con un ademán vago—. La compadezco, desde luego; no hay nada peor que eso —añadió, y se inclinó hacia mí como si fuera a hacerme una confidencia—. Al principio, pensé que tal vez estuviera en estado; al fin y al cabo, supongo que Morland eligió una esposa tan joven porque quería que le diera un heredero. Pero parece que no es así… Dicen que él está muy inquieto. Ha llamado a varios especialistas, y se rumorea que va a enviarla a un balneario en Europa. Es un marido muy cariñoso; ya lo fue con su primera esposa.

—Ah, sí, la primera lady Morland —asentí mientras alisaba la colcha—. Dicen que tuvo un accidente, ¿no es verdad?

Mi madre se volvió a recostar.

—Ay, Izzy, fue algo terrible. Eliza Morland era una mujer encantadora: tímida, discreta… Ya antes del accidente se decía que no estaba bien. Se cayó por las escaleras, ¿sabes? Bridget…, la señora Fargate, quiero decir, tenía mucha amistad con ella, y me dijo que hacia el final de su vida Eliza parecía muy alterada. Al parecer, se sobresaltaba por cualquier cosa; fue por eso por lo que dejó de hacer vida social y desapareció durante varias semanas. Incluso se llegó a decir que su muerte no había sido un accidente, y que se había… se había tomado la justicia por su mano.

Mi madre se interrumpió y, por un momento, pareció un poco

avergonzada, como si se diera cuenta de que había hablado de más. Noté que algo se removía dolorosamente en mis entrañas.

—¿Se suicidó? —murmuré, haciendo un esfuerzo por no estremecerme.

Mi madre hizo un aspaviento, como si pretendiera espantar aquella terrible palabra.

—No, no —replicó apurada—. Solo es un feo rumor que enseguida se acalló; no he debido mencionarlo. Morland quedó devastado tras el accidente: se retiró de los eventos sociales y se refugió en su trabajo.

—Y, sin embargo, no pasó más de un año antes de que empezase a cortejar a Kitten —observé.

—Así son las cosas —contestó mi madre con un cinismo que me sorprendió—. Morland es un político con ambiciones, al fin y al cabo. Quiere que lo vean como un hombre de familia, y seguramente pretenda tener descendencia. No puedes culparlo por haberse vuelto a casar. Además, por lo que he oído, parece muy prendado de su esposa, a pesar de lo joven que es ella.

En ese momento, debió de advertir mi asombro y se echó a reír.

—Hija mía —dijo—, ya sabes que no todas las mujeres tienen la suerte de casarse por amor, como me ocurrió a mí. Tu padre y yo… —Su voz se quebró y, de pronto, me pareció más menuda y frágil que nunca.

Le agarré una mano y la estreché entre las mías con suavidad.

—Lo sé, madre —respondí—. Los dos fuisteis muy afortunados.

—Algún día tú tendrás la misma suerte, Izzy —afirmó mi madre con énfasis, devolviéndome el apretón—. Sé que será así.

Sonreí por toda respuesta y empecé a hablar de Henry y del paquete de provisiones que le íbamos a mandar, un tema sobre el que mi madre tenía muchas (y muy caras) ideas.

Al fin, logré escabullirme y fui a rescatar a Max de las garras de Button.

Cuando llegamos a la Pajarera, encontramos a Winnie y a Sylla en el despacho de la señora Finch. Maud aún no había llegado.

—¿Has salvado alguna criatura indefensa más, Sylla? —le pregunté.

—Solo a vosotras, pero me veo obligada a hacerlo con frecuencia —respondió ella con dulzura fingida.

No pude evitar sacarle la lengua, a lo que Sylla respondió con una sonrisita de suficiencia.

—La señora Finch ya nos ha enseñado la llave —dijo Winnie, dando saltitos de puro entusiasmo—. ¡Qué fascinante giro de los acontecimientos! Y el mecanismo es extraordinario.

—Desde luego —convino Max con sarcasmo—. Ahora lo único que nos falta es saber qué abre esa maldita cosa.

—No se preocupe, excelencia —ronroneó Sylla—: al final siempre

nos salimos con la nuestra.

Cada vez que teníamos un caso complicado, Sylla parecía iluminarse. Le encantaba aquel juego, y ahora mismo sus ojos brillaban de emoción mal contenida.

La puerta se abrió de golpe para dejar paso a Maud, que se abalanzó en el despacho como un torbellino de cabello rojo. En cuanto vio a Winnie, le agarró la cara con las dos manos y le plantó un sonoro beso en la boca.

Sylla puso los ojos en blanco. Yo miré a Max; por un momento pareció sorprenderse, pero enseguida recobró su calma habitual.

—¡Maud! —exclamó Winnie sonrojada, incapaz de ocultar el placer que le proporcionaba aquel saludo.

—¡Hola, excelencia! —exclamó Maud alegremente al ver a Max—. Veo que sigue con nosotras.

—Mientras Izzy no me expulse, aquí estoy —le contestó Max con una sonrisa; cuando Maud se ponía así de exuberante, era difícil resistirse a su encanto—. Y, si no le importa, preferiría que me llamara Vane.

Vane, no Max. De modo que llamarle Max era un privilegio que me reservaba solo a mí.

—Vane, como «vanidoso»… Le pega —comentó Sylla con ironía.

Max se echó a reír.

—Si fuera vanidoso —replicó, quitándose la peluca—, no podría ponerme este horror.

Despegué los ojos de él con cierta dificultad y me volví hacia Maud.

—¿Qué ha pasado para que estés así de contenta? —le pregunté.

Ella se acercó a la silla giratoria de la señora Finch, se sentó y empezó a dar vueltas.

—¡Que por fin he pillado a ese malnacido! —graznó, feliz—. Lo he pillado tal que así —añadió, y estampó un puño contra la palma de la otra mano.

—¡Cuéntanos! —urgió Winnie.

En ese momento, la señora Finch entró en el despacho y le indicó a Maud con un gesto que desalojara su silla. Ella se puso en pie y avanzó hasta el centro del despacho, disfrutando de nuestra expectación.

—A ver… Ayer noche, conseguí salir de mi cuarto sin que nadie se diera cuenta. Fui hasta una alcoba que hay junto al dormitorio de Kitten y me escondí allí. A eso de las dos de la madrugada, vi que el ayuda de cámara de Morland entraba sin hacer ruido en la habitación. Lo espié por el agujero de la cerradura y vi que cambiaba las cosas de sitio mientras ella dormía: movía los objetos del tocador, vertía un poco de perfume, escondía un libro debajo de un cojín… En fin, cosas así. Al cabo de un rato, salió del dormitorio. Pero la cosa no terminó

ahí.

—¿Qué más pasó? —me impacienté. Maud sabía estirar la intriga mejor que nadie; hasta Max parecía pendiente de cada una de sus palabras.

—Que lo seguí hasta el sótano. Una vez allí, se puso a golpear una tubería que, obviamente, pasa por la habitación de Kitten. Más tarde hice una prueba: el ruido resuena justo al lado de su puerta, pero no se oye en ningún otro sitio de la casa. Es algo horrible, una especie de lamento fantasmal.

—¿Y entonces? —preguntó Sylla.

—Bueno, entonces me enfrenté a él —respondió Maud alegremente.

—No me esperaba menos —murmuró Max.

—Ya que estaba allí… —Maud se encogió de hombros—. Le dije que, si me confesaba la verdad, no se la contaría a nadie. Lo cierto es que no es un tipo muy listo; me dijo que solo seguía órdenes de Morland. Le aterroriza. Según él, si Morland descubre que se ha ido de la boca, puede darse por muerto. No creo que logremos convencerlo de que se lo cuente a nadie más.

Todos nos volvimos para mirar a Sylla, que parecía pensativa.

—Me pregunto si eso será suficiente para convencer a Kitten Morland de que no está perdiendo la cabeza —reflexionó.

—Puedo enseñarle cómo se producen los ruidos —repuso Maud—. Y decirle que vi a alguien entrando en su cuarto, aunque no le diga quién. Pero si ella se lo cuenta a Morland, se acabó lo que se daba. Me pondrá de patitas en la calle… o algo peor. Tenemos que asegurarnos de que Kitten guarda el secreto.

—En ese caso, tenemos que contar con más pruebas; no estoy segura de que Kitten te crea a la primera —dijo Sylla—. ¿Crees que confía en su marido?

Maud inclinó la cabeza.

—Los demás sirvientes dicen que antes estaba muy enamorada de él. Ahora…, no pondría la mano en el fuego. Cuando está con él parece inquieta. Casi asustada.

Nos quedamos todos callados. Fui yo quien rompió el silencio:

—No creo que sea la primera vez que hace esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Max, incisivo.

Procedí a narrar lo que mi madre me había dicho sobre Eliza Morland.

—¿No os suena de lo más familiar? —pregunté tras concluir mi relato.

El silencio tenso que siguió a mis palabras me dio la respuesta: no era la única que creía que Morland había usado una estrategia similar con su primera esposa.

—Recuerdo que, en aquel momento, aquel asunto me olió mal —

murmuró la señora Finch como si hablara para sí.

Max soltó una maldición. Al mirarlo, vi que tenía los puños apretados.

—Sylla, ¿has podido averiguar algo útil sobre Kitten? —preguntó la señora Finch—. ¿Hay algo que podamos usar para ponerla de nuestro lado?

Ella negó con la cabeza, desanimada.

—Nada que no supiéramos ya, aunque me da la impresión de que Kitten es más de lo que parece. La gente habla de ella como si fuera una chica dulce pero un poco simple; sin embargo, es bien sabido que rechazó varias propuestas de matrimonio antes de aceptar a Morland. Y dado que no parece un amor a primera vista, la única razón que podría tener para casarse con él es que estuviera interesada en su carrera política.

—¿Y sabemos por qué Morland se está tomando tantas molestias para convencerla de que está loca? —intervino Winnie—. No creo que sea solo para castigarla. Debe de tener una buena razón, pero no logro imaginar cuál.

—Vane ha sugerido antes que tal vez quiera desacreditarla —respondió la señora Finch—. De ese modo, nadie creerá nada de lo que diga. Quizá Kitten se haya enterado de algo que no debería saber…

Sylla se volvió hacia Max y, cuando sus ojos se encontraron con los de él, asintió con gesto reticente, como si quisiera decir que no era tan tonto como ella había pensado.

Maud meneó la cabeza.

—Suena bien, pero me parece poco probable. Tú dirás lo que quieras, Sylla, pero a mí Kitten no me parece muy espabilada. No la veo descubriendo los secretos de Morland, la verdad. No hace falta más que leer su diario; en mi vida he visto una lista tan aburrida de cenas, vestidos y…

—¡El diario! —exclamé poniéndome en pie de un salto.

Cinco caras expectantes se giraron hacia mí. Me esforcé por seguirles el ritmo a mis propios pensamientos, que avanzaban tan rápido como si rodasen colina abajo.

—Winnie, ¿puedes traer la copia del diario de Kitten que hiciste? —le pedí.

—Está aquí mismo —respondió ella, y cogió un montón de papeles del escritorio—. Sin embargo, Maud tiene razón: no me parece que contenga nada de interés.

—¡Pero es lo que has dicho tú, Maud! —repliqué—. En su diario, Kitten ha ido anotando lo que se ponía cada día…, incluido el broche.

Una atmósfera de tensión se apoderó del despacho.

—¿Os acordáis de lo que nos contó su doncella? —proseguí—.

Kitten odiaba ese broche, pero Morland la obligaba a llevarlo a determinados eventos. Lo cual significa que…

—Tenemos que buscar cosas que se repitieran en todas esas ocasiones —comprendió Max, y una sonrisa estiró lentamente sus labios—. Porque Morland nunca hace nada si no tiene una buena razón para ello.

Interrogué con la mirada a Winnie, quien ya tenía el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—Dadme una pluma y un trozo de papel —pidió y, en cuanto los tuvo en las manos, empezó a escribir una lista.

Todos esperamos en un silencio solo roto por el tictac del reloj de la chimenea. Por fin, Winnie dio la vuelta al papel y nos lo mostró.

—Estas son todas las fechas en las que Kitten lució el broche —explicó.

Nos congregamos en torno a la lista.

—No detecto ningún esquema fijo —reconoció Winnie—. Aquí se lo puso dos veces en la misma semana, y luego pasó varias semanas sin llevarlo. He cruzado las fechas con el tipo de eventos, pero tampoco coinciden: este día se lo puso para una cena privada, mientras que aquí —Señaló una fecha con el índice— lo llevó a una recepción oficial. Luego se lo puso varias veces seguidas en cenas en su casa, y después lo lució en varios bailes.

—¿Y si comprobáramos los invitados? —propuse—. Quizá se lo pusiera cada vez que coincidía con determinadas personas.

La mirada de Winnie se iluminó.

—Esto me va a llevar un poco de tiempo —nos advirtió encantada.

Casi me pareció distinguir cómo giraban los engranajes dentro de su cabeza mientras se afanaba, con los ojos entrecerrados y el labio inferior entre los dientes.

Por fin, nos ofreció la nueva lista. Mientras revisaba los nombres escritos en ella, sentí una oleada de euforia.

Ya lo teníamos: había un patrón.

Ladeé la cabeza hacia Max y me di cuenta de que él también lo había detectado. Le centelleaban tanto los ojos como sospechaba que hacían los míos.

—Esos tres —dije agarrando la manga de Max en un gesto inconsciente.

Sylla y él asintieron al mismo tiempo.

—Sir Alec Hudson, sir William Pennington y lord David Hartwell —leyó Sylla—. Al menos uno de ellos estaba presente cada vez que Kitten lució el broche —afirmó, y se giró para mirar a Max—. ¿Qué sabes de ellos?

—Son tres hombres del todo ordinarios —contestó él sin levantar la vista del papel—. Caballeros con una sólida vida familiar y sin ningún

escándalo conocido. Lo único que podría interesarnos es que son los apoyos políticos más firmes con los que cuenta Morland. Le han ayudado a sacar adelante varios proyectos de ley, algunos relacionados con la seguridad nacional. Son figuras con mucho peso en el gobierno, que han ayudado a Morland a escalar posiciones en los últimos años. Si aspira a ser primer ministro, necesita contar con su complicidad.

—Pero ¿dónde entra el broche en todo esto? —murmuré—. ¿Tendrán ellos otras joyas similares? ¿Será el símbolo de una especie de club?

—Si solo es eso, no tendría sentido que obligara a su mujer a ponérselo —me refutó Sylla—. Morland solo se mueve para demostrar su poder. En mi opinión, es un sádico.

Noté que Max daba un respingo, y me di cuenta de que aún no había aceptado del todo el derrumbe de su antiguo ídolo.

—La esposa de Hartwell es conocida mía —intervino la señora Finch—. Podría pedirle que convenza a su marido para que hable con nosotras.

Por un momento, me pregunté si «conocida» querría decir «clienta».

—El señor Hartwell siempre me ha parecido un hombre decente —afirmé—. ¿Cree que podríamos preguntarle directamente?

—No estoy segura de que sea prudente —opinó Sylla con el ceño fruncido—. Si de verdad el broche es la insignia de una asociación, Hartwell estará conchabado con Morland. Sería como mostrarle nuestras cartas.

Consideré un momento la cuestión.

—Al menos podría hablar con su mujer —propuse—. Eso no levantaría sospechas, y tal vez nos proporcione alguna información relevante.

—Iré contigo —resolvió Max—. Si es arriesgado, no deberías ir sola.

—Me temo que lady Hartwell reconocería al duque de Roxton si lo viera.

—Eso no tiene por qué ocurrir —replicó él—. Puedo ir disfrazado; además, ella no esperará que yo esté allí, y la gente solo ve lo que quiere ver.

—Lo discutiremos más tarde —resolví, y él alzó la barbilla con expresión obstinada.

—Bien. Escribiré ahora mismo a lady Hartwell —dijo la señora Finch—. Cuando me llegue la respuesta, la remitiré a tu casa.

—De acuerdo —asentí.

—Winnie —dijo Sylla cuando ya nos levantábamos para marcharnos—, ¿podrías enseñarle al duque tu laboratorio? Creo que el otro día mostró interés por conocerlo. Izzy, ¿podemos hablar un

momento?

Las demás, incluida la señora Finch, abandonaron el despacho con Max para mostrarle la casa, y Sylla y yo nos quedamos solas en el despacho. Ella esperó hasta que el ruido de sus pasos se apagó y luego me encaró, con los brazos en jarras.

—¿Y bien? —me espetó.

—¿Y bien qué? —repuse yo perpleja.

—El duque de Roxton y tú, Isobel.

—¿Qué pasa con el duque de Roxton y yo, Sylla? —pregunté cruzándome de brazos.

—Me refiero a lo que hay entre vosotros.

Los ojos se me desorbitaron.

—¡No hay nada entre nosotros! —repliqué con voz chillona.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no deja de mirarte como si fueras el último petisú de crema que queda en la confitería?

Sentí que el rubor me invadía de la cabeza a los pies.

—En primer lugar, me asombra que me compares con un petisú de crema. Y en segundo, te comunico que el duque de Roxton no me mira de ninguna forma especial.

Sylla resopló.

—¡Pero si es evidente! —exclamó—. Los ojos le… —Agitó una mano delante de la cara—. Le hacen chiribitas —remachó.

—¿Chiribitas? —repetí con una carcajada—. ¿Al duque de Roxton? Permíteme que lo dude, Sylla.

—Y tú estás igual.

Me quedé callada por un instante: aquello no podía negarlo con tanta vehemencia. Al fin y al cabo, era cierto que Max a veces me hacía sentir… chiribitas.

—No pasa nada entre nosotros —aseguré—. Lo único que le interesa ahora mismo es limpiar su nombre, y no creo que podamos culparlo por ello. Es lo mismo que haría cualquiera de nosotras si estuviera en su situación.

—Para empezar, no soy tan tonta como para meterme en una situación así —replicó Sylla con mordacidad—. Y puedes negarlo todo cuanto quieras, pero… ten cuidado. No dejes que una cara bonita te nuble el entendimiento. Tenemos mucho que hacer, y esto no es un juego. Hay personas que dependen de nosotras.

—Lo sé muy bien —protesté, tratando de ocultar cuánto me dolía que Sylla pensara que podía olvidar eso.

—Todas guardamos secretos importantes, secretos que hemos puesto en peligro al abrirle a él nuestras puertas. No olvides que, cuando todo esto acabe, él volverá a ser el duque y tú tendrás que convertirte otra vez en nuestra mosquita muerta —me recordó Sylla.

Contuve una mueca, porque sus palabras se me habían clavado

como un cuchillo. Por más que yo fuera consciente de aquello, oírselo decir a otra persona lo hacía más hiriente.

—Eso también lo sé —respondí con aspereza—. Y ahora, si no tienes nada más que decir, me marcharé para seguir trabajando.

Y, sin más, salí del despacho con un revoloteo de faldas, dispuesta a extraer a Max del laboratorio de Winnie para regresar con él a casa.

—Petisú de crema… —mascullé sin poderlo evitar mientras nos alejábamos en un carruaje de alquiler.

—Mmm, suena delicioso —respondió Max con aire esperanzado.

Y, durante el resto del camino, me miró con asombro mientras yo me reía a mandíbula batiente.




Capítulo 28

Esa tarde, intenté no dar vueltas a los comentarios de Sylla. Sin embargo, estar encerrada en una casa prácticamente vacía junto a Max Vane me lo ponía muy difícil.

Era cierto que ya habíamos estado los dos solos en la cabaña de Yorkshire. Pero esta situación era distinta, aunque solo fuese porque estábamos mucho más cómodos y no nos faltaba la comida. Al llegar a casa me ofrecí a preparar algo de cenar, y Max me sorprendió dejando claro que se pensaba ocupar él de aquello.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —pregunté sentada a la mesa de la cocina mientras me regalaba los ojos con la visión de Max batiendo huevos.

La noche ya había caído, y las velas encendidas no hacían más que subrayar la intimidad de la escena.

—Solo voy a hacer unos huevos revueltos —contestó—. No estoy seguro de que cuente como cocinar.

—De acuerdo. Entonces, ¿dónde aprendiste a hacer huevos revueltos?

Max sonrió.

—En el libro de cocina de la señora Beeton.

—¿La señora Beeton? —dije con una carcajada—. ¡No te imagino leyendo ese libro!

—¿Por qué no? Tenía que arreglármelas por mí mismo, así que fui a la biblioteca y saqué un libro de recetas.

—¿Cuándo has tenido que preparar tu propia comida? —le pregunté extrañada mientras trataba de ignorar la absurda atracción que me producía la imagen mental de Max consultando libros de cocina.

—Cuando estuve en Francia. Pasé una temporada allí solo, en el campo.

Enarqué las cejas.

—Doy por hecho que sería un viaje de trabajo —repuse.

—Podría ser.

—Muy bien, no me lo cuentes. Hay muchas cosas que yo no te

estoy contando a ti.

—De eso no me cabe duda —replicó él, y empezó a derretir mantequilla colocando un cuenco sobre una cacerola llena de agua en ebullición.

—¿Cómo empezaste a trabajar para Morland? —pregunté, incapaz de contener mi curiosidad.

Max vaciló por un momento.

—Él me reclutó —dijo al fin sin volverse hacia mí—. Conocía a mi padre, y sabía que mi sentido del deber llegaba más allá de las fincas y los trabajadores de mi familia. —Giró la cabeza para lanzarme un vistazo—. Tal vez te parezca ingenuo, pero siempre me lo tomé como una vocación. Era consciente de lo privilegiado de mi posición en el mundo, y quería ganármela de alguna manera. Quería ser… digno de ella.

Vertió los huevos mezclados con la mantequilla derretida en una sartén y empezó a removerlos.

—No me parece ingenuo —repliqué en voz baja.

Él se encogió de hombros, y distinguí el relieve de sus músculos bajo la camisa de lino. Seguía sin verle la cara.

—Durante mi formación como agente, aprendí a desconfiar de todo el mundo. Sin embargo, parece que no apliqué esa consigna a mi trato con mis superiores. Morland siempre me dijo que nuestro oficio era proteger a nuestros conciudadanos, mantenerlos alejados del peligro. Y yo lo creí.

Hice una mueca: no podía ni imaginar lo traicionada que me sentiría yo si la señora Finch actuase como Morland, endosándome delitos cometidos por ella misma. Mi jefa era una de las personas fundamentales en mi vida, y confiaba ciegamente en ella. Era algo necesario; sin eso, nuestro negocio no podría funcionar. Y, si perdiera mi fe en ella… La mera idea hizo que me llevase la mano al pecho como si quisiera calmar un dolor repentino.

Me levanté y fui a la despensa para recoger una hogaza de pan y más mantequilla. Luego, puse la mesa y rebusqué por la cocina hasta encontrar una botella de vino mediada. Max repartió la comida en dos platos y puso uno delante de mí. Los huevos, dorados y esponjosos, olían maravillosamente.

—¿Qué vamos a hacer con Kitten Morland? —me preguntó acomodándose delante de mí mientras yo cortaba el pan—. ¿No crees que deberíamos decirle ya la verdad? Me produce mala conciencia mantenerla en la ignorancia más de lo necesario.

—Supongo que tienes razón —asentí—. Pero es difícil; no podemos correr el riesgo de mostrar nuestras cartas a Morland. Si se entera de que estamos involucradas, o de dónde tenemos la llave, estamos perdidas. —Serví un poco de vino en las copas—. Me pregunto cómo

será Kitten de verdad… Como ha dicho antes Sylla, su dote le habría permitido casarse con cualquiera y, sin embargo, eligió a Morland. Quizá sea una muestra de ambición; al fin y al cabo, se da por hecho que lo van a nombrar primer ministro.

Max asintió y colocó en mi plato una rebanada de pan que acababa de untar cuidadosamente de mantequilla. Me la quedé mirando un instante, con un nudo en la garganta ante aquel detalle inesperado.

Di un sorbo apresurado de vino y proseguí.

—Y luego está su diario… Lo que dice en él es muy anodino, pero también meticuloso. Es una mujer perspicaz. Y fue Lorna, su doncella, quien acudió a nosotras. —Reflexioné mientras masticaba un bocado de pan, preguntándome si era posible que supiera mejor solo porque había sido Max lo había untado de mantequilla—. El hecho de que Lorna le sea tan leal también es significativo, ¿no crees? Yo creo que la gente subestima a Kitten.

—Aún me cuesta creer que Morland pueda ser tan cruel —comentó Max con voz grave—. Engañar a su mujer de ese modo, sabiendo que juró protegerla… No tiene nada que ver con el hombre que yo creía conocer.

—Por desgracia, no es la primera vez que oigo una historia similar —repliqué hundiendo la mirada en las profundidades de mi copa.

A veces me preocupaba pensar que estar rodeada de esas historias acabaría con mi optimismo. Pero luego me consolaba con la idea de que, al menos, estábamos haciendo algo para cambiar las cosas, en vez de quedarnos de brazos cruzados.

—Para las mujeres como Kitten Morland es una suerte que exista la Pajarera —comentó Max con aquella media sonrisa tan típica de él—. Para mí también, de hecho.

—Es cierto —asentí más animada—. Sin mí, no habrías durado ni cinco minutos.

—En mi opinión, habría durado algo más —protestó Max mientras yo pinchaba el último bocado de huevos revueltos y me lo metía en la boca.

—De eso nada —repliqué después de tragar—. Tuve que salvarte dos veces, y la segunda terminaste desangrándote en mi regazo.

—¡Pero solo me apuñalaron fue porque te estaba ayudando a ti!

Por un momento me sentí culpable, pero enseguida advertí una chispa de humor en sus ojos.

—No me estabas ayudando, estabas metiéndote donde no te llamaban. Irrumpiste en medio de un plan perfecto; lo tenía todo bajo control.

Max rellenó las copas.

—¿Hablas de la noche en la que te sorprendí colgada de una cornisa, vestida de muchacho y rodeada de una banda de criminales

que pretendían matarte? ¿A eso lo llamas tenerlo todo bajo control?

—Sí —contesté con una sonrisa de oreja a oreja—. Me las habría apañado de una forma u otra. Siempre lo hago.

Entonces Max se echó a reír con abandono, con aquellas preciosas carcajadas que se me habían grabado en el corazón un año y medio atrás. Pero, esta vez, pude acompañarlo. Estar sentada con él en la cocina, riendo a la luz titilante de las velas, era… Era como estar en el paraíso. *Si Sylla me viera ahora, me daría por perdida*, pensé, y la idea me quitó al instante las ganas de reír.

—¿Crees que…? —dudé por un momento. Me daba miedo hacerle aquella pregunta, pero necesitaba conocer su respuesta—. ¿Crees que podrás guardar nuestros… mis secretos? —dije sin pararme a respirar.

Max me miró sobresaltado.

—Sé lo mucho que te importa respetar las normas —añadí incómoda—. Pero si podemos hacer nuestro trabajo en la Pajarera es porque nadie sabe de nosotras. En mi caso, además, no es solo mi vida lo que está en juego, sino también la de mi familia —me interrumpí y jugueteé con mi vaso.

—Izzy —dijo Max con voz suave. Levanté la mirada y mis ojos se encontraron con los suyos—. Tus secretos están a salvo; no revelaré ni uno solo de ellos, te doy mi palabra. Ocurra lo que ocurra, nadie oirá hablar de la Pajarera por mi boca.

Al ver la firmeza con la que me sostenía la mirada, supe que lo decía en serio: podía confiar en él. En el fondo, era algo que sabía desde hacía tiempo. Respiré hondo. Saber que podía compartir mis secretos con alguien más me producía una sensación de ligereza casi física. Por un momento, me dio la impresión de que iba a salir flotando por la cocina; y fue entonces cuando me di cuenta de que, de alguna manera, había dejado que Max Vane entrara en todas las parcelas de mi vida, en todas las facetas que yo mantenía separadas: mi casa, la Pajarera, mi vida social, mi amistad con Teresa… Él era la única persona que lo había visto todo, el único que conocía toda la verdad.

—Háblame de tu familia —dije para cambiar de tema, y Max se arrellanó en su silla.

—Mi padre murió cuando yo era un niño. Cuando me convertí en duque, con todas las responsabilidades que comporta el cargo, aún iba al colegio. Mi madre vive en nuestra residencia campestre, y voy a verla tan a menudo como puedo. Aunque nos queremos mucho, no le he dicho nada de mi trabajo… Así que, como ves, sé lo que es ocultar cosas a las personas que más quieres. Soy consciente de… —vaciló un instante—. Soy consciente de la soledad que se siente al hacer eso.

Al escuchar esas palabras, sentí una opresión repentina en el pecho. Quizá tuviéramos más cosas en común de lo que yo había creído.

—¿Y tienes algún hermano? —pregunté, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Una. Se llama Felicity —contestó con los ojos iluminados—. Tiene dieciséis años y aún no se ha presentado en sociedad. No quiero ni pensar en lo que ocurrirá cuando lo haga; creo que se hará con las riendas de todo. Se le da fenomenal meterse en problemas, sobre todo porque es cien veces más inteligente que casi todo el mundo y no le importa decirlo.

—Creo que ya me cae bien —comenté con una sonrisa.

—A ella le encantarías —sentenció Max con una seguridad en sí mismo que me esponjó el corazón—. Y creo que se volvería loca si viera el laboratorio de la señorita Phillips.

—Winnie está muy orgullosa de él —repuse, y di otro trago de vino —. Me alegro mucho de que la señora Finch la encontrara; de otro modo, todos sus talentos se habrían desperdiciado. Es brillante, ¿sabes?

—Lo mismo podría decirse de ti —contestó Max mientras se acariciaba el mentón—. Tus talentos también podrían haberse quedado en nada.

—Así es —asentí—. Es curioso pensar que, si mi vida no hubiera descarrilado, seguramente estaría ahora casada con algún hombre aburrido y monótono. No habría podido descubrir lo mucho que me gusta mi trabajo ni todas las cosas en las que soy buena. —Le lancé una mirada—. ¿Lo ves? Al final, las cosas salieron bien.

Max enarcó las cejas.

—¿Acaso pretendes convertirme en un optimista? —preguntó.

—En absoluto; no cambiaría nada de ti —repuse con ligereza.

De pronto, la atmósfera cambió por completo. Sus ojos se encontraron con los míos y, por un momento, me quedé atrapada en ellos. Tenía la boca seca y el estómago encogido, como si estuviera cayendo por un precipicio. Max tragó saliva y miré fijamente el movimiento de su nuez. ¿Cómo es que no me había dado cuenta de lo bonita que tenía la garganta? No me podía creer que la gente no hablase más del tema.

Quise coger mi copa de vino, pero, al darme cuenta de lo mucho que me temblaba la mano, la cerré y la oculté sobre mi regazo.

Cuando volví a levantar la cara, vi que Max me seguía mirando. Por un momento, creí comprender lo que me había dicho Sylla: en sus ojos había un fuego que me atravesó como una caricia.

Se deslizaron hasta mis labios y volvieron enseguida a buscar los míos. Dejó la copa en la mesa con lentitud y abrió la boca como si fuera a decir algo.

Y entonces, di un respingo que casi me hizo saltar en la silla: alguien estaba aporreando la puerta principal.

—Quédate aquí —le pedí a Max, que ya estaba de pie.

Él hizo ademán de protestar, pero se contuvo y asintió con reticencia.

Subí las escaleras a toda prisa y atravesé el recibidor, preparada para enfrentarme a lo que me esperaba al otro lado de la puerta. Cuando ya estaba a punto de abrirla, alguien empezó a gritar:

—¡Déjenme entrar! ¡Tengo que hablar ahora mismo con la señorita Stanhope!

Abrí la puerta de un tirón.

—¿Teresa? —dije asombrada.

Mi amiga me miró, con el puño aún levantado y la boca abierta en una mueca de asombro.

—¡Izzy! —exclamó—. ¡Estás aquí! ¿Por qué atiendes tú la puerta? ¿Y dónde te habías metido?

—Sí, estoy aquí —respondí sin hacer caso de sus últimas preguntas —. Y será mejor que bajes el tono si no quieres alarmar a mi madre.

Teresa lanzó una mirada a las ventanas del primer piso con expresión culpable.

—Ay, no me he dado cuenta. Pero es que estaba tan preocupada… —Su mirada volvió a clavarse en mi rostro—. Bueno, ¿no me vas a contar qué está pasando? —preguntó con tono suspicaz.

—No está pasando nada —respondí tratando de que mi voz sonara natural—. Lo único raro es que estés pegando porrazos a mi puerta en mitad de la noche.

—Ah, no, ni se te ocurra —gruñó Teresa mientras me apuntaba con el dedo—. No voy a permitir que me contestes como si la rara fuera yo. Si se ha hecho tarde es porque vengo de la recepción de los Pennington, a la que, te recuerdo, habías dicho que irías.

Reprimí un gemido. ¿Cómo podía haberme olvidado de aquello?

—No te he visto ni he sabido nada de ti desde que desapareciste en pleno baile de la casa Devonshire —continuó Teresa en un susurro indignado—. Un baile, por cierto, que interrumpieron unos ladrones peligrosos. Y luego me dijeron que te habías ido con Sylla Banaji, a la que apenas conocemos, ¡y ni siquiera viniste ayer a tomar el té con Nick y con mi abuela! ¡Empezaba a pensar que estabas muerta!

—Ah, ya —balbuceé—. Pues… Sí, comprendo que te preocupases. Espero que Nick no se ofendiera…

—¡El idiota de mi primo me importa un pimiento, Isobel! —me espetó mi amiga cruzándose de brazos—. Bueno, ¿no vas a invitarme a pasar? Ya he dejado a la tía abuela Louisa en casa.

Di un nuevo respingo.

—Teresa —repliqué—, ¿no crees que ya es muy tarde? Mañana iré a verte para explicártelo todo, y entonces…

—Izzy —me cortó ella—. ¿Cuánto tiempo hace que somos amigas?

—Dieciocho años.
—¿Y crees que en este tiempo no he aprendido a ver cuándo me escondes algo? Aquí hay gato encerrado, Izzy; lo sé, y no estoy dispuesta a que me des largas ni un minuto más. Quiero una explicación ahora mismo.
Vacilé. Mi amiga me miraba con los ojos muy abiertos y la cara fruncida por la preocupación.
—¿Izzy? —susurró.
—Uf… Bueno, qué le vamos a hacer —solté con voz destemplada, aún más nerviosa que antes—. Puedes pasar, pero no pronuncies ni una palabra hasta que yo te lo diga, ¿vale? Es muy importante que no molestemos a mi madre.
Teresa asintió, y yo abrí la puerta del todo para dejarla entrar. La guie hasta el fondo de la casa para bajar a la cocina y noté cómo se esforzaba por no lanzar exclamaciones de sorpresa al pasar junto a los salones vacíos y oscuros. Cuando al fin entramos en la cocina y mi amiga vio al duque de Roxton paseando de un lado a otro en mangas de camisa, no pudo aguantarlo más.
—¡Izzy! —chilló—. ¿Puedo hablar ya?
Max me lanzó una mirada perpleja y yo me encogí de hombros.
—Sí, Teresa, puedes hablar.
Sin embargo, ella se limitó a clavar la mirada en Max. Luego, contempló la mesa, que, entre las velas, las copas de vino y los dos platos vacíos, ofrecía una imagen bastante íntima, y volvió a fijarse en Max, parpadeando.
—Teresa, no me digas que te está dando una apoplejía —le dije—. Jamás te había visto callada tanto rato.
Ella dejó escapar una bocanada de aire y giró en redondo para encararse conmigo.
—Isobel Stanhope, no te atrevas a reírte de mí en un momento como este —me espetó—. Te recuerdo que tienes al duque de Roxton escondido en tu cocina.
—Buenas noches, señorita Wynter —repuso Max como si aquella situación fuera lo más normal del mundo, y contuve a duras penas una carcajada.
—¡No me venga con zalamerías! —se indignó ella. Avanzó un paso hacia él y le clavó el dedo índice en el pecho—. ¿Cómo se atreve a intentar seducir a mi mejor amiga? ¡Voy a hablar con mi primo para que se bata en duelo con usted! No, olvide eso: creo que voy a matarle con mis propias manos.
—¡Teresa! —exclamé horrorizada—. ¡No me está intentando seducir!
—¿Ah, no? Pues es lo que parece, y creo que a estas alturas sé de lo que hablo —replicó ella fulminando a Max con la mirada.

Por si la escena no fuera lo bastante bochornosa, en ese momento Max estalló en carcajadas.

—Uf, por todos los santos —suspiré mientras conducía a mi amiga hacia la mesa—. Anda, siéntate y te lo explicaré todo.

—Será mejor que vaya al piso de arriba —resolvió Max, y Teresa, que ya estaba a punto de sentarse, se incorporó de un brinco.

—¿¡Al piso de arriba!? —exclamó, y avanzó hacia él con la furia de un ángel vengador—. ¡Será sinvergüenza! Al final voy a matarlo de verdad. Izzy, por fin podremos enterrar un cadáver en tu jardín.

A Max se le escapó una nueva carcajada de sorpresa.

—¡Vete ya! —le susurré y, gracias al cielo, en esta ocasión me obedeció—. Y tú —le dije a Teresa—, siéntate de una vez.

Ella resopló y se dejó caer en la silla.

—De acuerdo, pero me tienes que contar lo que pasa.

—¡Llevo un rato intentándolo! —exclamé exasperada, y mi amiga contestó con un bufido que me hizo pensar en su abuela.

Empecé la historia por el principio: no con Max, sino con la muerte de mi padre. Le hablé de la falta de dinero, de la enfermedad cardiaca de mi madre y del colegio de Henry, de cómo había tenido que vender los muebles y despedir a los criados, y de las incontables mentiras que me había visto obligada a contar para no hacer daño a nadie. Le hablé de la Pajarera y de cómo Sylla me había reclutado. Le expliqué cómo eran los casos de los que nos ocupábamos y le dije que Max estaba implicado en el que teníamos entre manos, y que esa era la razón de que se hubiera ocultado en mi casa. Para cuando terminé mi relato, Teresa estaba abrazada a mí, casi sentada en mi regazo.

—No puedo creer que no me dijeses nada, Izzy —murmuró—. Te has pasado todo este tiempo viviendo así, ocupándote de todos sin nadie en quien pudieras apoyarte o confiar…

—Sabía que, si te enterabas, te empeñarías en ayudarme, y no podía permitir eso —me disculpé—. Yo no… No quería que empezaras a mirarme de manera diferente. No quería que cambiasen las cosas entre nosotras.

—¡Claro que habría querido ayudarte! —exclamó ella—. Pero no te habría obligado a nada que te hubiera hecho sentir incómoda. Habría apoyado tus decisiones… Eso lo sabes, ¿verdad?

—Te quiero con toda el alma, Teresa, pero sabes tan bien como yo que eso no es cierto. —Vi que ella abría la boca para protestar y continué sin permitírselo—. Estoy segura de que, antes de que hubiese llegado a la Pajarera y decidiera cómo salir adelante, habrías pedido a tu familia que me ayudara. Y no podía permitirlo; no podía arriesgarme a que mi madre se enterase de la verdad.

Teresa suspiró.

—Habría hecho todo lo posible por protegerte, Izzy; no me voy a

disculpar por eso. ¡Ni siquiera me diste la oportunidad de tratar de comprenderte!

Se me encogió el corazón al ver el dolor en su cara.

—Tienes razón —murmuré—. Lo siento mucho…

Nos abrazamos durante un buen rato. Cuando nos separamos, las dos teníamos la cara húmeda por las lágrimas. Solté una risita entrecortada.

—No sabes cuánto me alegro de haberte dicho la verdad —confesé—. Ocultarte cosas hacía que me sintiera fatal.

—Bueno. Entonces, ¿dices que el duque de Roxton está involucrado en vuestro último caso? —preguntó Teresa con el ceño fruncido.

Asentí con la cabeza.

—Pero no puedo contarte aún por qué. Es peligroso. Por ahora, nadie puede saber que Max está aquí.

—Ajá, ya veo —repuso con expresión pícara—. De modo que ahora lo llamas Max, ¿eh?

Aparté la mirada y jugueteé con el cuchillo de la mantequilla.

—Bueno, sí —balbuceé—. Forma parte de los personajes que hemos interpretado para camuflarnos.

—Sí, ya; esos personajes que se acababan de casar y han atravesado el país juntos —respondió ella con regocijo.

Agradecí para mis adentros no haber entrado en detalles sobre la noche en aquella cabaña con una sola cama; si mi amiga se enteraba, entraría en combustión espontánea.

—En fin —concluyó—, eso explica la cara con la que te miró cuando entraste en la cocina.

Le lancé una mirada de indignación.

—¿Tú también vas a empezar con eso? —exploté—. ¡Eres peor que Sylla, que dice que los ojos le hacen chiribitas!

—¡Exacto! —asintió Teresa con entusiasmo—. Se le ponen suaves y resplandecientes como esmeraldas —añadió con aire soñador.

Solté un bufido.

—Qué manía tienes de convertirlo todo en una novela romántica, Teresa. Hablando de lo cual… Menos mal que no has conocido a Oliver Lockhart, porque creo que habrías olvidado a James Saint Clair al instante.

—¡Imposible! —Mi amiga sonrió de oreja a oreja, y sus ojos, ahora sí, hicieron chiribitas—. Estoy loca por él. Además, es tarde para otros pretendientes: esta noche, James prácticamente me ha pedido que me case con él.

—¿Cómo? —exclamé, y noté que la sangre se me helaba en las venas.

Aún no estaba segura de qué papel jugaba Saint Clair en los planes de Morland. ¿Cuánto sabría? ¿Podíamos confiar en él? Y ahora, estaba

a punto de comprometerse con mi mejor amiga. A todo lo que estaba en juego se sumaba ahora el corazón de Teresa; las apuestas se hacían cada vez más altas.

Teresa pestañeó con aire inocente.

—Bueno, no hay mucho que explicar… Solo que los dos estamos muy enamorados y nos lo hemos confesado esta noche, y él va a hablar con mi padre. Es un hombre maravilloso, Izzy: divertido, bueno, guapo… Cuando estoy con él, siento… No sé, una especie de seguridad mezclada con euforia, todo al mismo tiempo.

—Me alegro mucho por ti —respondí con voz hueca—. Pero, Teresa, hay algo más que debes saber. La organización para la que trabaja Max, los que quieren atraparlo… James también trabaja para ellos. No creo que esté involucrado en el juego sucio, pero…

Mi amiga me interrumpió con un chasquido de los dedos.

—¡Ahora entiendo a qué se refería! No podía entrar en detalles, claro, pero James me dijo que trabaja para algo del gobierno; por eso pasó tanto tiempo en Francia. —Se quedó pensativa un momento—. De hecho, parecía muy preocupado por Roxton. Me dijo algo sobre un terrible error, pero luego me besó y dejé de prestar atención a lo que decía —admitió sonrojada—. Entonces, ¿los dos trabajan como espías?

—Eso es —respondí—. Pero, Teresa, no puedes decirle a James que has visto a Max. ¿Lo entiendes?

Mi amiga me miró boquiabierta.

—Izzy, puedes confiar en James. Nunca haría nada que pudiera perjudicar a Roxton; los dos son como hermanos.

—Estoy segura de que es así —repuse—, pero esto es demasiado serio; no podemos correr ningún riesgo. Te estoy pidiendo que guardes mis secretos, y eso los incluye todos.

Ella asintió con aire pensativo.

—Muy bien —dijo al fin, con la mirada iluminada de nuevo—. Pero, a cambio, tú tienes que confesar todo lo que ocurrió en Yorkshire; sé perfectamente que hay algo que aún no me has contado.

Solté una carcajada incómoda.

—De acuerdo —accedí mientras me servía lo que quedaba de vino —. Pero luego no te escandalices…



Para cuando Teresa se marchó al fin (de mala gana, y solo después de que yo accediera a describir varias veces qué aspecto tenía Max con la camisa mojada), ya era muy tarde. Dando por hecho que Max se habría ido a dormir, yo hice lo mismo. Sin embargo, me pasé horas despierta, reflexionando sobre los sentimientos que me invadían cada vez que pensaba en él.

¿Cuándo habían cambiado las cosas? ¿En qué momento mi tonta obsesión se había convertido en aprecio y luego en algo más? Rememoré lo que Teresa había dicho acerca de James, que le hacía sentir una seguridad mezclada con euforia, y me di cuenta de que esas palabras resumían a la perfección lo que sentía yo. Aquella situación era una catástrofe en potencia. Yo le había revelado a Max mis secretos, todos y cada uno de ellos. Durante unos minutos, había sentido que no tenía por qué hacerlo todo sola; que ante mí había alguien que podía ayudarme a llevar aquella carga. Pero, por más que esa idea me produjera un alivio casi mareante, no era más que un espejismo. Sylla tenía razón: había un trabajo que terminar y no podía permitir que nada me distrajera de eso. Cuando todo aquello terminara, Max y yo volveríamos a ser el duque de Roxton e Isobel Stanhope, mosquita muerta profesional. Aunque pensar en ello me produjera una sensación asfixiante.

Entre unas cosas y otras tardé mucho en conciliar el sueño y, a la mañana siguiente, me desperté mucho más tarde de lo que solía. Tras lavarme y vestirme emprendí camino a la habitación de mi madre, a la que había descuidado mucho en los días anteriores. Cuando estaba a punto de entrar, oí que ella se reía. Siempre había tenido una risa preciosa, alegre y musical. Era casi tan bonita como la de…

Max. Max se estaba riendo con mi madre. Entré de sopetón en el cuarto.

Mi madre levantó la cara al oír mi entrada. Estaba sentada junto a la chimenea, vestida con una bonita bata de seda y una cofia de encaje, con la cara aún iluminada por la risa. Max me vio y se puso en pie.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunté mientras me acercaba a toda prisa, lanzándole a Max una mirada de «¿Qué diablos haces tú aquí?».

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¡Por supuesto que estoy bien, Izzy! ¿A qué vienen tantos aspavientos? —Se volvió hacia Max—. Debe perdonar a mi hija, excelencia. Isobel se preocupa demasiado.

—Yo… Yo… —barboté perpleja, y miré de nuevo a Max en busca de ayuda.

Él me agarró la mano, estrechó durante un instante mis dedos como si quisiera transmitirme confianza y se alejó enseguida.

—Buenos días, señorita Stanhope —me saludó con voz calmada, como si allí no pasara nada extraño—. Ya le he dicho a su madre que he venido para recogerla y salir de paseo, como acordamos. Ella me oyó hablar con su doncella en el corredor y fue tan amable de invitarme a pasar. —Le lanzó una de sus sonrisas a mi madre, que le correspondió con otra de oreja a oreja—. Y debo decir que hemos pasado un rato de lo más agradable.

¡Button!, pensé furiosa. Iba a asesinar a aquella metomentodo. Recorrí la estancia con la mirada y la divisé en el vestidor, colocando la ropa con una sonrisita de satisfacción. No me cabía duda de que lo había preparado de antemano. Seguro que había llevado a Max hasta allí con alguna excusa, convencida de que mi madre estaría encantada de recibir a un visitante tan distinguido. Y, ciertamente, la cara de felicidad de mi madre demostraba que Button había acertado. Aun así, iba a matarla.

Entonces asimilé del todo lo que acababa de decir Max: que había ido allí para recogerme porque íbamos a dar un paseo. Por eso mi madre había accedido a recibirlo, y por eso ahora me sonreía como si el duque de Roxton fuera un unicornio que hubiera aparecido en nuestra puerta de entrada: estaba convencida de que Max me estaba haciendo la corte.

—¿De veras habíamos acordado dar un paseo juntos? —pregunté con toda la indiferencia que pude fingir, acomodándome frente a mi madre—. Me temo que lo había olvidado.

Él me sostuvo la mirada, impasible, y vi de reojo cómo mi madre fruncía el ceño.

—Isobel, no me explico qué te ocurre —me reconvino—. Mi hija es muy tímida —añadió luego, inclinándose hacia Max en actitud cómplice.

—Oh, no opino lo mismo; la señorita Stanhope es una de las jóvenes más interesantes que he tenido el placer de conocer —replicó él, y mi madre lo miró radiante—. De hecho —añadió mirándome a los ojos—, no cambiaría nada de ella.

Evité en el último momento que mi boca se abriera de par en par.

Me estaba esforzando por ser profesional, por recordar que aquello era un trabajo y que estábamos interpretando un papel. Pero ¿cómo iba a permanecer indiferente ante comentarios como aquel?

—¿Y dice usted que le presentaron a Izzy en un baile organizado por los Perry? —le preguntó mi madre—. Qué raro, Isobel no me dijo nada al respecto —se quejó, y me lanzó una mirada de reproche.

—Me temo que su primera impresión de mí no fue muy positiva —comentó Max.

Avanzó hasta situarse a mi lado y apoyó la mano en el respaldo de la silla que yo ocupaba. Aunque ni siquiera me rozaba, de su piel emanaba un calor que me acariciaba la espalda.

—En ocasiones —prosiguió—, los acontecimientos de ese tipo me abruman, y eso hace que me encierre en mí mismo. Mi hermana me reprocha siempre lo antipático que parezco.

Aquella confesión me sorprendió; sin embargo, enseguida recordé lo amable que había sido conmigo en el baile de la casa Devonshire, y cómo había parecido entender instintivamente qué necesitaba yo cuando me sentí superada por la situación.

—Esa no fue mi primera impresión de usted —solté sin pensar, y me ruboricé al ver cómo mi madre y Max me miraban con sorpresa—. Quiero decir que… que ya lo había visto antes.

—¿Al otro lado del salón de baile, quizá? —propuso mi madre con un suspiro.

—¿O en otro lugar? —preguntó Max sin dejar de mirarme.

—Lo vi en el baile de los Scott-Holland —contesté.

Me sentía casi como si Max me estuviera sonsacando aquella información mediante una especie de hipnosis. *¿Será esto lo que lo convierte en un buen espía?*, me pregunté. *¿Acaso dominará el arte del mesmerismo?* Aunque tal vez mi sinceridad se debiera a que, inexplicablemente, quería compartir aquel recuerdo con él…

—Había salido a tomar el aire —expliqué—. Entonces fue cuando lo vi: estaba usted animando a un perro que tenía miedo de atravesar un arroyo. De pronto, cayó de espaldas en el lodo y… se echó a reír.

Las palabras parecieron quedar suspendidas en el aire entre los dos.

—Oh, cielos, qué inconveniente —comentó mi madre, que claramente no sabía qué pensar.

—Me pareció oír a alguien… —murmuró Max—. Yo también necesitaba un poco de aire fresco esa noche. Entonces, ¿esa fue la primera vez que me vio?

—La primera que recuerdo, sí —repuse.

De pronto sentí que todo lo que decía sonaba mal, como si cada una de mis palabras rezumara el anhelo que había sentido por él durante el año y medio anterior. Era como si llevara mis verdaderos sentimientos tatuados en la frente. Tenía que dejar de bajar la guardia

con él; necesitaba dejar de sentir todas aquellas cosas, porque si no, cuando aquello se acabara sería mucho peor.

Carraspeé, con las mejillas encendidas. Me removí en el asiento y me estremecí al notar el roce de la mano de Max en mi nuca. Me estaba desmoronando, deshaciéndome en una tormenta de frío y calor que me impedía pensar con claridad, mientras mi madre me miraba sonriente. Aquello era una pesadilla. ¿Cómo había llegado a esa situación? Me incorporé de un salto.

—Bueno, excelencia —dije a la desesperada—, ¿salimos entonces de paseo?

Max asintió y se volvió hacia mi madre para despedirse de ella sin prisa ninguna. Una vez más, muy a mi pesar, sentí que la ternura se apoderaba de mí al ver cómo la hacía reír, le dirigía cumplidos y escuchaba una larga y complicada historia sobre la marquesa de Hurst y su primer marido, riendo con cortesía al final del relato.

Por fin, conseguí separarlos y me despedí de mi madre, ignorando la mirada feliz y llena de entusiasmo que me lanzó antes de que saliéramos de su habitación.

Caminamos en silencio por el pasillo y, en cuanto nos alejamos lo suficiente, me giré hacia él.

—¿Cómo se te ocurre? —mascullé, conteniendo el impulso de agarrarlo por la pechera y zarandearlo.

—Lo sé —respondió Max, y levantó los brazos en señal de rendición —. Lo siento muchísimo… Pero Button me ha dicho que a tu madre la haría feliz charlar un rato y, la verdad, me he encontrado haciéndolo antes de haber accedido siquiera. Ni siquiera sé cómo he pasado de estar ocupado en mis cosas a estar de repente en el cuarto de tu madre.

Exhalé un suspiro. Si alguien era capaz de conseguir ese efecto, era Button.

—Pero es que ahora —protesté— mi madre creerá que estás… que estamos…

—¿Que estamos qué? —preguntó alarmado.

—¡Que has venido a buscarme y que estamos dando un paseo de verdad! —solté, casi atragantada.

Él me miró sin decir nada. Maldecí para mis adentros: al final iba a tener que decirlo.

—Creerá que me estás haciendo la corte —remaché, y tragué saliva con dificultad.

—Ah, ¿eso es lo que te preocupa? —exclamó Max—. ¡Por cómo hablabas, pensé que sería algo horroroso!

—¡Es que es horroroso! —exploté.

—Ah —repuso Max con el ceño fruncido.

Me entraron ganas de aullar de frustración. Por supuesto que no se

daba cuenta de lo importante que era aquello para mi madre, y de la terrible decepción que se llevaría cuando las cosas volvieran a la normalidad y él desapareciera. Debía de interpretar su entusiasmo como una reacción lógica al hecho de que el duque de Roxton me invitase a salir de paseo.

Entonces me pasó por la cabeza otra idea aún peor.

—¡Se lo va a contar a todo el mundo! —dije con voz entrecortada, aferrándole del brazo—. Estará tan contenta de haber recibido a un duque supuestamente interesado por mí que ahora mismo estará escribiendo a todas las personas que conoce. Querrá describirlo todo con pelos y señales, hasta el color de tu chaleco.

Max bajó la mirada para contemplar su humilde traje, alarmado.

—Uf, es un chaleco feísimo —murmuró—. ¿De verdad crees que se habrá fijado en él? Tenía la esperanza de causar una buena impresión… Mi ayuda de cámara me va a despellejar.

—¡Max, tenemos entre manos cosas más importantes que tu elección de vestuario! —me indigné—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Todo el mundo se enterará de tu paradero!

Sus ojos se fueron abriendo a medida que asimilaba mis palabras.

—Tendré que interceptar la correspondencia de mi madre durante unos días… —mascullé—. Uf, a Sylla le va a encantar este lío.

Max torció el gesto, claramente aterrado ante la mención de mi compañera. En circunstancias normales aquello me habría hecho gracia, pero en ese momento tenía demasiados problemas para reírme de nada.

—Entonces, tu conversación de ayer con la señorita Wynter fue bien, ¿verdad? —me preguntó al bajar las escaleras junto a mí con las manos agarradas detrás de la espalda—. El hecho de que aún no me hayáis asesinado y enterrado en el jardín así parece indicarlo…

El nudo que me oprimía el pecho se aflojó un poco. Al menos, Teresa ya sabía la verdad; tenía a mi mejor amiga de mi lado, y eso no iba a cambiar. Pasara lo que pasara en el futuro, ya no volvería a estar tan sola.

—Así es —repuse con una sonrisa—. Se lo conté todo y me quité un gran peso de encima.

—Me pareció una muchacha muy agradable —comentó—. Te defendía con uñas y dientes… Aunque defenderte de mí es verdaderamente innecesario.

—Creo que sus sentimientos hacia el señor Saint Clair son serios —dije mirando a Max de soslayo—. ¿Qué tipo de persona es él?

—Es un hombre excepcional —aseveró Max sin dudar—. No tienes por qué preocuparte por tu amiga; además, me consta que los sentimientos de James hacia ella son sinceros. Jamás lo había visto así de prendado.

—Creo que yo tampoco he visto a Teresa así jamás —reconocí, recordando la ternura que desprendía su mirada cada vez que hablaba de él—. Aun así…, ¿crees que estará conchabado con Morland en todo esto?

Max suspiró.

—Le he dado muchas vueltas, la verdad, y creo que no. En mi opinión, lo han engañado igual que a mí. Quiero pensar que, pase lo que pase, James siempre estará de mi lado; somos uña y carne desde que éramos niños. Me encantaría poder hablar con él. Pero sé lo convincente que puede llegar a ser Morland, y hay tanto en juego… —Su voz se quebró.

Cuando llegamos al recibidor, encontramos frente a la puerta una nota en papel con el monograma de la Pajarera. Era un mensaje de la señora Finch.

—Lady Hartwell estará encantada de recibirme en su casa —dije tras leerlo rápidamente.

—Recibirnos, dirás.

Suspiré.

—Max, ¿de verdad pretendes colarte como si nada en la salita de lady Hartwell? Por lo que sabemos, su marido podría ser cómplice del hombre que te ha acusado de traición y ha puesto precio a tu cabeza.

—Si tú vas, yo voy también —se empecinó él.

—No necesito una carabina, Max.

—¡No pretendo ser tu carabina! —explotó él pasándose una mano por el cabello—. Izzy, ¿de verdad no entiendes lo inútil que me siento? Llevo años esforzándome por hacer el bien, ¡y ahora resulta que estaba trabajando para un corrupto! Quiero ayudaros. Necesito hacer algo, pero parece que no puedo ir a mi casa ni salir a la calle; solo puedo esconderme aquí. Necesito respuestas, Izzy; es mi vida lo que está en juego.

Me mordí el labio.

—De acuerdo —accedí de mala gana—. Iremos juntos, pero tendrás que disfrazarte.

—Haré todo lo que me digas.

—Pero ¿cómo diablos vamos a explicar tu presencia? —me desesperé.

Reflexioné durante unos segundos y, de pronto, mi boca se curvó en una sonrisa.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Max—. ¿Por qué me miras con esa cara?




Capítulo 30

—Tendrá que perdonar a mi tía Geraldine —le dije a lady Laetitia Hartwell mientras entraba en su elegante salita—. Se empeña en acompañarme como carabina, aunque está casi inválida. Pero no tiene por qué preocuparse: está sorda como una tapia.

Lady Hartwell asintió sin decir nada y saludó a mi «tía» con una inclinación de cabeza. Había que reconocer que Max era una anciana imponente.

Sylla y Winnie se habían presentado en mi casa en tiempo récord. La primera portaba un voluminoso vestido que en tiempos había pertenecido a una cantante de ópera de gran talla; la segunda, un surtido de pelucas, cosméticos y curiosidades varias.

—Será mejor que te ayudes con un bastón —le había dicho Sylla a Max—. De ese modo, irás encorvado y no se notará tanto lo alto que eres. Tienes un tamaño de lo más inconveniente para ser un fugitivo que necesita pasar inadvertido.

—Ya me decía mi niñera que no me comiera todas las verduras —masculló él, con la voz apagada por las bolas de algodón que Winnie le había metido en las mejillas para deformar sus mofletes.

Ella soltó una risita, y Max le guiñó un ojo. Sylla, impasible, chasqueó la lengua y pegó otra verruga al mentón de Max.

Sentado a mi lado en el sofá, Max estaba irreconocible. Su pelo quedaba oculto por una peluca gris y rizada de señora. Bajo su vestido oscuro, un armazón de almohadillas le proporcionaba una silueta generosa y redondeada. Su rostro apenas se veía entre las bufandas y el enorme chal con motivos indios que Sylla le había prestado, y unas gruesas gafas le ocultaban los ojos. Como había señalado Sylla, aun cuando alguien viera algo raro en su apariencia, nadie en su sano juicio supondría que quien se escondía bajo semejante disfraz era el duque de Roxton. Era una idea absurda, descabellada.

—Muy bien —dijo Lady Hartwell con sequedad, después de que los sirvientes trajeran el té y una selección de pastelillos deliciosos que Max miró con tristeza (su disfraz le impedía masticarlos, así que decidí guardar uno en mi bolso de mano para dárselo más tarde)—.

Tengo entendido que es usted una… colega de la señora Finch. ¿Para qué quería verme exactamente?

Su actitud era serena; sus movimientos, elegantes; su vestido, caro pero sobrio.

—He venido a hablar de lord Morland —contesté como si no fuera nada del otro mundo.

Por dentro no estaba tan segura de mí misma. La señora Finch opinaba que la mejor estrategia para aquella entrevista era la sinceridad. Yo aún no sabía qué pensar.

El aplomo de mi anfitriona se desvaneció. Palideció, y su taza de té tintineó contra el platillo delatando el temblor de sus manos. Estaba claro que no esperaba oír aquello.

—¿Lord Morland? ¿Qué…? ¿Qué quiere saber de él? —tartamudeó.

—No se alarme, por favor —repuse con voz suave—. Esta conversación quedará entre usted y yo; lord Hartwell no tiene por qué enterarse de lo que digamos. Sé que Morland y él son amigos.

—Ese hombre no es amigo de mi esposo —replicó con rabia lady Hartwell, con una expresión en la que el miedo había dejado paso a la ira.

Me recosté en mi butaca, asombrada y sin saber bien cómo continuar. Se hizo un pesado silencio que rompí enseguida.

—Tenía la impresión de que Morland y su esposo eran aliados políticos —dije—. De hecho, creo que usted y él visitan con frecuencia la residencia de los Morland.

—La política y la amistad rara vez coinciden —replicó lady Hartwell, y apretó los labios como si considerase qué decir a continuación—. Dado que es usted amiga de la señora Finch, le daré un consejo: no se acerque a Samuel Morland. Manténgase tan lejos de ese hombre como le sea posible.

Miré su mano: agarraba el asa de la taza con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Reflexioné por un momento y decidí contarle una parte de la verdad.

—¿Y si le dijera que tengo intención de atacar a lord Morland?

Ella pestañeó atónita.

—Atacar a Morland… —murmuró, y dejó la taza y el plato en la mesa con un tintineo estridente.

Se volvió a hacer el silencio. Me di cuenta de que Max se esforzaba por no mover un solo músculo; a pesar de su peculiar aspecto, la tía Geraldine había adoptado con entusiasmo el papel de mosquita muerta.

—Tengo entendido —dije al fin— que está usted al corriente del tipo de labor que llevamos a cabo en la Pajarera.

Lady Hartwell asintió con un tenso movimiento de cabeza.

—En principio, lo que nos interesaba en este caso era la situación

de la esposa de Morland —expliqué—. Lady Morland se encuentra en una situación difícil, causada, según pensamos, por su propio marido. Sin embargo, nuestra investigación nos ha llevado por otros derroteros. En concreto, lo que más nos interesa ahora es una joya concreta.

Lady Hartwell se llevó una mano a la garganta como si quisiera ahogar un grito.

—Ese condenado broche… —masculló, y noté cómo Max se ponía en tensión.

—¿Qué sabe sobre ese broche? —pregunté.

—¿Qué sabe usted? —replicó ella.

Volví a dudar. No podía dar un paso en falso; nos jugábamos demasiado. Pero mi instinto me pedía a gritos que confiara en ella, y decidí que ya era hora de escucharlo. Tenía el broche en mi poder: la señora Finch había pedido a Sylla que me lo entregase y que me dijese que lo utilizara, si me parecía necesario.

Metí la mano en un bolsillo, saqué el broche y lo coloqué al lado de la taza de lady Hartwell.

Ella lo miró fijamente, como si le hubiera puesto delante una serpiente venenosa. Movió los labios como si quisiera hablar, pero no le salió nada. Entonces, se echó a reír. No era una risa agradable: eran carcajadas ásperas, jadeantes, al borde de la histeria.

—¡Tenéis el broche! —consiguió decir al fin—. No lo tiene Morland… Debe de estar volviéndose loco. ¡No lo tiene él! —repitió, casi en un alarido triunfal. Se puso en pie, aferró el cordón de la campanilla y llamó con energía.

Yo recogí el broche y me puse en pie, preparada para huir o para luchar si hacía falta. Max se quedó inmóvil. Los cristales de sus gafas me impedían distinguir bien su mirada, pero me pareció que observaba a lady Hartwell con suma atención.

Al cabo de unos segundos, una doncella apareció en el umbral.

—¡Vaya a buscar a lord Hartwell y dígale que venga de inmediato! —ordenó lady Hartwell.

No tuvimos que esperar más de unos minutos a nuestro anfitrión.

David Hartwell era un hombre más o menos de la misma edad que su mujer, rubio y bien parecido, con expresión amable. Lo conocía de vista y siempre me había parecido buena persona. Al entrar en la habitación, buscó a su mujer con la mirada. Luego, sus ojos se deslizaron por encima de Max y se posaron en mí.

—David —saludó lady Hartwell, y se dejó caer de nuevo en su asiento—. Te presento a la señorita Stanhope. —De pronto, recordó la presencia de Max y se corrigió—: Y a su tía, por supuesto. La señorita Stanhope colabora con la señora Finch. Han venido para hablar de Morland. Enséñeselo —me pidió, volviéndose hacia mí con aire

implorante—. Enséñele lo que ha traído, por favor.

De mala gana, extendí la mano y abrí los dedos. Al ver lo que sostenía en la palma, lord Hartwell se tambaleó. Luego me miró a los ojos, y vi en los suyos un profundo temor.

—Será mejor que nos sentemos —indiqué con calma.

La atmósfera de aquella sala estaba impregnada de emociones espesas y violentas que yo no llegaba a comprender. Lo único que tenía claro era que los Hartwell estaban muy lejos de ser amigos de Morland, lo cual abría toda clase de perspectivas prometedoras.

—¿Cómo ha llegado a sus manos ese broche? —preguntó David Hartwell tras dejarse caer en una silla.

—Lo… adquirimos durante el baile de la casa Devonshire —confesé, y Hartwell dio un respingo.

—¿El baile de la casa Devonshire? —repitió—. Entonces, ¿formaba parte de la colección de joyas que fue robada? —Frunció el ceño—. ¿Y cómo demonios llegó ese broche hasta allí?

—Al parecer, lady Morland se lo había regalado al duque hacía algún tiempo —respondí, y los señores Hartwell cruzaron una mirada de asombro—. ¿Acaso no lo vieron aquella noche en una de las vitrinas?

Hartwell negó con la cabeza.

—No llegamos a visitar esa sala; como casi todos los invitados, teníamos intención de contemplar la colección al final de la velada. Ni siquiera era consciente de que Morland hubiera perdido el broche —añadió con expresión sombría—. Desde luego, hizo todo lo posible por ocultármelo.

—Y estaba decidido a recuperarlo antes de que usted se enterase —reflexioné en voz alta—. Esa es la razón de que organizase un golpe tan audaz.

—¿Me está diciendo que Morland estaba detrás de ese robo? —preguntó Hartwell atónito.

Su mujer soltó una carcajada seca y carente de humor.

—A estas alturas, ¿te sorprende lo que está dispuesto a hacer esa víbora? —dijo.

Hartwell se volvió hacia mí.

—¿Y dónde entra usted en todo esto? —me preguntó.

—En principio, mi organización se involucró con la intención de proteger a lady Morland de la crueldad de su marido. En el curso de nuestras investigaciones descubrimos que Morland había encargado el robo del broche y nos interpusimos en su camino. Lo único que queremos es averiguar por qué es tan importante y ayudar a Kitten Morland antes de que sea demasiado tarde.

—Esa pobre chiquilla… —Hartwell sacudió la cabeza—. Sabía que tarde o temprano descubriría la verdadera cara de su marido. Imagino

que Morland no se tomaría bien que ella se deshiciera del broche.

—Parece ser que no —confirmé.

Lady Hartwell cerró los párpados por un instante.

—Lo está volviendo a hacer, ¿verdad? —susurró—. Lo mismo que le hizo a Eliza… Lo supe en cuanto me enteré de los rumores. Qué lástima de muchacha…

—¿Cree que Morland fue el causante de la muerte de su primera mujer? —pregunté, esforzándome por mantener un tono neutro.

—Sé que lo fue —afirmó ella mientras estrujaba con los puños la tela de su falda—. Eliza y yo siempre fuimos amigas, y me consta que él la maltrató hasta que hacerle perder el juicio. Morland hizo todo lo que pudo por aislarla de sus amistades. Por lo que yo sé, jamás le dejó ninguna marca física, pero la forma en que manipuló su mente… Creo que empezó el mismo día que se dio cuenta de que ella no podría darle un heredero. En ese momento, decidió que Eliza ya no era útil para él y…

Su voz se apagó, y yo noté una oleada de bilis en la garganta. Aunque ya no me sorprendía nada de lo que pudieran contarme sobre la crueldad de Morland, no pude contener un escalofrío.

—A lo largo de nuestra investigación —expliqué, forzándome a retomar los temas prácticos—, nos dimos cuenta de que Morland obligaba a Kitten a ponerse el broche de vez en cuando. Finalmente, atamos cabos y nos dimos cuenta de que eso solo ocurría si Kitten iba a coincidir al menos con un hombre de una lista de tres. Lord Hartwell, creo que no le sorprenderá saber que uno de esos hombres era usted.

—Ah, lo sé muy bien —replicó él con indignación—. Solo un sádico obligaría a su mujer a exhibir ese objeto delante de mí. Le encantaba ver cómo yo me retorcía de vergüenza…

Lady Hartwell le tomó una mano y la apretó suavemente.

Yo me enderecé en mi asiento.

—De modo que el broche no solo es una llave, sino también un mensaje —dije lentamente—. Un mensaje que usted entiende.

Él se removió incómodo.

—Sí, supongo que es así. Un mensaje con el que Morland me recuerda que estoy en su poder.

De pronto, todas las piezas encajaron en mi mente.

—Chantaje —aventuré—. Morland alardeaba del broche para recordarle que no se podía rebelar. Y la llave, supongo, sirve para abrir el lugar en el que guarda el material con el que lo chantajea.

Hartwell apretó la mandíbula y miró de reojo a su mujer.

—Creo que podemos fiarnos de la señorita Stanhope, David —dijo ella—. Trabaja con la señora Finch, y ya sabes lo mucho que confío en esa mujer. Si se proponen terminar con Morland, tal vez puedan

ayudarnos.

—Podemos hacerlo —afirmé sin dudar—. Si nos lo permiten, pondremos fin a los tejemanejes de ese hombre.

—Muy bien —accedió Hartwell con voz grave—. Si crees que es lo que debemos hacer, Letty…

—Lo creo —aseveró ella.

Hartwell se irguió.

—En ese caso, lo reconozco: sí, lord Morland me está haciendo chantaje. Posee algunas… fotografías y cartas con las que podría enviarme a la cárcel y humillar a mi mujer. —Hizo una pausa y me dirigió una mirada preñada de dolor—. Espero no equivocarme al depositar mi confianza en usted. Lo cierto es que mi esposa, además de ser una mujer extraordinaria, es mi mejor amiga y confidente desde hace más de treinta años.

Ladeó la cabeza para mirar a lady Hartwell, y ella le apretó la mano de nuevo.

—Sin embargo —continuó Hartwell con voz tensa—, los sentimientos que albergo hacia ella, o hacia cualquier otra mujer, no son de naturaleza romántica. Existe otra persona con la que mantengo una relación de ese tipo que, por desgracia, debe permanecer en secreto. ¿Lo comprende?

Asentí sin decir nada. La legislación vigente castigaba con severidad las relaciones románticas entre hombres, incluso si se daban en privado. Oscar Wilde, el famoso escritor, acababa de salir de la cárcel tras una condena de dos años por ultraje a la moral. Era una ley brutal e injusta, y entendí de inmediato qué me quería decir David Hartwell. Para él era vital guardar aquel secreto.

—Entonces, lord Morland se está sirviendo de ese material para asegurarse de que usted apoya su carrera política —afirmé.

—Eso es —respondió Hartwell—. Creo que me eligió porque poseo los contactos necesarios para ayudarlo a ascender. Hace solo unos años, Morland era relativamente desconocido… y ahora, si Dios no lo impide, va camino de convertirse en el líder de este país. Por el momento, pretende que lo apoye para aprobar una ley muy importante.

—¿Una ley sobre el sistema de defensa nacional? —aventuré, recordando lo que había oído decir a Max y a la señora Finch.

Hartwell hizo un gesto afirmativo.

—Morland está convencido de que nuestro país corre peligro, y que la guerra está en el horizonte. No digo que se equivoque, pero el paquete legislativo que ha preparado es extremadamente severo y ambicioso. Si se aprobase, otorgaría una gran libertad de acción al primer ministro… que, con toda probabilidad, pronto será el propio Morland. Sabiendo lo que sé de él y de su ansia de poder, me aterra

pensar que pueda acumular tanta autoridad en sus manos. Pretende crear un ejército muy fuerte que obedecería a una sola persona: él. De hecho, creo que estaría dispuesto incluso a provocar una guerra, si eso le conviniera. Morland es imparable: compra a sus adversarios, paga favores y votos… Y a los que no puede comprar, como a mí, los presiona de otras formas.

Escuché sus palabras helada.

—¿Y de dónde saca el dinero para hacer todo eso? —pregunté.

—Nadie sabe con certeza de dónde provienen sus ingresos —contestó Hartwell, frunciendo aún más el ceño—. Su mujer aportó una buena suma al matrimonio, desde luego, pero postularse para ser primer ministro no es barato. No puedo decir que tenga pruebas de nada ilegal, pero sé que Morland se ha estado codeando con algunos personajes muy turbios. Solo conozco un nombre, que oí por casualidad: Andrew Sharpe.

El tiempo pareció detenerse por un instante. Sharpe… El delincuente cuyos negocios habíamos investigado durante meses mis compañeras y yo; el hombre que se había delatado a sí mismo en aquella carta dirigida a Wyncham. Era el último nombre que hubiera esperado oír en aquel momento.

—¿Está seguro de que lo oyó bien? —cuestioné.

—Sí, seguro. Aunque, a decir verdad, no tengo idea de quién puede ser.

¿Cómo diablos encajaba Andrew Sharpe en aquella trama? Me vino a la mente la conversación que había mantenido con Joe. Me había dicho que Sharpe formaba parte de algo mayor; que estaba respaldado por un personaje misterioso que tenía revueltos los bajos fondos de la ciudad. Carraspeé y traté de concentrarme: necesitaba aprovechar aquella oportunidad de obtener información.

—Hábleme de la llave —pedí.

—No he podido averiguar gran cosa —respondió Hartwell—. Al parecer, Morland tiene una caja fuerte especial en su casa. No sé dónde se encuentra; solo sé que es una Diebold irrompible, a prueba de fuego y alterada para que sea imposible de forzar.

Tamborileé con los dedos en la mesita.

—Y su llave es el broche —concluí; si eso era todo lo que se necesitaba para abrir la caja fuerte, estábamos de suerte.

Hartwell negó con la cabeza, sombrío.

—El broche es una de las dos llaves que hacen falta; la otra está oculta en un pasador de corbata que Morland no se quita jamás. La caja solo se puede abrir si se usan ambas llaves al mismo tiempo; Morland se recreó un día explicándome que los mayores expertos en cajas fuertes del mundo habían tratado de abrirla de otro modo y habían fracasado.

Reflexioné por un momento.

—Entonces, sin este broche, Morland tampoco la puede abrir —señalé—. Ha caído víctima de su propia arrogancia. Ahora, la única forma de abrir su caja fuerte para acceder a los materiales del chantaje es volarla, lo que destruiría todo lo que contiene. Eso explica por qué estaba tan interesado en recuperar el broche antes de que sus víctimas se dieran cuenta…

—Así es —repuso Hartwell bastante más animado—. A partir de ahora, puede que nos resistamos mucho más a complacer sus peticiones.

Al menos, contábamos con aquella ventaja; con lo que no contábamos era con tiempo. Morland nos pisaba los talones.

—Muchas gracias por recibirnos, señores —dije, preparándome para salir de allí.

—Pero ¿qué se proponen hacer? —exclamó Hartwell levantándose de un salto con una expresión tan exhausta como aterrada.

Me vinieron a la mente todas las víctimas de Morland: los Hartwell, Eliza, Kitten, las chicas secuestradas por Sharpe… y Max, cuya vida corría más peligro a cada segundo que pasaba. Por no hablar de todas las personas perjudicadas por aquel hombre a las que yo no conocía…

—¿Qué nos proponemos? —repuse con una sonrisa peligrosa, y busqué los ojos de Max bajo la espesa peluca—. Nos proponemos derribar a Morland de una vez por todas; pueden contar con la Pajarera para ello. Le prometo que lo conseguiremos, y también que sus secretos volverán a ser solo suyos.

—Muchas gracias —murmuró lady Hartwell.

Tras despedirme con una inclinación de cabeza, salí de la sala a grandes zancadas, seguida de mi «tía».

Me sentía igual que cuando me había puesto el disfraz de Medusa: poderosa, salvaje y segura de mí misma. Había llegado el momento de atajar los designios de Morland.

Teníamos mucho trabajo que por delante.

Esa tarde, nos congregamos en el despacho de la señora Finch para discutir nuestra estrategia a la luz de las velas. Desde el primer piso nos llegaba un runrún alegre: el tintineo lejano del piano, las voces de mis compañeras… Aunque aquel rumor solía envolverme en una agradable calidez, esa noche no me podía relajar. Todavía no me había recuperado de todo lo que habíamos descubierto sobre Morland. La verdad era aún peor de lo que habíamos imaginado.

—Habladme de ese tal Sharpe —nos pidió Max.

Estaba sentado junto a mí en el sofá, ya sin el disfraz de tía Geraldine. Su mandíbula apretada delataba la tensión que lo invadía.

La perfidia de Morland estaba más que demostrada, y la terrible verdad parecía haberse solidificado en torno a Max como una coraza. Aunque parecía preparado para la batalla, aún no comprendía del todo lo que estaba en juego: no sabía lo que significaba el nombre de Andrew Sharpe.

—La figura de Sharpe llamó nuestra atención hará unos ocho meses —comencé—. Mi amigo Joe me contó que habían empezado a desaparecer chicas. Eran el tipo de muchachas por las que las autoridades no se preocupan demasiado, pero Joe estaba inquieto y nos pidió que investigáramos. Pronto descubrimos que las estaban secuestrando para venderlas. El hombre que estaba detrás era Sharpe, un tipo nada recomendable. Averiguamos que su negocio tenía más patas: además de secuestrar chicas, traficaba con opio, blanqueaba dinero y sospechábamos que también lo falsificaba. Parecía bien relacionado, lo que nos hizo pensar que tal vez trabajase para otra persona.

—Y era cierto, obviamente —intervino Sylla con aire sombrío—. Preparamos un dosier para la policía, lleno de pruebas que no podrían ignorar, y enviamos copias a los periódicos. Era justo el tipo de historia sensacionalista que les encanta publicar.

—El dosier incluía la copia de una carta dirigida a un tal señor Wyncham, llena de detalles muy reveladores —añadí, y miré a Max con una sonrisa—. Una carta que se le sustrajo momentáneamente al señor Wyncham al principio de una representación de *Manon Lescaut.*

En los ojos de Max apareció un destello de comprensión.

—Sharpe es el eslabón que nos puede llevar hasta Morland —afirmó—. Si lo encontramos, podremos seguir su rastro hasta localizar el escalafón superior de su organización y…

—Está muerto —le cortó Sylla.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Sharpe ha muerto?

—Sucedió mientras estabais en Yorkshire —explicó Winnie—. Con todo lo que estaba pasando, se nos olvidó decírtelo. Pensábamos que su caso ya estaba resuelto… No sabíamos que estuviera relacionado con esto.

—¿Cómo murió? —pregunté, haciendo un esfuerzo por recomponerme.

Sylla se encogió de hombros.

—En una reyerta de taberna, al parecer. Cuando lo oí, me pareció sospechosamente oportuno; al fin y al cabo, sabíamos que Sharpe tenía amigos peligrosos, y estos no querrían que hablara. Pero no me di cuenta de hasta dónde llegaba la conspiración… Por supuesto, la policía no tiene ningún interés en el caso, y la prensa tampoco.

—¿Creéis que ha sido cosa de Morland? —preguntó Max con voz grave.

Me estremecí al notar que se arrimaba un poco más a mí. Aunque me hubiera encantado acurrucarme contra él, tuve que conformarme con el suave roce de su chaqueta en mi brazo y el calor que parecía emanar de su cuerpo.

—Por supuesto que fue cosa de Morland —sentenció Sylla.

Bajo su habitual tono cortante percibí algo más: miedo. Aquel caso tenía tantas capas que, en cuanto retirábamos una, aparecía debajo otra peor: pistas que escondían pistas, malvados que escondían más malvados.

—Debió de enterarse de que Sharpe había caído —explicó Sylla—. Estoy segura de que tiene contactos en la policía. Para evitar que Sharpe hablara de más, lo calló para siempre.

Max asintió muy serio.

—A Morland no le gusta dejar cabos sueltos. Nos lo repetía una y otra vez —dijo.

—¿Y Wyncham? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Ha desaparecido —contestó Sylla.

—Pensábamos que se había fugado —dijo Maud—, pero, en vista de esto, supongo que también estará muerto.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —preguntó Winnie, que estaba de pie frente a la ventana, con los brazos cruzados.

—Si destruimos el broche, se acabó el chantaje de Morland —afirmó Max—. Sin él no puede abrir la caja fuerte. Y, si no puede chantajear a nadie, perderá los apoyos que necesita para ganar las elecciones y aprobar esa ley.

—Pero, en ese caso, no podrías demostrar tu inocencia —repliqué—. Además, es muy posible que Morland tenga más ases en la manga; desde luego, parece haber tendido sus redes por todos los rincones de este sistema corrupto. Imaginaos que gana las elecciones sin el apoyo de sus víctimas, o que encuentra otra manera de chantajearlas. No. Hay que acabar con él. Tenemos que hacernos con los materiales del chantaje y destruirlos. Luego, investigaremos hasta vincular a Morland con los crímenes de Sharpe y lo llevaremos ante la justicia. Hay que erradicar su influencia y destruirlo de una vez por todas.

Se hizo un espeso silencio. Max me miraba tan asombrado como si yo llevara puesto el disfraz de valquiria de Sylla, y la calidez de su mirada hizo que algo me aleteara dentro del pecho.

—Si la caja fuerte se encuentra en casa de Morland, creo que sé dónde podría estar escondida —intervino Maud pensativa—. Puedo dibujar algunos planos con ayuda de Winnie.

—Necesitaremos las dos llaves de la caja fuerte, así que alguien tendrá que robar el pasador de corbata que lleva siempre Morland —reflexionó Sylla en voz alta, con los ojos fijos en mí—. Para esto hace falta un carterista profesional.

—Kes, claro —asentí.

—No, no me parece que sea el más adecuado esta vez. —Sylla se dio unos golpecitos en la barbilla, pensativa—. Creo que este es un trabajo para la señorita Isobel Stanhope, la muchacha feúcha en la que nadie se fija.

Max dio un respingo.

—Izzy no es feúcha —protestó, y todos los ojos se volvieron hacia él.

Sylla enarcó las cejas y me miró.

—¿Te dije o no te dije que esto iba a ser un problema? —me espetó, y Maud sofocó una carcajada.

Max la contempló desconcertado mientras yo deseaba que la tierra se me tragase. La caballerosidad con la que me trataba hacía que todo el mundo se hiciera una idea falsa de nuestra relación, lo cual resultaba de lo más incómodo.

—Con todo lo que ha pasado, Morland estará alerta —dije ruborizada—. Nos hará falta un pasador falso, algo con lo que sustituirlo. —Me volví hacia Max—. ¿Conoces el pasador de corbata del que hablaba Hartwell?

Max asintió.

—Lo lleva siempre, sí. Creo que os podré hacer un dibujo bastante fiel.

—Yo haré la copia —se ofreció Winnie.

—En ese caso, Izzy solo tendrá que dar el cambiazo —concluyó Sylla.

Fruncí el ceño.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —pregunté—. No tendremos mucho tiempo, porque habrá que encontrar la caja fuerte y abrirla de inmediato, antes de que Morland se dé cuenta de que el pasador que lleva es falso.

Nos sumimos en un tenso silencio.

Entonces, la señora Finch habló por primera vez en toda aquella noche.

—Me parece que tenemos que regresar al inicio de este asunto —afirmó con una sonrisa que no presagiaba nada bueno para sus enemigos—. Creo que es hora de hablar con Kitten Morland.




Capítulo 31

—¿Está segura de que yo debería estar aquí? —le pregunté a la señora Finch al día siguiente mientras esperábamos en su oficina la llegada de Kitten Morland—. Si Kitten me ve, sabrá que soy Isobel Stanhope.

—Es que no te va a ver —replicó la señora Finch.

Fue hasta la puerta de su despacho, la abrió y me indicó con un ademán que la siguiera. Caminé tras ella hasta el cuartucho que había al lado, poco más que un armario lleno de estanterías y cachivaches que no cabían en ningún otro sitio: cajas viejas, aparatos desechados por Winnie, ropa de repuesto y ese tipo de cosas.

La señora Finch se acercó al tabique que daba a su despacho y se subió al estante inferior, que estaba vacío. Luego, alargó los brazos para apartar una de las cajas que había en otro estante a media altura. Detrás, en la pared, había una rejilla metálica que deslizó hacia un lado, descubriendo un agujerito por el cual se podía ver y oír lo que sucedía en la estancia contigua.

—¿Por qué no me ha hablado nunca de esto? —protesté, y ella sonrió.

—Porque no hacía falta que conocieras su existencia… hasta ahora. Creo que deberías oír de primera mano todo lo que nos cuente Kitten.

—¿Y no debería ser Sylla la que estuviera aquí? —pregunté.

—Ha sido ella quien ha sugerido que lo hicieras tú —replicó la señora Finch. Bajó del estante y se alisó la falda—. Llegarán en cualquier momento. Ten cuidado de no hacer ningún ruido; si tú nos oyes, nosotras también podríamos oírte a ti.

Salió dejándome encerrada en el cuartucho, sin más luz que la que entraba por el orificio. Me subí al estante inferior y busqué la mejor posición para divisar el interior del despacho. La mirilla se encontraba en la pared de detrás del escritorio, lo que me ofrecía una panorámica de toda la estancia.

Apenas me había situado cuando la puerta se abrió. La señora Finch entró e hizo pasar a otras tres mujeres: Maud, Lorna y Kitten.

—Lady Morland, señorita Smith —dijo—. Siéntense, por favor.

Observé a Kitten con atención. Maud había planeado enseñarle el

truco de las tuberías antes de su llegada; de esa forma, sería más fácil convencerla de todo lo que teníamos que contarle y justificar que Lorna hubiera acudido a nosotras en busca de ayuda. Al final, sin embargo, habíamos decidido que lo mejor sería revelar toda la historia de golpe, confiando en que Kitten entraría en nuestro juego. Mi instinto me decía que habíamos acertado, pero estábamos a punto de constatarlo. Kitten tenía la cara pálida y las facciones tensas. Sus ojos de color avellana estaban muy abiertos.

Aun así, observaba cada movimiento de la señora Finch y, cuando se sentó, lo hizo con un aplomo perfecto. Llevaba un vestido sencillo pero elegante, y sus rizos rubios estaban dispuestos en un recogido impecable. Lorna se sentó a su lado (su presencia era fundamental para convencer a Kitten de nuestra sinceridad), y Maud ocupó un discreto puesto en el fondo de la estancia.

—A estas alturas ya habrá imaginado por qué le hemos pedido que venga —dijo la señora Finch con voz suave.

—Ha sido una mañana extraña —respondió Kitten en tono dulce y melodioso. Al contrario de lo que yo esperaba, no mostraba ningún nerviosismo. De hecho, parecía extrañamente tranquila.

La señora Finch se acomodó tras su escritorio, de espaldas a mí.

—Sé que las revelaciones que le hemos hecho sobre su marido la habrán sobresaltado… —comenzó a decir con tono compasivo.

—Llamemos a las cosas por su nombre, señora Finch —la interrumpió Kitten con serenidad—. Mi marido lleva tiempo intentando hacerme pasar por loca, tanto a mis propios ojos como a ojos de los demás.

Lorna, que aún no había abierto la boca, se removió en la silla como si quisiera consolar a su señora pero no estuviera segura de que fuera lo correcto.

Por unos instantes, me dio la impresión de que todas conteníamos el aliento. Aquella no era la Kitten Morland que esperábamos conocer.

Finalmente, la señora Finch asintió.

—Muy bien, lady Morland, llamemos a las cosas por su nombre, pues. Parece que su marido está involucrado en algunos asuntos muy desagradables, y sospechamos que tal vez usted haya presenciado algo que él no quería que viera. Ahora, para evitar que usted se lo cuente a nadie, está decidido a restarle credibilidad convenciéndola a usted y al mundo de que no es una testigo fiable.

Kitten frunció el ceño y suspiró.

—Morland se ocupa a menudo de sus negocios en nuestra casa —dijo pronunciando despacio—. Pero si he visto algo, me temo que no sé lo que es. En realidad, pensaba que todo esto estaba relacionado con aquel horrible broche.

—Al parecer, ese broche es también la llave de una caja fuerte en la

que su marido guarda materiales para chantajear a varias personas. Su marido la obligaba a llevarlo cuando sus víctimas estaban presentes, para recordarles el poder que tiene sobre ellas y mantenerlas a raya —explicó la señora Finch sin rodeos ni adornos. Me estremecí al oírla: la verdad era brutal.

Por primera vez, Kitten pareció conmoverse, entreabrió la boca y su rostro palideció aún más.

—Qué crueldad —consiguió decir con voz temblorosa por las lágrimas—. Entonces ¿llevo todo este tiempo haciendo daño a esas personas, solo por presentarme ante ellas con esa fea joya prendida en el vestido?

—Usted no lo sabía, señora —la interrumpió Lorna con decisión.

Kitten esbozó una sonrisa lacrimosa, agarró la mano de la doncella y la apretó.

—Y seguiría sin saberlo si no fuera por ti, Lorna —contestó, y a la muchacha se le subieron los colores.

—¿Le dice algo el nombre de Andrew Sharpe? —interrogó la señora Finch.

Kitten volvió a fruncir el ceño.

—¿Sharpe? No, no me suena.

—¿Y no ha recibido su marido últimamente ninguna visita que se saliera de lo normal?

Kitten pensó un momento y luego asintió.

—Hace unas semanas ocurrió algo extraño. Fue justo después de que le regalara el broche al duque de Devonshire… Pensé que Morland se alegraría mucho, porque el duque estaba feliz con aquel regalo. En fin, todas sabemos cómo acabó aquello: Morland perdió los estribos al enterarse. Jamás lo había visto así. Luego pareció calmarse…, casi como si lo lamentara. Yo creí que el asunto ya estaba olvidado.

»Pero una mañana en que iba a ir de compras, me di cuenta de que me había dejado en casa el bolso de mano y tuve que regresar. La última vez que lo había visto fue en la biblioteca, unas horas antes; pero cuando quise recuperarlo vi que Morland se encontraba dentro, con la puerta entornada. Estaba hablando con un hombre muy mal vestido. Entonces, Morland me vio por el hueco de la puerta y se puso furioso. Era como si le diera miedo que yo los hubiera oído hablar, aunque solo estuve allí un momento y no me enteré de nada importante. —Se encogió de hombros—. Pero ese hombre no se llamaba Sharpe.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

Las cejas de Kitten se arrugaron en un gesto de concentración.

—Tenía un nombre corto… Se lo oí decir a Morland. Era algo con erre… Ralph o Ron. No, no: era…

—Rook —susurré al mismo tiempo que Kitten pronunciaba la palabra.

Eso era lo que Kitten había visto: una reunión entre Morland, el futuro primer ministro, y el hombre que se disponía a dar un golpe en el palacio del duque de Devonshire.

—¿Sabe dónde puede encontrarse la caja fuerte de su marido? —preguntó la señora Morland.

Kitten negó con la cabeza.

—No. Ignoraba la existencia de todas esas cosas: las llaves secretas, la caja fuerte… Supongo que se encontrará en su estudio, pero Morland es tan precavido que podría estar en cualquier lugar de la casa. Parece que a mi marido se le da bien guardar secretos —añadió con una sonrisa irónica.

—Entonces, no sabe nada de los materiales que utiliza su marido para chantajear a sus víctimas —dijo la señora Finch con un fondo acerado en sus palabras.

—Nada en absoluto —negó Kitten con rotundidad—. No tenía conocimiento de ese asunto. Tal vez me tomen por tonta si digo esto, pero, hasta estas últimas semanas, Morland había sido un marido modélico: amable, atento, permisivo… En más de una ocasión incluso me felicité a mí misma por mi buen ojo.

—Por no mencionar sus perspectivas de convertirse en primer ministro —añadió la señora Finch con aire casi de desinterés—. Todo un partido, ¿no?

Kitten levantó la barbilla.

—Nunca habría pensado que se escandalizaría usted ante una mujer con ambición, señora Finch —le espetó.

—No es eso lo que me escandaliza —repuso con calma la señora Finch—, sino lo lejos que están dispuestas a llegar algunas mujeres para alcanzar sus ambiciones.

Lorna abrió la boca para protestar, pero Kitten habló antes de que pudiera hacerlo.

—Si no la entiendo mal —repuso—, me está preguntando si, ahora que sé que mi marido es un monstruo, lo voy a apoyar de todos modos. ¿No es eso?

—Para una mujer no siempre es posible elegir —puntualizó la señora Finch.

En los ojos de Kitten Morland apareció un destello de determinación.

—Es cierto. Sin embargo, quiero dejar algo bien claro: si me encuentro aquí es porque estoy dispuesta a hacer todo lo posible por llevar a mi marido ante la justicia y arrancarle su máscara de ciudadano honrado. Estoy aquí porque mi marido me ha robado algo muy valioso: la confianza en mí misma. Me he pasado varias semanas

sumida en un miedo que apenas puedo describir. Pensaba… Pensaba que… —Se interrumpió y tragó saliva—. Quiero que pague por lo que me ha hecho y por lo que les ha hecho a otros —prosiguió, ya más serena—. Según me ha dicho Maud, ustedes son las personas adecuadas para conseguirlo. Le ofrezco mi ayuda, señora Finch. Dígame qué necesita y yo lo haré.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la señora Finch se arrellanó en su asiento. Aunque no le podía ver la cara, intuí su sonrisa por la voz con la que habló a continuación.

—En ese caso, lady Morland —dijo—, le doy la bienvenida a la Pajarera.

El resto vino rodado. Cuando la señora Finch comentó que necesitábamos acceder tanto a Morland en persona como a la caja fuerte de su casa, Kitten se puso a planear con toda su alma. Al final, había resultado ser mucho más dura de lo que parecía a primera vista: si la apodaban «Kitten» por su parecido con una gatita, estaba claro que era una con las garras bien afiladas.

Fue a ella a quien se le ocurrió organizar una celebración a la que Morland no podría resistirse: una fiesta llena de invitados influyentes. Kitten lo presentaría como una forma de disculparse por su comportamiento inestable y de mostrar su deseo de ser útil a su marido. El invitado de honor, gracias a la nutrida agenda de la señora Finch y a los numerosos favores que había hecho a mucha gente, sería Bertie, el heredero del trono. Morland no podría rehusar una oportunidad como aquella.

A instancias de la señora Finch, se decidió que fuera un baile de máscaras; tras el desastroso final del baile de la casa Devonshire, todo el mundo estaría deseoso de volver adisfrazarse y dejarse llevar por el desenfreno. No fue difícil trazar las líneas generales del plan. Al final, no tendríamos que colarnos a escondidas en la casa de Morland; nos iba a invitar él mismo a entrar por la puerta principal.

Para cuando Kitten y Lorna se fueron, me dolía el cuerpo de estar encogida en la estantería.

—¿Y bien? —me preguntó la señora Finch tras abrir la puerta del cuartucho.

—Parece un plan perfecto —dije, frotándome el cuello—. Lo de que sea una mascarada está muy bien pensado; no creo que pudiéramos convencer a Max de no asistir, y al menos así podrá colarse sin recurrir al disfraz de tía Geraldine.

—Eso he pensado al proponerlo, sí —respondió ella con una sonrisa. De pronto, se puso muy seria—. Izzy, ¿confías en ella? —me preguntó—. ¿Crees que Kitten Morland está realmente de nuestro lado?

Recordé la expresión de la joven al enterarse de quién era

realmente su marido. Era como un libro abierto: Kitten estaba furiosa con Morland.

—Lo creo, sí —contesté sin dudar—. Está decidida a hacerle pagar lo que le ha hecho…, tanto a ella como a las demás víctimas. Y la entiendo muy bien, la verdad.

—Sí, a mí me ocurre lo mismo —respondió la señora Finch con un suspiro.

—Qué cosas tan terribles vemos en este trabajo —añadí en un susurro—. Lo que se esconde en el interior de algunos matrimonios…

Por los ojos de la señora Finch cruzó un destello que no supe identificar.

—Es difícil evitar que este trabajo te endurezca —comentó.

Asentí, y las dos nos quedamos calladas un momento.

—Tendría que volver ya a casa —dije con un suspiro—. Max se estará subiendo por las paredes… O eso o se habrá puesto a hacerle la pelota a mi madre otra vez.

La señora Finch sonrió, y la nube que ensombrecía el ambiente se disipó de golpe.

Por suerte, cuando llegué a casa comprobé que Max había cumplido su promesa de quedarse en el piso de abajo. Se estaba paseando por la cocina como un lobo enjaulado.

—¡Al fin! —exclamó al verme—. ¿Cómo ha ido? ¿Os ha creído Kitten? ¿Va a ayudaros? ¿Habéis trazado un plan?

—Tenemos un plan, sí —respondí quitándome los alfileres del sombrero.

Me derrumbé en una silla y, mientras Max se afanaba en prepararme una taza de té justo como me gustaba, le conté todo lo que nos había dicho Kitten.

—Bien —susurró cuando terminé de hablar—. Nos acercamos al final, ¿verdad? Vamos a atrapar a ese malnacido.

—No lo dudes —recalqué con energía mientras lo miraba por encima de la taza de té.

En ese momento, alguien llamó a la puerta trasera. Dejé la taza en la mesa mientras Max se volvía en dirección al ruido.

—¿Quién será? —musité acercándome a la puerta.

—Quizá sería mejor no contestar —propuso Max.

Sin hacer ruido, apoyé la oreja en la madera.

—¿Izzy? —preguntó una voz al otro lado—. ¿Estás ahí?

—Es Teresa —dije, y la postura de Max se relajó.

Pero al abrir la puerta, descubrimos que no había venido sola: tras ella nos miraba James Saint Clair.

Quise cerrar de un portazo, pero Saint Clair metió el pie en el hueco y me lo impidió. Max se acercó de un salto y se interpuso entre su antiguo amigo y yo. Con la puerta abierta de par en par, los dos se

quedaron paralizados.

—¡Teresa! —logré decir en tono de reproche.

—¡No se lo he contado yo, Izzy! ¡Te lo juro! —exclamó ella. Hizo entrar a James de un empellón, pasó tras él y cerró la puerta—. Lo ha averiguado por su cuenta, no sé cómo. Me ha dicho que iba a venir y no he tenido tiempo de avisarte… Pero no os preocupéis: está de vuestra parte. ¿Verdad, James? —Le propinó un codazo en las costillas—. Díselo, anda.

—¿Cómo sabías que me encontraba aquí? —gruñó Max.

—¿Crees que no soy capaz de reconocer a mi mejor amigo cuando lo veo, aunque se ponga una peluca mugrienta? —replicó James con sorna—. Os vi en la estación de tren, por supuesto. Y una vez me di cuenta de que Isobel estaba involucrada en todo este asunto, me resultó fácil atar cabos. Además, Teresa es incapaz de ocultar nada: se le nota todo en la cara.

—A lo mejor es lo que quiero hacerte creer —rezongó ella.

—Me viste en la estación —repetí como una autómata, y en el rostro de James apareció una sonrisa pícara.

—Eso es —asintió—. Y te reconocí enseguida, a pesar de que este zoquete se te había enroscado al cuello como una boa.

—¿Enroscado como una boa? —chilló Teresa entusiasmada—. ¡Esa parte no me la contaste!

Max seguía mirando a James sin decir nada. Su brazo aún estaba extendido para protegerme, aunque no creo que él fuera consciente de ello.

—Vamos, Rox —dijo James con voz suave—. Por una vez en la vida, deja que te saque yo a ti de un apuro.

Tras unos segundos más de tensión, Max se echó a reír. Los dos se abrazaron y empezaron a darse golpes en la espalda al estilo varonil.

—Uf, gracias a Dios —musitó Teresa, apoyándose en la pared como si se hubiera quedado sin fuerzas—. Habría sido muy inconveniente que el duque de Roxton asesinara a mi futuro marido en la cocina de mi mejor amiga.

James se desembarazó de Max y se acercó a Teresa para estrecharla entre sus brazos.

—¿Cómo dices? —susurró—. Te diré que soy capaz de vencer a Rox en una pelea con las manos atadas. ¡Pregúntale quién ganó la última!

—Teníamos doce años —protestó Max—, y yo ni siquiera había dado aún el estirón.

—Sigue siendo tan mal perdedor como siempre —me dijo James con una mirada cómplice, y Teresa le dio un amoroso manotazo en el brazo.

—Tranquilo, en todo caso, yo habría vengado tu muerte —le aseguró.

—Te lo agradezco mucho, mi amor —repuso James, y le dio un beso en la punta de la nariz—. No sabes cuánto me reconforta oírte decir eso.

—Un momento —exclamé, al asimilar todo lo que acababa de escuchar—. Teresa, ¿has dicho «mi futuro marido»?

—Ah, sí —contestó ella mientras su rostro cobraba un tono escarlata brillante—. James ha hablado con mi padre esta mañana. Nos hemos prometido.

Por un instante, me invadió una sensación extraña, algo oscuro y complicado, como una mezcla de temor, envidia y miedo a la pérdida. Sin embargo, tragué saliva y la aparté con firmeza de mi mente. Y entonces fui yo quien se arrojó a los brazos de mi mejor amiga. Las dos reímos y lloramos durante varios minutos, conmovidas, hasta que James nos interrumpió.

—No quisiera arruinar la celebración —dijo—, pero creo que es hora de que mantengamos una conversación acerca de Morland.

El rostro de Max se puso repentinamente serio, y yo sentí que la sonrisa se me borraba.

—Siéntate, anda —le pedí a James—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Quinta parte

Casa Morland, Londres
Julio de 1897







Lord y lady Morland
tienen el placer de invitarle a un
baile de máscaras
en su residencia de Londres
el 10 de julio de 1897, a las 9 de
la noche.
Gran retirada de máscaras a
medianoche.
Carruajes al amanecer.



—¿Estás segura de que esto es buena idea? —pregunté mientras me ajustaba el encaje plateado que bordeaba mi máscara para que no me tapase los ojos—. ¿Y si alguien reconoce a Max?

El carruaje avanzaba traqueteando por la calle adoquinada. La neblina de humo que recubría siempre la ciudad era muy espesa esa noche, y las calles estaban envueltas en telarañas brumosas de un gris blanquecino que recordaban al invierno, aunque el aire aún estaba templado por el calor del día.

—No seas pesada —me regañó Teresa—. Al fin y al cabo, es su trabajo, ¿no? Secretos, disfraces, aventuras peligrosas… —suspiró con expresión soñadora—. ¿Crees que yo podría ser una buena espía?

—No, creo que se te daría fatal. Te enamorarías de un agente enemigo a la primera de cambio.

La sonrisa de Teresa hizo asomar dos hoyuelos a sus mejillas.

—Eso mismo me dijo James. Y luego me dijo que tendría que batirse en duelo por mi amor, y la verdad es que, si lo pienso, casi me hace ilusión, solo que no podría soportar que le pasara algo.

—Si renuncias a un duelo en tu honor, debes de estar enamorada de verdad —observé.

—Debo de estarlo, sí —convino Teresa, y las dos nos echamos a reír.

—No te preocupes, anda —me dijo al cabo de un momento—. Ya verás como todo va bien; al fin y al cabo, ahora me tenéis en vuestro equipo. ¿Qué podría salir mal?

En realidad, había muchísimas cosas que podían salir mal; pero, aun así, las palabras de Teresa me animaron. Por formidable que fuera Morland como adversario, esa noche le íbamos a hacer frente todos juntos, y yo sabía muy bien de lo que éramos capaces.

Teresa y yo nos dirigíamos al baile de máscaras en el carruaje de su familia, guiado por un cochero también enmascarado. Gracias a las vagas explicaciones que habíamos ofrecido a sus padres, esa noche la tía abuela Louisa no nos acompañaría como carabina, ya que el flamante prometido de Teresa estaría allí y nos protegería de todo mal. Lo que no habíamos mencionado era que James también iba a ayudarnos a saquear la caja fuerte de nuestro anfitrión.

El carruaje se detuvo frente a la residencia de los Morland. Alisé con las manos la falda de mi vestido nuevo, otra creación de Iris Grey que había llegado a mi casa esa mañana como un regalo del destino. Le había pedido a Iris que me ayudase a abandonar el medio luto, y el resultado era perfecto: un vestido de seda azul aguamarina de corte sencillo, sin un solo volante, lazo o adorno. El diseño se ajustaba perfectamente a la línea de mis hombros, continuaba en un corsé poco ajustado y caía en una cascada de seda que se derramaba hasta el suelo. Las mangas, cortas y ajustadas, desafiaban la voluminosa moda vigente, y los largos guantes plateados hacían juego con la máscara que ocultaba mi cara.

—Allá vamos —murmuré.

—¿Esto es siempre así de emocionante? —preguntó Teresa con un susurro estridente.

La puerta del carruaje se abrió y al otro lado apareció el cochero, un hombre alto y fuerte vestido de negro riguroso. Con el rostro tapado por la máscara de seda negra, casi parecía un inquietante desconocido; sin embargo, los ojos verdes que me devolvían la mirada eran muy familiares. Apoyé los dedos en su mano extendida y su guante negro envolvió la seda plateada del mío.

—Ah, sí —dije en respuesta a la pregunta de mi amiga—. Es muy emocionante, sí.

El aire de la noche era denso y bochornoso, como si los adoquines hubieran empezado a emanar el calor atrapado durante el día. Teresa y yo entramos agarradas del brazo. En el interior de la mansión se respiraba un ambiente de euforia expectante; tras el desastre del baile de la casa Devonshire, parecía como si la alta sociedad hubiera estado esperando con impaciencia algún tipo de desahogo, y aquel baile de

máscaras improvisado era la cura perfecta para su desazón.

La decoración del baile, sin embargo, no tenía nada de improvisada. Kitten Morland era una anfitriona consumada, capaz de organizar una fiesta digna de la realeza con solo unos días de antelación. La casa estaba iluminada únicamente por velas, dispuestas en lámparas colgantes, colocadas en tarros de cristal que bordeaban la escalinata, ensartadas en enormes candelabros barrocos de plata… Sus llamas parpadeaban por todas partes lanzando sombras trémulas a las paredes. La barandilla de la escalera y las repisas de las chimeneas estaban envueltas en vegetación de un verde intenso, entrelazada con rosas de un morado tan oscuro que casi parecían negras.

Por aquel lujoso escenario pululaban personas enmascaradas, que observaban el entorno con sonrisas astutas y ojos ávidos. Siguiendo el rumor de música que sonaba al fondo, Teresa y yo nos abrimos paso hasta un salón de baile revestido de espejos con marcos dorados. Contemplé las paredes, por las que giraba al son de la música un caleidoscopio de damas envueltas en vestidos de vivos colores. La orquesta estaba oculta, de forma que los valses parecían surgir de la nada, sensuales y cautivadores. La luz de las velas, también presentes aquí, bailaba a nuestro alrededor disgregada en mil estrellas resplandecientes.

—Madre mía —murmuró Teresa—, qué decadente resulta esto.

Asentí, pensando que esa era la palabra adecuada para describir la escena, mientras aceptaba una copa de champán. El criado que me la había ofrecido llevaba una librea negra y un chaleco del mismo color púrpura que los pétalos de rosa que flotaban en la copa, tiñendo el champán de un lila pálido. Cuando di un sorbo, las burbujas se mezclaron con el embriagador perfume de la flor.

Examiné el entorno, con la vista aguzada para localizar a mis compañeras. Sylla estaba en un rincón, conversando con un caballero de aspecto aburrido. Maud, en calidad de doncella de los Morland, debía de estar trabajando en algún lugar de la casa, y Winnie acababa de entrar en la sala, ataviada con un elegante vestido de color verde hoja. Tras su máscara dorada, sus ojos azules escrutaban el salón de baile.

—Baila conmigo —dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta y me topé con un torso musculoso. Los brazos de un hombre con máscara negra me rodearon, y oí como Teresa se reía mientras me quitaba la copa de la mano. Luego, sin transición, me alejé de ella girando al son de la música, guiada por la cálida mano apoyada en mi espalda.

—De modo que has conseguido colarte —constaté, bajando la mirada para contemplar su impecable traje negro.

—Maud me ha abierto la puerta, como acordamos —respondió—.

Teresa acertó al proponer que viniera en calidad de vuestro cochero.

—Pero tus ojos son demasiado verdes… —lamenté—. Arruinan tu camuflaje; cualquiera puede reconocerte al verlos.

—No es el momento de perder tu eterno optimismo, Izzy —murmuró Max mientras el verde de sus ojos chispeaba suavemente.

Mientras la sensación de brillante calidez a la que empezaba a acostumbrarme se extendía por mi pecho, me permití abandonarme a los brazos de Max y, por un instante de dicha absoluta, imaginé que era realmente mío, que estábamos juntos de verdad; que él no era un duque perfecto e inalcanzable y yo no era una chica anodina con demasiados secretos.

Durante varios minutos, los dos bailamos en silencio. Aunque sabía muy bien lo que debía hacer en ese momento (vigilar a Morland, prever los riesgos que podían arruinar nuestra misión, pensar en cómo conseguir la segunda llave y localizar la caja fuerte), lo único que podía ver era el reflejo repetido cien veces de una chica vestida de azul pálido que giraba en brazos de un apuesto desconocido, bailando entre las estrellas.

—En momentos como este, ¿no desearías ser capaz de escribir poesía? —me preguntó Max de repente.

Me eché a reír sorprendida.

—¿De dónde ha salido esa pregunta?

Él se encogió de hombros, y sentí el movimiento de sus músculos bajo mi mano.

—Supongo que el escenario me inspira —contestó.

—¿Y cómo sabes que yo no escribo poemas?

La comisura de su boca se alzó en una sonrisa torcida.

—¿De verdad lo haces? —preguntó.

Suspiré, aunque no podía contener la sonrisa que asomaba a mi boca.

—No… Lo intenté una vez y el resultado fue desastroso. Horrible, en serio. Creo que debería dejarle la poesía a Teresa; yo soy una persona muy prosaica.

El vals llegó a su fin, pero Max no me soltó de inmediato. Inclinó el rostro para mirarme a los ojos y sonrió con franqueza.

—Isobel Stanhope —dijo con voz suave—, no sé de dónde has sacado esa imagen de ti misma. Toda tú eres un soneto.

Paralizada, le sostuve la mirada mientras mi cerebro luchaba por comprender las palabras que acababa de pronunciar.

—Yo… Tú… Eso ha… —farfullé, en una respuesta absolutamente indigna de su elocuencia.

Pero Max ya no me hacía caso. Se quedó muy quieto mientras sus ojos enfocaban la puerta que había a mi espalda. De pronto, se acercó aún más a mí y sus labios se pegaron a mi oído para musitar tres

palabras:

—Morland está aquí.




Capítulo 33

Giré en redondo para mirar la entrada del salón de baile. Allí estaba él: lord Samuel Morland.

Por supuesto, no era la primera vez que lo veía, aunque nunca nos habían presentado. Sin embargo, durante aquellas semanas, su figura había cobrado una cualidad fantasmal en mi mente. Lo imaginaba como una especie de villano envuelto en sombras e impregnado en maldad, que reía a carcajadas brutales al ver los resultados de sus fechorías. Así pues, verlo detenido en el umbral de la sala me causó una viva sorpresa, por absurdo que parezca.

Era un hombre de unos cincuenta años y talla mediana, con el cabello de un rubio apagado que empezaba a encanecer en las sienes y sonrisa juvenil. Su máscara de color azul celeste dejaba entrever unos ojos de un azul oscuro e intenso, que miraban con calidez a su interlocutor. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada afable. Contemplé su traje, que, aunque era de corte perfecto y obviamente caro, no resultaba ostentoso. Morland no era ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo. Era un hombre normal y corriente.

A su lado, Kitten Morland era una sinfonía de elegancia frágil…, al menos, en apariencia. Sobre su cabeza se apilaba una cascada de brillantes rizos rubios. Sus ojos castaños estaban enmarcados por una máscara bordada con hilo de oro, y su boca parecía una rosa temprana. Su vestido no tenía nada de sutil: era un pesado modelo de brocado de oro, con falda voluminosa y corpiño recamado. Estaba de pie junto a su marido, ignorando con aplomo las miradas que se clavaban en ella. Morland giró la cabeza y la contempló con expresión afectuosa.

Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza.

—Ha llegado el momento —me susurró Max, y yo asentí sin decir nada.

Las mariposas de mi estómago volaron en estampida, y mi corazón empezó a golpetear con un ritmo vivo en el pecho. Una vez más, me dejé llevar por la excitación de la aventura. Cuando Max me rozó la mano para despedirse antes de desaparecer entre la multitud, vi en sus

ojos un reflejo de lo que yo misma sentía: miedo, sí, pero mezclado con una emoción que no podía compararse con ninguna otra.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —preguntó Teresa, que acababa de aparecer a mi lado.

—De verdad.

—Pero ¿estás segura de que ese es el hombre? —dijo mi amiga, arrugando la nariz en dirección a Morland—. No tiene aspecto de ser el cerebro de una peligrosa banda criminal…

—Sé que lo es —repliqué en voz baja—. ¿Dónde está Saint Clair?

—Aquí mismo —respondió él. Rodeó con el brazo la cintura de Teresa y se inclinó para plantarle un beso en la mejilla, algo a lo que mi amiga respondió con la misma expresión que se le ponía antes de abrir sus regalos de Navidad—. Estás preciosa —murmuró Saint Clair, y Teresa se ruborizó tanto que el color de su rostro rivalizó con el vibrante naranja de su vestido. («Cuando la modista me enseñó la tela la vi de color rosa salmón, Izzy», me había asegurado hacía un rato).

—Señorita Stanhope —me saludó James con una leve inclinación—, usted también está deslumbrante esta noche. —Lanzó una rápida mirada a Morland y sus rasgos se endurecieron—. Vamos allá —añadió mientras enlazaba el brazo de Teresa—. Querría terminar con esta parte del plan cuanto antes.

Los tres nos dirigimos hacia el anfitrión de la fiesta, que seguía saludando a los invitados.

—¡Morland! —exclamó James.

—¡Saint Clair! —respondió el aludido, dándose la vuelta para estrechar la mano de James. Cuando posó la mirada en Teresa, en su boca apareció una amplia sonrisa—. Y esta encantadora muchacha debe de ser la señorita Wynter, de la que tanto me han hablado. Tengo entendido que debo felicitarles a los dos, ¿no es así? —añadió cerrando un párpado en un rápido guiño de reptil que me puso los pelos de punta.

Mi amiga tenía más madera de espía de lo que yo creía, porque su reacción de felicidad tímida fue una imitación perfecta de una jovencita inexperta al ser presentada al jefe de su futuro marido.

—Es un placer conocerlo, lord Morland —dijo levantando la cara para mirarlo—. No sabe lo honrada y lo privilegiada que me siento al conocer al hombre del que tanto me ha hablado James. Es usted un auténtico héroe para él: tan valiente, tan osado, tan… —Sus ojos se bañaron en lágrimas (era capaz de convocarlas a voluntad), y me di cuenta de que se estaba dejando llevar por el personaje. Le pisé el pie con fuerza y ella carraspeó—. Tan… Tan respetable —remachó en un susurro.

—El placer es mío, se lo aseguro —repuso Morland mientras se inclinaba para besarle la mano—. Me alegro muchísimo por los dos;

sepa usted que este muchacho es uno de los más honrados e inteligentes que conozco —afirmó, y le dio una palmada en el hombro a James a la que este correspondió con una sonrisa radiante.

—También quiero presentarle a mi amiga, la señorita Isobel Stanhope —añadió Teresa, y la envolvente mirada de Morland se dirigió hacia mí.

—Señorita Stanhope —murmuró mientras tomaba mi mano con gentileza—. Conocí a su padre, por supuesto, y no sabe cuánto sentí su pérdida. Era un hombre maravilloso.

Su voz transmitía sinceridad, y su mirada de atención total me resultó extrañamente emocionante. Una fugaz sensación de duda me invadió. ¿De verdad aquel hombre tan amable, educado y encantador podía ser capaz de cosas tan terribles?

—Y esta es mi esposa, lady Morland —añadió, agarrando el brazo de Kitten para acercarla a él.

Mientras ella nos sonreía alegremente y nos saludaba como una buena anfitriona, vi que los dedos de Morland se cerraban sobre su manga con demasiada fuerza. Mis ojos se encontraron con los de Kitten y, tras su fachada mundana, distinguí un brillo tenso y aterrado.

Superado mi momento de duda, no tuve ningún problema para seguir con nuestro plan. Teresa avanzó hacia Kitten para saludarla, golpeándome con el hombro al moverse, y yo me tambaleé hasta chocar con el pecho de Morland, quien me sujetó antes de que yo cayera al suelo.

—¡Lo siento muchísimo! —balbuceé mientras me enderezaba y, sin que nadie lo advirtiera, estiraba la mano hacia atrás para entregarle el pasador de corbata a James.

Miré con disimulo la corbata de Morland, sobre la que centelleaba con aire inocente la imitación que había fabricado Winnie. Había sido un robo perfecto, digno del mismísimo Kes.

—Ha sido culpa mía —afirmó Teresa con una risita—. ¡No saben lo patosa que me pongo cada vez que quiero causar buena impresión! —añadió con un mohín, y todos nos echamos a reír.

—Señores… —dijo James a modo de despedida—. No les entretenemos más; como anfitriones, tendrán muchos otros invitados a los que saludar.

—Ven más tarde a la salita para fumar un puro conmigo —propuso Morland mientras le estrechaba otra vez la mano.

—Cuente con ello —replicó James.

Los tres nos abrimos paso hacia la escalinata de la entrada, deteniéndonos solo para aceptar una bebida y para saludar a una o dos personas. De vez en cuando, me giraba para mirar a Morland con disimulo; aunque parecía ocupado con otras personas, nunca estaba de

más tomar precauciones. Mientras continuábamos nuestro apacible paseo escaleras arriba, me entretuve admirando el adorno floral que serpenteaba por la barandilla y acercando la nariz a una rosa, atenta a algún posible perseguidor, pero no vi a nadie. En realidad, no era tan sorprendente; quienes estaban en el punto de mira de Morland eran Max y Kes, y nuestro anfitrión no tenía ninguna razón para sospechar que ellos dos asistirían a su fiesta.

Al llegar al rellano, seguimos a James hasta una puerta que había al fondo y la atravesamos, conmigo en último lugar. Cerré la puerta y miré a mi alrededor. Nos encontrábamos en la biblioteca, una sala grande y lujosa forrada de estanterías, y no estábamos solos. Sylla, Max, Maud y Winnie nos esperaban allí.

—Bien —dijo Sylla sin más preámbulos—. Ya estamos todos. Izzy, ¿tienes la llave?

Miré a James y él se la sacó del bolsillo. El pasador era dorado, con forma de espada. En el pomo brillaba una pequeña esmeralda, y la empuñadura tenía un grabado de eslabones. Teníamos que trabajar deprisa, ya que nuestra intención era utilizar la llave del pasador y devolvérselo a Morland antes de que advirtiera el cambiazo.

Lo cogí y lo examiné con atención. Tiré suavemente de su extremo y, al ver que no ocurría nada, intenté girar el pomo. Sonó un chasquido y el pasador se abrió para revelar un espigón finamente dentado. Su acabado era tan perfecto, tan preciso que empecé a comprender por qué decían que aquella cerradura era imposible de forzar.

—Sí, la tengo —dije triunfante.

—En ese caso, seguimos con nuestro plan —indicó Sylla con tono seco—. Maud ha localizado todos los lugares donde podría encontrarse la caja fuerte. El más probable es el despacho de Morland; pero, como nos ha dicho Kitten, su marido es un hombre muy prudente, de modo que podría estar oculta en cualquier parte. Iremos registrando de manera sistemática de abajo arriba. Teresa y James, vosotros regresaréis al salón de baile para controlar a Morland. Si veis que trata de salir de allí, tratad de detenerlo por todos los medios, pero no despertéis sus sospechas. Winnie y Maud, a vosotras os toca buscar en el ala este de esta planta, mientras yo registro el ala opuesta. Izzy y Vane, quedaos en esta sala.

Todos asentimos sin decir nada. Aunque nos venía bien aquel recordatorio, habíamos preparado de antemano hasta el último detalle, y nos dispusimos a cumplir con nuestra parte en una atmósfera de enorme tensión.

—Nos veremos aquí en cuarenta minutos —remachó Sylla y, sin más, el grupo se disgregó.

Max y yo nos quedamos solos en la biblioteca. Era la sala más

grande de aquella planta, y la que más posibilidades tenía de albergar lo que buscábamos; al fin y al cabo, allí era donde Kitten había sorprendido a Morland y a Rook. Aunque Maud no había encontrado ningún indicio en sus exploraciones previas, no podíamos descartar que hubiera alguna puerta oculta como la de la biblioteca de Oliver Lockhart. Desde luego, había sitio de sobra para instalarla.

—Empieza por ese lado y yo iré al otro extremo —le indiqué a Max.

Los dos examinamos metódicamente las vitrinas llenas de libros, golpeando las junturas, sacando tomos aquí y allá y palpando por todas partes, pero no encontramos nada sospechoso. Era una labor lenta y exhaustiva, ya que debíamos registrar cada estante. Para cuando Max y yo nos encontramos en el punto medio, apenas nos quedaba tiempo.

—¿Dónde más podemos buscar? —mascullé con la voz rasposa por la frustración.

Los dos recorrimos la estancia con la mirada.

—¿En la chimenea? —propuso Max.

—Sí, y en el escritorio —añadí.

Mientras Max se dirigía al lugar que había propuesto, yo me dispuse a registrar la mesa. No parecía el lugar de trabajo de Morland, que seguramente se ocuparía de sus asuntos en el despacho, sino algo más bien ornamental. Los cajones estaban llenos de papel de cartas perfumado con esencia de lila, con el escudo de la familia impreso en la parte superior, y de obleas rosadas para cerrar cartas. Estaba claro que ese era el lugar donde Kitten se ocupaba de su correspondencia. A pesar de ello, y de que aquel mueble era demasiado endeble para ocultar una caja fuerte, rebusqué por todas partes hasta asegurarme de que no había nada más en él.

—¿Has visto algo? —le pregunté a Max.

—Nada —respondió él antes de ponerse en pie.

Avanzó hasta llegar a mi lado y contempló el último cajón que yo había abierto, y que no contenía más que unos botecitos llenos de tinta de diferentes colores.

Suspiré y cerré el cajón mientras Max se apoyaba en la mesa con los ojos entrecerrados.

—Sabíamos que sería difícil encontrarla a la primera —comenté esforzándome por no traslucir mi desaliento—. Quizá las demás hayan tenido más suer…

Me interrumpí al oír un rumor de voces que se acercaba por el pasillo. El pomo de la puerta se movió… y solo tuve un instante para ver cómo los ojos de Max se abrían de par en par antes de rodearle el cuello con los brazos y estamparle un beso en los labios.



Capítulo 34



Durante un segundo, Max se quedó petrificado, y luego me abrazó para atraer mi cuerpo hacia el suyo con un ímpetu que me arrancó un gemido. Sus labios se ablandaron bajo los míos, y de ellos brotó un suspiro satisfecho. Rodeó mi cara con sus grandes manos y respondió a mi beso con entusiasmo mientras las puntas de sus dedos se enroscaban en mi pelo para pegar aún más mi boca a la suya.

Entrelacé las manos tras su nuca y me apoyé en su pecho, con mis piernas entre las de él. Quería fundirme con su cuerpo, saltar fuera de mi piel para derramarme dentro de la suya. Aquel beso era muchos besos al mismo tiempo: lleno de ternura y hambre, con una languidez que se transformaba por momentos en algo desesperado y embriagador. Recorrí su ancha espalda con las manos, abrumada por todo lo que estaba sintiendo en él: su tacto firme, su sabor a miel y a menta, su aroma a aire fresco y limpio… Todos mis sentidos estaban en alerta para percibir a aquel hombre al que deseaba desde hacía tanto tiempo. Y, sin embargo, cuando la puerta de la biblioteca se abrió, apenas la oí.

—Fuera —gruñó Max, que despegó por un momento los labios de los míos—. ¿No ven que estamos ocupados?

Sonó una risita y una disculpa apurada; luego, la puerta se volvió a cerrar. Jadeante, escuché los comentarios maliciosos que se alejaban por el corredor. Parecía que los intrusos se marchaban de verdad.

Retrocedí un paso y me apoyé en el borde del escritorio, con las rodillas tan trémulas que me habría desplomado de no ser por aquel soporte. Me llevé la mano a los labios y me di cuenta de que los tenía hinchados. *Más*, cantaba mi cuerpo. *Más, más.*

Me forcé para mirar a Max. Estaba inmóvil, contemplándome con unos ojos exaltados que resplandecían entre la seda negra de su máscara. Me tambaleé hacia él sin poder evitarlo, y vi cómo su garganta se movía para tragar saliva.

—Lo siento —balbuceé.

—¿Por qué te disculpas? —replicó con voz ronca.

—Porque no debería haberte besado sin pedirte permiso antes —

expliqué, despegando la mirada de sus labios para fijarla en mis dedos, aún aferrados al borde del escritorio—. Ha sido muy poco galante por mi parte.

Se quedó callado. Al cabo de un momento, me forcé a mirarlo a los ojos y descubrí en ellos un destello de risa reprimida.

—Izzy… —dijo con lentitud, como si le sobrecogiera el sonido de mi nombre—. Quiero dejarte algo bien claro: puedes besarme siempre que te apetezca.

—¿Có… Cómo?

—Que me beses siempre que te venga en gana, por favor —respondió—. En una biblioteca, en mitad de una fiesta, de buena mañana, durante la tarde de un martes… Estoy más que dispuesto a disfrutar de tus besos siempre que tenga la oportunidad.

—Yo… Yo… —tartamudeé, intentando desesperadamente recobrar el habla y dejar de poner cara de pasmada—. ¿Qué?

Max se echó a reír. Levantó la mano como si quisiera retirarse el cabello de la frente, y a medio camino pareció recordar que aún llevaba la máscara puesta.

—Y yo que creía que estaba clarísimo… —dijo—. Pero no; me temo que lo estoy haciendo fatal. Hasta James supo lo que estaba pasando en cuanto me puso la vista encima, y mira que lo quiero como a un hermano, pero no es lo que se dice un tipo sensible… Salvo en lo referente a tu amiga, por supuesto… En fin, la cosa es que me dijo que…

—Max —le corté antes de que se enredase más aún, aprovechando su nerviosismo para recobrar un poco de aplomo—, ¿se puede saber de qué estás hablando?

—De quererte —contestó—. O de estar enamorado de ti, más bien. De que te quiero.

—Que me… —balbuceé.

—Te quiero, sí —asintió Max con una sonrisa avergonzada—. Creo que por fin lo he dejado claro. Siento no ser más elocuente; lo cierto es que nunca me había declarado a nadie, y resulta que es mucho más difícil de lo que pensaba. ¿Crees que debería hacer un segundo intento?

Me lo quedé mirando estupefacta. Era como si sus palabras sonasen muy lejos, como si viajaran hacia mí con gran lentitud y yo tuviera que ir interpretándolas según llegaban. ¿Que me quería? Pero ¿cómo podía quererme? ¿Y qué significaba eso? Una emoción extraña empezó a girar como un torbellino en mi interior, una mezcla de felicidad luminosa y penetrante mezclada con algo parecido al pánico.

—Yo… Yo… —volví a decir, pero me interrumpí al ver que Sylla entraba en la estancia.

Me separé de Max de un salto, con los nervios hechos trizas. Sylla

se detuvo en el umbral y suspiró.

—Isobel, se te han caído casi todas las horquillas.

Levanté una mano y palpé los mechones que me caían sueltos alrededor de la cara.

—Ah, sí —respondí como si nada—. Nunca consigo que se sujeten bien.

Me agaché para recoger las horquillas del suelo y las volví a prender en mi cabello casi al azar, notando que el rubor encendía mis mejillas.

Max, por su parte, no parecía avergonzado ni preocupado. De hecho, estaba feliz de la vida. En su cara se dibujaba una sonrisa de oreja a oreja que contrastaba de una forma casi inquietante con su seriedad habitual, y más en un momento en el que se jugaba la libertad y posiblemente la vida.

—Supongo que no habréis encontrado la caja fuerte —comentó Sylla con aire mordaz—. ¿O acaso estabais demasiado ocupados para buscarla?

—¡Por supuesto que la hemos buscado! —repliqué indignada.

—No está aquí —dijo Max apartándose del escritorio—. Hemos registrado todos los rincones.

—Nosotras tampoco la hemos visto —intervino Maud, que acababa de entrar en la biblioteca con Winnie.

—Ni yo —remachó Sylla.

Todos nos quedamos en silencio.

—Bien —dijo al fin Sylla con tono animoso—. Ya sabíamos que esto podía ocurrir. El siguiente paso del plan es subir a la segunda planta y registrar los aposentos de Morland. Maud, dijiste que siempre los deja cerrados con llave, ¿verdad?

—Así es —corroboró Maud—. Nunca he estado allí; el único que entra es su ayuda de cámara, y nunca en ausencia de Morland.

—En ese caso, necesitaremos forzar la cerradura. —Los ojos de Sylla se deslizaron hacia mí, y levanté la barbilla—. Y la única que puede hacerlo es Izzy. Iremos las dos; si nos sorprenden allí, quizá tenga alguna posibilidad de explicar nuestra presencia en ese lugar.

Max asintió de mala gana.

—Los demás montaremos guardia —dijo, y las demás asintieron con un murmullo.

Salí de la biblioteca tras Sylla y las dos nos dirigimos a la escalera del segundo piso. Al llegar, vimos que un cordón de terciopelo impedía el paso a los invitados. Nos agachamos para esquivarlo y ascendimos en silencio, atentas a cualquier sonido que pudiera delatar la presencia de otras personas.

Alcanzamos el rellano y nos detuvimos.

—Maud dijo que era la tercera puerta de la derecha —susurró

Sylla.

Moví la cabeza en señal de asentimiento, aunque no me hacía falta la indicación: la presencia de una cerradura reluciente y sólida era una pista suficiente. Me acuclillé delante de ella y me saqué un par de horquillas largas del pelo. Sylla, de pie a mi lado, desprendía una energía nerviosa, como un alambre cargado de electricidad que pudiera dar una sacudida a cualquiera que lo tocara.

No me sorprendió comprobar que Morland era mucho más serio en materia de cerraduras que el duque de Devonshire. De hecho, aquella se me estaba resistiendo más de lo habitual. Con las manos sudorosas, moví delicadamente las horquillas para manipular los pernos del interior, esperando oír el leve chasquido que marcaría mi triunfo. Durante varios segundos, nada ocurrió, y me forcé a respirar hondo para que mis dedos dejaran de temblar. Lo intenté de nuevo y, esta vez, noté que los pernos encajaban en su sitio. Con un leve empujón, la cerradura cedió bajo mis manos.

Me incorporé, giré el picaporte y la puerta se abrió con suavidad. Sylla y yo nos colamos en la habitación, veloces y silenciosas como dos espíritus. Cerré la puerta a mi espalda y observé la estancia en penumbra. Reinaba un silencio espeso, solo roto por el pesado tictac de un reloj en la repisa de la chimenea. Sylla se apresuró a encender una lámpara de gas, con la llama lo bastante baja para bañar el entorno en un resplandor difuso y fantasmal.

—Rápidas, eficientes e indetectables —me recordó mi compañera en un susurro.

Nos pusimos de inmediato a registrar el lugar. Según nos había dicho Kitten, había tres aposentos unidos. El primero, en el que nos encontrábamos, era una especie de sala de estar con una mesita para los desayunos, un sofá, una butaca mullida, una estantería y una repisa cubierta de periódicos. Me acerqué para revisarlos y me di cuenta de que nuestro anfitrión estaba suscrito a todas las publicaciones disponibles, incluidas las más populares y sensacionalistas. La consigna de Sylla resonó en mi mente mientras me aseguraba de que todo quedase como lo había encontrado, ni un centímetro fuera de su sitio. Morland me parecía el tipo de hombre capaz de fijarse en detalles como ese.

Tras registrar esa habitación, pasamos a la siguiente: el dormitorio. Se trataba de una estancia de estilo anticuado. Una enorme cama con dosel dominaba el espacio, junto a un vestidor lleno de trajes impecables en tonos azules, negros, grises y marrones. Estaba claro que el ayuda de cámara de Morland era un hombre meticuloso, porque todo estaba organizado por temporadas y colores, e incluso las cajas de zapatos estaban etiquetadas según su contenido. Aquí había menos rincones en los que buscar, de modo que avanzamos con

relativa rapidez hasta la última habitación: el estudio de Morland.

Nada más entrar, sentí una oleada de expectación. Mi intuición me decía que la caja fuerte se encontraba allí, y en su interior estarían los secretos que tanto necesitábamos desvelar. Empecé por el escritorio de Morland, en el que había varios cajones cerrados. Forcé sus cerraduras tan rápido como pude y vi que contenían documentos de aspecto oficial. Algunos estaban rotulados como «Alto secreto», pero a primera vista no había en ellos nada demasiado sorprendente. Me aparté, segura de que lo que buscábamos se encontraba en otra parte del cuarto.

Avancé hacia el fondo, donde Sylla golpeaba las paredes con los nudillos, y me puse a ayudarla. Por fin, en una alcoba que había tras el escritorio, oímos un sonido hueco que delataba la existencia de un compartimento oculto. Palpé alrededor en busca de los bordes de la trampilla, pero debían de estar disimulados entre los relieves del papel dorado y azul oscuro que recubría las paredes.

—Tiene que haber alguna palanca que lo abra —susurré mientras tiraba a la desesperada del borde del rodapié.

Sylla, que estaba de pie a mi lado, se puso de puntillas para agarrar una lámpara de pared con forma de antorcha llameante y tiró de ella. Cedió con facilidad y, ante nuestros ojos, la trampilla oculta se abrió para revelar un cuartito con una enorme caja fuerte.

Avancé y palpé la puerta de la caja con las yemas de los dedos, notando la dura frialdad del metal. Era un artefacto imponente, con dos cerraduras de distinto diámetro. Jamás había visto nada semejante, y me tomé un instante para felicitarme a mí misma por haber conseguido las dos llaves; estaba claro que se trataba de un artilugio hecho a medida, y no me cabía duda de que Morland era sincero cuando decía que ni siquiera los mayores expertos en cajas fuertes habían sido capaces de forzarla.

Sylla se sacó el broche del bolsillo, lo manipuló para extraer la llave y la introdujo en el orificio más grande. La hizo girar con decisión y oí el chasquido de los pernos al alinearse. Ya teníamos la primera.

—Ahora, a por el pasador —murmuró.

Me lo saqué del bolso de mano, giré la esmeralda del pomo para extraer la llave y la encajé en la segunda cerradura. Era tan fina que me pareció estar enhebrando una aguja.

—¿Preparada? —le pregunté a Sylla.

Ella asintió, en tensión.

Giré la llave, segura de mi triunfo.

Pero la cerradura no se abrió.




Capítulo 35

—¿Qué demonios pasa? —masculló Sylla—. ¡Ábrela de una vez!

—Eso intento, pero no funciona —dije desesperada mientras forzaba la llave hasta casi romperla.

—¿Cómo que no funciona? —preguntó Sylla.

Sentí que un vuelco en el estómago, como si estuviera en el borde de un barranco y observase el precipicio ante mí. Extraje el pasador y lo examiné.

—No es la auténtica llave —dije.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó mi compañera con la confusión pintada en el rostro—. Es su pasador, y tiene una llave oculta que encaja en esta cerradura absurdamente diminuta.

—No sé, no sé… —murmure frenética, devanándome los sesos en busca de una explicación—. Debe de ser un señuelo, una falsificación. Morland ha redoblado las precauciones porque sabe que Max tiene el broche en su poder.

Me senté en el suelo, aplastada por el miedo y la decepción. Habíamos fracasado; teníamos al alcance de la mano la posibilidad de terminar con las retorcidas maniobras de Morland y habíamos fallado. Todos nuestros esfuerzos habían desembocado en un callejón sin salida, y con ellos se desvanecía cualquier esperanza de salvación para las víctimas de Morland. ¿Qué sería de su mujer? ¿Y de Max, o de las incontables personas que se veían salpicadas por sus designios? Y, peor aún, ¿qué futuro le esperaría a un país dirigido por aquel sujeto cruel y despiadado?

Una vez más, sentí una opresión familiar en el pecho: era el pánico, que se elevaba en mi interior como una nube de tormenta y apagaba la luz de mis ojos. Me hormigueaban las manos, y mi respiración acelerada resonaba en la quietud de la estancia. La visión se me empañó por las lágrimas contenidas.

—Para ahora mismo —gruñó Sylla, acuclillándose para dirigirme una mirada tan ardiente como si sus ojos fueran dos ascuas—. Sé muy bien lo que estás pensando, pero esto aún no se ha terminado. Respira, Izzy. Concéntrate. Inspira, espira. No estás sola; yo estoy aquí contigo.

Su voz se había convertido en un arrullo reconfortante, y su mano

me acariciaba en círculos la espalda con una ternura inesperada. Cerré los ojos y me esforcé por llevar aire a mis pulmones. Cuando sentí que la tirantez de mi pecho se aflojaba un poquito, me centré en esa sensación y conté para mis adentros mientras tomaba y expulsaba aire.

—¿Qué más podemos hacer? —pregunté al cabo de un rato, ya más tranquila a pesar de la conciencia de que habíamos perdido unos minutos preciosos—. Sin la segunda llave no podemos abrir la caja. Y, si no la abrimos para hacernos con su contenido, jamás podremos conectar a Morland con sus crímenes.

—En ese caso, habrá que forzarla —repuso Sylla, y se encogió de hombros como si la respuesta fuera evidente.

—Es imposible abrirla por la fuerza —repliqué mientras luchaba contra las lágrimas de furia y decepción que volvían a invadir mis ojos —. Nadie puede hacerlo.

Sylla me agarró la barbilla y tiró de ella para que la mirase a los ojos.

—Tú puedes —afirmó.

—¡No es cierto!

—No existe ninguna caja fuerte imposible de forzar; lo único que existe son cajas fuertes que aún no ha forzado nadie —insistió Sylla, y me soltó el mentón—. En este país no hay nadie que abra cerraduras como lo haces tú, Izzy. Has salido de situaciones imposibles una y otra vez. A pesar de tu educación de jovencita de la alta sociedad, te has convertido en una de las agentes más eficaces, competentes y brillantes que hemos tenido en la Pajarera. Entre todas hemos salvado más de una vida; no vamos a dejar que nos derrote ahora un hombrecillo como Morland. Puedes hacerlo. Sé que puedes.

Sylla nunca me había hablado en esos términos. Jamás. Por un momento, sus palabras parecieron envolverme como un conjuro, y noté que mi espalda se enderezaba bajo el influjo de su certeza. Por alguna razón misteriosa, sentí que empezaba a creerla. Sylla tenía razón; siempre la tenía. Si ella decía que yo podía hacerlo, es que podía. No me quedaba más remedio.

—¿Acabas de decir que soy brillante? —pregunté con voz trémula, y Sylla puso los ojos en blanco.

—No me acuerdo —refunfuñó—. Y ahora, ponte a trabajar.

Me acerqué de nuevo a la cerradura e introduje en ella mis horquillas. Solo podía utilizar la parte aguzada del final, y el orificio era tan angosto que apenas podía sentir el movimiento de los pernos en su interior. Apoyé la oreja en la puerta metálica, recordando las enseñanzas de mi padre. Él siempre me había dicho que, para forzar una cerradura, no solo se requería tacto. Según él, también era una cuestión de oído; solo había que saber escuchar su música, la melodía

que producían los resortes al encajar al fin en su sitio.

No sé cuánto tiempo me costó. En más de una ocasión, lo tuve al alcance de la mano y se me escapó en el último instante. Si no me hubiera sentido tan frustrada, habría caído rendida ante la belleza de aquel mecanismo. Aquella caja fuerte retorcida y exasperante era una obra de arte.

Trabajé, con la lengua asomando por la comisura de mis labios y la frente perlada de sudor. A mi alrededor, el mundo se había reducido a aquel punto diminuto, aquella chispa, aquel resquicio al que solo podía engatusar con la más leve de las caricias. Hasta que, al fin, lo sentí: el chasquido casi imperceptible de la cerradura al alinearse todas sus partes. Me eché hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿Y bien? —preguntó Sylla con expectación.

Estiré la mano, giré la gran rueda que había en la puerta de la caja y le di un tirón. La puerta cedió sin el menor ruido y se abrió para revelar su contenido: una gruesa carpeta, una caja de placas fotográficas y un sobre lleno de fotografías ya reveladas, todo ello coronando una montaña de billetes y lingotes de oro. Allí había una auténtica fortuna.

—Lo he conseguido —susurré aturdida.

—Eso parece, señorita Stanhope —dijo alguien a mi espalda.

Sylla y yo volvimos la cabeza y nos quedamos heladas; ante nuestros ojos, Morland entraba en el despacho empujando a Max frente a él. Llevaba en la mano un revólver reluciente cuyo cañón se apoyaba en la sien de Max.

—Aléjense de la caja fuerte —dijo Morland, con un tono tan tranquilo como si comentase el tiempo que hacía.

Me puse en pie lentamente, con los ojos clavados en el arma. Luego, desvié la mirada para contemplar a Max. Ya no llevaba la máscara, y del nacimiento del pelo le caía un hilo de sangre. Aunque su boca estaba cerrada en una mueca adusta, en sus ojos solo había preocupación por mí. Sylla y yo nos hicimos a un lado para separarnos de la caja.

—Verdaderamente, es usted una joven notable, señorita Stanhope —dijo Morland con su aterciopelada voz de barítono, y solo entonces caí en la cuenta de que él también se había quitado la máscara—. No sabe cuánto le agradezco que me haya devuelto mi broche; no tenía por qué haberme preocupado tanto por su desaparición, en vista de que usted lo ha mantenido a buen recaudo. Primero le birló el broche a Rook; luego se ha hecho usted con mi pasador sin que me diera cuenta siquiera, y ahora ha logrado abrir mi caja inexpugnable. Su padre estaría muy orgulloso de usted.

Mi espina dorsal se tensó, y de la garganta de Max brotó un gruñido amenazante. Morland, sin embargo, se limitó a sonreír y a

aferrar la culata de su pistola con más fuerza. Contemplé cómo apoyaba el dedo en el gatillo y cómo el negro cañón presionaba la piel de Max, y me pareció estar viviendo una pesadilla.

—Ah, ¿es que no se había dado cuenta? —dijo Morland, atrayendo de nuevo mi atención—. Fue su padre quien modificó esa caja fuerte para mí. Me dijo que ni siquiera él podría abrirla sin las dos llaves; que no había nadie capaz de hacerlo. Parece que subestimaba a su propia hija.

—Sí, eso parece —repuse, encontrando al fin mi voz y sorprendiéndome por lo tranquila que sonaba.

La sonrisa de Morland se ensanchó.

—Aunque creo que está usted acostumbrada a que la subestimen, ¿no es así, señorita Stanhope? —comentó mientras sus ojos azules recorrían mi cara como una caricia viscosa—. No me extraña que mi joven protegido esté tan prendado de usted… Y que se haya dejado enredar hasta el punto de seguirla en este absurdo plan y permitir que lo identificara uno de mis hombres.

Max torció el gesto al oírlo.

—Deja que se vayan —dijo con voz inexpresiva—. La persona que buscas soy yo; ellas no tienen nada que ver con esto.

El hecho de que Morland nos hubiera sorprendido en el acto de forzar su caja de caudales restaba toda credibilidad a aquella afirmación, pero no pude evitar una sonrisa ante la caballerosidad de Max.

Morland debió de pensar lo mismo, porque soltó una carcajada.

—Serás noble hasta tu triste final, Roxton —dijo, y levantó la mano para asestarle un culatazo que resonó con un chasquido estremecedor.

Las piernas de Max cedieron y se desplomó.

—¡Max! —chillé lanzándome hacia él, sin hacer caso del arma que ahora me apuntaba a mí—. Max, Max… —susurré mientras apoyaba su cabeza en mi regazo y le acariciaba la mejilla.

Sus párpados se estremecieron y dejé escapar un gemido de alivio: estaba vivo.

Sin embargo, si no actuaba rápido, pronto dejaría de estarlo. Y esta vez, yo no era un granuja callejero armado con una navaja. Solo era Isobel Stanhope.

Dirigí una mirada rápida a Sylla, que observaba a Morland con expresión calculadora. Dado que los ojos de este estaban clavados en mí, quizá Sylla pudiera maniobrar hasta arrebatarle el arma si yo lo entretenía lo suficiente. Retiré los mechones que caían sobre la cara de Max, le apoyé con cuidado la cabeza en la alfombra y me puse en pie temblorosa.

—No debería haber hecho eso —afirmé con una voz cargada de veneno—. Ya le ha arrebatado demasiadas cosas.

Los ojos de Morland enfocaron por un momento el cuerpo inmóvil de Max.

—Es una pena —dijo con una sombra de pesar verdadero—. Era un buen soldado; con el tiempo, creo que me habría sido muy útil. Aunque, por supuesto, tiene una brújula moral demasiado ajustada. Solo ve las cosas en blanco y negro. —Me miró con atención—. Usted y yo, señorita Stanhope, sabemos que el mundo está lleno de grises.

—Usted y yo no nos parecemos en nada —le espeté mientras daba otro paso para alejarme de Max.

Morland, imperturbable, siguió mi movimiento con el arma. Sylla avanzó de forma casi imperceptible.

—¿De veras? —preguntó Morland enarcando una ceja—. Pues yo juraría que sus amigas y usted se saltan las leyes de forma habitual.

—Solo hacemos lo necesario para proteger a personas indefensas —repliqué—. Usted hace lo que hace para su propio beneficio, sin importarle quién cae por el camino.

—Me temo que es usted muy estrecha de miras —suspiró Morland—. Todo lo que hago es por el bien del país. Si algunos sujetos débiles o poco recomendables se pierden en la búsqueda de esos ideales…, que así sea.

—¿Ideales? —repetí con desprecio—. ¿Desde cuándo el secuestro, el chantaje y el asesinato son ideales por los que luchar? ¿O acaso se refiere al contrabando de opio y las falsificaciones?

En el rostro de Morland apareció una sonrisa benévola.

—Ay, señorita Stanhope, no deja usted de sorprenderme. Verdaderamente, se ha esmerado en sus investigaciones. Pero no debería ser tan miope. El poder solo puede tomarse por la fuerza, y proteger un país como el nuestro… o, mejor dicho, un imperio… En fin, no es tarea fácil. Se precisan grandes recursos.

—Está usted loco —murmuré mientras daba otro paso, viendo por el rabillo del ojo cómo Sylla se alejaba muy despacio del campo de visión de Morland.

—¿Loco? —Morland frunció el ceño—. En absoluto. El panorama mundial es cada vez más inestable. Este país necesita contar con armas suficientes; nuestros arsenales deben estar bien provistos y dispuestos para defendernos… o para atacar, incluso, si se presenta una buena ocasión. ¿Por qué limitarnos a conservar lo que ya tenemos, cuando queda tanto por ganar? Aún quedan muchos países que podrían beneficiarse de nuestro influjo civilizador.

—¿Civilizador? —dije, sintiendo una arcada al oír aquella fea palabra que tantos crímenes encubría.

Morland asintió con la cabeza.

—Eso es —afirmó—. Somos la cabeza de un imperio en el que no se pone el sol, y haré todo cuanto esté en mi mano para que eso no

cambie.

—¿Delinquiendo?

—En realidad, era una idea simple y efectiva —contestó con aire satisfecho—. En Londres existe un amplio y provechoso submundo marginal. Hay un gran sector del populacho que comete crímenes porque eso está en su naturaleza; ni ellos ni nosotros podemos evitarlo. Y, dado que la situación es esa, ¿por qué no sacar rendimiento de ella?

—Usted colaboró con Andrew Sharpe, que se dedicaba a secuestrar a muchachas para venderlas. ¿Es ese el tipo de negocios del que quiere sacar rendimiento?

Sus ojos se entornaron.

—Sharpe era un necio —masculló—. Debo admitir que algunas de sus actividades me disgustaban… Pero lo que ocurre en los barrios bajos no puede ser la prioridad de un buen líder.

Respiré hondo. Sylla estaba cada vez más cerca de él.

—¿Y chantajear a personajes influyentes, sobornar y engañar para llegar al poder? ¿Es eso propio de un buen líder? —cuestioné.

—No siempre se puede confiar en que el pueblo elija al líder que necesita —Morland se encogió de hombros, con los ojos brillantes—. Y piense usted lo que piense, sé que este país me necesita. Incluso usted me necesita. La salud de la reina está fallando. Su hijo es un pasmarote, un derrochador al que solo le preocupa satisfacer sus apetitos. Se aproxima una gran tormenta, y este país necesita una mano firme que guíe el barco. Todo lo que hago es por el bien común.

Sylla ya estaba casi junto a él; y, aunque no tenía tanta experiencia como yo en las peleas cuerpo a cuerpo, la señora Finch se había asegurado de que todas fuéramos capaces de defendernos. Con Morland desprevenido, estaba segura de que Sylla podría arrebatarle la pistola, y yo estaría preparada para…

Como si Morland pudiera leerme la mente, se llevó la mano libre al cinto y desenfundó otra pistola.

—Ay, ay, ay, señorita Banaji —la reconvino, apuntándole a la frente con mano firme—. No querrá usted cometer ninguna imprudencia, ¿verdad? Vuelva a situarse junto a su amiga, por favor.

—No va a salir indemne de esto, lord Morland —le espetó Sylla con firmeza mientras lo obedecía.

—Por supuesto que saldré indemne —replicó él con tono paciente, como si fuéramos niñas pequeñas que no entendieran algo evidente—. De hecho, voy a ser el héroe que atrapó a un malvado traidor mientras este intentaba forzar su caja de caudales. El villano, también conocido como duque de Roxton, secuestró y asesinó a dos de mis invitadas, dos jovencitas inocentes. Lo condenarán a la horca, seguro. —Arrugó el ceño—. Aunque, pensándolo bien, tal vez eso complique demasiado

las cosas; creo que no me va a quedar más remedio que pegarle un tiro en defensa propia. Será un castigo justo para un traidor a la Corona que, además, tiene ocultas en su casa las joyas del duque de Devonshire. Harán desfiles en mi honor; de hecho, será justo el empujón que necesito para asegurar mi elección como primer ministro. Ah, cómo disfrutarán los periódicos sensacionalistas con este escándalo…

La sangre se me heló por el desenfado con el que Morland exponía aquel brutal plan.

—Si nos mata, las mujeres con las que trabajamos se echarán sobre usted —repliqué, ocultando a duras penas el temblor de mi voz.

—¿Mujeres? —se burló Morland—. ¿Cree que un grupo de mujeres puede acabar conmigo? ¿Quién las creería? Veo que ignora usted cómo funciona este mundo, señorita Stanhope… No se preocupe, señorita Banaji, usted va a seguir el mismo camino que su amiga. Siento verme obligado a tomar esta medida, pero… En fin, en ocasiones es necesario hacer sacrificios.

Amartilló el arma y supe que estaba a punto de morir. Mis párpados se cerraron en el preciso instante en que sonó la detonación.

—¡Izzy! —oí rugir a Max, y luego solo hubo dolor.

Me desplomé mientras el mundo se sumía en la oscuridad.




Capítulo 36

—¡Izzy! ¡Izzy!

Traté de moverme, vagamente consciente de que Max me llamaba y me acariciaba la mejilla.

—¿Estoy muerta? —grazné, pensando que los brazos de Max bien podían ser el paraíso.

Abrí los párpados y vi su cara casi pegada a la mía. De su boca brotó un sonido a medio camino entre la risa y un sollozo.

—Claro que no estás muerta —me espetó Sylla, asomando sobre el hombro de Max con el ceño fruncido. Suspiré. Tal vez aquello no fuera el paraíso, después de todo—. Una bala te ha hecho un rasguño, tras lo que te has desplomado con un dramatismo innecesario. Luego, el Romeo aquí presente se ha lanzado sobre ti y se ha echado a llorar como una Magdalena.

—No me he echado a llorar —protestó Max, aunque tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Sylla miró al techo y bufó con desdén mientras Max me sostenía del hombro para ayudarme.

—Así que de verdad no me he muerto —murmuré, aún aturdida—. Pero, entonces…

Me giré para mirar a Morland, y una punzada de dolor me atravesó el costado arrancándome un gemido. Nuestro agresor yacía inerte en el suelo, rodeado por un charco de sangre. Detrás de él, en el umbral, con un pequeño revólver de empuñadura nacarada y cañón todavía humeante, había una mujer ataviada con un vestido de color escarlata y una máscara a juego.

Era la señora Finch.

Con movimientos precisos y seguros, dispersó el humo de un soplido y dejó caer el arma en su bolso de mano de seda roja.

—Menuda fiesta —comentó.

—Me alegro de que no se la haya perdido —repuse, y di un respingo por una nueva punzada de dolor.

—¿Dónde está Izzy? —gritó una voz femenina desde detrás de la señora Finch.

Pertenecía a Teresa, que entró en estampida en el despacho,

esquivó el cadáver de Morland como si no lo viese y se lanzó al suelo para abrazarme.

—¡Ay, Izzy, qué angustia! Habíamos perdido de vista a Morland y, de pronto, ha sonado un disparo… ¡He vuelto a pensar que te habías muerto! Pero dime, ¿estás bien?

—Estaría mejor si dejaras de estrujarme —jadeé.

—Tiene una herida —dijo Max—. Ten cuidado, por favor.

—Ya voy con cuidado; no hace falta que me expliques cómo cuidar de mi mejor amiga —replicó Teresa con el ceño fruncido.

—¡Teresa! —James entró a la carrera y, al ver el cuerpo de Morland, se detuvo en seco y lo miró con ojos desorbitados. Se quitó la chaqueta y tapó con ella el rostro de su antiguo jefe, mientras Teresa se lanzaba a sus brazos y estallaba en un ruidoso sollozo.

—Tranquila, tranquila —susurró James—. Aparta la mirada, anda, y no te asustes.

—¡No estoy asustada! —exclamó Teresa, y alzó el rostro empapado de lágrimas para mirarle a la cara—. Lo que estoy es furiosa con él por haber hecho daño a Izzy. ¡Me gustaría haberlo matado yo misma!

Su prometido la contempló con una sonrisa tierna.

—No te preocupes, amor mío, quizá aún tengas la oportunidad de enterrarlo en el jardín —respondió y, tras aquel romántico comentario, la besó en los labios.

—Me alegra que la presencia de un cadáver no haya empañado vuestro ardor amoroso —comentó Sylla en tono cáustico—, pero tal vez sea el momento de idear una estrategia.

—Es cierto —asentí mientras me incorporaba con ayuda de Max, que me trataba con tanto cuidado como si yo fuera una figurilla de cristal—. Ahora que tenemos el contenido de la caja a nuestra disposición, imagino que encontraremos pruebas de sobra para demostrar los crímenes de Morland.

—Izzy ha forzado una caja de caudales imposible de forzar —afirmó Sylla, con lo que me pareció un matiz de orgullo en la voz.

—Sabía que podría —repuso Max, que me miraba con tal intensidad que me pregunté por qué no me estaba besando ya.

—Max… —empecé a decir, pero no pude continuar. Mi voz sonaba muy lejana, como si viniera del otro extremo de un largo túnel. El mundo empezó a oscilar a mi alrededor, y vi vagamente que Max me rozaba el costado y se miraba la mano teñida de rojo.

—¡Izzy! —pronunció su boca, y el sonido tardó unas décimas de segundo en llegar a mis oídos.

—Creo que la bala me ha hecho algo más que un rasguño —dije con voz pastosa—. Lo siento mucho, Sylla, pero creo que voy a ponerme dramática otra vez.

Incapaz de sostenerme, caí sobre el pecho de Max. *Qué buena forma*

de morir, me dije justo antes de que todo volviera a sumirse en las tinieblas.

En esta ocasión, cuando recobré el conocimiento me encontraba en la Pajarera, tumbada en el cuarto de Maud. Me pareció distinguir dos siluetas a los lados de la cama; a medida que fui cobrando conciencia de mí misma, me di cuenta de que cada una me agarraba de una mano.

Enfoqué la mirada con esfuerzo y vi a la señora Finch inclinada sobre mí.

—Estás despierta —observó con una sonrisa.

Me humedecí los labios resecos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con voz rasposa.

—La bala te ha dado en el costado. Por suerte, no ha tocado nada importante, pero no nos habíamos dado cuenta de que estabas perdiendo tanta sangre. Te he cosido la herida, y estarás como nueva en un abrir y cerrar de ojos. Eso sí, te recomiendo que evites a los locos homicidas durante una temporada.

—Tomo nota —asentí.

Parpadeé, recordando por fin todo lo que había ocurrido aquella noche.

—Lo ha matado… —susurré.

Por el rostro de la señora Finch atravesó una sombra que se disipó enseguida.

—Eso he hecho, sí —repuso con voz calma.

Las dos nos quedamos calladas por un momento. Giré la cabeza. La persona que me agarraba la otra mano estaba dormida, con la cabeza apoyada en el colchón.

—¿Sylla? —pregunté.

—Lleva aquí toda la noche —respondió en voz baja la señora Finch, con la boca estirada en una leve sonrisa—. No ha parado de decir a todo el mundo lo poco que le importas.

—No hubiera podido abrir la caja sin ella —dije—. Me ha dicho que creía en mí. No estará enferma, ¿verdad?

La señora Finch dejó escapar una risita.

—Izzy, ¿por qué crees que Sylla propuso que escucharas mi conversación con Kitten? Fue ella quien te reclutó; por supuesto que cree en ti. De hecho, opina que deberías salir de esta bandada para encabezar una nueva. Lleva tiempo dejándote espacio para que me demuestres de lo que eres capaz, y creo que tiene razón.

La sorpresa me hizo dar un respingo, y esbocé una mueca al notar el tirón de los puntos. Eso por fin despertó a Sylla, que se sentó y soltó mi mano abruptamente.

—De modo que ya estás despierta —constató.

—Sí. Gracias por haberme hecho compañía.

Ella se encogió de hombros y se puso en pie.

—Solo quería asegurarme que no lo manchabas todo de sangre otra vez. Me has dejado el vestido perdido, que lo sepas.

—Perdón —respondí con mansedumbre.

—En fin, si ya has terminado de hacer teatro, creo que me iré a casa.

Se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió para fulminarme con la mirada.

—He terminado —aseguré—. Se acabó el teatro por mi parte, lo prometo.

—De acuerdo. —Sylla se atusó la falda manchada de sangre y arrugó la nariz—. Mañana nos veremos para retomar el trabajo. El fallecimiento de Morland va a producir muchas secuelas de las que tendremos que ocuparnos desde la Pajarera —dijo y, sin más, se fue.

Me desplomé sobre la almohada y dejé escapar un suspiro.

—Yo pensaba que una herida de bala me daría derecho a disfrutar de un día libre —protesté.

—Me temo que la Pajarera no funciona así —replicó la señora Finch—. Y ahora, ¿quieres que le diga a ese muchacho con el que estás siempre que puede pasar a verte? Ha dado tantas vueltas por el pasillo que me extraña que aún no haya hecho un agujero en el suelo.

—¿Max está aquí? —pregunté aturdida—. Creía que tendría otras cosas que atender…

—Me da la impresión de que, para él, no hay nada más importante que tú, Izzy.

Me quedé callada, con la vista clavada en mi regazo.

—¿Qué te ocurre? ¿Te supone eso algún problema? —se inquietó la señora Finch.

Alcé la cara hacia ella y vi que me miraba con comprensión.

—Yo… No lo sé —confesé, retirando los mechones que me tapaban la cara—. Me ha dicho que… que me quería. Pero no sé qué significa eso. Es tan honorable que… ¿querrá decir que quiere casarse con… conmigo? Sería un escándalo tremendo: él es el soltero más codiciado del país, mientras que yo soy solo una mosqui…

—Si vuelves a calificarte a ti misma de mosquita muerta, me llevaré una gran decepción —me espetó la señora Finch—. Y sabes por qué, ¿verdad? En realidad, eso no es lo que te hace dudar.

—Tiene razón —reconocí—. Es todo lo demás… Este trabajo, por ejemplo. Me encanta. Antes me ha hablado de dirigir mi propia bandada, y no hay nada que me apetezca más. Creo en lo que hacemos; hay muchas mujeres que nos necesitan. Pero ¿cómo voy a hacerlo si contraigo matrimonio? Especialmente si me caso con el

duque de Roxton, nada menos… —Seguí el dibujo de las sábanas con la yema del índice—. Por no hablar de la idea del matrimonio en sí misma… Si me convierto en la mujer de Max, pasaré a ser una especie de propiedad suya y estaré a su merced. Mire todas esas parejas que vemos día tras día: el desequilibro de poder, el dolor que pueden causar incluso los hombres honrados… —dije pensando una vez más en mi padre y en la posición en la que había dejado a mi madre.

La señora Finch tomó mi mano entre las suyas.

—Si no quieres casarte, no lo hagas —dijo con calma—. El matrimonio no es la respuesta para todas las mujeres, y tú, desde luego, tienes otras formas de subsistir. La decisión está en tus manos y eso jamás debe cambiar, Izzy. Pero recuerda que no todos los matrimonios acaban mal: hay algunos que son verdaderas asociaciones de iguales, uniones entre personas que se aman, se respetan y quieren apoyarse mutuamente en lugar de coartar la libertad del otro.

—¿Es así su matrimonio? —me atreví a preguntar.

Por un momento pensé que no contestaría, pero entonces algo en su expresión se suavizó.

—Sí —afirmó—. Es así de verdad, aunque no siempre ha sido fácil y hemos tenido que superar muchos obstáculos. Pero no olvides esto: en este trabajo, siempre verás más cosas malas que buenas. Las personas que acuden a nosotras están en su momento más bajo, más vulnerable, más doloroso; esa es la naturaleza del trabajo que realizamos, y por eso somos tan importantes. Sin embargo, en el mundo también existe mucha bondad. En fin —dijo con un suspiro mientras se ponía en pie—, ya he dicho lo que tenía que decir, y ahora tú tienes que encontrar tu propia respuesta. Pero supongo que ahora querrás hablar con él… Le aliviará mucho saber que has recobrado el conocimiento.

—Sí —asentí, aún mareada—. Me gustaría verlo.

Era cierto, y eso era lo peor de todo: que siempre tenía ganas de ver a Max. Estaba loca por aquel botarate grandote, guapo, amable y divertido, pero eso no calmaba los temores que me estaban carcomiendo. Si aceptaba, ¿a qué tendría que renunciar por él?

En todo caso, la señora Finch ya le había dejado entrar. Miré cómo se acercaba, con las facciones fruncidas en una mueca de preocupación que solo se esfumó al verme sentada.

—¡Por fin te has despertado! —exclamó—. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorida —reconocí—. No estoy segura de que pudiera recorrerme todo Londres a la carrera para huir de unos asesinos. He de reconocer que te has ganado todo mi respeto.

Max ocupó una de las dos sillas que flanqueaban la cama y me dedicó una sonrisa torcida. La señora Finch salió y cerró la puerta tras

ella.

—Bueno, a mí solo me apuñalaron y a ti te han pegado un tiro —señaló.

—Es verdad —repuse—. Y no pasa nada porque te den una puñaladita amistosa de vez en cuando, ¿no crees?

—Eso digo yo siempre —repuso Max, y se llevó mi mano a los labios—. Gracias a Dios que estás bien… Creo que nunca había pasado tanto miedo como hoy.

—Te va a hacer falta algo más que un Samuel Morland para librarte de mí —le espeté, y saqué mi mano de la suya para volverme a apoyar en la almohada—. Me sorprende verte aquí… Había pensado que tendrías muchas cosas que resolver en casa de Morland.

—Jamás he visto un caso que se cerrara con tanta eficiencia como este —respondió, y examinó mi rostro con atención—. La señora Finch y Sylla lo dejaron todo perfectamente organizado para los investigadores. James y yo apenas necesitamos hacer nada; ni siquiera tuvimos que pedir ayuda a nuestra agencia, aunque hubiéramos podido hacerlo. Las pruebas que encontraste son suficientes para inculpar a Morland sin sombra de duda. En todo caso, las autoridades han decidido que es mejor ocultar la verdad, de modo que la versión oficial es que Morland sufrió un infarto durante la fiesta. He de decir que Kitten es una viuda bastante alegre…

—¿Y tú? —pregunté con ansiedad.

—Gracias a ti, he podido demostrar mi inocencia. Incluso me han ofrecido el puesto que Morland ha dejado vacante en los servicios secretos.

—¿Vas a aceptar? —pregunté, y él asintió con la cabeza.

—Creo que sí. En estos últimos días, mi visión del mundo se ha modificado mucho; ahora hay cosas que veo con mucha más claridad, y creo que esa es una buena cualidad para un líder. Quizá pueda hacer que las cosas cambien… desde dentro.

Noté una agradable calidez que se expandía por mi pecho.

—Izzy —dijo Max, y se quedó callado durante unos segundos—. Hay algo que quiero decirte…

—¿Crees que podrías esperar un poco? —le corté, y cerré los ojos—. Lo siento mucho, pero me hace falta dormir.

—Por supuesto —accedió él de inmediato—. Necesitas descansar; esta noche ha sido muy difícil para ti. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Se puso en pie y salió con sigilo de la habitación, mientras yo, tumbada en la cama, maldecía mi cobardía.



Capítulo 37



Ya habían pasado casi dos semanas desde aquella escena, y yo seguía siendo la peor de las cobardes. Me encontraba en el hermoso salón de baile de la residencia londinense del conde de Wynter; llevaba todos aquellos días evitando ver a Max con la excusa de que estaba aún muy débil, mientras él me enviaba notas y flores. Pero eso iba a llegar a su fin esa noche, y yo estaba como un flan. Ni siquiera había decidido aún qué iba a decirle.

—¿A que está todo precioso? —dijo Teresa extasiada—. Ha sido todo un detalle por parte de Nick dejar que celebráramos nuestra fiesta de compromiso aquí. No es nada propio de él, la verdad.

—Estoy segura de que tu abuela ha tenido mucho que ver —afirmé.

En todo caso, Teresa tenía razón: el salón de baile estaba impresionante, adornado con guirnaldas de seda de color rosa pálido y arreglos florales que caían en cascada desde grandes ánforas de estilo griego.

—¿No os da vergüenza vilipendiarme en mi propia casa? —dijo alguien por encima de mi hombro.

Me giré y vi que el mismísimo Nicholas Wynter se acercaba hacia nosotras.

—Mi abuela apenas tuvo que hacerme chantaje emocional para convencerme de organizar una fiesta en honor de mi prima favorita —añadió Nick. Estampó un beso en la mejilla de Teresa y suspiró—. Qué interesante elección de vestido, Teresa. ¿Cómo llamas a ese color? ¿Amoratado? —preguntó estremeciéndose. Él, como de costumbre, iba vestido con la máxima elegancia, y la sencillez de su traje realzaba su asombrosa belleza.

—Es rosa palo, so mendrugo —replicó Teresa muy digna.

Sin dignarse a responder, Nick se volvió hacia mí y contempló mi vestido de color verde salvia recubierto de tul dorado.

—Al menos tú estás bien, Izzy. Por fin te veo con un vestido que no parece un saco de patatas.

—Siempre tan encantador, Nick —suspiré—. Pero ¿no deberías estar ocupándote de tus invitados? Creo que tu abuela te estaba

buscando.

—¿Dónde? —se alarmó Nick, y miró a su alrededor—. Esto… Acabo de acordarme de algo que tenía que hacer en mi estudio —farfulló, y se escabulló a toda prisa.

—Tu abuela sigue empeñada en casarlo con la primera muchacha casadera que se ponga a tiro, ¿verdad? —le pregunté a Teresa.

—Qué quieres… Ahora él es el conde —repuso ella encogiéndose de hombros—. En todo caso, me interesa mucho más hablar de mi boda que de la suya.

—¡Por supuesto! —me reí—. Va a ser la boda de la temporada, te lo prometo.

—Del año, dirás —replicó Teresa con tono severo—. Creía que eso ya estaba claro.

—Será la boda de la década; no me conformaré con menos —nos interrumpió James Saint Clair, deslizando un brazo alrededor de la cintura de Teresa—. Siento molestaros, pero la abuela de Teresa dice que tenemos que prepararnos para recibir a los invitados y no me atrevo a desobedecerla.

—¡Venga, id ya! —exclamé con un aspaviento—. Todo el mundo quiere ver a los tortolitos.

—No te escondas en un rincón toda la noche, Izzy —me dijo Teresa volviendo la cabeza mientras James se la llevaba—. ¡Pienso enviar a mis espías para que lo comprueben!

—Procura no mencionar nada relacionado con los espías, querida —oí que le murmuraba James.

Haciendo caso omiso de las órdenes de mi amiga, busqué un rincón desde el que podía ver cómo llegaban los invitados. Contemplé cómo el salón de baile se llenaba hasta convertirse en un torbellino de luces y colores vivos, acompañado por el runrún de las conversaciones y las suaves ondas de una orquesta de cuerda. Frente a las escaleras de acceso, James y Teresa recibían a los recién llegados; jamás había visto a mi amiga tan radiante.

Yo, por el contrario, me sentía bastante desanimada. Me deprimía la facilidad con la que había retomado mi papel de costumbre: la mosquita muerta que observaba desde las sombras mientras la vida se desplegaba delante de ella. Max aún no había aparecido, y supuse que debía alegrarme por ello. Si lo veía, iba a tener que explicarle cómo me sentía, y apenas sabía cómo explicármelo a mí misma.

Noté que alguien se sentaba a mi lado.

—De modo que estabas aquí compadeciéndote de ti misma —dijo Sylla.

—Solo hago mi trabajo —respondí con un suspiro que fui incapaz de contener—: confundirme con el entorno para ver cómo el mundo pasa delante de mí.

—Pues a mí me parece que estás esperando a que aparezca el príncipe azul. —Sylla inclinó la cabeza—. ¿Dónde se ha metido Vane?

—No lo sé —reconocí—. Aún no ha llegado.

—¿Problemas en el paraíso?

Fruncí el ceño. Sylla era la última persona a la que se me habría ocurrido pedir consejo en temas amorosos. Solo de pensar en hacerlo, me imaginaba su ceño fruncido y sus respuestas cortantes. Pero estaba allí, acababa de preguntarme… y tal vez, solo tal vez, se preocupara por mí más de lo yo había pensado. De hecho, me lo había demostrado hacía muy poco.

—No sé qué elegir —me sinceré—. ¿Max o la Pajarera?

Sylla consideró mis palabras por un momento y luego sacudió la cabeza.

—¿Quién te ha pedido que elijas? —replicó—. Él no creo que lo haya hecho, y nosotras tampoco. ¿Por qué no puedes tener las dos cosas? Izzy, si tienes la suerte de poder elegir, ¿por qué no te quedas con todo?

La miré atónita.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Bueno, los detalles concretos tendríais que solucionarlos vosotros; no pretenderás que lo haga yo todo, ¿verdad? Pero creo que tener a una de nuestras agentes casada con el jefe de los servicios secretos nos proporcionaría bastantes facilidades —respondió con una sonrisa felina—. De hecho, hay uno o dos dosieres a los que no me importaría echar un vistazo.

—No voy a casarme con alguien solo para que puedas fisgarle los archivos… —Solté una carcajada—. Uf, qué mal ha sonado eso.

—Tienes razón. Deberías casarte con él porque lo quieres; los dosieres solo serían la guinda del pastel. —Se puso en pie—. En todo caso, me parece que esta conversación deberías mantenerla con él y no conmigo. Cuando termines, búscame; tenemos trabajo que hacer.

Oportuna como siempre, Sylla se alejó con elegancia justo en el momento en que Max aparecía en las escaleras de entrada. Se me cortó la respiración al verlo: el brillo dorado de su cabello a la suave luz de las velas, la forma en que el traje oscuro se ajustaba a sus hombros… ¿Por qué rayos tenía que ser tan guapo? Era una auténtica injusticia.

Sus ojos recorrieron la sala y, aunque yo estaba en el rincón más sombrío, medio oculta tras una columna, se posaron en mí casi al instante. Una sonrisa iluminó su rostro, y vi que la gente que había a su alrededor se esforzaba por distinguir a quién miraba. El duque de Roxton no era famoso por sus sonrisas; la gente no estaba acostumbrada a verlo así de radiante. Aquella expresión de felicidad era solo para mí.

Me puse en pie y señalé el ventanal por el que se salía a la terraza. Él asintió con la cabeza y empezó a abrirse paso entre la multitud, deteniéndose de vez en cuando para devolver algún saludo.

Salí y esperé a que llegase. En el cálido aire nocturno flotaba un suave aroma veraniego a hierba cortada y jazmín. A mi espalda, el ventanal se abrió, y oí cómo Max avanzaba hasta detenerse detrás de mí.

—Aquí estás —dijo.

Me volví hacia él, haciendo un esfuerzo para no arrojarme a sus brazos. Le había echado muchísimo de menos, y esa era una sensación extraña para mí; al fin y al cabo, llevaba años sintiéndome sola.

—Max, yo… —empecé, pero él levantó una mano para cortarme.

—Izzy, ¿te importa si hablo yo primero? Tengo algunas cosas importantes que decir —afirmó muy serio.

Me dio un vuelco el corazón. Por supuesto… Me había preocupado por nada. ¡Qué tonta había sido! Ahora que el caso había terminado, todo volvería a ser como antes; Max solo pretendía disculparse por lo que había dicho en el calor del momento, antes de que yo dijera nada que pudiera avergonzarme.

—Adelante —murmuré deseando que me tragase la tierra.

—He pensado mucho durante estos últimos días —comenzó—. He dado vueltas a lo que ha pasado entre nosotros y a la difícil situación en la que te he puesto.

—Tranquilo, no ha sido nada —logré decir. Quería que se callase ya.

—Claro que ha sido algo —replicó él con una voz grave que me aflojó las rodillas—. A lo largo de las semanas pasadas me has puesto a prueba y me has abierto los ojos a muchas cosas. Y, aun así, me dejé llevar por mis sentimientos sin hablarlo contigo antes ni imaginarme cómo podrías percibirlo. Cuando empezaste a evitarme, al principio pensé que no sentías lo mismo que yo. Pero ahora que he tenido tiempo para reflexionar, creo que… espero que no sea así.

—¿De qué estás hablando? —pregunté atónita, y él sonrió con pesar.

—Ya me he hecho un lío otra vez… Por eso he preferido escribirlo todo. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel—. En cierta ocasión afirmaste que casarse debería ser el último recurso para una mujer, y ahora entiendo por qué lo dijiste. Así que he hecho una lista de cosas que no debería ser necesario decir, pero que tengo que dejar claras. Allá voy. —Bajó la vista hacia el papel y carraspeó nervioso—. Punto uno: nunca te pediría que abandonases tu trabajo. Lo que haces es importante y honorable, y te permite utilizar las grandes cualidades que posees. Jamás haría nada por dificultarlo. Punto dos: lo que es tuyo es tuyo. Tu dinero, tus posesiones… Nunca serás propiedad de

otra persona, especialmente mía, y haré que redacten todos los documentos necesarios para dejarlo claro a ojos de la ley. Si alguna vez quisieras marcharte, no te enjaularía: eres, y siempre serás, absoluta y salvajemente libre. Punto tres: te quiero. Quizá debería habértelo dicho antes, pero lo digo ahora. Estoy enamorado de ti desde hace tiempo. Me encanta tu carácter, tu inteligencia, tu bondad…, me gusta todo de ti. Te quiero como a una igual, una amiga, una compañera. Quiero ayudarte a soportar tus cargas y quiero que tú me ayudes a soportar las mías. Izzy, te quiero tanto que ni siquiera sé cómo empezar a describirlo. Yo…

—Cállate, anda —dije.

Le quité el papel de entre las manos, me lancé a sus brazos y él me alzó hasta que mis pies dejaron de tocar el suelo. Nuestros labios se aproximaron lentamente y, de pronto, nos estábamos besando como si el mundo dependiera de ello. Uno de sus brazos me rodeaba la cintura, apretándome contra su pecho; su otra mano me rozaba la cara en una caricia cálida y suave que parecía recorrer toda mi piel. Perdí la noción del tiempo y el espacio. Solo existía su boca contra la mía, su presencia que me envolvía por completo.

Cuando nuestras bocas se separaron por fin, él fue relajando los brazos hasta que mis pies tocaron el suelo.

—Cásate conmigo —le dije, y él me respondió con una sonrisa que podría haber iluminado todo el salón de baile.

—Eso tenía que decirlo yo —protestó, inclinándose hacia mí—. No me has dejado llegar al final de mi lista.

Se echó a reír, con la boca pegada a la mía, y volvimos a besarnos mientras yo me preguntaba si sería posible explotar de alegría.

Unos minutos después, me separé, sonrojada y aturdida por la emoción.

—Te das cuenta de que aún no podemos decir nada, ¿verdad? —dije mientras trataba de sujetarme el pelo que había escapado de mis horquillas—. Es la gran noche de Teresa, y la que tiene que brillar es ella. Y cuando la gente se entere de esto, se va a montar un buen escándalo.

—Me temo que ya es demasiado tarde —replicó Max, que estaba mirando por encima de mi hombro.

Me di la vuelta y vi a Teresa y a James de pie en la puerta de la terraza. Tras ellos se agolpaban decenas de invitados, todos con la vista clavada en nosotros.

Miré a mi mejor amiga, que sonreía de oreja a oreja.

—Oh, cielos —suspiré.

—Bueno, si vamos a provocar un escándalo de todos modos… —murmuró Max junto a mi oído.

—… será mejor darles algo de lo que hablar —remaché con una

carcajada, girándome para atraer su cara. Nos volvimos a besar, y sentí que me disolvía en una llamarada de fuego vivo y palpitante.

Tenuemente, por encima de las exclamaciones escandalizadas, oí la vibrante voz de mi mejor amiga:

—¿Has visto cómo sí pretendía seducirla, James? ¡Te lo dije! Estoy segura de que se me daría bien eso de ser espía. ¿Y no crees que podríamos hacer una boda doble? ¡La boda del siglo!



En primer lugar, debo dar las gracias a Louise Lamont, Gen Herr y Sophie Cashell, que ya me han acompañado y ayudado en la escritura de unos cuantos libros. Gracias por hacer que la escritura (una actividad eminentemente solitaria) me parezca un deporte de equipo, aunque no llevemos camisetas iguales (¡¡A LA PRÓXIMA PODRÍAMOS LLEVARLAS!!). Trabajar con vosotras es divertidísimo, y creo que este libro es la mejor obra que hemos creado hasta el momento (y con la que mejor nos lo hemos pasado).

Gracias a todo el equipo de Scholastic, que me apoya desde hace ya OCHO años. Aún no puedo creerme todas las cosas que hemos logrado juntos. Tengo que mandar un agradecimiento especial a Lauren Fortune, que siempre me ha prestado su apoyo y que posee los gatos más bonitos de toda la industria editorial. Gracias a Harriet Dunlea y Hannah Griffiths, que han llevado este libro literalmente por todo el país y se lo han metido a la gente entre las manos. Gracias a Sarah Dutton, Susila Baybars y Jenny Glencross por pulirlo hasta hacerlo brillar. Gracias a Jamie, como siempre, por su deslumbrante cubierta, y a Mercedes por meterse en mi mente para dar vida a Izzy. Gracias a todo el equipo de Bounce, que me arropa cada vez que lanzo un nuevo libro y me invaden los nervios.

Gracias, gracias, gracias a los blogueros, *booktokers* y *bookstagrammers* que crean contenidos preciosos para compartir mis libros con su público. No es necesario que os diga lo mucho que me importan vuestra pasión y creatividad, pero os lo digo de todos modos: os estoy muy agradecida. Y gracias a todas las personas que me leen, y que han sido tan amables y elocuentes con mis libros desde el principio: si puedo seguir dedicándome a esto es gracias a ellas. En concreto, querría mencionar a Jo Clarke, a Liam James, a Sifa y Beth de #UKYASpotlight, a Rachel Goodson-Hill, a Beth (@Booksnest), a Lauren (@fictiontea) y a Kate Poels. Y también quiero dar las gracias a todas las escritoras que admiro y que tanto me han apoyado, como Sarra Manning, Louise O'Neill, Katherine Webber, Cat Doyle, Amy McCaw o Maria Kuzniar.

Gracias a mis amigos y familiares: vosotros sois la razón por la que

puedo mantener este trabajo que me encanta sin volverme loca. Gracias especialmente a mi marido, Paul. La noche en la que nos sentamos en un restaurante caro de Cornualles y nos pasamos toda la cena planeando la trama de este libro es uno de mis recuerdos favoritos. Te quiero y me caes bien.

Título original: *The Agency for Scandal*

Edición en formato digital: abril de 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.fandombooks.es

ISBN ebook: 978-84-19831-02-6

Índice